





Gabriel de Luis Andrade  
BIBLIOTECA

Sección *literaria* 64

Título *Voluntad*

Autor *Onnet Jorge*

Estante *d T.5.4 N. 12*







R. 14.490

BIBLIOTECA DE "EL CRONISTA,"

1  
T  
136

# VOLUNTAD

POR

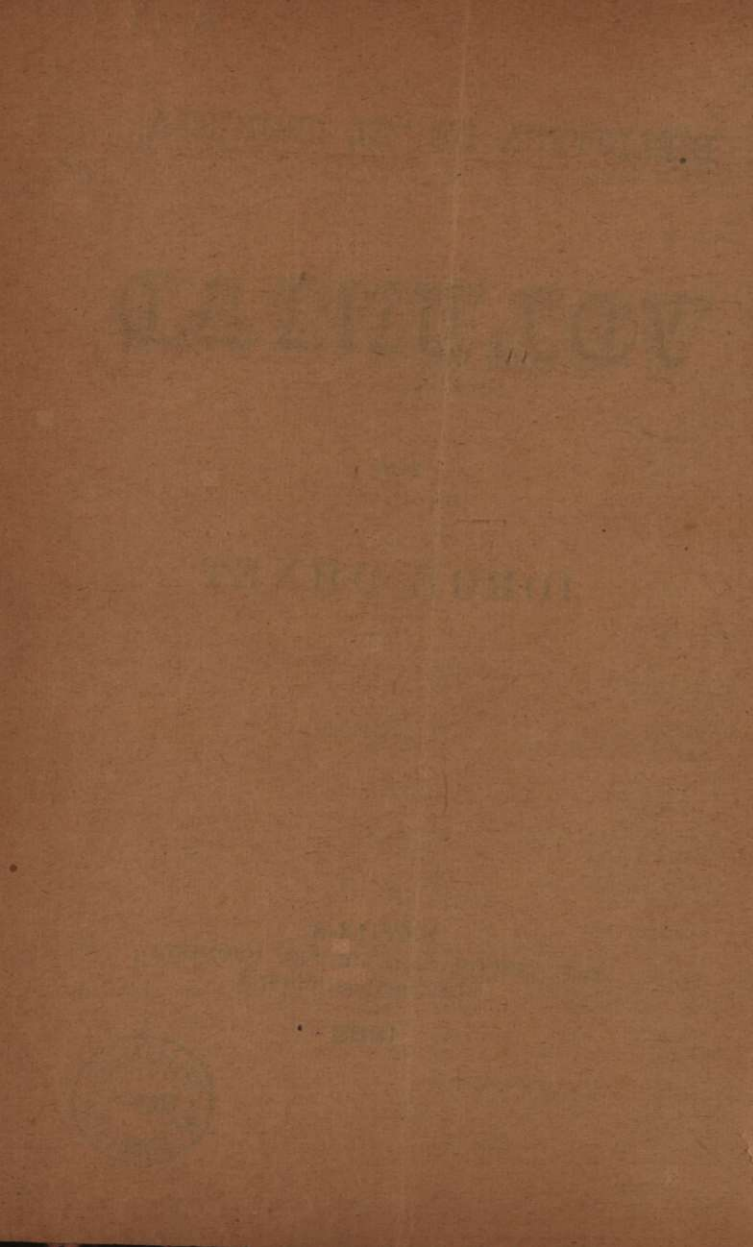
JORGE OHNET

SEVILLA

EST. TIPOGRÁFICO DE "EL CRONISTA,"  
Calle Harinas, núm. 3

1888





---

# VOLUNTAD

---

## I

Eran las siete y media de la tarde, y en el cielo, enrojecido por los postreros moribundos reflejos del sol, se iba extendiendo lentamente la sombra de la noche. En los *boulevares* circulaba una multitud de personas que semejaba un río, en el que se formaban remolinos, cuando la venta de periódicos delante de los kioscos interrumpía la circulación. Las terrazas de los cafés estaban llenas de consumidores, entre los cuales cruzaban y volvían á cruzar los vendedores de bastones, llevando en bandolera la ancha funda de sarga verde, de la cual salían los puños de acero ó de hueso que coronaban el roten ó el bambú. Por la ancha acera pasaban y volvían á pasar esas mujeres, cuyo paseo á tal hora suele no terminar hasta que se las invita á comer en alguno de los *restaurants* inmediatos. Por el arroyo, los ómnibus de tres caballos, repletos de viajeros, circulaban con precaución en medio de los carruajes detenidos por los municipales en las bocacalles de las grandes avenidas, á fin de dejar paso á la corriente



de los peatones. El todo formaba un rumor alegre, compuesto por el rodar de los carruajes, el trotar de los caballos, los gritos de los vendedores, el murmullo de los transeúntes, voces de la gran ciudad, que después del trabajo, la agitación y el ruido del día, iba á entrar en el reposo, la calma y el silencio de la noche.

Dirigiéndose hacia la *Chausée d'Antin*, dos jóvenes elegantemente vestidos se abrian paso, evitando los grupos y codeando á los transeúntes con esa destreza y con esa audacia risueña propias de los parisienses. Parecía que buscaban á alguien entre la multitud. Al llegar frente al pasaje *Jouffroy*, tuvieron un momento de vacilación.

—Ya no la veo—dijo el de más edad.

—Pues bien, no nos quedamos aquí... —replicó su compañero.

Y siguieron andando.

—Por otra parte—continuó—no conozco nada más tonto ni más inútil que seguir á una mujer por la calle. Si es una aventurera, la cosa no ofrece ningún aliciente; si es una mujer honrada, la aventura no tiene consecuencia posible. Luego en cualquiera de los casos se pierde el tiempo y la molestia.

—Te haré notar—querido amigo—que en esta ocasión, nosotros no hemos perdido nada, puesto que la encantadora muchacha que ha fijado nuestra atención durante cinco minutos, iba precisamente por el mismo camino que nosotros. Y además, siempre es agradable ver tratar á una parisiense, y ésta tiene un aire vivo, resuelto y gallardo, que denota ser de pura sangre...

—Hablas como de una de tus yeguas de carrera.

—Amigo mío, no hay en eso ninguna ofensa ni para la mujer ni para... ¡Eh! ¡Mírala!



Detenida un momento por la difícil travesía del *Faubourg-Montmartre* la que, sin sospecharlo, había llamado la atención de los dos paseantes, subía de prisa la cuesta del *boulevard*, dirigiéndose hacia el *Faubourg-Poissonnière*. La concurrencia, menos apiñada, permitía andar con facilidad, y los dos amigos pudieron acercarse á la desconocida y examinarla á su satisfacción. Su atavío era más que sencillo. Un pequeño abrigo de paño oprimía su esbelto talle y caía sobre la falda de lana marrón sin un adorno, pero cortada con gusto; en la cabeza, de cabellos castaños, un sombrero de paja negra, sin brindis, ni plumas, ni flores. Un velito bastante espeso cubría su rostro. Su traje denunciaba una condición humilde; alguna modista, alguna camarera de la clase media, tal vez una pobre maestra de piano volviendo de dar sus lecciones. Pero había en su ademán una gracia y una elegancia propias para inspirar dudas sobre la realidad de lo que aparentaba. Parecía una gran señora vestida con un traje prestado.

Iba de prisa, sin pararse, sin mirar las tiendas y su paso firme resonaba claro y ligero en el asfalto. Los dos amigos habían llegado sin afectación á alcanzarla, y la miraban de reojo, no osando demostrar que se ocupaban de ella, contenidos por un pudor repentino, como si tuvieran el sentimiento de que se encontraban en presencia de una Virgen. No pudieron distinguir su rostro, pero á través del tupido velo les pareció que sus ojos brillaban profundos y dulces. El velito caía hasta su boca, plegada con gravedad un poco triste. El único rasgo visible y claramente marcado de aquella fisonomía era una barba blanca y fina, firme y severa, tranquila y un tanto altiva. En suma, la desconocida podía ser fea, pero cualquiera hubiera jurado que era bonita.

—Oye—dijo á su compañero el más joven de los dos paseantes—si continúa en dirección á la puerta de San Dionisio, la dejamos. No tengo gana de ir á la Bastilla.

Estaban en la esquina de *Faubourg-Poissonnière*. La desconocida se detuvo un momento delante del arroyo que corria bastante ancho; luego, levantando un poco la falda, saltó con un movimiento ágil y gracioso, descubriendo el principio de una pierna fina y bien modelada. Ya al otro lado de la calle, bajó rápidamente por el *Faubourg-Poissonnière*.

—Parece que va á casa de tu abuela—dijo riendo el mayor de los dos amigos.

—O al Conservatorio.

—No; no hubiera atravesado la calle.

Alcanzaron otra vez á la joven, y se estableció entre ella y ellos una especie de comunicación magnética. Ella les miró tranquilamente y no pudo menos de advertir su animación y adivinar su curiosidad; el pliegue de su boca se acentuó con dureza. Pareció recogerse en sí misma, no inquieta, sino contrariada. Apresurando el paso se adelantó á sus perseguidores, y al llegar delante de una gran casa de ancha puerta cochera, se volvió rápidamente y entró. Los dos amigos, que llegaron casi al mismo tiempo que ella, se detuvieron mirándose y se echaron á reir.

—¿No te lo habia dicho? Va á casa de tu abuela.

—Ha entrado en la portería; esperemos que salga.

En aquel momento salió la joven, llevando en la mano una llave, que era sin duda la de su cuarto, y un paquete envuelto en lustrina gris. Al encontrar á los dos hombres plantados en la puerta como espíandola, no pudo contener un gesto de despecho;

volvió la cabeza como para manifestar su disgusto, y tomando por una escalerilla que había á la derecha de la portería, desapareció.

—Vive en la casa—dijo el más joven de los dos amigos—y, sin embargo, es la primera vez que la encuentro. En los sotabancos hay pequeñas habitaciones. Es alguna obrera... En cualquier caso, la caza ha terminado, porque supongo que no querrás trepar á un piso quinto para que te den virtuosamente con la puerta en las narices. Por consiguiente, vamos á comer.

—Pregunta al portero cómo se llama...

—Bien.

El joven abrió la puerta de la portería, en la que había un hombre de cabellos blancos sentado en un sillón de badana leyendo un periódico. Al reconocer al que entraba, se levantó sonriendo y se quitó la gorra.

—Tío Anselmo, ¿quién es la persona que acaba de salir de la portería?

—La señorita Elena, una de las inquilinas del piso quinto, señorito Luis... Una joven muy juiciosa, muy tranquila y muy valerosa. Trabaja en la confección todo el día, y para ocuparla velada, hace encaje hasta media noche. Mi mujer arregla su cuarto. Nosotros la llamamos la señorita Elena, pero su apellino es Graville. Hace dieciocho meses que vive aquí, y no se ha notado nada...

—Gracias, tío Anselmo—dijo el joven, viendo que el portero se disponía á hacer una biografía completa de su inquilina.

Y saludando amistosamente al anciano, se unió á su compañero.

—Se llama Elena Graville, y trabaja para un almacén de modas... Es juiciosa, ordenada y tiene edi-



ficado con su virtud al portero... Si quieres casarte con ella...

—¡Llévete el diablo!

—Pues vamos á comer, son las siete y media, y á mi abuela no le gusta que se llegue tarde.

Los dos se dirigieron hacia el peristilo de un hotel situado en el fondo del patio. Con fachada por un lado al *Faubourg-Poissonnière* y por el otro á un inmenso jardín que se extiende casi hasta la calle d' *Hauteville*, el hotel *Héraul-Gandon* fué edificado en tiempo de Luis XV por el banquero La Grimonière, que habia hecho de él su casa de campo. Un riachuelo, que ya no existe, atravesaba el parque y salía á la *Grange-Matelière*, alimentando estanques de mármol, en cuyo emplazamiento han sido contruidas algunas de las casas de la calle d' *Enghien*. Comprado en 1852 á raiz del golpe de Estado por *Herault-Gardon*, el gran industrial, cuyos talleres metalúrgicos son los más importantes de San Dionisio, ha sido desde hace trainta años la residencia de la familia. La anciana señora de *Héraul* lo habita con su nieto Luis, único heredero de su nombre y de su fortuna.

Luis y su amigo subieron los escalones del peristilo y entraron en un vestíbulo enlosado de mármol, cuya puerta abrió un criado con librea negra.

—¿No me han esperado? —preguntó el jóven, tomando de una bandeja de plata algunas cartas y periódicos.

—Hace cerca de un cuarto de hora que la señora se ha sentado á la mesa con la señorita *Lereboulley*.

—¡Ah! Si *Emilia* está ahí—dijo Luis á su amigo—todo va bien.

Subieron al piso principal por una ancha escalera de mármol cubierta de rica alfombra, y llegaron á

una galería, en la que estaba sentada delante de una mesa de madera tallada, un criado solemne y grave como un jefe de negociado en su oficina. Se levantó lentamente, tomó los abrigos y los bastones de los dos jóvenes, y sin pronunciar una palabra abrió la puerta del salón.

Por en medio de una porción de veladores llenos de preciosas porcelanas, de biombos hábilmente dispuestos para cortar las corrientes de aire, de marquesitas y sillones en armonioso desorden, avanzaron hacia el comedor. En la ancha chimenea, de mármol blanco, ardía el fuego como en invierno. Pero una ventana abierta dejaba penetrar el fresco oxigenado de la vegetación naciente. Cerca de una butaca muellamente tapizada, un perro de lanas blanco dormía en una cesta guarnecida de raso acolchado. Al acercarse los dos hombres, abrió lánguidamente los ojos, reconoció amigos y después de mover la cola, volvió á dormirse. Al otro lado de la puerta se oía murmullo de voces y ruido de cubiertos. Luis abrió, y haciendo pasar delante á su amigo, dijo alegremente:

—¿Queda algo para nosotros, ó tenemos que ir á comer á la fonda?

—¡Ah! bribón. ¿Ya estás aquí?—dijo la abuela levántandose con gozoso apresuramiento.—Buenas tardes, señor de Thauziat, siéntese usted al lado de Emilia.

Y golpeando con sus manos descarnadas para avisar á los criados.

—Pronto. ¡Dos cubiertos!—dijo.

Había cogido á su nieto por el brazo, como para asegurarse de que no se iba, y mirándole con ternura, le hizo sentarse á su lado. Era una mujercita pequeña acartonada por la edad. Sus cabellos blancos, su tez fresca y sus ojos vivos le daban una aparien-



cia de salud. Vestía un traje negro muy sencillo y llevaba sobre los hombros un chal de punto de aguja. El aspecto de la modesta señora de la clase media contrastaba con aquel admirable comedor adornado de magníficas pinturas debidas al pincel de Largillière, y cuyo techo abovedado representaba la guerra de y los Dioses los Titanes, pintada por Coypel.

—Ya ves, Emilia—dijo con viveza—nosotras creíamos comer solas y ahora vamos á hacerlo bien acompañadas.

La persona á quien la señora de Hérault dirigía la palabra era una joven de aspecto enfermizo. Su barba saliente, su boca crispada, su nariz puntiaguda hubieran ofrecido los caracteres distintivos de la maldad, si una frente ancha y soñadora coronada por soberbios cabellos rubios, no hubiera corregido con su nobleza todo lo que en el resto de la cara había de amenazador. Aquella cabeza, notable por su singularidad, dominaba un cuerpo débil, un poco encorvado, al que se unían largos brazos flacos terminados en manos pequeñísimas adornadas de magníficas sortijas. Emilia vestía con gran elegancia, pero sin esos refinamientos de gracia que caracterizan á la mujer que quiere gustar. Parecía haber abdicado toda pretensión, resignándose á no ser para los hombres más que un camarada, en vista de su falta de atractivos. Aunque no tenía aún veinticinco años, representaba treinta.

Hija única de Sebastian Lereboulley, senador, antiguo ministro, uno de los grandes hacendistas de Europa, había perdido á su madre muy niña, y educada por una institutriz inglesa, había adquirido costumbres independientes que favorecía el cariño de su padre. Absorto por el cuidado de sus inmensos

negocios, preocupado por la política y arrastrado por una afición á la galantería que la edad no templaba, Lereboulley, que adoraba á Emilia, la había dejado vivir á su antojo en el culto de las artes, la intimidad de los artistas y la exploración de lo bello. Aquella joven tan poco favorecida por la naturaleza parecía haber querido compensar con la elevación brillante de su espíritu la degradación miserable de su cuerpo. Se ocupaba en escultura y en pintura con un talento que hubiera asegurado el porvenir de un pobre diablo. La causticidad de su ingenio la hacía temer en el mundo donde su inmensa fortuna le atraía una corte de adoradores. Pero no atacaba nunca á los humildes y reservaba sus frases aceradas para los intrigantes y los orgullosos.

Su mano había sido pedida por los jóvenes más amables de la aristocracia y de la banca; pero ella rechazó á todos los pretendientes, diciendo que tenía demasiado orgullo para no exigir que la aceptasen por amor y bastante razón para comprender que esto era imposible. Este amargo razonamiento, que denotaba un corazón tierno desgarrado por dolores disimulados con altivez, no había desalentado á los aspirantes. La turba de ambiciosos había seguido reclutándose entre todos los que podían esperar que un momento de cansancio, un minuto de despecho, podían abrir aquella mano hasta entonces obstinadamente cerrada.

Solamente dos entre todos los que la rodeaban podían vanagloriarse de ser objeto de una preferencia marcada por parte de la señorita de Lereboulley, y estos dos elegidos eran precisamente los que acababan de entrar en el comedor de la señora de Héroult. Uno de ellos, Luis, amigo de la infancia, era considerado por Emilia como un hermano. El otro,

Clemente de Thauziat, amigo de poco tiempo, había tenido bastante habilidad ó la independencia de no presentarse como pretendiente, lo que le había atraído la atención semiburlona, semicariñosa de la joven. Se veía obsequiado alternativamente por frases amables y epigramas sangrientos. Con él la señorita Lereboulley pareció una gata, que tan pronto araña como acaricia. Un observador hubiera podido hacer notar que predominaban los arañazos. Pero, en suma, no le desdénaba, y esto era un triunfo.

Por otra parte, él se mostraba muy capaz de defenderse, pues de todo tenía menos de cándido. Aunque no representaba más de treinta, tenía ya cuarenta años. Era un buen mozo, moreno, con cara de árabe, los ojos negros y la barba rizada, el aspecto viril y de una sobriedad en su atavío que le daba un carácter notable de distinción. Había venido á París muy joven, lanzándose con singular atrevimiento en grandes negocios y disponía de cuantiosos capitales. Lereboulley le apreciaba mucho. Se habían encontrado en el mundo galante, donde Thauziat se constituyó desde luego en guía é iniciador del cincuentón. El hábil compadre había enseñado al financiero todas las vueltas y revueltas de la isla de los Placeres, y el financiero, en cambio, le abrió el camino de la fortuna.

Lereboulley y Thauziat habían vivido de esta suerte durante diez años en intimidad completa, y sabían uno de otro muchas historias, graciosas unas y terribles otras, batallas de amor y batallas de dinero dadas en los gabinetes cubiertos de encajes ó ganadas sobre el frío pavimento de la Bolsa. Cuando se decía riendo que entre aquellos dos hombres había cadáveres, no se decía más que la verdad. Pero con Thauziat no convenía andarse en bromas, porque



era uno de los primeros tiradores de florete en París, y con la pistola hacia á treinta pasos tantos blancos como disparos.

Después de todo era un maravilloso tipo aventurero perdido en este siglo anémico y mezquino, que dominaba desdeñosamente con toda su belleza, todo su atrevimiento y toda su inteligencia. En el siglo XV hubiera sido uno de aquellos soberbios *condottieros* que se cortaban principados en los territorios conquistados, y que, patrocinando arquitectos, escultores y pintores, edificaban palacios de mármol poblados de estatuas y adornados de cuadros que son hoy la gloria de los Museos modernos. Tenia la contestura de un Sforza ó de un Colonna; pero encerrado en esta estrecha civilización, no habia podido abrir sus alas de águila. Y replegado sobre sí mismo, aún conservaba un aire de audacia y de fuerza que le hacia distinguir desde luego por las miradas perspicaces.

Amaba en todo lo exquisito, y jamás un hombre derrochó el dinero con gusto tan refinado. Vivía en la avenida d' *Antin* en un hotel, que era la habitación de soltero más deliciosa que habia en París. En él habia reunido cuadros que, aparte de su mérito artístico, tenían todos un origen célebre por haber pertenido á las galerías de los más famosos aficionados. Ninguna casa estaba mejor montada que la suya y sus trenes eran los mejores en los concursos hipicos. Tenia caballos de carrera, y su casaca violeta triunfaba en los hipódromos. Sus aventuras amorosas le habian valido odios terribles, de que siempre triunfaba, y admiraciones de que sacaba partido. En este siglo, en que lo banal reina, tenia una originalidad, y por esta razón era una de las doce ó quince figuras notables de París. Le habia bastado distin-



guir con su amistad á Luis Hérault, para que éste adquiriese cierta notoriedad. De la noche á la mañana el amigo de Clemente se había hecho alguien, nada más que por reflejar los rayos del astro.

Se habían encontrado en Viena en circunstancias extraordinarias. Volviendo de Carlsbad, Thauziat había aceptado una invitación para cenar en casa de Carlota Brunnen, una de las más célebres bailarinas de Europa. Luis Hérault, que estaba allí de paso para Moravia, había sido presentado en aquella fiesta por lord Eddisley, uno de sus amigos de casino. Thauziat y él eran los únicos franceses en aquella reunión, compuesta en gran parte de alemanes. Había entonces en Francia una violenta ansiedad. La guerra parecía próxima á estallar, y sólo el Czar, por medio de una intervención inesperada, tenía en suspenso una nueva invasión próxima á pasar los Vosgos. Clemente de Thauziat, acostumbrado á brillar en todas partes, no pareció notar la composición esencialmente germánica de la concurrencia, y desplegó las gracias de su ingenio como si hubiera estado en una reunión de amigos. Las mujeres, que son por regla general cosmopolitas cuando se trata de buenos mozos, se declararon desde luego por él, y el visible favor de que era objeto no contribuyó poco á predisponer en contra suya á los demás invitados. Pero poco á poco su buen humor y su ingenio acabaron por dominar á todos, y la cena, que había comenzado á las doce, seguía á las dos de la madrugada cada vez más alegre y regocijada.

Aquel fué el momento que acogió la dueña de la casa para brindar por el que se había improvisado rey de la fiesta. Si Carlota se hubiera limitado simplemente á vaciar su copa en honor de Thauziat, todos los presentes, sin vacilar, hubieran secundado

su brindis. Pero tuvo la imprudencia de asociar á su manifestación de su simpatía á Luis Hérault y reuniendo á los dos compatriotas en la misma expresión, exclamó: "Señores, á la salud de nuestros amigos de Francia.", Habia allí dos agregados militares, un noble barón bávaro, de seis pies de estatura, rubio como la cerveza de su país, y un capitán prusiano, foanido y con aire feroz y agrio, aun en estado de embriaguez. En medio del coro de las voces de todos los convidados resonó un ruido estridente; las copas de los dos oficiales acababan de caer rotas sobre la mesa. Hubo un momento de silencio angustioso, en medio del cual se elevó la voz tranquila de Clemente:

—Estos señores no tienen más sed, pero tal vez les convenga un poco de aire.

Se habia puesto en pie y con él los dos alemanes, é hizo á Luis un gesto para que le siguiera.

—Continuad—dijo sonriendo á los convidados.

—Nosotros volveremos dentro de un minuto.

Se dirigió hacia una ventana que estaba abierta á causa del calor, y pasando al balcón, por debajo del que corría un pequeño brazo del Danubio, encendió un cigarrillo y se puso á hablar lo más tranquilamente del mundo con el Goliath bávaro. Desde lejos se le veía sonreír, mientras su interlocutor, muy encarnado, hacia signos negativos con la cabeza. Luis, por su parte, la habia emprendido con el prusiano. Nadie supo qué preguntas ni qué respuestas se cruzaron en aquel diálogo que fué muy breve. Pero al cabo de algunos segundos se oyó un doble grito, y no quedaron en el balcón más que los dos franceses. Volvieron á entrar en el comedor, y Thauziat, dirigiéndose á los concurrentes, dijo con la mayor calma:

—Me habia equivocado: esos señores aún tenían sed y ya están bebiendo.

Todos salieron apresuradamente. Al pie del balcón, el barón y el capitán salían del riachuelo, que, por suerte, llevaba poca agua. Clemente y Luis se habian encargado cada uno del suyo. El día siguiente, en un bosquecillo cerca de Schœnbrun, el bávaro, que habia querido batirse á sable, recibía de manos de Thauziat un corte de banderola que hubiera entusiasmado á todos los espadachines de las Universidades alecamas. En cuanto á Luis, metió una bala en la pierna del capitán. Desde aquel día Thauziat y Hérault fueron inseparables. Tal vez esto no fuera muy conveniente para Luis, cuyo carácter débil hubiera necesitado un mentor más prudente de aquel terrible vividor; pero nadie es dueño de cambiar su destino, y estaba escrito en lo porvenir que la existencia de Clemente y la de Luis debían estar trágicamente unidas una á otra.

Por de pronto, estaban muy tranquilamente sentados en el hermoso comedor de la señora de Hérault, y comían con buen apetito, procurando alcanzar á las dos damas, que estaban ya á la mitad de la comida. Ellas dos, por otra parte, la vieja y la joven se habian detenido un poco, y contemplaban con placer no disimulado á sus inesperados huéspedes.

—Y ahora, pícaro—dijo la señora de Hérault á su nieto—¿quieres tener la bondad de decirme qué ha sido de tí en esos ocho días? Porque, sin que esto sea hacerte un cargo, hace ya una semana que no te veo.

—Abuelita, he estado en Inglaterra con Clemente. Hemos ido á ver correr una yegua, en la que éste funda grandes esperanzas para los Oaks y acaso



para el Gran Premio de París. Una hija de Baronette y Turlupin, nada menos.

—¿Y habéis venido?...

—Hoy.

—Pues el tren habrá llegado bastante tarde—dijo la abuela sonriendo—cuando no habéis podido ser puntuales á la hora de comer.

—Hemos llegado esta mañana. Yo he ido á San Dionisio para enterarme de los asuntos. Me he vestido en el círculo... y seguramente hubiéramos podido estar aquí á las siete, si Thauziat no se hubiese empeñado en seguir á una modistilla, cuyo aspecto le pareció agradable.

—¡Hola! ¡Hola! caballero—dijo la señorita de Le-reboulley, cuyos ojos centellearon.—Ahora vamos á saber sus hazañas. ¿Con que ya sigue usted á las muchachuelas por la calle? Pero imprudente, ¿qué deja usted para la vejez?

Thauziat hizo un gesto de indiferencia.

—No hay que hacer caso de las calumnias de Luis, que quiere indisponerme con usted. Pero ya que se atreve á atacarme, le voy á pagar en la misma moneda. Nos hemos retrasado, porque antes de venir aquí ha querido ver á la señora de Olifaunt.

—¿Y han visto ustedes á la hermosa Diana?—preguntó Emilia, sonriendo irónicamente.

—No; dormía todavia.

—¿A las siete de la tarde? Sí, es su sistema. Va esta noche á un baile y quiere parecer fresca y descansada; en estos casos no se levanta en todo el día. ¡Ah! la pobre cuida su belleza como una joya de gran valor. Si pudiera la guardaria en un estuche con sus diamantes, y no la sacaria más que á las horas señaladas para el triunfo. Pero cada año, cada mes, cada día, cada momento marchita y aja esos encan-



tos. Así, Diana, impotente para detener la marcha del tiempo, limita el número de minutos en que ha de exponerse á la fatiga que le puede producir una arruga. Eso se llama saber administrar el capital de la hermosura... Ella tiene además un gerente, su marido, el honorable Sir James... El día menos pensado tendrá una oficina... para las referencias.

—¡Emilia!—exclamó Luis en tono de amistosa reconvencción.—No pierdes nunca ocasión de ensañarte con esa señora.

—En cambio mi padre la distingue con su benevolencia. Creo que no tendrá la pretensión de agradar á toda la familia.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso, durante los cuales se oyó la risa estridente con que Emilia habia subrayado su alusión. Deseando cambiar de conversación, dijo Luis:

—¿Sabes, abuelita, que la bella á quien perseguía Thauziat es una de tus inquilinas. Vive en la parte de casa del Faubourg.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El portero.

La señora de Hérault levantó las manos á la altura de su gorra de flores, y dijo:

—¡Pues está bonito! Amigo Thauziat, le prohibo á usted dar escándalo en mi casa. Esa joven quizás sea una mujer honrada.

—Anselmo lo atestigua. Además, va muy mal vestida para no haberse conducido bien hasta ahora. Cuando corra por cuenta de Clemente, desechará su vestido de lana, y tendrá un coche á la puerta, para que los otros Thauziat no la puedan seguir por las calles.

—¿Y cómo se llama esa afortunada inquilina que atrae las miradas de nuestro gran maestro de elegancias?—preguntó la señorita de Lereboulley.

—Se llama Elena, como la que fué causa de la guerra de Troya—dijo alegremente Luis—y su apellido es Graville.

—¡Graville!—interrumpió la señora de Hérault. —Es el nombre del pueblo en que yo nací. Había en el país una familia de Graville, que habitaba el castillo. Pero su único heredero era un varón, y no le he conocido ninguna hija que se llamase Elena.

—Pero, abuela si tú la hubieses conocido tendría sesenta años, y se trata de una joven.

—Es verdad—dijo riendo la señora de Hérault. —Los viejos hablamos del pasado como si hablásemos de ayer, y nos admiramos cuando nos dicen: “¡pero si de eso hace medio siglo!”, ¡Medio siglo! Justo, medio siglo hace que me casé con tu abuelo. La señora de Graville tuvo en ello alguna parte, y yo le debí bastante en aquella época. No hubiera debido olvidarla nunca. Pero Hérault se empeñó en venir á París; se lanzó á los negocios, y yo me olvidé de mi país, del castillo y de la señora que había sido tan buena para conmigo... Esta es la historia de muchos. Parecen ingratos cuando no son más que ocupados. Si esa joven pertenece á la familia de que hablo, estamos en deuda con ella, y debemos pagarla.

—Eso será cosa fácil, porque parece pobre.

—En tal caso—dijo Emilia—Clemente habrá desempeñado el papel de Providencia, poniéndonos sobre la pista de una descendiente de los Gravi le que usted ha conocido. Pero tenga usted en cuenta que personas de ese apellido hay en Normandía tantas como manzanas, porque es de los más comunes.

—Yo me enteraré.

La comida había terminado, y se abrió la puerta

del salón. La señora de Hérault se levantó de la mesa, y sin tomar el brazo de Clemente ni el de su nieto, pasó la primera agil y lista, dejando detrás á Emilia y á los dos jóvenes. El café estaba servido en una mesita. Indicándolo con un ademán á la señorita de Lereboulley, le dijo:

—Querida, haz tú los honores á estos caballeros, y si luego nos quieren hacer el favor de acompañarnos un rato, permíteles que fumen sus horribles cigarrros.

—Emilia sentiria mucho que no fumásemos, porque entonces no podria fumar ella tampoco.

—Ese es un modo ingenioso de hacer constar una vez más que estoy mal educada, ¿no es verdad? —interrumpió Emilia, que añadió con amarga melancolía:

—Acostúmbrense ustedes de una vez á tratarme como á una criatura excepcional. Yo no tengo nada de mujer, y he querido librarme, hasta donde me ha sido posible, de la sujeción impuesta á mi sexo. Estoy privada de todos los goces femeninos. No debo pensar en engalanarme, porque con mi figura seria grotesco. Nadie me hace la corte, al menos por mi misma, aunque hay muchos que cortejan mi dinero. Cuando uno de esos valientes me dice suspirando: "¡Es usted encantadora!", yo transporto la música de su romanza, y escucho: "¡Qué rica es usted!". Entonces envío al diablo al pretendiente con su especulación amorosa, y busco en los placeres de la libertad compensaciones á mi pobreza moral. Salgo cuando me place, voy donde quiero, guío yo misma mis caballos, hablo de todo, lo leo todo, fumo con mis amigos y soy casi tan calavera como tú, mi querido Luis, menos las malas costumbres, por supuesto... Y en eso no tengo gran mérito.



Y haciendo una pirueta, que la mostró en su enfermiza deformidad, soltó una carcajada, y sacando del bolsillo una linda caja de plata, tomó un cigarri-  
llo ruso, que encendió, echando con afectación el humo al rostro de Luis.

— A la lista de esos defectos falta todavía uno, señorita — dijo Thauziat tranquilamente.

— ¿Cuál?

— El ser fanfarrona. Como otros alardean de ser buenos, usted alardea de mala, y sin razón. Porque con todas esas pretensiones de maldad es usted excelente persona.

— ¡Eso no es cierto! — exclamó violentamente Emilia. — ¿Y por qué había de serlo? Odio y desprecio al género humano, porque me parece estúpido, malvado y cobarde.

— Y no se engaña usted... Pero es usted demasiado inteligente para no hacer excepciones. Y la prueba es que al llegar aquí la hemos encontrado acompañando á la señora de Hérault para indemnizarla de la ausencia de su nieto.

La abuela se levantó de su sillón, y exclamó con alegre viveza:

— Muy bien dicho: héla aquí cogida en flagrante delito. Por otra parte, usted está tan cogido como ella, á pesar del decantado egoísmo que pregona, puesto que viene usted á comer con una vieja fastidiosa, y luego tiene la bondad de pasar la velada acompañándola.

Thauziat movió su hermosa cabeza sonriendo.

— No lo crea usted, señora. No crea en mi abnegación. Yo vengo á comer aquí, porque la mesa es buena, y luego me quedo á jugar una partida de bá-siga, porque juega usted muy bien. Ni más ni me-nos.



Los ojos de la anciana brillaron, y dijo á su nieto:

—Dáenos la mesa, Luis.

—Abuela, podemos estar hasta las once. Procura aprovechar el tiempo.

—No tengas cuidado.

Comenzó la partida. Emilia y Luis se habían sentado en un extremo del salón. Permanecieron un momento silenciosos; ella fumando distraidamente, y él absorto en pensamientos que le llevaban muy lejos del tranquilo hotel, donde no llegaban ni siquiera los ruidos de la ciudad, amortiguados por la extensión desierta de las calles y la soledad de los jardines. Veía, súbitamente evocada, la imagen sonriente de una mujer rubia, de rostro sonrosado, iluminado por la mirada de dos ojos azules. Se balanceaba ligera como una aparición, blanco fantasma de un sueño, graciosa, un poco irritante con su enigmática sonrisa que parecía decir: "Atrévete á amarme. Si confiesas que me deseas y me quieres, ¿quién sabe lo que te contestaré? Apesar de mi apariencia marmórea soy ardiente y apasionada. Pero no me animo, no me transfiguro sino para el que me adora. Cógeme en tus brazos y sentirás latir mi corazón. Audacia... Ese es el secreto del trianfo."

Luego, de repente, aparecía junto á ella otra forma, á la vez grotesca y amenazadora, la de su marido, el honorable Sir James, como decía sarcásticamente Emilia, con sus cabellos rojos encrespados, su rostro coloreado por el vino y sus ojillos negros penetrantes y burlones. Se presentaba flemático y ceremonioso, afectando una corrección irreprochable, y hablando de su lealtad con la frecuencia afirmativa de un hombre que no quiere dejar que se manifieste la duda. Demostraba afecto paternal á la bella Dia-

na, á la que prodigaba los apelativos más tiernos, pero era visiblemente bastante poco marido para desalentar á los adoradores.

Cuando la sonrisa dejaba de dar á su rostro una expresión alegre, afectaba una dureza siniestra. ¿Quiénes eran aquel hombre y aquella mujer que habían aparecido súbitamente dos años antes en la sociedad de París? Habitaban un hotel en la avenida Gabriel, tenían soberbios carruajes, daban de comer los martes y recibían por la noche. El senador Lereboulley, padre de Emilia, hombre de sesenta años, muy grueso y con los cabellos tan negros que denunciaban la tintura, era íntimo de la casa. Llevaba á la bella inglesa flores y bombones y la llamaba Diana. Debía tener en su casa de banca fondos de los señores de Olifaunt, porque muchas veces se vieron talones de Banco con la firma de Lereboulley en manos de Sir James.

Otro amigo que entraba allí con mucha confianza era Thauziat. Cuando se le preguntaba acerca de Sir James, decía que pertenecía á una excelente familia del Yorkshire, que se había casado por amor con la hija de un pastor protestante. Conocía de larga fecha á la mujer y al marido, y había contribuido mucho á procurarles relaciones cuando se establecieron en París. Por su mediación fué presentado Lereboulley á Diana. Diferentes veces había tratado Luis de preguntar á Clemente por sus amigos de Inglaterra; él esquivó siempre dar una respuesta categórica con una frialdad altanera que hacía difícil la insistencia. Luis, sin embargo, creyó muy hábil hacer á Thauziat y á Lereboulley la confidencia de su pasión naciente por la señora de Olifaunt. Clemente respondió con indiferencia: "Pues hazle la corte." En cuanto al senador frunció violentamente

el ceño y exclamó con agitación: "Pero, querido, ¿está usted loco? Esa es una mujer muy honrada."

¿A quién creer? ¿De quién fiarse? Las apariencias favorecían al matrimonio, que vivía decorosamente, rodeado de amigos seguros y sin llamar la atención más que por cierta punta de excentricidad, libre, muy excusable en los extranjeros. Y, sin embargo, el instinto secreto de Luis le ponía en guardia, y conservaba la extraña sospecha de que Diana pudiera ser en realidad una aventurera de alto vuelo y Sir James un caballero de industria que viviera de la hermosura de su mujer.

Dominado por su preocupación, Hérault dejó escapar un suspiro.

—Corazón que suspira, no tiene lo que desea—dijo Emilia, tirando su cigarrillo.—Te apuesto á que adivino en quién piensas.

—Veamos.

—En nuestra hermosa Diana, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues en pago, dime dónde os váis á encontrar esta noche, porque váis á la misma casa, ¿no es verdad?

—Bien; pero sé discreta, porque te voy á confiar un secreto: vamos á la reunión del conde Woreseff.

—Pero esa es una fiesta de *cocottes*—dijo Emilia haciendo un mohín de disgusto.—¿Y nuestra púdica diosa se presenta en semejante sitio?

—En primer lugar, no habrá más que las estrellas de nuestros grandes teatros.

—Lo que yo te decía.

—Y además muchas damas de la buena sociedad movidas por la curiosidad. Bajo la careta se pueden consentir muchas cosas. Por otra parte, la señora de



Olifaunt estará bien acompañada. Sin contar á Sir James...

—Sí, no le contemos...

—Estará tu padre...

—¿Mi senatorial y majestuoso padre? ¿Y qué va á hacer allí? A ver si aquellas señoritas le sacan algunos billetes de mil francos...

—Además iremos Thauziat y yo... Ya ves que con tantos protectores...

—Estará Diana muy en peligro.

—Nunca hablas con formalidad, Emilia.

—¿Hablas tú acaso? En fin, según dices, será esa una reunión de las más escogidas... El *Faubourg-Saint Germain* y el *Faubourg-Montmartre* mezclados. Una madre podrá llevar sin peligro á su hija, añadiéndole irónicamente.

Y acercándose á su amigo le dijo con zalamería:

—Vamos, llévame, Luisito. Tengo mucha gana de ir...

—¿Te burlas?

—Por esta vez, no.

—Pero, querida, no estáis invitada...

—Yendo contigo, ¿qué importa? Dirás á Woreseff que soy la hermosa Fatma disfrazada de parisiense. Con un dominó ya verás como parezco otra. Será divertido... Llamaré la atención, porque sé tantas cosas de todos los que habrá allí... ¿Con que estamos de acuerdo?... ¡Ah! No te estorbaré... Serás libre... Y en cuanto á mí, el que se atreva á faltarme al respeto... en el pecado llevará la penitencia.

—Pues bien, sea—dijo Luis.—Pero con la condición de que me has decir lo que sabes de la señora de Olifaunt.

El rostro de Emilia se contrajo, y mordiéndose los labios, dijo moviendo la cabeza con gravedad:



—¿Qué quieres que te diga si tú la conoces? Que es hermosa, joven y rica.

Luis vaciló un momento, y preguntó, mirando fijamente á Emilia:

—¿Qué tiene que ver con tu padre?

—¿Es eso lo que te preocupa?

—Sí; he preguntado á Thauziat, y no me ha contestado. Tú odias á Diana y ella te teme, esto es evidente. ¿Por qué tu odio? ¿Por qué su temor?

Los ojos de Emilia brillaron con fulgor sombrío, y dijo con ironía:

—No nos adoramos, es verdad. Y ya que lo quieres saber todo, te diré que creo que Diana es una hija natural que mi padre tuvo en otro tiempo en Inglaterra.

Luis se encogió de hombros.

—¿Te burlas de mí? ¡Si no la conocía hace dos años!

—La encontró por casualidad... Thauziat le puso sobre la pista. ¡Los caminos de la Providencia son misteriosos!

—¡Eh! No es posible.

—¿Qué ha de ser entonces si no es su hija?—preguntó Emilia, que habia recobrado su burlona alegría. ¿Su querida? No esperarás que yo te diga que sospecho de la conducta de mi padre. Y yo misma, que recibo á la bella Diana, ¿qué papel haria si ésta fuera una bribona? No. Su conducta es perfecta; pero como es inglesa tiene excentricidades: eso es todo. Para terminar, permíteme que te dé un consejo: no le hagas la corte. Tendrías un duelo con Sir James, que es gran tirador de pistola...

Y como Luis hiciera un gesto desdeñoso, añadió inmediatamente:

—Y sobre todo, disgustarías á papá, lo cual es infinitamente más grave.

—Entonces tendrá razones para ese disgusto...

—Las que te he dicho. Conténtate con ellas á falta de otras mejores. ¿Con que me llevas?

—Ya que te empeñas... Pero por tu cuenta y riesgo.

—Naturalmente... Además, papá estará allí, y cuando me aburra, le daré la sorpresa de darme á conocer.

—Pues no le hará mucha gracia. ¿A dónde voy á buscarte?

—A la puerta del hotel, á las doce.

—Corriente.

En aquel momento la señora de Hérault se levantó de la mesa de juego, y dijo dirigiéndose á los jóvenes:

—Bonito negocio; hijos míos. Este Clemente tiene una suerte espantosa; ¡perdemos doscientos cincuenta francos?

—¿Sí? Déjame usted—exclamó Emilia, ocupando el asiento de la abuela.—Voy á sacarle todo ese dinero que ha ganado y un poco del suyo.

Barajó las cartas y añadió mirando audazmente á Thauziat.

—Corte usted.

—Norabuena. Pero no vale hacer trampas.

—Si no hago trampas, ¿cómo he de ganar?

—Gracias.

Y cogió la mano fina y nerviosa de la señorita de Lereboulley y besó sus uñas sonrosadas. Emilia le dejó hacer con visible complacencia. Sus narices se hincharon ligeramente, sus ojos brillaron como animados por una emoción súbita, y dijo irónicamente:

—¡Adora usted lo que le desgarrá!... Me parece bien.

Y aconsejada por Luis emprendió la partida.

La señora de Hérault, sentada en un sillón al lado de la chimenea, y aletargada por el silencio, empezó á soñar despierta. El recuerdo de aquella joven que llevaba el nombre del pueblo en que había nacido, no la abandonaba. E insensiblemente recorría la pendiente del pasado. Los años de juventud y de pobreza, años felices, sin embargo, que volvía á ver, sonriendo, desfilaron ante ella, y cautivada por el espejismo que la hacia descubrir en un instante todo el panorama de su vida, la abuela olvidó todo lo que la rodeaba.

## II

Entre Longueville y Saint-Aubin, en el camino de Rouen á Dieppe, se encuentra la reducida aldea de Graville, un centenar de casitas blancas, con techos de paja ó tejas, agrupadas entre el follaje y por entre las cuales corre el delicioso riachuelo de la Scie. Es la cúspide de una colina cubierta de hayas de ramaje negro, agitado por la brisa del mar, ostenta el castillo sus torrecillas de ladrillo, cerradas sobre una fachada bastante buena de estilo del Renacimiento, adornada de un monumental peristilo, desde



donde, por la escalera de doble tramo, se baja á la terraza rodeada de lilas, en la que hay algunos cuadros de flores. Una inscripción, grabada sobre una lápida de mármol á la entrada del castillo, recuerda que Enrique IV durmió en Graville la noche de la batalla de Arques. Allí, según se dice, en un salón del piso bajo, sobre una mesa de marquetería italiana; preciosamente conservada, escribió el rey victorioso aquel célebre billete que decía: "Ahórcate, valiente Crillon, hemos vencido en Arques, y tú no has estado aquí." A algunos centenares de metros de la cerca del parque, detrás de una hilera de álamos, á la orilla del río, una herrería presenta sus paredes carcomidas por la humedad y ennegrecidas por el humo. Allí se lamina el cobre que sirve para forrar los cascos de los buques, se hacen las calderas para los barcos de vapor y se funden los tubos de las máquinas. Le Graudier, que así se llama esta herrería, es una dependencia de la posesión de Graville. El conde Bernad, que en 1814 dejó el servicio de la marina dinamarquesa, en el que habia estado durante todo el periodo de la revolución, y el Imperio, fundó aquel taller para dar trabajo á los fieles servidores que habian compartido con él el destierro. El señor de Graville, muy al corriente de los descubrimientos, científicos y previendo la transformación que el empleo del vapor tenia que hacer sufrir al material naval, agregó á la laminación en 1826 la fabricación de calderas, y estuvo en aptitud de suministrar á los constructores del Havre todos los aparatos que necesitaban.

El contraamaestre del taller era entonces un mocetón de treinta años, llamado Hérault, muy inteligente, pero sin instrucción ninguna. Tenia aptitudes extraordinarias para la mecánica, y no habiendo



sentido la necesidad de saber leer, sólo había aprendido á dibujar. Era inventor de una válvula automática muy sencilla, que había proporcionado á su principal muchos pedidos. Fuerte y buen mozo era el coquito de las muchachas de Graville, y entre sus conquistas había tenido el honor de contar á la "señorita," del tío Gandon, el tabernero, á cuya casa iba á beber el aguardiente de cidra, los domingos solamente, porque no se emborrachaba jamás entre semana, y pasaba por hombre arreglado. Filipina, como se llamaba familiarmente á la señorita Josefina, se había enamorado de Hérault, y todas las noches se le veía pasear juntos por el camino de Offranville, cerca de las esclusas de la Scie.

De esta amorosa intimidad había resultado un accidente, que enfureció al tío Gandon tanto como á Hérault. Normando egoísta y resonador, no pareció dispuesto, ni poco ni mucho, á reparar la falta cometida. No quería cargar con una mujer que tendría que llevar siempre á cuestas como un fardo. En sus sueños de ambición, el contramaestre veía en el Havre, y tal vez en París, terrenos fértiles donde las ideas brotan y producen mucho. Economizaba desde hacía diez años para formarse un capitalito que le permitiera abordar los negocios y convertirse de obrero en patrón. Así, pues, dejaba á Filipina que se las compusiera como Dios le diese á entender, y para sustraerse á las recriminaciones del padre, dejó también de ir á la taberna.

Los mozos del país decían: "¡Qué bestia de Hérault en no casarse con la hija y la taberna de Gandon! ¡Allí un hombre sería muy feliz, bien alojado, bien cometido y bien bebido por toda la vida!," No podían adivinar los proyectos de su camarada; sus miras eran demasiado altas para que pudiesen alcan-

zarlas. Y en interés de su porvenir, Hérault rompió resueltamente con todas las dulzuras del presente. No más amor libre y no más borracheras. Se encerraba solo en su cuarto, y pasaba las noches trazando con hábil mano líneas sobre el papel. Iba ya á los alcances de un nuevo descubrimiento. Sin embargo, el azar, en el que habia puesto toda su confianza, iba á imponerle la modificación de existencia á que tan rudamente se negaba, haciendo de su matrimonio con la hija de Gandon el primer escalón de su fortuna.

La señora de Graville, joven de veinticinco años, habia tenido de su matrimonio con el conde Bernad un hijo delicado y enfermizo, con el cual Filifina, cuando iba al castillo, jugaba horas enteras dulce y complaciente. Presa de la desesperación al verse rechazada por Hérault y avergonzada de su maternidad, que ya era visible, la pobre muchacha habia dejado de trabajar en casa de la señora de Graville, y el niño, privado de la compañera de sus juegos, la echó mucho de menos. La condesa se informó, conoció la aventura, y sabiendo que Hérault estaba empleado en el taller, se propuso obligarle á cumplir con su deber. La dama era elocuente y sobre todo rica, de suerte que un dote de tres mil franco, ofrecido con oportunidad, puso en tan perfecto equilibrio el amor y la ambición del contramaestre. que al mes siguiente llevó á la hija de Gandon ante el alcalde de Saint-Aubin.

Al cabo de un año, dueño de un capital de seis mil francos, marido de una mujer activa y buena y padre de un robusto niño, á quien puso el nombre de Pedro, Hérault salió de Graville y se instaló en el Havre para explotar un generador de su invención que debia transformar muy ventajosamente las cal-

deras de vapor. El nórmando, ardiente para el trabajo y codicioso para el lucro, habia sido marcado desde su nacimiento con el sello que distingue á los predestinados á triunfar en todas las empresas, porque diez años después estaba instalado en París, y poseía en San Dionisio un vasto establecimiento metalúrgico. La revolución de 1848, que causó tantas ruinas, fué para Hérault ocasión de fortuna. Aprovechando la enorme baja de la renta, empleó en fondos públicos todo el dinero que tenía disponible. En 1852, después del golpe de Estado, realizó su capital y lo empleó en terrenos en los Campos Elíseos. Aquel antiguo obrero, con una intuición superior de las necesidades de lujo la clase media parisiense, habia adivinado que el nuevo régimen iba á favorecer la construcción de palacios suntuosos, y que, gracias á esto, la especulación aumentaría mucho el valor del terreno. Al mismo tiempo que dividía en lotes los que habia comprado alrededor del arco de triunfo de la Estrella, que debía vender á mil francos el metro, Hérault adquiría el hotel del Faubourg-Poissonnière, y se instalaba en él con su mujer y su hijo, que ya tenía veintiséis años.

Durante todo el Imperio los dos trabajaron sin descanso. Hérault (padre) no vivió más que para su industria, y la llevó al más alto grado de perfección. Sus inmensos talleres, donde hormigueaban mil ochocientos obreros en medio de un ruido infernal, eran una de las curiosidades de San Dionisio, y en la Exposición de 1867 el antiguo contramaestre fué nombrado oficial de la Legión de Honor. Entonces comenzaron á fermentar en su cabeza pensamientos de ambición, muy naturales en quien habia llegado tan alto por su actividad y su inteligencia. Hérault tuvo la ambición de querer tomar parte en el gobier-



no de sus pais. Hacerse elegir diputado por San Dionisio, era un juego para él, que sabia hablar su lenguaje á los obreros. Le bastaría manifestar su deseo para conseguir el éxito. Y entonces, ¿quién sabe? Quizás un ministerio: el de Trabajos públicos. ¡Y cuántas reformas útiles, cuántos reglamentos prácticos! Un socialismo sano, cuyo germen adivinaba en el soberano, y que debía asegurar al pueblo una era de trabajo fecunda en seguridad y en riqueza.

La guerra, estallando de repente, redujo á la nada estos admirables proyectos. El viejo Hérault, que creía en el triunfo de Francia, murió de la pena que le causó la invasión alemana. Aunque era un hombre fuerte, no pudo soportar la vista de sus talleres convertidos en parque de artillería y sus oficinas en ambulancias. Las altas chimeneas de la fundición, privadas de los negros penachos de la hulla, y el fuerte de la Briche, coronado por el blanco humo de la pólvora, le ofrecieron un espectáculo harto inesperado, y antes de la capitulación de París murió, dejando su fortuna á su viuda y su industria á su hijo Pedro.

Era éste por entonces hombre de cuarenta años. Había sido educado sin mimo, y bajo la mano dura del "patrón," como tenía la costumbre de llamar á su padre, había trabajado como el último de los dependientes. Se contaba ya por millones el capital de la casa, y el viejo Hérault no había cambiado en nada sus costumbres de industrial de menor cuantía. A decir verdad, no sentía la necesidad de cambiarlas; no tenía caprichos, y se obstinaba en la persecución de la fortuna, más que por nada, por obedecer á su idea fija de adquirir. El y su mujer Josefina se levantaban á las cinco de la mañana en verano y á las seis en invierno, y se acostaban casi con el sol. Dos



veces al año, el día del santo del año y el de Pascua, tomaban un palco en el teatro é iban á ver la obra más en boga.

Cuando en 1860 Pedro Hérault se casó con la hija de un rico fabricante de fideos, su padre no le dió dote, y exigió que habitara el piso segundo del hotel del Faubourg-Poissonnière. La existencia de esta familia alojada en aquella vasta vivienda, con cuatro criados, era todo lo más mezquina que se puede imaginar. Las dos señoras tenían cada cual su doncella. Una cocinera preparaba los platos que los dos matrimonios comían juntos, no en el espléndido comedor decorado con magníficas pinturas representando escenas mitológicas, sino en una pieza contigua á la cocina. El único criado varón era el cochero, que además de llevar á San Dionisio al padre y al hijo, cuidar el caballo y limpiar el coche, servía á la mesa.

Esta vida, á la que Pedro Hérault estaba acostumbrado desde su infancia, pareció pesada á su joven esposa. Salida de un convento, con una educación esmerada y con ideas sobre el mundo y la existencia, que no podían ser las de sus suegros, sus quejas encontraron eco en el corazón de su marido. También Pedro, más instruido que su padre y con el espíritu abierto á los progresos sociales, padecía en aquella mediocridad. Conociendo la fortuna adquirida, puesto que él mismo hacía el inventario todos los años, lamentaba la parsimonia paterna, pero no se atrevía á protestar de ella. La libre disposición de su sueldo y de las rentas del dote de su mujer le hubiera permitido proporcionarse algunos placeres, pero temía las reprimendas del viejo. Y los años pasaban monotonos, sin incidentes, sin emociones, en el trabajo siempre renovado y sin objeto, puesto que

estaba prohibido gozar de aquella riqueza que aumentaba cada vez más.

La señora de Hérault, la madre, habia encontrado un medio ingenioso y barato de ocupar la vida: se habia entregado á la pasión de las flores. Su marido le habia hecho construir en el fondo del jardín una estufa al mediodía, en la cual, con el cuidado y la paciencia de un aficionado holandés, cultivaba las especies más bellas y raras de flores. Por un rasgo de su carácter de aldeana, no habia querido dedicarse únicamente á la parte frívola de la horticultura, y delante de la pared de su estufa habia plantado cepas de viña que producian en julio admirables racimos de uvas. Esta fruta, triunfalmente servida como postres á Hérault, era una compensación de los módicos gastos que hacia su mujer. Lo útil salvaba, á los ojos de aquel trabajador, lo frívolo de este pasatiempo.

La mujer del hijo, que no era aficionada á la horticultura, se consolaba ocupándose apasionadamente de su hijo, al que engalanaba como al de un rey. No habia nunca trajes bastante bordados, ni gorras con demasiados encajes para Luisito, del fin de la casa Hérault-Gandon, que tenia una firma reconocida como de primer orden en el Banco, y que seguramente no gastaba cincuenta mil francos al año para vivir en un hotel que habia servido de teatro á las fiestas de la regencia. La joven aceptaba su mediocridad presente pensando en los esplendores que le ofrecia el porvenir. Demasiado buena para desear la muerte de su tiránico suegro, no podia, sin embargo, menos de pensar que no seria eterno, y comprendia que el día siguiente al del entierro todo tomaria en la casa un aspecto distinto. Pero el destino no le habia reservado esta tardía satisfacción, por-

que murió dieciocho meses antes que su suegro, dejando á su marido viudo con un niño de seis años que educar.

Por fortuna, estaba allí la abuela que, sin vacilar, se consagró á su nieto, flor más tierna y delicada que las que habia cultivado hasta entonces. Aquel vástago de una raza de obreros era endeble, como si la savia se fuese debilitando poco á poco á medida que los descendientes se afinaban. Pedro era ya menos vigoroso y menos fuerte para el trabajo que el anciano Hérault, y Luis era todavia menos robusto que su padre. Las abuelas tienen generalmente para sus nietos una ternura más apasionada y más indulgente que para sus mismos hijos. Parece que el corazón de las gentes, como el vino generoso, mejora y se dulcifica con el tiempo. Quizás también el fin de la vida que ya ven próximo les hace apresurarse á gozar de sus efusiones, y los besos que dan son tan tiernos porque podrian ser los últimos. La buena señora manifestó á su nieto un amor exclusivo y violento, que le hacia poner el mundo á los pies de aquel chicuelo de ojos azules y rubios cabellos. En cuanto á Pedro Hérault le trató con singular indiferencia. Vivía con él en absoluta comunidad de ideas. Se limitaba á decir "muy bien," á todo cuanto él proponía, porque aquel antiguo esclavo se habia metamorfoseado muy pronto en amo. Pero todos los cuidados, todas las atenciones, todos los pensamientos, todas las ilusiones eran para el niño.

Por otra parte, el padre no tenía ninguna necesidad de su madre. De la noche á la mañana se habia convertido en "Hérault-Gandon," en lugar de su padre: era el hombre, el jefe y podia mandar. No dejó de hacerlo. En poco tiempo cambió el aspecto de la casa. No hacia seis meses que su fundador estaba en



la tumba, cuando una turba de obreros invadió el hotel para volverlo al ser y estado en que lo dejó La Grimonière, cuando las ninfas de la Opera corrian con sus ligeros pies por las calles del jardín y se detenian en las grutas acompañadas de los Canillac y de los La Fare. Los maravillosos dorados del salón, deslucidos por un siglo de abandono, reaparecieron bajo la esponja de los pintores. Los pastores de encima de las puertas, limpios y barnizados, aparecieron otra vez en sus cuadros. Arrancando los papeles de una sala de billar se descubrieron admirables tapices de Beauvais, sobre los cuales habian pegado aquellos innobles estampados. Salieron de los graneiros muebles que habian sido relegados allí con desprecio para sustituirlos con el glorioso anacarado con bronce dorados del primer Imperio.

Hérault tuvo la suerte de encontrar un tapicero hombre de gusto que se esforzó en reconstituir un mobiliario digno del hotel. No hubo, pues, en los salones ninguna de esas tapicerías chillonas, ni esos pesados terciopelos de Génova que deshonoraron el mobiliario del segundo Imperio. Sedas antiguas de tonos deliciosos cubrieron los muebles y adornaron las ventanas. La caja de la escalera fué decorada con cuatro soberbios tapices de Lebrun, representando las batallas de Alejandro. El pasamano de hierro forjado, ennegrecido por el tiempo, fué hábilmente dorado de nuevo. En algunos meses el hotel del Faubourg-Poissonnière tomó un aspecto de lujo en relación con la fortuna de los que lo habitaban. Se duplicó el número de criados. Cuatro caballos dieron animación á las cuadras, y las cocheras recibieron elegantes carruajes. Los gastos de la casa se triplicaron desde el primer año, pero aun así no consumian la cuarta parte de los ingresos.

Hérault, que había comenzado temblando estas restauraciones, y que al acometer la reforma de la casa pensaba: "veremos cómo marcha esto," vió con satisfacción que sus "locuras," eran, después de todo, muy razonables, y que, lejos de detenerse, podía seguir adelante. Nada fué más grato á aquel hombre, privado hasta entonces de todas las satisfacciones del lujo, que el gozar de todos sus refinamientos. Poco á poco se fué entregando á la molicie. Ya no se levantó al amanecer, como su padre le había acostumbrado. Pertenecía á un círculo, y cuando trasnochaba, no podía menos de dormir por la mañana. Un subdirector y tres ingenieros habían sido encargados en los talleres del trabajo que su padre y él habían hecho cumplidamente durante tantos años. De este modo tuvo tiempo para aprovechar la existencia.

Después de un año de celibato halló en la orilla del mar una joven viuda, muy elegante y muy obsequiada, que le atrajo á su casa, y se encargó de completar su educación mundana. Allí encontró una sociedad de hombres y mujeres, cuyo único objeto era el placer. Con un poco de experiencia hubiera comprendido desde luego que si los hombres tenían un valer incontestable y una honradez perfecta, las mujeres eran casi todas la virtud dudosa y antecedentes equívocos. El no vió más que lo grato de la compañía y pagó espléndidamente el lujo costoso de la que le proporcionaba tantas satisfacciones. Si por un lado gastó más dinero, por otro ganó menos; porque en la industria nada reemplaza al ojo del amo. Pero se conformó fielmente á la moral de los filósofos mundanos que han decidido que, puesto que no se sabe lo que hay después de la muerte, el hombre prudente debe hacer la vida lo más agradable posi-

ble. Este materialismo elegante y disipador hubiera estremecido al viejo Hérault, que calificaba de prodigalidad todo gasto inútil. Pero mientras su hijo daba aire al dinero, el creador de la fortuna dormía en el panteón de la familia.

Sin embargo, Pedro Hérault no era más que un vividor á medias, y si no continuaba la obra de su padre tampoco la comprometía. No se enriquecía, pero no se arruinaba. Se comía buenamente sus ingresos, y aunque parecía que tiraba la casa por la ventana, era aún bastante prudente. Su hijo Luis debía serlo menos. Dominado desde niño por el gusto del lujo, iba á realizar el verdadero vividor que no había podido ser su padre.

Desde que llegó á la edad de la razón, demostró una vocación marcada por todo lo que costaba dinero y un disgusto profundo por todo lo que lo producía. A los dieciocho años había sido imposible hacerle sufrir un solo examen, aunque era inteligente y habían sido necesarias muchas recomendaciones para hacerle admitir el voluntariado. La abuela, al ver marchar al adolescente que parecía una niña, y á quien en veinticuatro horas iban á transformar en húsar, lloró lágrimas más amargas que cuando perdió á su marido. Se paseó como un alma en pena por su gran casa, que le parecía vacía desde que Luis no estaba en ella, y hasta el cultivo de sus flores le fué indiferente. Al cabo de una semana no pudo aguantar más, y marchó á Evreux, donde estaba de guarnición el regimiento de su nieto y se instaló en la fonda.

Pero, aunque no tenía nada de exigente, se encontró allí tan mal que buscó en los alrededores una casa donde pudiera vivir cómodamente durante los doce meses que debía durar "el martirio del niño." Pero la presencia de su abuela no convenia al nieto,



que habia encontrado en su regimiento alegres camaradas. Todos aquellos húsares, voluntarios de un año, eran gente de buen humor y en las horas que el servicio y la instrucción les dejaban libres habian organizado, entre diez ó doce de los más ricos, una especie de casino, donde fumaban, comian, bebian, jugaban y algo más que les hacia pasar agradablemente las horas. Algunas muchachas bastante bonitas, halladas en la población por aquellos sabuesos que prometian mucho para el porvenir, les ayudaban á pasar la vida y nunca fué menos urgente la presencia de una abuela, que pareció á Luis la de la suya.

Su primer impulso fué enviarla á París. Pero no se libra uno tan fácilmente de las personas que le aman. Por más que el húsar trató de explicar á la buena señora que estaba bien de salud, que todo iba perfectamente y que para nada la necesitaba, no pudo persuadirla de que ella no le necesitaba á él. Entonces se dedicó él también á buscar una residencia que no estuviera muy cerca de la ciudad, y descubrió un castillo delicioso situado en Boissies-le-Roy, entre los bosques de Pacy y Breteuil, á orillas del Eure. Su propietario consentia en alquilarlo por un año, y luego habia posibilidad de comprarlo si convenia. El húsar, que tenia no poca malicia, añadió que deseaba que la finca tuviese buenas estufas, cuya prueba de cariño arrancó lágrimas á su pobre abuela. Boissies está situado sobre una colina á tres lenguas de Evreux. Desde las ventanas del castillo se veía la ciudad. Luis enseñó á su abuela la veleta de la catedral, y la dijo:

—Desde aquí, con un anteojo, verás el techo del cuartel; estaremos juntos, y al menos, vivirás al aire libre. Con buenos caballos en tres cuartos esta-

rás en la ciudad, y los domingos te vendré á ver con mis amigos.

La señora de Hérault alquiló Boissise, llevó de París su cochero, sus carruajes, sus criados y los muebles necesarios para arreglar las habitaciones un poco dismanteladas del castillo, y acabó por encontrarse en él perfectamente. Las estufas le gustaron, tanto por sus antiguas aficiones, como por haberlas designado Luis como su ocupación en aquella temporada. El, entre tanto, cercenaba todo lo que podía sus horas de servicio y de estudios militares, gracias á la complacencia de los sargentos, obsequiados continuamente con cigarros y dinero. Y los días de guarnición pasaban rápidos entre partidas de juegos y fiestas en el *Café de París*.

Habia en la Boissise un vedado de caza, y cuando llegó el mes de Agosto, Pedro Hérault, que durante seis meses se había hecho el sordo á las invitaciones de su madre, se decidió á ir. El país le pareció delicioso, y sintiendo repentina afición al campo y á los bosques, declaró que parecía allí todo el otoño. Evreux estaba á dos horas de París, y, por lo tanto, encerrarse en Boissise no era irse al desierto. Se dispuso á vivir en grande, y produjo una agitación extremada en aquel apacible rincón de provincia. Aconteció que por sus relaciones de círculo conoció á algunos oficiales, y éstos llevaron á su casa el resto de la plana mayor, de suerte que en los salones de Boissise resonó á todas horas el ruido metálico de las espuelas.

Pero el elemento femenino, representado por la señora de Hérault, pareció insuficiente, y algunas invitaciones hábilmente repartidas, atrajeron allí á las esposas é hijas de los vecinos de las cercanías, con lo cual las recepciones del Boissise comenzaron

á ofrecer un conjunto aceptable. La abuela gustó por su encantadora cordialidad, y el hijo por su sencillez. En cuanto al nieto estaba con más frecuencia en el castillo que en el cuartel, aunque algún tanto cohibido por la presencia de sus oficiales, por más que fuesen los invitados de su padre, porque el prestigio del galón adquirido en muchos meses de obediencia no se desvanece en algunas horas de familiaridad.

Pedro Hérault, que desde que apareció en el mundo elegante, había aprendido á montar á caballo, hubiera querido organizar cacerías en grande escala. El bosque abundaba en piezas propias para ello y el terreno arenoso se prestaba admirablemente, pero, además de que la estación no era favorable, faltaba jauría, y hubo que contentarse con algunas cabalgatas, á que los oficiales de húsares daban una animación extraordinaria.

Luis, que era un jinete de primer orden, se mantenía sistemáticamente lejos de sus jefes en aquellas carreras en que le hubiera sido fácil triunfar, gracias á los caballos de pura sangre que montaba. Pero con un tacto exquisito evitaba hacer sombra á los que, cortesés en Boissise, podían mostrarse severos en Evreux. Partía con todos con su uniforme de simple soldado para no deslumbrar á ningún subteniente con la elegancia de su traje, y después de cinco minutos de galope dejaba el grueso de la cabalgata seguir su camino, y él se internaba en el bosque, donde se apeaba, y sentado á la sombra de los árboles pasaba largas horas contemplando el paisaje y descansando con delicia de los placeres agitados de su vida ordinaria. Aquella naturaleza dulce, tierna y un tanto indolente hubiera podido con facilidad encaminarse al bien. Hubiese bastado una influencia firme y constante para hacer de aquel muchacho de



veinte años, ya impulsado por las malas compañías, un hombre agradable y bueno, en vez del calavera inútil para los demás y peligroso para sí mismo que prometía ser. Pero esta influencia su abuela no tenía bastante autoridad intelectual para ejercerla, y su padre estaba demasiado ocupado en desquitarse de sus forzosas austeridades de cuarenta años para dirigir con perseverancia otra existencia que la suya.

Un día, después de un almuerzo en las ruinas de una antigua abadía muy conocida de los arqueólogos con el nombre de Saint-Wulfrand, Luis se había separado de sus compañeros, y á eso de las cuatro de la tarde regresaba solo al paso de su caballo en dirección á Boissise. Todo el día le había preocupado una demanda de dinero bastante fuerte que tenía que hacer á su familia para pagar deudas de juego. Después de dar mil vueltas alrededor de su padre había decidido confiarse á su abuela. Iba con esta intención mordiendo un cigarro y pensando que sólo le faltaban dos meses para terminar su servicio y volver á París á vivir alegremente, cuando al pasar por delante de un camino de travesía, oyó una voz clara que le llamaba. Se detuvo y vió á unos doscientos metros una persona que en pie al lado de un carruaje le hacía señas para que acudiese. Entró en el camino, en que el paso de la carretas cargadas de madera había abierto profundos surcos, y en algunos segundos estuvo al lado del que pedia auxilio.

Este era un muchachuelo de unos catorce años, rubio, delgado, cargado de hombros, y vestido con una blusa de lienzo, un pantalón que le llegaba más abajo de la rodilla, polainas de cuero y un sombrero de fieltro gris. La *charrette* inglesa, tirada por una jaca, que había metido imprudentemente en aquel atolladero, había perdido una de las ruedas y estaba

volcada en el barro. El muchacho habia tratado en vano de levantarla, y en vista de que no podia conseguirlo, comenzaba á desenganchar la jaca, cuando apareció Luis en el sitio de la catástrofe.

—¡Eh, militar! ayúdeme usted un poco—exclamó con acento imperioso.—Yo no puedo levantar el carruaje ni desenganchar el caballo.

—Porque lo haces todo al revés —dijo Luis echando pie á tierra.

—Veremos si usted que critica lo hace mejor—contestó el muchacho mirando al húsar con sonrisa burlona.

—No será muy difícil—contestó Luis tranquilamente.

Recogió la rueda que se habia desprendido, vió que no estaba rota, y cogiendo con las manos el extremo del eje, le sacó del bache. La jaca, que era pacífica y estaba cansada, no hizo ningún movimiento.

—Necesitaría algo para sostener el eje—dijo Luis.

Y reparando en un montón de leña seca, añadió:

—Traéme esas ramas.

El chico cogió un haz de ramas y lo acercó, encorvado por el peso. El esfuerzo que tuvo que hacer fué causa de que se le cayese el sombrero, y Luis vió con asombro que los cabellos rubios del mocito estaban sujetos sobre su cabeza por una peineta de mujer. Recogió el sombrero que habia rodado á sus pies, y dijo sonriendo é inclinándose ligeramente:

—Perdone usted, señorita. Si hubiera sabido con quien trataba, no me hubiese permitido hablarla con tanta familiaridad.

—Vaya, siga usted. Sin este estúpido sombrero no hubiera usted sospechado que yo soy una mujer.

Supongamos que no se ha caído, y prosigamos nuestra tarea.

Luis metió el eje en el cubo, lo sujetó con la mitad de la clavija rota, y dijo después de hacer girar vigorosamente la rueda para asegurarse de que funcionaba bien:

—Ya está. Si usted quiere subir le acompañaré hasta salir al camino llano.

—No quisiera que se alejara usted del suyo.

—Voy á Boissise, donde vivo.

—¿Entonces es usted Luisito Hérault?

Luis miró con sorpresa á la que le trataba con tan extraña confianza. La vió flaca, pálida, un poco contrahecha, de rostro enfermizo, en el que brillaban dos ojos grises chispeantes de malicia. No representaba más de quince años. Había cogido las riendas con sus manos secas y diáfanas, y procuraba arrear á la jaca, que no mostraba grandes deseos de emprender la marcha.

—Oiga usted, húsar--dijo la muchacha, dando á Luis la fusta,—de usted un par de latigazos á mi caballo.

—Haré una cosa mejor—contestó Luis.

Y enrollando la rienda de su caballo al brazo izquierdo, empujó vigorosamente el ligero carruaje, y lo puso en movimiento. Los dos siguieron su marcha durante algunos minutos, y al llegar al camino transversal, dijo la joven:

—Ya estamos en el puerto. Ahora no me falta más que dar á usted las gracias por el favor...

—No vale la pena.

—Sí; ha trabajado usted terriblemente. Pero... ¿qué no se hace por la hermosura? ¿No es verdad? —prosiguió con ironía.—Y la verdad es que ni siquiera me ha preguntado usted quién soy. No se pasa usted de galante.



—Soy discreto.

—O no tiene usted interés en volver á verme.

¡Lo comprendo!

Y en su rostro se dibujó una sonrisa de niña ya desilusionada.

—Pues no le vale á usted su reserva—continuó.

—Vivo á una legua de distancia de su casa de usted, y me llamo Emilia... Mi padre es el señor de Lereboulley, el senador... un hombre grueso y muy amable, que acompaña siempre á una señora hermosa...

Luis miró con curiosidad á la joven.

—¿Su madre de usted?—preguntó,

Una nube pasó por la frente de Emilia, su fisonomía revistió cierta dureza, y dijo con voz ronca y temblorosa:

—¡Mi madre ha muerto!

Inclinó la cabeza en señal de despedida, y dando un latigazo á la jaca, se alejó. Luis la siguió con la vista durante unos minutos asombrado de aquella mezcla de ironía y sensibilidad. Luego montó otra vez á caballo, y se encaminó á su casa.

El señor de Lereboulley era efectivamente muy amable. Los huéspedes de Boissise pudieron verlo al día siguiente que fué á dar las gracias por el servicio que Luis había prestado á su hija. Emilia no pareció. El senador, desde el primer día, se entendió admirablemente con Pedro Hérault. Los dos se reconocieron como formando parte de una especie de framaconería del placer. Al cabo de algunas semanas eran dos comprades. Lereboulley, hombre de cincuenta años, alto y grueso, tenía el rostro afeitado como un cura. Hablaba fácilmente con acento normando bastante pronunciado. Desde hacía muchas generaciones, su familia tenía gran influencia en el departamento del Eure, y bajo el Imperio se había

entablado una lucha memorable entre el padre del senador actual, abiertamente orleanista, y el prefecto, que era un majestuoso funcionario de los más enérgicos. Los Lereboulley no fueron vencidos sino con gran trabajo. El departamento, colmado de favores, se dejó adormecer y triunfó el candidato del gobierno. Pero, bajo la República, Lereboulley recobró toda su fuerza y la ciudad de Evreux era su feudo. Había sido nombrado senador, uno de sus sobrinos era diputado, y con el escrutinio de lista eran poco menos que dueños del país. Lereboulley, persona de ideas profundas, bajo apariencias ligeras, era uno de los grandes hombres de negocios, con quienes la Bolsa se veía siempre obligada á contar. Gerente del Banco, administrador del Camino de Hierro del Mediodía, disfrutaba una posición excepcional bajo el punto de vista político y financiero.

Viudo, con una hija á quien adoraba tanto más tiernamente cuando más trabajo le había costado educarla, no quiso nunca volver á casarse, aunque se vió muy solicitado. No pudo soportar la idea de dar madrastra á Emilia, débil y enfermiza. "Si tengo otros hijos, pensaba, vigorosos y sanos, mi pobre desgraciada se verá preterida, tal vez despreciada; no quiero que tenga rivales, ella será sola y soberana en mi casa.", Y había resistido todas las insinuaciones que se le hacían para apoderarse de su mano derecha. El amor era su pecado, y como había dicho su hija, siempre se le veía acompañando á alguna mujer hermosa. El salón de la viuda que embellecía la vida de Pedro Hérault, ofrecía, por su composición, grandes atractivos á esta mariposa senatorial, y la intimidad de los dos hombres se estrechó cada día más. Hicieron juntos algunos negocios. Hérault



tomó parte en diversas combinaciones financieras de Lereboulley, y Lereboulley creó una sociedad para explotar los talleres de Hérault.

Los hijos habían seguido el ejemplo de sus padres. Sincero y sólido afecto, sin miras de matrimonio, existía entre aquel guapa muchacho y la joven Emilia. Se habían sentido atraídos uno á otro; ella por el buen aspecto y la juvenil alegría de Luis, y él por la degradación física y la amarga concentración moral de la muchacha. Ofrecían entre sí el contraste más completo, y ésta fué la base indestructible de su amistad.

La señorita de Lereboulley, por otra parte, experimentaba un vivo placer en frecuentar la casa de Hérault, á causa de la abuela. Aquella niña, ávida de ternuras femeninas, adoptó á la anciana. Por ella modificaba sus arranques de muchacho, y se convertía en mujer. Ya era hora de que fuese voluntariamente á ocupar un puesto en el hogar, porque Luis, siguiendo el ejemplo de su padre, había levantado el vuelo, lanzándose á la gran vida. ¡Pero con qué superioridad en el arte de tirar el dinero por la ventana! Entre Hérault y su hijo había la misma diferencia que entre la diligencia y el camino de hierro. La una recorría tranquilamente sus tres leguas por hora envuelta en una honrada nube de polvo; el otro devora el espacio con un estrépito infernal envuelto en llamas y en humo. En tres años Luis había consumido la herencia de su madre, y se preparaba á enriquecer con su firma á todos los usureros de París, cuando en cinco minutos un ataque de apoplejía le puso en posesión de la fortuna paterna. Al volver de una fiesta con Lereboulley, Hérault sintió la cabeza pesada. Se quejó á su criado de desvanecimientos, y al día siguiente lo encontraron muerto en su cama.



La mañana del día en que delante de la puerta cochera del hotel Hérault-Gandon colgaban los paños mortuorios, dos horas antes de que el carro fúnebre llevara á su última morada al hijo del contra-maestre de la fundición de Graville, un carretón de mano se detenía en aquel sitio y dos mozos descargaban en la acera un modesto mobiliario. El portero les dijo con disgusto:

—¡Siento que vengan ustedes hoy!

—Es día 15—respondió uno de los mozos.—El muerto es el que no está en su derecho.

—¡Es el propietario!—interrumpió severamente el portero.

—¡Razón de más!—dijo el otro encogiéndose de hombros.—Un propietario que se va el día del vencimiento de los alquileres hace una tontería.

—Vamos, suban ustedes los muebles antes de que bajen el cadáver.

Y en tres viajes terminó la tarea.

A eso de las diez, cuando los parientes, los invitados y los obreros que acudían á los funerales llenaban la calle, una joven se adelantó por entre los grupos mirando al número de la puerta, como si los paños de luto hubieran desfigurado la casa en términos de que no la reconociera. Después de cerciorarse de que había llegado á su destino, hizo un ligero movimiento de espanto, y luego, pasando gravemente al lado del catafalco, cubierto de ramos y coronas, cuyos perfumes, desarrollados por el calor de las luces, se exparcían violentamente en la atmósfera, dobló la rodilla, rezó una corta oración y se alejó. Era Elena de Graville, que en el momento en que Pedro Hérault salía de la casa acababa de entrar en ella.

No conocía ni siquiera de nombre á aquel hom-

bre, á quien su abuela habia hecho hijo legítimo por medio del casamiento de Filipina. La condesa habia olvidado pronto el beneficio y á los que lo habian aprovechado. Su hijo habia sucedido á su padre en la explotación de la finca y de los talleres. Contrajo matrimonio, y tuvo una hija: Elena. Por un contraste muy frecuente en este siglo de actividad febril y de lucha implacable, al mismo tiempo que aumentaba la fortuna del antiguo obrero disminuía la del que habia sido su patrono, casi su amo. El Glaudier, dirigido por un gerente incapaz, habia costado dinero en lugar de producirlo, y hubo necesidad de vender aquel establecimiento que era una carga pesada. El señor de Graville, para ponerse á dote, intentó algunas especulaciones ventajosas, pero la guerra habia dado un golpe funesto á sus empresas, y hacia 1875, la finca de Graville, abrumada de hipotecas, fué comprada á vil precio por un banquero de Dieppe.

El señor de Graville, calurosamente patrocinado por amigos influyentes, obtuvo una administración de Hacienda bajo el gobierno del mariscal Mac-Mahon; pero arrastrado por el desastre del 16 de mayo, se encontró en París sin recursos y sin protectores. Desesperado por su caída, y no pudiendo acostumbrarse á la mediocridad, tomó el poco dinero que le quedaba y se embarcó para Tejas, resuelto á encontrar en aquel país, fecundo en riquezas y peligros, la muerte ó la fortuna rápida. La muerte fué más fácil de encontrar que la fortuna. El aventurero no habia vuelto, y su viuda se veía obligada á buscar trabajo para vivir.

Elena, de edad de dieciséis años, habia demostrado en circunstancias difíciles una admirable firmeza de carácter y una rara presencia de ánimo.

Viendo á su madre abrumada por tantos infortunios, hizo ella por sí misma todas las reformas que exigía su nueva existencia. La única criada que las servía fué despedida y un cuartito de dos piezas en la calle de Clery reemplazó á la habitación en que hasta entonces habian vivido. En una tienda de modas halló trabajo, y desde la mañana á la noche cosía con una rapidez asombrosa. Aquella niña, nacida para la riqueza, era una trabajadora intrépida, y el trabajo cundía en sus manos, como si un hada invisible la ayudase por misteriosos encantamientos. Su madre no sabia más que llorar su fortuna perdida y lamentar su triste porvenir. Elena decia sonriendo resignada:

—Verdaderamente nuestra suerte no es brillante; pero parecería envidiable á otros muchos. Los desgraciados deben mirar siempre abajo, y viendo otros más miserables, ven que no salen tan mal librados.

La madre replicaba.

—Eso es fácil para tí que aún eres una niña y desconoces la vida; pero yo que he conocido tiempos más prósperos, ¿cómo no he de quejarme? ¿Qué porvenir se me ofrece? Que tú caigas enferma y nos veamos sin recursos, porque yo dependo de tí.

La joven sonreía y contestaba moviendo gravemente la cabeza:

—En primer lugar, yo no quiero estar enferma.

—¡Tú no quieres!—decía la madre con desaliento.—¡Si bastase querer, qué fácil sería todo!

—Y basta, en efecto—repetía Elena con un ligero fruncimiento de cejas que daba á su rostro una singular expresión de energía.—Puede uno mucho por sí mismo, pero se necesita una voluntad de todos los instantes, no una voluntad de cinco minutos.



—¿De dónde sacas esa seguridad?—preguntaba la señora de Graville un tanto molesta por aquel optimismo ciego.

—No lo sé—decía cándidamente Elena.—Está dentro de mí. No puedo pensar de otro modo, y quiero proceder en conformidad con mis ideas.

—¡Quiero, quiero!—repetía la viuda con melancolía.—Hasta el rey dice: "Queremos..."

—¡Porque tiene ministros!—exclamaba Elena abrazando alegremente á su madre.—Pero yo no los tengo, y soy más libre que él.

Y volvía con nuevo ardor al trabajo.

La señora de Graville había tomado la costumbre de llamar á su hija la *Señorita quiero*. La reprendía dulcemente, pero en el fondo se sentía impresionada por la firmeza de aquella niña. Sentía palpar en ella un alma superior, y se abandonaba á su dirección con la confianza de los seres débiles. No tenía motivo para arrepentirse. En dos años su situación había mejorado hasta el punto de haber en la casa cierto bienestar. Las tiendas de modas para las que trabajaba procuraban atraerla. Más de una vez se la propuso que entrase como primera oficiala, pero este estado de semidomesticidad le disgustaba. Y además hubiera tenido que dejar todo el día sola á su madre. La viuda, ni moral ni físicamente podía soportar la soledad. Su salud quebrantada exigía la presencia de Elena. Sentada delante de su ventana, movía todo el día la aguja, oyendo subir hasta ella el murmullo de la calle. Por la noche encendía la luz, y en la pequeña habitación que las servía de comedor proseguía su trabajo. Su madre dormitaba sobre el tar y se dormía. Elena entonces se sentaba allado de la cama y leía hasta ver enteramente dormida á su madre. La viuda solía decir en sus momentos de buen humor:

—Hemos trocado los papeles. Tú eres la madre. Yo soy una niña vieja que tuviste cuando eras pequeña.

Y era efectivamente una niña, á la cual era preciso sacrificar el presente y el porvenir. Si Elena hubiera tenido la libertad de sus acciones; si en lugar de verse sujeta hubiera sido ayudada, probablemente hubiese hecho fortuna en el comercio. Su actividad tranquila y la risueña confianza que manifestaba la hacían ganar todas las simpatías. Al verla se comprendía que era alguien. Linda como era, no podía menos de gustar, y entre las proposiciones deshonorosas que se la dirigían recibió una formal y digna. El dueño de la gran tienda de lutos *La Siempreviva* se quiso casar con ella. Era un hombre de cuarenta años, bastante feo, pero muy inteligente y muy rico. Elena, á pesar de los consejos de su madre, que presentía un porvenir desahogado y tranquilo, rechazó aquel partido. Prefería permanecer soltera á casarse con un hombre á quien no amaba. Su madre tuvo un verdadero disgusto. El dueño de *La Siempreviva* le gustaba.

—Ya que tú no obedeces más que á tus caprichos —la decía— con él podrias satisfacerlos. Ese hombre seria tu esclavo.

—Valiente cosa, si me es indiferente. Yo no tengo gusto en hacer mi voluntad, sino por el bien de los que amo.

Así continuó la existencia de las dos mujeres durante tres años, exenta de preocupaciones y de acontecimientos, formada de días iguales unos á otros, ocupada por el trabajo y llena por el cariño. Una catástrofe rompió aquella feliz monotonía. La señora de Graville murió repentinamente á consecuencia de la rotura de una aneurisma, y sin preparación algu-

na Elena quedó sola en el mundo. Durante una semana, la valiente joven estuvo anonadada. Su firme razón parecía desmayar. Su padre había muerto lejos de ella, y por mucho que sintiera su pérdida, el golpe no había sido tan directo como el que entonces sufría. La pobre mujer cerca de la cual había vivido desde su nacimiento con una confianza absoluta le era arrebatada repentinamente. Todos los lazos de carne que unían aquella hija tan cariñosa á su madre se desgarraron, causándola un terrible dolor físico. En un instante Elena vió su porvenir como un abismo negro y vacío. Experimentó una sensación de vértigo, y permaneció solitaria llorando en su cuarto.

Pero aquel abandono de sí misma no debía ser de larga duración. Cuando la joven recobró el dominio de su espíritu no pudo soportar la existencia en la casa donde á todas horas buscaba á su madre. Y por este motivo entró enlutada en la del Faubourg-Poissonnière el mismo día en que Luis acompañaba á su padre al cementerio.

Hay secretas simpatías que nacen de una conjunción fortuita entre dos pensamientos alegres ó tristes. La ventana de Elena daba sobre el patio grande, y todos los días veía pasar al joven enlutado como ella. Esta identidad de situación moral; esta igualdad de desgracia entre el hijo de familia rica y la joven pobre, atrajo sobre Luis la atención simpática de la señorita de Graville. Era la primera vez de su vida que ponía los ojos en un hombre.

Durante los seis meses que siguieron á la muerte del señor de Hérault, la existencia de Luis fué la más regular del mundo. Parecía tocado de una gracia inesperada. Vivía al lado de su abuela, almorzaba con ella, iba á San Dionisio al gabinete de su pa-



dre, vigilaba los trabajos de la fábrica, volvía á comer y casi siempre pasaba la velada con la anciana y con Emilia Lereboulley, cada día más asídua y cariñosa con su amigo. Por la mañana y por la tarde Elena, sentada delante de su ventana, veía á Luis. No sabía ni siquiera su nombre, porque para alquilar la habitación se había entendido con el administrador de los bienes de familia Hérault. El tío Anselmo fué el que por casualidad la dió algunas noticias. Supo al mismo tiempo que el joven era muy rico y no demasiado juicioso.

La distancia entre la simple obrera y Luis Hérault era tan grande, que Elena se sintió tranquilizada, y se dejó llevar libremente del placer de pensar en aquel guapo muchacho que, al decir del portero, era un calavera. Sin embargo, este hombre debía exagerar grandemente, porque la existencia de Luis parecía ejemplar. Salía y volvía á las mismas horas, exacto como un reloj. Su aspecto era siempre dulce y triste, y nunca le abandonaba aquel aire afectuoso con que había nacido, y que, á pesar de sus defectos, le debía valer en la vida tantas simpatías y tanta indulgencia.

Durante los primeros meses de tristeza y de dolor había cumplido sinceramente el propósito de modificar sus costumbres y hacerse tan formal como hasta entonces había sido ligero. Tenía veitiséis años. ¿No se había divertido bastante, y no podía consagrarse á los negocios como hasta entonces se había consagrado á los placeres? ¿No era interesante dirigir la marcha de aquella gran fundición de San Dionisio, donde dos mil obreros trabajaban con fecunda actividad en medio de un ruido infernal? ¿No estaba interesado en diez empresas dirigidas por Lereboulley? Y su vida, ¿no sería enteramente absorbida por los cuidados de estos grandes intere-

ses? Bastaba querer, porque tenía bastante inteligencia para desempeñar su tarea. Los jefes de los diferentes servicios de la fábrica experimentaron al ver su celo un vivo movimiento de alegría creyendo haber recobrado un patrón. El empeño que pusieron en secundarle animó á Luis, y prolongó su buena resolución algo más que si hubiera estado entregado á sí mismo. Al cabo de seis meses, cansado de trabajo y de reclusión, Luis reapareció en el círculo. Allí fué acogido con demostraciones afectuosas que le retuvieron, y solicitado en sentido contrario por el placer y el deber, se dejó arrastrar por lo que para él era más agradable.

Desde aquel día la señora de Hérault comió casi siempre sola con Emilia Lereboulley, y Elena no tuvo con tanta frecuencia ocasión de seguir con los ojos al joven á las mismas horas del día. La primera vez que no fué á comer, ella se olvidó de comer también. Inclínada sobre la repisa de la ventana, con la aguja olvidada en la falda, permaneció esperando oír los pasos sonoros que conocía desde lejos. Poco á poco se hizo de noche, los cristales del hotel se iluminaron, entró en el patio el carruaje de Emilia y luego comenzó en los corredores el movimiento del servicio. Dieron las ocho en la iglesia de San Eugenio, y con el corazón oprimido, Elena pensó: "¡No viene!", Exhaló un suspiro, y cerró la ventana, triste como si hubiera perdido un amigo.

## III

La fiesta del conde Woreseff no defraudó las esperanzas que habia hecho concebir. En el jardin del hotel de los Campos Elíseos, fantásticamente iluminado con luz eléctrica, circulaba una multitud alegre y animada en medio de una atmósfera embriagadora formada del perfume de las flores y del olor particular de las mujeres. Cercada de una triple fila de espectadores algunas parejas bailaban al son de la orquesta oculta en un tablado entre ramaje, que dejaba caer misteriosamente las ondas sonoras de la música. En la galeria que rodea todo el primer piso se juntaban grupos que contemplaban el cuadro pintoresco formado por las intrigas que mezclaban los brillantes dominós de las damas con los fracs negros ó encarnados de los hombres. Dominando el ruido de los instrumentos se elevaba á veces el murmullo de las voces, y se oían sonoras y cristalinas risas, alegre sonata de aquella noche de placer. Por la escalera de madera tallada, espléndidamente decorada con cuadros de Baudry subia una turba de curiosos, ávidos de visitar las lujosas habitaciones particulares del conde.

Todo estaba abierto en el hotel, maravilla de instalación, desde el vestíbulo del Renacimiento con paredes de mosaicos de Florencia, hasta el dormitorio festivo Luis XV, cuyo techo luminoso es célebre



en el mundo de la galantería. Los invitados podían entrar en todas partes. El gran señor ruso había dicho á sus amigos: "Esta noche están ustedes en su casa," y con el fausto hospitalario de un sátrapa de Oriente, había puesto á su disposición todo cuanto poseía. El no era en su casa más que el convidado de los huéspedes que le habían pedido que diera la fiesta. Había convidado á todo lo que existía en París de amable, de ilustre, de encantador. No había hecho más que una excepción, ni proscrito más que una persona: el duque de Bligny, que dos años antes le había quitado su mujer.

—Y esto—dijo—no es porque me haya privado de la condesa, sino porque en el duelo que siguió á esta aventura me pegó un balazo en la pierna, que me hará cojear toda mi vida. Una mujer se reemplaza, una pierna no.

Todos los grandes *clubs* habían enviado sus socios más distinguidos, y algunas caretas de terciopelo, levantadas á causa del calor, dejaban adivinar bajo los encajes de los capuchones los lindos rostros de encantadoras actrices. La prensa estaba representada por una docena de periodistas escogidos entre los que tienen talento y conciencia. Adosado á una columna de mármol, el maestro del teatro contemporáneo, con su elevada estatura, su ancha frente coronada de cabellos rebeldes y su largo bigote gris, escuchaba con sonrisa burlona á dos mujeres jóvenes que le consultaban sobre un caso grave de conciencia. Un poco más lejos, delgado y pálido, con su perfil á lo Bonaparte, el único escritor que puede luchar en celebridad y en éxito con que el gran paradógico, derramaba en medio de un círculo de oyentes un diluvio de frases ingeniosas.

El sucesor de los maestros flamencos, tan peque-

ño por la estatura como grande por el talento, acariciaba su larga barba, escuchando al ilustre músico Vagnot, que, con acento inspirado, hablaba de pintura, levantando su cabeza de apóstol y confirmando su competencia universal. Una joven bailarina de la Opera, cuyo renombre cuidadosamente cultivaba por un banquero amigo de las artes comienza á igualar á los de las primeras estrellas, se habia cogido del brazo del joven director de la Comedia Francesa, á quien agasajaba como si aspirase al título de socia. El, sonriendo, elogiaba maliciosamente la coreografía italiana, y recibía ligeros abanicazos cuando ponía por las nubes á la Cornalba. El principe de Clavan, el árbitro de todas las elegancias, paseaba del brazo un dominó herméticamente cerrado, y movía riendo su cabeza blanca cuando le preguntaban: "¿Quién es?" Una dama de la alta sociedad le habia dicho: "Preséntemela usted." El hizo un gesto de terror, y respondió en voz baja: "Imposible, es *Grille d'Agout*."

Las habia, en efecto, de todas clases y para todos los gustos en aquella fiesta á que habian podido acudir á favor de la máscara las duquesas y las cortesanas. A la entrada no se pedían más que las invitaciones de los caballeros. El incógnito de las mujeres habia sido escrupulosamente respetado. Y en conciencia, Woresseff no hubiera podido decir quien estaba ó dejaba de estar en su casa. Justamente, esta promiscuidad del vicio y la virtud, de la alta nobleza y de la clase ínfima, era lo que habia excitado tantas curiosidades.

Retirado en un pequeño salón oriental, decorado de panoplias circasianas de gran mérito, Lereboulley se habia sentado á una mesa de juego con Sir James Olifant Bramberg y Selim Nuño, con quienes habia

entablado una partida de poker. La bella Diana acababa de coger el brazo de Clemente Thauziat para dar una vuelta por las habitaciones, y el senador, tranquilo, viéndola acompañada de tan temible guardián, se había creído en el caso de ganar algún dinero á sus colegas de la Banca extranjera. En la primera media hora que permaneció allí nada turbó su tranquilidad, y su semblante de cura expresaba la satisfacción más completa, cuando entró en el salón una pareja, que se detuvo á dos pasos de la mesa. La mujer, pequeña y delgada, vestía un dominó de raso blanco mate guarnecido de admirables *valecienes*. El caballero era Luis Hérault. El senador levantó los ojos, y dijo al joven.

—¿Ya hemos pescado? Usted no se descuida...

—Si yo acompaño á esta dama—respondió Luis tranquilamente—es por servir á usted.

—¿La conozco yo?

—Usted las conoce á todas.

—Veamos.

El banquero se puso en pie dejando de jugar, y se disponía á levantar la barba de encaje de la careta, cuando la desconocida, colgándose de sus hombros, le aplicó un beso en cada mejilla.

—¡Eh! ¿Qué tal?—exclamó alegremente Luis.—Esto es amor, ó yo no sé lo que me pesco.

El dominó dió un salto atrás, dejó escapar una estridente carcajada que nubló la frente de Lereboulley, y cogiendo otra vez el brazo de su caballero, se alejó rápidamente.

—¿Juraría que es esa loca de Emilia!—murmuró el senador, siguiendo á la mujer con la vista.

Se encogió de hombros con indiferencia y volviendo á sentarse prosiguió su partida. Era Emilia, en efecto, que desde una hora antes circuiaba de



grupo en grupo, acompañada de Luis, diciendo epigramas, dando bromas ingenio y derrochando con largueza el tesoro de su ingenioso. Ya se había formado círculo de curiosos alrededor suyo porque Emilia discretaba con una de las más finas espadas del mundo literario. Fingiendo la voz, bromeaba con una tranquilidad deliciosa. Nada de brutal ni violento: una conversación elegante y culta, en la que las réplicas oportunas brotaban espontáneas y menudeaban como los cohetes en un día de fiesta. Luis, encantado, participaba de rechazo del triunfo de su dama, apoyándola cuando era necesario con una sencillez regocijada, y, sobre todo, siguiendo con docilidad el movimiento que imprimía á su brazo para dirigir su paseo por los salones. Ella no se detenía más que un momento hablando á los que conocía, que eran casi todos, y prosiguiendo su camino y buscando con la mirada á alguien que no encontraba.

Así habían llegado Luis y ella á la entrada de la estufa, en la cual, por debajo de plantas de anchas hojas, en medio de marrubios finos como la seda y verdes como la esmeralda, corría con sonidos argentarios un arroyuelo, que, saliendo de la urna de una ninfa de mármol, se derramaba en un estanque con bordes de pórfido. Un enrejado dorado, guarnecido de camelias encarnadas y blancas, cubría los muros, y del techo de cristal colgaban enredaderas entrecruzándose como largas serpientes verdes. Una Venus de mármol negro se alzaba sobre un pedestal de bronce, deidad misteriosa de aquel retiro exótico. Las pesadas emanaciones de las plantas se mezclaban al acre perfume de la tierra vegetal, haciendo sofocante la atmósfera. Desde que entraron, Luis sintió el brazo de Emilia temblar en el suyo, y escuchó un suspiro que se escapaba de sus labios. No la

preguntó. Una mirada le había señalado á Clemente de Thauziat en pie delante de un banco de mármol, en el que estaba sentada una mujer cubierta con dominó blanco.

Bajo el capuchón de la dama aparecía una trenza de cabellos de oro, y la careta de terciopelo negro que la tapaba la mitad de la cara descubría atrevidamente una boca de rosa, entre cuyos labios brillaban dientes de perlas. Cuando sonreía se marcaba en cada mejilla un hoyuelo delicioso. Alta y esbelta, según lo que se podía juzgar bajo el amplio traje que la disfrazaba, la dama del dominó dejaba ver un pie pequeño calzado con zapato de raso y un tobillo finísimo, cuya piel sonrosada se transparentaba á través de su media calada. Las manos, un poco grandes, jugaban con un abanico de plumas. Clemente, con su frac encarnado y su chaleco blanco, con una flor en el ojal, elegante y soberbio con su hermosa cabeza de príncipe italiano, hablaba á media voz abanicando familiarmente á su compañera con el *claque*.

—¡Ah! Aquí está el señor de Thauziat—dijo Emilia con voz de falsete.—Como siempre, bien acompañado. Buenas noches, señora—prosiguió, inclinándose con gracia cómica.—¿No teme usted comprometerse cuchicheando con tan buen mozo?

La dama del dominó agitó con indiferencia su abanico sin responder.

—No se le cascará á usted la voz—prosiguió Emilia.—¡Oh, qué lindo pie! ¿Y la mano? Veamos.

Sin que la compañera de Thauziat pudiera defenderse la cogió la mano, y quitándole con destreza el largo guante blanco de piel de Suecia, palpó sus dedos revolviéndolos á modo de hechicera.

—¿Dices la buena ventura, mascarita?—preguntó Clemente sonriendo.

—Sí; pero no soy discreta y revelo todo lo que veo.

—Eso es más interesante. ¿Qué te ha predicho á tí, Luis? Porque supongo que la habrás pedido tu horóscopo.

—No; no me lo ha exigido ni él ni nadie. Si tu compañera lo consiente, ella será hoy la primera.

El dominó blanco quiso retirar la mano, pero Emilia la sujetaba entre sus dedos nerviosos, y á menos de entablar una lucha, cuyo resultado era dudoso, la dama no tenía más remedio que resignarse. Emilia, inclinada sobre la palma de la mano, permanecía silenciosa. Sus ojos brillaban diabólicos á través de los agujeros de su careta, y su boca se contraía sarcásticamente.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó al cabo de un momento.—He aquí una mano curiosa, y después de haberla estudiado es imposible conservar ilusiones respecto de su dueña, porque su naturaleza se muestra sin misterio. Maravillosa línea de cabeza que domina toda la vida y domina en absoluto la del corazón. Las pasiones, los caprichos, los deseos, todos los actos principales de la existencia serán sometidos al razonamiento. Venus se une estrechamente con Mercurio, y de aquí que el instinto del comercio pondrá en movimiento el amor... ¡Oh! No hay que negarlo, está escrito aquí—dijo tocando el hueco de la mano con su dedo descarnado.—Vuestros favores no serán gratuitos, y para agradaros habrá que transformarlos en lluvia de oro.

Emilia no pudo continuar su implacable examen. La dama del dominó se había levantado rápidamente, y retirando la mano con violencia, dirigió á la joven una mirada de odio mortal.



—¿Eh? ¿Qué sucede?—exclamó la señorita de Lereboulley.—¿Se incomoda usted? ¿Se da por ofendida? ¿Será usted acaso una dama de la alta sociedad? ¡Oh! Hay algunas que se hacen pagar tan caras como las cortesanas.

Luis, al ver el carácter que tomaba el incidente, se había adelantado con inquietud. Parecía más ganoso de defender á la dama del dominó blanco contra las violencias de Emilia, que de sustraer á su compañera á la cólera de la que había sido tan cruelmente ofendida. Sin embargo, durante algunos segundos la hija del banquero corrió un verdadero peligro. El rostro de la víctima estaba lívido y se mordía con furor los labios. Levantó las manos, lanzando un silbido de rabia como si fuera á pegar, y viéndose impotente para devolver la afrenta recibida, se concentró repentinamente en sí misma, diciendo: "¡She shall pay for it!," que significa en inglés: "¡Me lo pagará!," y salió.

—¡Me lo pagará! Ya lo creo—dijo Emilia, persiguiéndola con una risa de desprecio.—¡Cuando yo decía que á usted se le paga todo!

Se volvió hacia su compañero, y le dijo mostrándose la bella fugitiva:

—Sígala usted, pues es lo que deseo.

—¿Me dice usted eso para que la deje sola con Thauziat?—preguntó Luis alegremente, imitando á Emilia, que para asegurar su incógnito afectaba hablarle de "usted.,,"

—¡Tal vez!—dijo la joven, tomando el brazo de Clemente.—Debo agradecer á este temible campeón que no haya intentado defender su dama contra mí.

—Si ella quería defenderse—dijo Thauziat con calma—medios tiene para hacerlo.

—¿Y la deja usted marchar sin seguirla?

—¿No ve usted que ya he encontrado acompañante?—contestó él señalando á Luis, que corría tras la dama.

—No es usted celoso. Y sin embargo, es una mujer hermosa.

—Lo es, en efecto; pero yo no tengo ningún motivo para ser celoso.

—¿No tiene usted *ya* ninguna razón? ¿Y quién sabe si eso es verdad?

—¿Cuando yo lo digo!

—¡Buena razón!—exclamó Emilia con risa un tanto forzada.—Un hombre quizás sería bastante tonto para contentarse con esa razón. Pero una mujer...

—No me tomo nunca el trabajo de mentir.

—Conmigo, además, será inútil. Conozco demasiado la verdad para que pueda usted engañarme.

Clemente sonrió, y dijo:

—¿La ha aprendido usted en la mano de esa rubia?

—En su mano ó en los ojos de usted, poco importa: la sé.

—Veamos.

—Sentémonos allí, libres de importunos.

Y al decir esto llevó á Clemente junto á un gran plátano, cuyas enormes hojas se extendían sobre un banco de doradillo. El arroyuelo murmuraba sobre las blancas piedras de su lecho; entre dos orillas de musgo. A través del follaje las lámparas exparcían una luz no muy viva. Los sonidos de la orquesta llegaban apagados como para recordar que alrededor de aquel oasis tranquilo y retirado la ola mundana seguía agitándose furiosa y devoradora sin tregua ni descanso. Acurrucada en un rincón, la señorita de Lereboulley se entregó por un momento al placer de

mirar á su acompañante. El esperaba sonriente con una seguridad pasmosa. Parecía que estaba preparado para aquella conferencia, que sabía de antemano no podía evitar.

—Mi querida hechicera—dijo tomando el primero la palabra.—A ver cómo te explicas. Dices que sabes la verdad, y deseo ver si es cierto.

—Sea—contestó Emilia.—Comencemos por la hermosa Diana, puesto que es ella la que se oculta bajo ese dominó blanco. Es fácil conocerlo por sus cabellos de oro, y no hay sortilegio en nombrarla. Luego le tocará á usted el turno. Usted fué quien la descubrió y la lanzó en Londres en 1878. Era sirvienta en una taberna de Chancery Lane y se llamaba Kate Browne. Servía los emparedados y la cerveza á los pasantes de abogado, y por media corona vendía sus favores. Era ignorante sobre toda ponderación, pero admirablemente hermosa. La casualidad de un pleito llevó á usted al establecimiento donde servía, y le inspiró á la vez admiración y lástima. Un artista como usted no podía ver esa maravilla de diecisiete años fregando vasos y extinguiendo su inteligencia á fuerza de beber con sus clientes. Aunque usted profesaba el principio de no admitir en ningún caso compromiso formal con una mujer, se hizo dueño de ella, y cambió de condición de la noche á la mañana. No era ya criada, pero seguía siendo cortesana, porque era la querida de usted. Llegaba el fin de la *season*. Usted iba de castillo en castillo, cazando en el Yorkshire y en Escocia, y de cuando en cuando volvía á pasar unos días con ella. La había usted pagado maestros, porque tiene usted el gusto muy refinado para oír destrozar la sintaxis y recibir cartas sin ortografía. Ella aprovechó las lecciones, y en pocos meses se metamorfoseó en términos que sus antiguos



compañeros de miseria y de fiesta no la reconocían. Por la cara se parecía á la antigua Kate, pero por su aspecto, por las maneras era una joven lady. Cuando hubo pulido su ignorancia y su grosería y era un instrumento peligrosamente preparado para el vicio, usted tuvo que volver á París, y la dejó en libertad, gratificándola con un beso y un talón de mil libras. Era ya Diana, pero aún no se llamaba Olifaunt. Tenia todo lo que se necesita para emprender la carrera de la galantería: una belleza admirable, una corrupción profunda, ningún escrúpulo. No le faltaba más que un asociado para empeñarse en la conquista de la sociedad, y no tardó en encontrarlo. Este fué Sir James...

Thauziat escuchaba sin pestañear. Parecia que no se trataba de él, y que aquella historia le era completamente indiferente. Solo en este momento hizo un gesto de sorpresa, y dijo con calma, sin tomarse el trabajo de negar:

—¿Quién la ha enterado á usted tan bien? Hay pocos que sepan esas cosas.

—He vivido mucho tiempo en Inglaterra.

—Pues no tiene usted acento inglés.

—Diana tiene poco más que yo, y no hace más que dos años que está en Francia. Bien que esas gentes tienen el talento de su oficio. ¿Quiéres usted que continúe?

—Sí; ese relato me divierte mucho.

—Si Diana estuviera aquí, nos divertiríamos más.

—¿Contaría usted eso delante de ella?

—Es claro.

—¿La odia usted?

—No le hago tanto honor. La desprecio como al fango de la calle.

—Tenga usted cuidado. No es inofensiva, La creo capaz hasta de apelar al vitriolo.

—¡Bah!—repuso Emilia con un movimiento de indiferencia.—¿Quién le dice á usted que si me desfigurase no saldria yo ganando?—añadió en su voz natural.

—¡Coquetería!—dijo Thauziat galantemente.

—Vamos; ya veo que no me ha conocido usted —replicó Emilia volviendo á fingir la voz.

Después de una breve pausa continuó:

—Diana es un buen tipo, pero el tal James Olfaut es más notable todavía. Pertenece á una excelente familia. Era segundón, fué á las Indias y no trajo fortuna, pero trajo grandes necesidades. Jugador, mujeriego, borracho, todo le ayuda, y esconde sus vicios bajo lo apariencia de un exterior correcto. Vive de la generosidad de los amantes de lady Olfaut, y nadie osaría faltarle al respeto; es gran tirador de pistola y tiene tres muertes á su cargo... ¡oh! tres muertes en duelo. Sir James es un caballero y no asesina. Sin embargo, ese matón huye delante de usted, y todo hace creer que usted sabe cosas que le comprometen muchísimo.

—¡Tal vez!

—¿Sabe usted en qué parroquia se casó con Diana?

—No; pero sé que se casaron en Inglaterra.

—En Gretna-Green, sin duda, delante del herrero. Un martillazo realizó el matrimonio. En todo caso están estrechamente ligados por intereses, ¡y pobre del que caiga en sus garras! No deje usted á ese pobre Luis Héraul, de quien se dice usted amigo, seguir adelante en la aventura que ha emprendido con ella. Aunque parece muy interesado, quizás aún sea tiempo de desengañarle. Sólo usted puede hacerlo.

—¿Qué teme usted por él?

—Todo. De semejante mujer se puede esperar lo peor. Luis Héraul es muy rico y está muy enamorado. Puede hacer que lo robe... y entonces, ¿qué haría Sir James?

—Nada. Yo sé á qué atenerme.

—Pero, ¿y si es desgraciado?

—Tiene usted razón. Luis es un niño y no sabría conducirse como conviene con Diana. Pero tengo un medio de curarle si es necesario.

—¿Cuál?

—Permita usted que no se lo diga.

—Es usted muy misterioso.

—Soy discreto.

Emilia guardó silencio durante algunos momentos, hasta que preguntó en voz tan baja que parecía que la ahogaba el encaje de la careta:

—Si yo preguntara á quién ama usted, ¿qué respuesta obtendría?

—Podría darla sin dificultad: no amo á nadie.

—¿De modo que su corazón de usted es libre?

—Completamente.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. No he amado nunca.

Thauziat había adoptado un tono grave; fijó en la que le interrogaba una mirada profunda, y prosiguió lentamente:

—Hasta ahora, mi corazón no ha conocido el amor. He tenido aventuras galantes; he amado en el sentido banal de la palabra, que es la más grave que se puede pronunciar. Nunca me he sentido dispuesto á dar mi vida por una mujer. Si un amigo me hubiera dicho: "Estoy enamorado de tu querida," le hubiese contestado: "Tómala," y no hubiese vuelto á pensar en esto, sino para felicitarme de no haber contrariado á un caballero cuando me era tan fácil



satisfacerle. Desde que llegué á la edad de la razón luché con las dificultades de la vida, y me esforcé por salvar los obstáculos que encontré en mi camino. He tratado de dominar la suerte, y he dado victoriosamente la batalla á la fortuna. En estas luchas he tenido necesidad de juzgar á los que se ponian á mi lado y á los que estaban contra mí, y no he tardado en comprender que los unos merecian poca estimación y los otros debian inspirar poco temor. En realidad, me ha parecido que para triunfar bastaba querer, y que el mundo pertenecia á los que tienen fuerza de voluntad; pero si hasta ahora he aplicado la mía á buscar la fortuna, aún no la he consagrado á conquistar la felicidad. El dia menos pensado encontraré la mujer que ha sido creada para mí, porque todo sér viviente tiene sobre la tierra una mitad, que le ha sido especialmente destinada, y ese dia pondré todos los recursos de mi energía al servicio de mi pasión. Será preciso que la que ame me pertenezca, y para obtenerla no retrocederé ante nada.

—¿Y si hoy le amase á usted una mujer?

—Haria todo lo posible por amarla, pero sé de antemano que no lo conseguiría. Una plaza tomada no me seduce; yo necesito la conquista, la fortaleza inexpugnable que hay que escalar á riesgo de romperse los huesos: en una palabra, la batalla. He nacido con horror á lo convenido, á lo previsto. Todo, en mi vida, lleva el sello de ese gusto por la sensación rara, por el objeto único, por el tesoro precioso. ¡Esto quizás es una desgracia! Muchas veces pienso que una decepción me haria padecer cruelmente, y, sin embargo, no puedo prescindir de buscar lo imposible, lo cual confieso que sería pretencioso si no tuviera la excusa de una sinceridad completa.

—Entonces, si una joven muy rica, muy inteli-

gente, no bella en verdad, pero capaz de ocupar bien su puesto donde quiera que la lleve el destino le ofreciera á usted su mano, que ha rehusado á los hombres más brillantes, más nobles y más ilustres de París, ¿qué contestaría usted á esa mujer bastante atrevida para sobreponerse á las conveniencias sociales, y dirigirse á usted pensando que usted sabría comprender todo lo que hay de delicado en su elección, y que un corazón apasionado podría compensar sus miserables imperfecciones físicas con una ternura de todos los instantes?

El talle de la joven parecía erguirse, y sus ojos centelleaban á través de los agujeros de la careta. Su mano se apoyaba temblorosa en el brazo de Clemente, y de todo su sér se desprendía un encanto embriagador. Parecía que bajo su dominó alentaba una de las hadas disfrazadas que figuran en los cuentos. Una palabra de amor del príncipe encantador debía ser la señal de una súbita metamorfosis que hiciera salir del capuchón una joven princesa triunfante y soberbia al recobrar la libertad y la dicha. La palabra esperada no vino. Thauziat bajó la cabeza y permaneció durante algunos segundos sumido en honda meditación. Su varonil y hermoso semblante se había oscurecido. Oyendo á la joven exhalar un profundo suspiro alzó la frente. La mano de la joven había soltado su brazo; él la cogió y la estrechó dulcemente; luego dijo con una melancolía que no trataba de disimular:

—Las palabras que acaba usted de pronunciar no se borrarán de mi memoria, y sea lo que quiera lo que usted me pida en cualquier tiempo, me encontrará dispuesto á hacerlo.

Y como la joven no pudiera contener un movimiento de sorpresa, añadió:

—Sí; sé quién es usted. La he conocido desde el primer momento, y la he comprendido perfectamente. Se trataba de usted, que me dispensaba un honor que no merezco. Tengo el presentimiento de que en este instante voy á pasar al lado de la felicidad. Pero yo dejaría de ser quien soy si me desmintiera á mí mismo haciendo lo que he decidido que no debía hacer. Aceptar voluntariamente un lazo que no sería indestructible, sería una mala acción, porque es seguro que yo lo rompería y haría á usted traición, y así haría sufrir á una mujer digna de toda mi estimación y de toda mi ternura. El día en que yo ame á una mujer, la amaré de rodillas. Pero hasta entonces no puedo responder de mí; la haría á usted desgraciada y me daría vergüenza. Usted sabe que la profeso desde hace mucho tiempo un afecto sincero y poco vulgar. Olvide usted lo que acaba de pasar; pero concédame el derecho de recordarlo como la prueba más delicadamente lisonjera que una mujer ha podido dar á un hombre de la confianza que tiene en su honor. Tiéndame usted francamente su mano y pruébeme que es tal como usted misma se ha pintado y como yo la he juzgado, perdonándome el pasajero disgusto que la causo.

Emilia se quitó lentamente la careta, y dejó ver á Thauziat su rostro inundado de lágrimas. El forro de la máscara estaba mojado.

—Hay mujeres que lloran de alegría—dijo dulcemente—yo no conozco más que las lágrimas de la decepción y de la pena. Las que acabo de verter son de las más dulces que han salido de mis ojos. Es usted altivo, Clemente, y tiene razón para serlo. Se lo debe usted todo á sí mismo, y está usted en su derecho cuando hace de su "yo," una divinidad implacable á la que todo lo sacrifica. Yo hubiera sido para



usted una aliada y una amiga más que otra cosa, y puede usted estar seguro de que habria sido bien secundado por mí. Pero hay destinos infaustos, y el mio es uno de ellos, á pesar de la envidia que inspiro. Crea usted que hubiese dado todo el mundo por agradarle, porque es usted el único hombre que me ha parecido digno de mí.

Thauziat movió gravemente la cabeza y contestó humildemente:

—No es usted bastante indulgente con los demás, y lo es demasiado conmigo. Si me mirase usted con más imparcialidad lo comprendería.

Los dos callaron unos momentos tratando de recobrar su calma tan profundamente turbada. La tranquilidad poética de aquel rincón de follaje contrastaba singularmente con el tumulto de la fiesta y con la agitación de sus pensamientos. A través de la puerta se veían parejas arrastradas por el torbellino del vals. Todos, ellos y ellas, presentaban ese sello de contento uniforme que denota la ausencia de ideas. Giraban, y sobre la tierra que gira también, no había ellos más que la satisfacción de dar vueltas.

—¡Se divierten!—dijo Emilia, señalándolos con la mano.—¡Son felices!

—Se había levantado y se volvió á poner la carreta.

—Ahora, ¿va usted á complacerme? Sin duda. Pues bien; no se cuide usted más de mí esta noche. Me marcho sola en mi carruaje. Desde aquí al hotel no hay más que cinco minutos, y como me esperan, no me darán ni tiempo de llamar. Pero ocúpese usted un poco del pobre Luis, que está en manos de esa maga inglesa. Lo suplico; lo quiero.

—Obedezco.

Entraron en el salón juntos, pero sin darse el brazo, y cuando después de andar algunos pasos, Clemente buscó á Emilia, no la encontró. Se habia perdido entre los grupos, y podia, si lo deseaba, pensar que su extraña conversaci3n con la joven habia sido un sueño. Clemente pasó á los salones. Allí no se bailaba, se galanteaba. Y por parejas, en los mullidos divanes 6 en el hueco de parejas, en los mullidos divanes 6 en el hueco de las ventanas, hombres y mujeres, hablaban en voz baja y al oído, como si las palabras de amor debieran murmurarse al oído, so pena de perder su encanto. En una reducida habitaci3n donde ordinariamente fumaba el conde, á la opaca claridad de una lámpara morisca colgada del techo, habia otras parejas sentadas en los divanes bajos, entre pilas de almohadones. Allí no se cambiaban palabras, sino besos.

Thauziat pasó. No habia para qué molestar á los enamorados. Diana no podia estar allí; su pudor de inglesa se hubiese alarmado en medio de aquel fin de fiesta, y habia que buscarla en otra parte. Atravesó el gran comedor, donde se cenaba, en medio del ruido de la plata y la vajilla, con un lujo y una profusi3n moscovitas. Volvió al salón de juego y encontró á Lereboulley y Sir James, que continuaban con sus dos contrincantes la partida de poker. El senador parecia aburrido. Sir James, muy colocado, tenia delante un mont3n de monedas y de billetes de Banco. Sin duda, el inglés desplumaba á los otros tres jugadores. Thauziat se acercó á la mesa, y mientras uno de los jugadores daba las cartas, preguntó á Lereboulley:

—¿Ha visto usted á Luis Hérault?

Sir James levantó la cabeza, y contestó amistosamente:

—Ha pasado por aquí hace media hora.

—¿Solo?

—No. Daba el brazo á una dama de dominó blanco. Han salido por aquella puerta, después de detenerse un instante viéndonos jugar.

—¿Y no le ha dicho á usted nada de corazón?—preguntó alegremente Thauziat.

—Nada.

—El inglés había hablado con la tranquilidad de un marido que no sospecha que el trabajo que acaba de designar encubre á su mujer. Lereboulley se mostró más agitado, y dijo volviéndose á mirar á Clemente:

—Tome usted mis cartas un momento, amigo mío. Quiéro ver si cambio la mala suerte.

—¿Y quiere usted entregarme al terrible Sir James? Muchas gracias. Nada; siga usted, querido; sus medios se lo permiten.

Y, á pesar de las miradas suplicantes del banquero, prosiguió su camino. Entró en la biblioteca del conde, vasta habitación rodeada de estantes bajos llenos de manuscritos preciosos y medallas raras. En un lienzo de pared cortado había un mirador de cristales que daba á los Campos Elíseos y constituía un delicioso retiro con muebles de bambú guardados, almohadones de seda y jardineras llenas de flores. Una ventana ancha y muy rasgada estaba abierta y apoyados en la balaustrada de hierro hablaban Luis y Diana. Eran las dos y ya comenzaban á aparecer en el cielo blancos fulgores que amortiguaban la claridad de las estrellas. El perfume de los castaños embalsamaba el ambiente tibio. Al pie de la ventana se extendía á lo largo de la calle la fila de carruajes como una serpiente negra con ojos relucientes. Reinaba profundo silencio, y en aquella



casa llena de gente, deslumbrada de luz y henchida del sonido de alegres instrumentos, Diana y Luis se encontraban solos.

Desde el momento en que Diana salió de la estufa perseguida por los atroces sarcasmos de la señorita de Lereboulley, el joven no la había dejado y ella había desplegado todos los artificios de su coquetería. Primero la encontró fuera del invernadero, en pie, cerca de una ventana, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas; la cogió la mano, y ella le dejó hacer como si absorta en sus pensamientos no lo notase. Quiso hablar, pero ella permaneció muda como si no le oyera. De su pecho se escapaban profundos suspiros y sus labios temblaban. Luis, dominado por aquel dolor, cuyo espectáculo era delicioso, oprimió dulcemente los dedos de Diana, y ella no los retiró; luego se atrevió á enlazar su talle sin encontrar resistencia. Y cuando la encantadora mujer salió de su angustia y de su abstinencia, se encontró en los brazos de Luis con la cabeza casi en su hombro. Le rechazó con adorable indignación, y alejándose un paso, exclamó sollozando:

—He aquí los efectos de esas abominables calumnias. Osa usted tratarme como á una cortesana. ¿Es decir que ha dado usted crédito á todo lo que acaba de oír?

Y como Luis se disponía á contestar, añadió:

—No me responda usted. No me haga oír vanas palabras porque en sus lisonjeras afirmaciones adivinaría su desprecio. ¿Qué crimen he cometido yo para que me odie? ¿Por qué este encarnizamiento contra mí? Así no puedo vivir. Me marcharé y nadie me volverá á ver. ¡Esa Emilia, porque la he conocido, me persigue y me atormenta! ¡Pero yo no le he hecho nada! ¡Ni siquiera la conozco! ¿Tengo yo la

culpa de que sea deforme y fea? Si su padre supiera lo que hace contra mí, pondría remedio... Pero no me quejaré... Temería afligirle, obligarle á dar explicaciones penosas para probar á esa mujer que tiene el derecho más natural y más sagrado de interesarse por mí.

Cruzó sus manos sobre el pecho, como una mártir que espera en el circo la bestia feroz que va á destrozarla, y sus labios se movieron como si articulasen una oración. Luis, desvanecido por la hermosura verdaderamente extraordinaria de la joven, embriagado por su encanto, ni siquiera escuchaba sus palabras: no atendía más que el sonido de su voz. En aquel momento hubiera renegado de Emilia, á quien, sin embargo, quería como á una hermana, y hubiese provocado á Thauziat. Estaba enloquecido y hubiera dado todo lo que poseía por coger en sus brazos á Diana y llevársela como una presa suya, y nada más que suya. Su deseo se pintaba en sus ojos, y Diana apartó los suyos como si los sintiera heridos por un resplandor demasiado vivo. Y cerrando el dominó con un ademán púdico, modesto y ruboroso, como el de una virgen, dió un paso para alejarse.

—No me deje usted—exclamó Luis con calor.—Usted sabe que conmigo lo puede todo; que soy su servidor fiel, su amigo leal y que la defenderé contra todo y contra todos.

—Tendría usted demasiado que hacer—contestó Diana dulcemente;—por otra parte, yo no tengo ningún derecho sobre usted, y no he de permitir que se comprometa por mí. Retírese usted... Deje usted sola á la desgraciada mujer contra la cual todo es lícito...

Habia dicho precisamente las palabras que necesitaba Luis para hacerse matar por ella. Se ade-

lantó resuelto, y la dijo con una sonrisa de confianza juvenil.

— Tome usted mi brazo, y no tema nada.

Ella levantó los ojos, y como fascinada por su resolución y su firmeza, con cierta amorosa confianza, cogió el brazo que se le ofrecía, y siguió al joven. Juntos pasaron por el salón de juego, como había dicho Sir James, y Diana no pudo resistir al deseo de acercarse á la mesa. Su marido la miró con indiferencia. Lereboulley se mostró más expresivo y sólo una mirada imperiosa de Diana le obligó á permanecer en su puesto. El senador estaba en una situación angustiosa. Le ardian la frente y las orejas, y daba el espectáculo de un viejo refrenando el deseo que le amenaza con una apoplejía. Diana, envuelta en su dominó, pasó silenciosa como un fantasma blanco. Un instante después estaba con Luis en el balcón de la biblioteca.

Permaneció algunos momentos apoyada en el antepecho entregando su frente á las caricias del viento de la noche. Se había quitado la máscara, y Luis admiraba su belleza, que era realmentente perfecta. Sus grandes ojos azules con largas pestañas tenían una dulzura cándida. Su nariz pequeña, con las fosas delicadamente sonrosadas, daba á su fisonomía un aire deliciosamente maligno. Su boca tenía el contorno suave de las vírgenes. Era el rostro más adorable que puede soñar un amante, con la pureza seráfica de los ojos y de la boca y la audacia infernal de la nariz, que desafiaba al mundo entero. En aquel momento Luis no veía aquella nariz diabólica; no distinguía sino aquella boca y aquellos ojos de ángel, y pensaba que por tener el derecho de estampar allí un beso, se podía cometer un crimen. Al cabo de algunos minutos la joven dejó escapar una excla-



mación de despecho, pasó la mano por la frente como para desechar un pensamiento penoso, y dijo sonriendo tristemente:

—Perdóneme usted. Pensaba en un pasado muy doloroso que es mi existencia entera. Porque aunque soy todavía muy joven, pues no tengo más que veinticuatro años, he sufrido mucho y sufro todavía.

Viendo en Luis un ademán de asombro, movió la cabeza, cuyos cabellos rubios brillaron como un casco de oro.

—¡Oh!—añadió.—Ya no sufro del mismo modo. En otros tiempos he conocido la miseria, casi el hambre. Mi madre había muerto dejándome sola, y mi padre nos había perdido de vista. Se necesitó una gran casualidad para que yo recobrara este protector perdido. ¡Y Dios sabe á qué calumnias ha dado pretexto su generosa bondad! Pero aquellos tiempos de miseria no eran nada comparados con los que han venido luego. Al menos entonces era libre, mientras que hoy me veo ligada á un hombre que no me comprenderá jamás.

De pronto exclamó interrumpiéndose y como tratando de contener los sollozos:

—¡Pero no sé por qué digo estas cosas! ¿Qué le importa á usted que yo padezca? Usted no puede hacer nada.

—Me dice usted esas cosas, porque sabe que la amo. ¡Oh! sí lo sabe usted. Desde hace seis meses se lo ha dicho mi turbación cuando me acercaba á usted, la emoción de mi voz cuando tenía la dicha de hablarla, mi timidez cuando la seguía sin atreverme á decir lo que sentía, mi audacia en este momento en que abro mi corazón para decirle que la adoro. Sí; lo he comprendido. Usted no es amada; usted no es feliz. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que un hombre

viva al lado de usted sin caer á sus pies para no levantarse nunca? Cuando yo miro á usted me estremezco; cuando mi mano toca la suya me parece que circula fuego por mis venas, porque usted me perteneciera daría toda mi sangre, pues una hora de su amor vale más que todos los días que me queden de vida.

Inclinado hacia ella, Luis había murmurado sus palabras en voz baja, con una dulzura acariciadora. Sus ojos lanzaban fuego y sus labios ardían. Diana, con los párpados medio entornados, le miraba conmovida, á pesar suyo, por aquel desbordamiento de pasión joven y sincera. Estaba seductor en aquel momento y merecía ser amado. La inglesa contestó sonriendo melancólicamente:

—¡Cuántos me han dicho lo que usted acaba de decirme sin que yo por fortuna les diera crédito, porque no experimentaban más que un capricho pasajero! Es una fatalidad de mi existencia que todos los hombres se crean obligados á decirme que me adoran. ¡Qué de juramentos falsos! ¡Qué de inútiles promesas! Usted tal vez sea más leal que los otros y me ame verdaderamente, porque hace ya mucho tiempo que me es usted fiel. Pero si yo le escuchara, ¿cuánto duraría esa pasión? Una mujer es un juguete para hombres como usted. Ya sé que, aunque muy joven todavía es usted un calabera. Además, nunca se separa usted de Clemente Thauziat...

—¿Va usted á hablarme mal de él?—preguntó Luis.—Me han dicho que la conoce á usted hace mucho tiempo y pudiera...

—Sea usted franco. ¿Le han dicho á usted que ha sido mi amante?—preguntó súbitamente Diana.—Tal vez se lo haya dicho él mismo. Hay hombres que por vanidad son capaces de todas las infamias...

—No me ha hablado nunca de usted, aunque le he preguntado muchas veces. Yo quería saber quién es usted, aun á riesgo de sufrir una decepción. Todo lo que á usted se refiere me interesaba de tal modo, que creo que hubiese olvidado todo lo malo que pudieran decirme, y que nada hubiera prevalecido sobre mi amor.

—¿Es eso cierto?

La fisonomía de Diana cambió súbitamente, sus pupilas palpitaron en sus ojos medio cerrados, sus narices se dilataron, su boca se entreabrió irónica, y preguntó con aire de desafío:

—¿Y si yo le dijese á usted que Clemente me ha amado, que he sido suya y que tal vez todavía?...

No tuvo tiempo de acabar. Luis la había cogido por la cintura y con una violencia irresistible la había levantado sobre la balaustrada. Un esfuerzos más y caía á la calle y se estrellaba sobre las piedras. Sus cabellos, desceñidos por esta agresión brutal, se extendieron sobre sus hombros como un manto perfumado, y en los brazos del que la amenazaba, oprimida contra su pecho, en su rostro brilló una expresión de triunfo radiante. Los dos permanecieron un momento inmóviles contemplándose uno á otro; de repente Diana se retorció como una rama en el fuego, sus labios se acercaron á los de Luis y le dió un larguísimo beso. Pareció al joven que el cielo se había iluminado con resplandores que le cegaban, y quedó aturdido con las manos metidas en aquella cabellera de oro, cuyas ondas le envolvían como un mar de llamas. Cuando volvió en sí, el cielo brillaba tranquilo, la calle estaba silenciosa y oscura, y Diana, en pie, un poco pálida, recogía sus cabellos. El la cogió con ardor, ella no resistió más que débilmente, y con la boca pegada al oído, la dijo:



—La adoro á usted.

—Y, sin embargo, ¿ha querido usted matarme?

—¿Por qué me ha sometido usted á esa horrible prueba?

—Para ver si me amaba usted verdaderamente. ¿Con que es usted tan celoso?

—He padecido tanto en ese momento, que he perdido la razón. Pero lo que es usted me ha dicho es falso, ¿no es verdad?

—Sí, falso.

—Ahora no podría soportar la idea de que es usted de otro.

Diana preguntó bajando la cabeza:

—¿Olvida usted que no me pertenezco?

—¿No me ha dicho usted misma que su marido no era para usted más que un extraño?

—Por reprehensible que sea su conducta para conmigo, no por eso dejo de ser su mujer y de llevar su nombre. Pero esto me prueba qué loca y qué imprudente ha sido... Ya pretende usted hacer valer sus derechos... Usted me va á perder. Yo se lo ruego, olvide usted lo que acaba de pasar. Arrastrada un momento por su pasión, embriada por sus palabras, he olvidado todo y he tenido el sueño insensato de consagrarle mi vida... Pero ya ve usted que eso es imposible. ¡Oh! Usted hubiera sido el único hombre á quien yo me hubiese abandonado, siquiera un segundo. ¡Le hubiera amado... le amo demasiado! Pero aún es tiempo. Vale más sufrir y no volver á vernos.

—No espere usted que yo consienta.

—¿Qué quiere usted entonces?—preguntó Diana.

El, por toda respuesta, la volvió á coger en sus brazos y la sintió palpar sobre su corazón. Trató de darla un beso, pero ella se le esca-

pó, y no pudo más que morder una trenza de sus cabellos.

Una especie de delirio pareció apoderarse de ella. En lugar de rechazar á Luis le oprimió estrechamente ahogando gritos inarticulados. Su rostro se inundó de lágrimas y pareció presa del amor más violento y de la desesperación más terrible. El contemplaba embriagado aquel voluptuoso desorden, y era tal su aturdimiento, que no pensó en aprovecharse de la locura que se la entregaba sin defensa.

—¡Mía—repetía—sóla mía; mía para siempre!

Ella le miró fijamente y respondió:

—¡Sí, suceda lo que quiera! Antes la muerte que renunciar á tí.

Luego, rendidos por la emoción de esta escena, unidos uno á otro, sin decir una palabra, permanecieron en el balcón gozando de aquella hora deliciosa.

Un ruido de pasos les arrancó á su dicha, y se separaron vivamente. Thauziat estaba en su presencia.

—Hace media hora que busco á ustedes—dijo tranquilamente.—¿Tomaban ustedes el fresco?

—Sí—contestó con gran calma Diana, mientras Luis entraba en la biblioteca para disimular su turbación.—Hacía en el salón un calor sofocante. ¿Qué hora es?

—Las tres de la mañana—respondió Thauziat después de mirar el reloj.

—Ya es hora de retirarnos. Voy á arrancar á Sir James á las dulzuras del juego.

Se volvió hacia Luis y tendiéndole la mano con amistosa indiferencia como si nada hubiera pasado entre ellos, le dijo:

—Adiós. ¿Le verá á usted hoy?

—Sin duda—contestó él inclinándose.

—Un momento después desapareció Diana y Luis se quedó solo con su amigo.

—Te he dejado bastante tiempo para hablar con lady Olifaut—dijo Clemente—y habrás visto que he llegado muy discretamente haciendo ruido para anunciar mi presencia. Parece que no os ha ido mal...

—Muy bien—contestó Luis secamente.

—¡Ah!—replicó Thauziat.—¿Es ese tu agradecimiento? Si ella no ha estado amable, no es culpa mía.

Luis, poniendo la mano en el brazo de su amigo, le dijo con seriedad:

—Escucha, Clemente; te ruego que no hablemos nunca de lady Olifaut. Eso será mejor que hablar de ella con esa insultante ligereza.

—¡Pero hombre!—exclamó Thauziat con sorpresa.—¿Qué hay? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pasado? ¿De dónde viene ese respeto repentino y esa severidad inesperada?

—Dos palabras te lo explicarán todo: ¡la adoro!

—Eso no es nuevo. Hace seis meses que sucede.

—La adoro—te repito. añadió Luis con exaltación—y por no separarme de ella estoy dispuesto a todo, a robarla, a casarme si es preciso.

Thauziat levantó una de sus manos blancas y nerviosas, frunció las cejas y murmuró:

—Las mujeres son más perspicaces que nosotros. Emilia había adivinado hasta donde podía llegar la aventura.

—Y añadió mirando fijamente a su amigo:

—Robarla es mucho; casarse demasiado. No hay que casarse con Diana cuando se puede prescindir de esa ceremonia.



—Modérate, Clemente— exclamó Luis palideciendo.—Estás insultado á una mujer á quien amo, y no lo consentiré.

—¡Creo que me amenazas!—dijo Thauziat con un acento tan rudo que los nervios de Luis vibraron. —¡Vaya una embajada! ¡Eh! mentecato, si esa encantadora mujer te gusta, sé su amante, pero no la robes, y sobre todo, no la hagas divorciarse de ese excelente Sir James, porque la dejarías en la calle.

Y se echó á reír. Esta risa exasperó á Hérault, que se acercó á su amigo cerrando los puños.

—Por segunda vez te digo que te moderes. ¡Es una cobardía insultar á una mujer!

—Modérate tú—interrumpió Thauziat—majadero, que te dejas coger en las redes de semejante dama. ¿Has llegado hasta el punto de desconocer mi amistad y dudar entre una mujer y yo? En castigo debiera dejarte hacer lo que quieras, si no hubiese prometido á una persona que ha tenido la bondad de interesarse por tí no dejarte caer en el lazo. Tú crees en la pureza y en el amor de Diana, ¿no es verdad?

—Sí.

En aquel mismo instante apareció Lereboulley, que venía de la sala de juego.

—Es tarde—dijo el senador.—¿Ustedes se quedan aún? Yo me marcho á pie. Buenas noches... ó por mejor decir, buenos días.

Saludó con la mano á los dos amigos y salió lentamente. Thauziat, volviéndose á Luis, le dijo con gravedad:

—Lereboulley se marcha á pie, vamos á seguirle y pronto sabrás á qué atenerte.

Bajaron al piso bajo tomaron sus abrigo y salieron á los Campos Elíseos. Cincuenta pasos delante de ellos marchaba el senador con el cigarro en la bo-

ca, las manos en los bolsillos del gabán y el bastón debajo del brazo.

—Se va á sb casa—dijo Luis.

—Veremos—respondió Clemente.—Vamos por debajo de los árboles para que no nos conozca.

Llegaron á la plazoleta, y allí, en lugar de volver por la avenida d'Antín Leteboulley se dirigió á la izquierda, atravesó la calle como si fuera al Circo y y entró en la avenida Gabriel. Thauziat habia cogido casi por fuerza el brazo de Luis y lo sintió estremercse.

—¿Comienzas á sospechar á donde va?—le dijo.

Luis no contestó, pero su respiración se hizo más fatigosa, como si un grave peso le hubiese oprimido el corazón. El senador marchaba tranquilamente sin sospechar que le seguian. A la altura del café de los Embajadores, Thauziat detuvo á su amigo. Se escondieron detrás de un grupo de plantas y esperaron. Lereboulley anduvo aún veinte pasos, se detuvo delante de una puertecilla oculta por la hiedra y disimulada en la verja del jardin, miró maquinalmente á derecha é izquierda como para cerciorarse de que no le espiaban, y luego, haciendo girar la llave en la cerradura, entró.

—¡La miserable! Me ha dado á entender que era su padre.

Thauziat se encogió de hombros.

—Eso es lo que dice generalmente para explicar el lujo con que vive. Desde que está en París, Lereboulley se compromete por ella. Eso explica el ocio de Emilia. Ahora sé su amante si te acomoda; pero no la robes, porque sería inútil, y sobre todo, no te cases con ella, porque sería vergonzoso.

—¡No la veré más!

—Eso es exagerado. Se la debe ver, pero no creerla.

Luis cogió la mano de su amigo, y dijo, estrecreerla.

Luis cogió la mano de su amigo, y dijo, estrechándola cariñosamente:

—Perdóname lo que te he dicho antes: estaba loco.

—Ya no me acuerdo de lo que me has dicho. Lo que te perdono es que me hayas obligado á hacer traición á una mujer.

Y con un violento movimiento echó el brazo por el hombro de su amigo y lo llevó lejos de aquella casa que le atraía con fuerza irresistible.

#### IV

Era la una de la tarde, y Elena de Graville, después de almorzar acababa de ponerse á trabajar, cuando un discreto campaniñazo la izo ir á la puerta de entrada. Abrió y retrocedió un paso al encontrarse frente á frente de una ssñora anciana ricamente vestida, en qdien reconoció á la señora de Hérault.



La abuela sonrió á la atractiva y fresca juventud de su inquilina.

—Dispense usted—dijo entrando—si la molesto. Me han dicho que es usted una bordadora muy hábil, y tengo un trabajo delicado, que desearia confiarla.

—Tenga usted la bondad de entrar, señora—contestó la joven dulcemente—y perdóneme si la recibo en medio de este desorden.

Y señalaba con la mano las telas extendidas sobre los muebles, la máquina de coser preparada, los adornos y las pasamanerías fuera de sus cajas y cerca de la ventana desde donde tantas veces habia espiado á Luis, la mesa cubierta de una magnífica pieza de seda medio bordada.

—Bien, bien—dijo la señora de Hérault—sentándose en una silla de paja—ya sé lo que es el desorden del trabajo. He trabajado durante cuarenta años de mi vida, y aun ahora me dedica á la jardinería... Peao, hija mía, me parece que es usted me hace la competencia.

Y levantándose se acercó á la ventana y examinó una caja rellena de tierra que ocupaba el alfeizar, en la que crecían jacintos de diversos colores que brotaban en una enredadera.

—Esas hojas me producen una economía de cortinas en verano—contestó alegremente la joven—y como además salgo poco, las flores me hacen la ilusión del campo. Toda mi infancia corrió al aire libre, en la libertad de la campiña, y lo que más me ha costado al venir á París ha sido vivir encerrada... Pero á todo se acostumbra una—añadió sonriendo.

—Tiene usted fisonomía.

—Es preciso. Procuro no ver más que el lado

buenos de las cosas; de lo contrario, se me agriaría el caracter y sería muy digna de lástima.

—¿Y no lo es usted?

—No, señora, materialmente al menos, porque gano holgadamente mi vida. Moralmente sí. Hace un año tuve una gran pérdida, de la que no me consolara nunca.

Y como la señora de Hérault la interrogaba con la mirada, añadió:

—Perdí á mi madre, y quedé sola en el mundo. La obrera enjugó una lágrima, y dijo:

—Perdone usted, señora, que la haya importunado con mis desgracias. ¿Tiene usted la bondad de decirme en qué le puedo ser útil?

La señora de Hérault desenvolvió un paquete cuidadosamente atado con cintas de color de rosa, lo abrió y sacó un maravilloso chal de crespón de la China bordado de diversos colores.

—Vea usted este pañuelo, que tiene para mí el valor de un recuerdo. Lo tenía como tapete en una mesa de mi dormitorio, y mi doncella ha cometido la torpeza de quemar una punta. Me han dicho que usted borda como un ángel. Sé que esto es muy difícil, porque parece una pintura. Vea usted, hay pájaros y flores de matices muy variados y muy delicados. ¿Podría usted encargarse de rehacer lo destruido?

Elena examinó la tela. Parecía experimentar un secreto placer tocando aquel maravilloso tejido.. Su naturaleza aristocrática se denunciaba en aquel gusto por las cosas delicadas, y sólo al verla desplegar y desarrugar el chal se adivinaba que procedía de una raza creada para la elegancia y el lujo. La señora de Hérault la dejaba seguir su exámen, y á su vez pasaba revista á la modesta habitación de la joven. A

despecho del desorden de que Elena se había excusado, había en todo una pulcritud admirable.

El mobiliario relucía perfectamente limpio. La disposición misma de los objetos no tenía nada de vulgar, y un pequeño espejo con marco de peluche, una mesa llena de chucherías sin valor, un estante con algunos libros encuadernados, restos de un bienestar que había desaparecido, revelaban que la inquilina de aquella pobre vivienda era muy superior á su condicion. Encima de la chimenea un retrato representando un hombre joven y elegante sonreía en un marco negro. Un ramo de violetas de poco precio estaba colgado debajo como un piadoso exvoto. La abuela lo miró algunos instantes. Nada en aquella fisonomía despertaba sus recuerdos. Al fin se volvió preguntando á la obrera:

—¿Es su padre usted?

—Sí, señora,—respondió Elena bajando la voz como si hablara en una iglesia.

—Me han dicho que se llama usted Elena Graville—añadió la anciana.—Yo he conocido en Normandía una aldea de ese nombre, situada cerca de Saint-Aubin. ¿Es usted de ese país?

—Nací en el Castillo de Graville—dijo gravemente Elena.

Las dos mujeres permanecieron silenciosas entregadas á sus recuerdos. La joven veía el parque con sus añosas encinas, sus cuadros verdes en declive hacia el Scie, los manzanos llenos de flor en la primavera y cargados de fruta en el otoño. Creía sentir en el rostro el viento fresco y salitroso del mar que daba á las plantas un sabor nutritivo y que hacía más pura la leche de las vacas manteniéndolas con aquellos pastos. En la altura se dibujaba la balaustrada de la terraza del castillo, y á través de las



lilas veía á un hombre y una mujer que paseaban al sol. El hombre era esbelto y se parecía al retrato colocado sobre la chimenea. La mujer, rubia y blanca, sonreía dichosa. Elena les seguía con la vista, luego desaparecían en una revuelta del bosque y la terraza quedaba vacía y triste, como lo era entonces su vida.

La señora de Hérault había evocado el taller ennegrecido por el humo, con su ruido de martillos y el resplandor de los hornos incandescentes. Veía á Hérault con los brazos desnudos y los cabellos dorados por las escorias del cobre, buen mozo, con sus rubios bigotes y su tez clara de normando. Le seguía de noche por las praderas á la orilla del río, y enardecidos por la temperatura de la primavera, embriagados por el perfume de los campos, cambiaban el primer beso. ¡Cuántas lágrimas le habían seguido! Recordaba al tío Gandon furioso y humillado por el abandono de su hija, que amenazaba con matar á Hérault. ¡Qué de noches sin sueño hasta que la dama del castillo entró en la taberna llevando al seductor, que se decidía á pedir á su padre la mano de Fina! Y de allí habían venido la felicidad y la fortuna. Todo se debía al impulso de una mujer generosa, cuya única descendiente se encontraba ahora más pobre y más abandonada que lo había estado nunca la hija del tabernero.

—¿Con que ha nacido usted en el castillo de Gravelle?—preguntó la señora de Hérault.—¿Su padre de usted se llamaba Enrique?

—Sí, señora—contestó Elena con asombro.—Pero, ¿quién ha dicho á usted?...

—Señorita—repuso la anciana con orgullo y enternecimiento—cuando yo no era más que una pobre costurera de aldea iba á coser al castillo y he

hecho saltar á su padre de usted muchas veces sobre mis rodillas, Al verla en una posición tan precaria, al pensar que usted y los suyos han podido conocer la miseria, experimento una gran amargura, y me acuso como de una horrible ingratitud de haber dejado á la casualidad la satisfacción de acercarme á usted.

—No se ocupe usted de mí, señora—interrumpió Elena.—Aseguro á usted que no carezco de nada, y, gracias á Dios, mientras mi madre ha vivido, he podido atender á sus necesidades.

—Es usted una valiente joven, y me alegro de encontrarla así. Yo lo debo todo á su familia de usted. Lo poco que soy lo hizo con su bondad y su generosidad. Su abuela de usted me dió el dote que permitió casarme con Hérault, y con ese dinero comenzó el edificio laborioso de nuestra fortuna. Si somos ricos es por la señora de Graville. Sin ella, Hérault hubiera vejetado simple obrero en una fábrica de provincia, y yo habría permanecido en casa de mi padre. Nuestras fuerzas, nuestra actividad comun no se hubieran reunido, y nada de lo que hemos logrado se habría podido intentar siquiera. Ya ve usted, señorita, que debo mucho á sus deudos, y, por consiguiente, á usted, y aún me dará nuevos motivos de agradecimiento si me permite pagar tan sagrada deuda.

La señorita de Graville retrocedió avergonzada. No comprendía claramente á donde iba á parar la anciana. Presentía algun repugnante ofrecimiento de dinero que la hubiese rebajado al nivel de una mendiga, á ella que ganaba su vida y no pedía nada á nadie; y concentrándose en sí misma herida y humillada, contestó:

—Señora, me felicito de los servicios prestados

á usted por mi familia; pero no encuentro en ellos nada que la obligue... Guarde usted sus dones para las verdaderas necesidades. Yo, mientras encuentre trabajo, me bastaré á mi misma.

La señora de Hérault, con su instinto natural, comprendió lo que pasaba en la mente de Elena. Adivinó el efecto que su proposición la había causado, y queriendo desvanecerlo, se acercó á la joven y le dijo, cogiéndola afectuosamente la mano:

—Es preciso ser indulgente, hija mía, con una pobre vieja que no ha tenido nunca más guía que su corazón. Yo no la ofresco á usted dinero; esté usted tranquila. Sé con quien trato. Usted pertenece á una raza que da y no recibe. Pero yo tengo muchos años y no tengo más que un nieto que me acompaña poco, no por falta de cariño, sino porque, lanzando en el mundo, le retienen sus placeres. Estoy casi siempre sola, y muchas veces he sentido no tener una nieta. Ella hubiera permanecido al lado de su abuela, y yo no hubiese conocido las tristezas del aislamiento. Al ver á usted me ha parecido que la casualidad me había enviado lo que deseaba, y he pensado pedirle venga usted á desempeñar á mi lado el papel que hicieron los suyos, siendo á su vez mi bienhechora, ayudándome á terminar mi vida, como ellos me ayudaron á empezarla.

Al oír estas palabras que salían del corazón, Elena sintió sus ojos llenos de lágrimas, y viendo que la señora de Hérault le tendía los brazos, se arrojó en ellos sin vacilar.

—¿Acepta usted?—exclamó la anciana con alegría.

Elena se desasíó de los brazos que la retenían como prisionera, y contestó lentamente:

—No puedo contestar aún, señora.—Estoy pro-



fundamente agradecida á usted, pero quiero reflexionar y no ceder á un primer impulso sentimental que pudiáramos lamentar las dos algún dia. Perdóne usted mi franqueza, pero he adquirido desde hace mucho tiempo la costumbre de dirigirme á mí misma, y tengo más decision de la que corresponde á una mujer. Lo que usted me propone en este momento es abdicar mi libertad, renunciar á mi modesta, pero tranquila existencia, para ir á vivir con usted que tiene todas las apariencias de la bondad, pero á quien no conozco, en un mundo que me parece sembrado de perfidias y peligros. Si yo me decidiera á hacer lo que usted me pide no podría retroceder, sino muy difícilmente. Las nuevas costumbres que habría adquirido harían mi pobreza más pesada, y en este cambio que debía considerar favorable podría no cosechar más que desaliento y tristezas. Es necesario que lo piense y pese el pro y el contra. Una vez resuelta, sea la que quiera mi determinacion, nada podrá hacerme cambiar.

—Veo—dijo la señora Hérault—que tiene usted carácter. Esto me sorprende y me encanta, á mí que no lo he tenido nunca y he hecho siempre lo que los demás han querido. Hérault mandaba en la casa, y yo me limitaba á hacer cumplir sus órdenes. Luego mi hijo rogó en sus manos la autoridad, más flojamente, es cierto, pero continué obedeciendo. Hoy Luis es el amo, y ese, hija mia, no necesita más que sonreír para que me anticipe á sus caprichos. Hago mal, lo conozco, pero ¿que remedio? Sería preciso dirigir á ese chico débil y ligero en vez de aprobar todo lo que hace. Es una fatalidad que el hijo no valga generalmente lo que el padre, y que la fortuna ganada por el abuelo sea casi siempre disipada por el nieto. Nuestros negocios, antes prósperos, hoy

languidecen por falta de impulso y como decía mi marido, toda fortuna que no aumenta, disminuye. Mientras mi nieto esté soltero no viviré tranquila. ¡Hay tantas bribonas, sin contar el juego y las carreras para acabar con el dinero! Cuando se case, le conozco bien, y sé que entrará en orden, porque es una naturaleza dulce y buena. Adorará á su mujer, amará á sus hijos y recobrará la dirección de los negocios en lugar de dejarla á un estúpido consejo de accionistas. Entonces bendiciré al cielo y cesarán mis inquietudes. Pero para obtener este resultado necesito tener á mi lado quien me aconseje y me sostenga. Soy vieja y hay muchas cosas que no sé ni aprenderé ya. Deme usted el auxilio de su perspicacia y de su tacto. Juzgue usted el bien que puede hacer, y comprenda que vá prestarme un servicio en lugar de recibir un favor.

Elena no contestó. En pie al lado de la ventana miraba pensativa un rayo de sol que doraba las hojas de su enredadera. La veía enlazando sus tallos flexibles á la antigua casa y dándola un aspecto de alegre juventud. Despojada de su adorno de ramaje y de dores, la pared aparecía negra y triste. Y hacía en su cuarto una comparación entre ella y aquella planta cultivada todos los días por sus manos. ¿No debía su bella y fresca juventud ser el ornato de la antigua familia, como la tierna y delicada enredadera lo era del edificio? El destino parecía haberla colocado allí para que con solo extender los brazos pudiera cumplir su mision benéfica.

Y evocada súbitamente, pasó antes sus ojos la graciosa y elegante silueta de Luis, vestido de luto, atravesando el patio á horas fijas y viviendo como un hijo modelo, al lado de su abuela. ¿Sería posible, como decía la anciana, que tuviese alguna influencia

favorable en la vida del joven, que ayudase á la abuela á separarle de males compañías que le alejaban del hogar de su familia? ¿Qué relación había entre aquel loco audaz que la había seguido la vispera acompañado de su amigo y el huérfano dulce soñador que ella había espiado durante tantos días desde su ventana? ¿No sería acaso aquel compañero moreno y de rostro altivo su genio del mal? Si ella pudiera disputárselo, volverlo á la razón, á la prudencia, y en lugar de un calavera inútil y gastado, hacer de él un trabajador capaz y vigoroso. ¡Pero en provecho de quién realizaría esta obra de salvación! Llegaría una joven desconocida que sería prometida á Luis, y á quien tomaría por esposa. La abuela había dicho que no viviría tranquila hasta que estuviera casado. Y ¿quién sería la que un día llevase el nombre y asegurase el porvenir de aquella familia?

Una voz misteriosa la decía al oído. "Serás tú. No tiene más que querer y tu destino cambia. Quizás sería más feliz permaneciendo en tu mediocridad, pero el combate de la vida te llama y no puedes abandonar tu puesto. Tú serás la protectora de esa casa, la defenderás y la salvarás. Esta obra no se hará sin grandes sufrimientos y muchas amarguras. Pero tu virtud es aceptarla y tu orgullo verla terminada."

Elena se estremeció. Le parecía que había á su lado an sér invisible que la aleytaba. Oía pronunciar claramente esta palabra: "¡Voluntad, voluntad!" Miró aturdida en torno suyo, se vió sola con la señora de Hérault, y comprendió que quien hablaba era su alma.

—Hija mía, dijo con bondad la anciana, hace cinco minutos que usted reflexiona y ahora estaba muy lejos de mí, ¿no es verdad? No quiero abusar



de usted ni molestarla con mi presencia. Pero ¿me dejará usted marchar sin darme alguna esperanza?

En el bello rostro de Elena brilló una sonrisa y dijo tendiendo la mano á la señora de Hérault:

—Déjeme usted el trabajo que me ha traído; desde este momento no me ocuparé en otra cosa. Mi aguja irá de acuerdo con mi pensamiento y cada puntada que dé me unirá á usted más sólidamente. En tanto que meditaré, usted consulte con los suyos porque si entro en su casa no quiero que sea como una intrusa y sólo deseo encontrar miradas amigas y manos abiertas. Cuando haya concluido este bordado iré á llevárselo á usted, y si sus intenciones no han cambiado y mis resoluciones están de acuerdo con ellas, decidiremos del porvenir.

La señora de Hérault aprobó gravemente con la cabeza, cogió á la joven por el talle, la besó tiernamente y dijo despidiéndose:

—Trabaje usted mucho para no hacerme esperar.

El mismo día cuando Luis bajo á almorzar, un poco pálido y muy triste, la señora de Hérault le contó su visita con entusiasmo. El escuchó en silencio y tal vez sin pensar en lo que oía. Estaba muy lejos del Faubourg-Poissonnière y daba vueltas con el pensamiento alrededor de una casa de la avenida Gabriel. Vea en una habitación del piso principal entrar silenciosamente un hombre grueso de cara rapada. Una mujer en estudiado desaliño le acogía con una sonrisa; él la estrechaba en sus brazos. A la discreta claridad de una lámpara de noche las trenzas de cabellos dorados se extendían sobre sus hombros blanquísimos, una sonrisa embriagadora animaba aquel rostro delicioso y la mirada de sus ojos color de cielo, brillaba con encanto irresistible. Era

la misma cabellera de oro que le había envuelto en sus ondas perfumadas, la misma sonrisa que le había hechizado, y la misma mirada cuya dulzura sentía aun en el fondo de su alma. Había tenido aquel talle entre sus brazos y aquellos labios de rosa se habían posado en los suyos. ¿Cómo estaba allí aquel hombre? ¡Y qué perfidia infame proyectaba aquella mujer en la que no podía pensar sin estremecerse de amor!

La señora de Hérault tomando por atención la preocupación de su nieto, continuó:

—La he podido que venga conmigo y no me deje más... Si acepta, creo que tú no tendrás inconveniente.

Él no dió más importancia á esta cuestión que si se hubiese tratado de otra señorita de compañía y contestó:

—Lo que tú quieras, abuela.

La señora de Hérault abrazó á Luis.

—Eres muy bueno—le dijo—Yo temía que el ingreso de una extraña en la casa, te molestase.

Luis movió negativamente la cabeza y tornó á sus tempestuosos pensamientos. Después del almuerzo, volvió á la habitación que ocupaba en el piso segundo del hotel, y tendido en un sofá, en su cuarto de fumar, trató durante dos horas de marearse con cigarrillos opiados, sin conseguir otra cosa que exaltar su imaginación. Siempre veía provocadora y lasciva á la hermosa mujer de los cabellos dorados en brazos de su nocturno visitante y rugía de cólera y de celos al pensar en la dicha de Lereboulley. El paroxismo de su exaltación le sugería ideas locas. Pensaba: "Yo soy tan rico como él y más joven, ¿Por qué no ha de ser mía? Ya que es una cortesana la pagaré. Me representará otra vez la te-

rrible comedia de que he sido juguete esta noche. Ella está dispuesta, toda vez que me espera hoy mismo, en este momento. Engañará á Lereboulley por mí y me engañará á mí por otros., Y dejó escapar una risa furiosa y gritó golpeando un velador que hizo pedazos:

—Su sonrisa, su mirada, sus cabellos, su cuerpo, serán de todos los que puedan pagarlos, como habrán sido míos. No. Mil veces no. No quiero. No seré burlado por ella. De mí no se reirá con otro.

Dió algunos pasos por la estancia, se paró delante de la chimenea, miró el reloj y vió que eran las cuatro. Llamó á su ayuda de cámara, pidió su carruaje y se vistió. A las cinco salió y se hizo llevar al círculo imperial. Allí estaba casi seguro de encontrar á Lereboulley y á Thauziat; allí estaba á doscientos pasos del hotel Olifaunt. Por más que juraba no volver á pensar en Diana, iba al encuentro de su amante y se emboscaba casi al lado de su casa.

Hacía un tiempo hermosísimo; el calor ya muy fuerte llevaba gran concurrencia á los Campos Eliseos, y por la calle Real la circulación era inmensa. Los salones del círculo estaban casi vacíos y el juego languidecía. La mayor parte de los concurrentes estaba en el jardín en forma de terraza que domina toda la plaza de la Concordia y hace de aquél sitio uno de los observatorios más agradables de París. Bajo un toldo de cutí blanco y encarnado, sentados en cómodos sillones, los socios del círculo hablaban fumando, al abrigo de los rayos oblicuos del sol poniente. Un fresco olor de flores embalsamaba el ambiente y un bienestar delicioso dilataba los nervios y calmaba el pensamiento. Luis atravesó por entre los grupos distribuyendo distraidamente algunos apretones de mano, cambió algunos saludos y dirigiendo-



se á la balaustrada de piedra que da á la plaza, se apoyó de codos y permaneció allí mirando desfilas sin verlos los carruajes que se dirigían al Bosque. Fumaba de prisa, tirando un cigarrillo para encender otro, con la cabeza vacía y el corazón lleno de amargura. Hacía una media hora que estaba allí, cuando una mano se apoyó en su hombro. Se volvió y vió á Lereboulley alegre y sonriente. Un criado traía un sillón de jardín para el senador. El obeso personaje se dejó caer enjugándose la frente inundada de sudor.

—Hace un calor sofocante—dijo—He andado por obedecer á mi médico y estoy sudando á mares.

Luis miró á Lereboulley. El padre de Emilia vestía con un esmero propio del galanteador de oficio. Bajo el *jaquette* que oprimía su abultado talle, llevaba un chaleco blanco. Un pantalón gris claro cubría sus enormes piernas. Calzaba medias de seda y zapatos de charol. Una corbata azul con pintas blancas se anudaba negligentemente bajo su triple barba, y cubría su cabeza un sombrero de fieltro gris con cinta negra. En la mano llevaba un soberbio junco con puño de oro cincelado.

—¿Ha visto usted hoy á Thauziat?—dijo encendiendo un cigarro.

—No—contestó Luis.

—Esta mañana he hablado largamente con él—añadió el senador. Se trata de un gran negocio que me proponen y sobre el cual quería saber su opinión. Ya sabe usted qué buen golpe de vista tiene. Cuando después de estudiar un proyecto lo cree posible, se puede uno embarcar sin miedo. No he encontrado nadie que tenga más olfato que él, y como la especulación de que se trata es grande y complicada...

—¿Y á mi qué me importa?—interrumpio Luis secamente, irritado al ver que aquel hombre á quien de buena gana hubiese extrangulado le hablaba con tanta tranquilidad de negocios.

—¿Cómo que no?—Los dos tenemos intereses comunes y precisamente esos intereses entrarían en juego. Yo no puedo hacer nada sin usted.

—No estoy en disposicion de ocuparme en esas cosas.

—Sin embargo, creo que me hará usted el favor de escucharme. Hay aquí una mina de oro que explotar, gracias á la cual podría usted reponer en poco tiempo la brecha que ha abierto en su fortuna. Se trata sencillamente de un cable trasatlántico que se ha de tender entre Francia y América para que dejemos de ser tributarios de los ingleses. Su padre de usted ya entabló en otro tiempo negociaciones sin obtener ningún resultado. Pero hoy las hemos reanudado bajo otros auspicios. Se funda una gran sociedad americana. Nosotros por nuestra parte formamos la sociedad francesa, proporcionamos capitales para que funcione y suministramos el cable. Aquí entra usted, amigo mío, con su fábrica de San Dionisio, para contribuir á la parte material de la obra. Es trabajo importantísimo, muy largo y de grandes beneficios...

—Bien, haré estudiar un proyecto en las oficinas...

Lereboulley levantó la cabeza y fijó en el joven la penetrante mirada.

—¿Qué tiene usted?—preguntó.—No está usted hoy en caja.

—Un poco de jequeca.

—Vamos; consecuencias de la fiesta de anoche. Aquí me tiene usted á mí que soy más viejo y estoy

como si tal cosa, á pesar de que salimos á la misma hora...

—¿Habrá usted dormido en una cama mejor que la mía—replicó el joven sonriendo con amargura.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Loreboulley con alguna inquietud.

—Nada que no sea verosímil. Todos conocemos las costumbres de usted y se puede apostar cualquier cosa á que no ha ido usted á su casa esta madrugada.

—No sostendré la apuesta—contestó Lereboulley con fatuidad—porque podría usted ganar.

—¿Y se trata naturalmente de una mujer de la buena sociedad?—preguntó Luis.

—De la mejor. Yo no sé si usted será como yo, pero no puedo soportar las cortesanas. Antes todo me parecía bien. Con tal que la mujer fuera guapa ya no pedía más. Luego me hice más exigente; quería por lo menos la apariencia del buen tono, aunque no tuviera la realidad absoluta.

—Vamos, sí, el similar.

—Pero ahora necesito la autenticidad completa, la certidumbre de que no hay nada falso, ni el nombre, ni la posición.

—Pues tenga usted cuidado, querido; hay metal blanco que parece plata.

—¡Oh! Yo lo tengo contrastado.

De pronto calló el senador. Una victoria bajaba de la nalle de Boissy-d'Anglas al trote de dos magníficos caballos. Guarniciones, libreas, todo ostentaba una elegancia perfecta. Medio recostada en el fondo del carruaje, sonreía la señora de Olifaunt, vestida con un precioso traje negro que hacía resaltar la frescura de su tez y el brillo de sus cabellos. Como por una casualidad halagüeña, en el momento



de pasar el carruaje al pie de la terraza, el cochero detuvo el paso de sus caballos que piafaron un momento. Luis palideció al ver aquella aparición que encendía su cerebro y torturaba su corazón. Sus cejas se fruncieron, y atusando con mano nerviosa su bigote rubio, permaneció apoyado en la balaustrada, con las venas hinchadas, la respiración fatigosa y contemplando á Diana, con vivos deseos de insultarla.

Lereboulley se levantó radiante. Un relámpago de orgullo iluminó su rostro. Había experimentado una satisfacción inmensa. Aquella mujer hermosa, que tanto le enorgullecía se presentaba á rendir secreto homenaje á su dueño y señor. Todo aquello que seducía y brillaba á sus pies, era suyo. No tenía más que hácer una seña, el carruaje paraba, él subía, se sentaba al lado de Diana y la ostentaba ante todo Paris reunido. Pero el misterio de sus relaciones con ella, le satisfacía más que la ostentación pública. Su analogía con Júpiter, descendiendo en secreto á la morada de aquella moderna Danae, le encansaba. La comedia que representaba era un aperitivo para su amor. Cada vez que entraba furtivamente por la noche en casa de la inglesa, sentía un sudor frío; creía ver á sir James presentarse detrás de cada puerta con un revólver en la mano, para pedirle cuenta de su honor. Sin embargo sabía que el inglés vivía en medio de un lujo cuya procedencia no podía ser dudosa para él. ¡No importa! Diana le había dicho que su marido era capaz de verter sangre y le tenía miedo. Por de pronto no tenía nada que temer y gozaba en paz de su dicha triunfante.

Inclinado hacia la calle y descubierto, estaba tan fascinado por el cuadro que se ofrecía ante su vista, que ni siquiera había reparado que Luis, sin hacer

más que tocar el ala de su sombrero, se había vuelto y afectaba mirar hacia el jardín. La señora de Olifaunt tocó ligeramente con la sombrilla la espalda del cochero y dijo:

—Pare usted.

Negligentemente adosado á la balaustrada, Luis observaba de reojo todos los movimientos de la joven. Bien comprendía que mandaba parar por él y no por Lereboulley, que no cabía en sí de gozo.

Había visto pintarse la alegría en el rostro de Diana cuando le vió con el senador, y la sorpresa cuando notó que apenas la saludaba, y por fin la cólera con que pudo convencerse de que estaba resuelto á no reparar en ella. Erguida, con el busto hacia adelante y las narices hinchadas, le miraba fijamente.

—¿Por qué no ha venido usted á verme antes?—preguntó con imperio.

Luis no se movió y guardó silencio. Lereboulley despues de mirar á su compañero inmóvil, creyó que la pregunta se dirigía á él y contestó:

—Amiga mía, no sabía que usted me esperaba. No recordaba que me hubiera dicho nada.

—No me dirijo á usted—replicó Diana con impertinencia extraordinariamente.—Hablo al señor de Hérault.

Pareció á Lereboulley que la tierra temblaba y el cielo se ponía de color de plomo. Dirigió á su amigo y á su querida miradas de estupefacción, y en medio de un zumbido que atormentaba sus oídos escuchó las palabras que se cambiaron entre Luis y Diana.

—Me ha sido imposible ir—se decidió á contestar el joven.—He estado ocupado.

—Alguna ocupación muy importante, sin duda.

¿Y le veré á usted esta noche?

—No es probable.

—¿Mañana?

—Tampoco.

—Entonces, ¿nunca?

—Nunca.

—¿Me explicará usted lo que significa esto.

—Es inútil.

Luis se inclinó, y dando algunos pasos atrás se puso fuera del alcance de las miradas de Diana. Esta lanzó una exclamación de cólera y dijo al cochero:

—Siga usted. Al bosque.

La victoria volvió la esquina de la avenida y desapareció rápidamente.

Lereboulley seguía en el mismo sitio. En algunos segundos los pensamientos más opuestos y más violentos cruzaron por su cerebro. Lo primero que pensó fué que Diana le había engañado con Hérault y que acababan de romper imprudentemente en su presencia. Buscó entonces en el pasado indicios de una intriga entre la inglesa y Luis y no encontró ninguno. ¿Sería que Diana se ofrecía al joven y éste la rechazaba? Pero entonces ¿cómo no se recataba de él? La víspera ella había hablado con Luis en la fiesta del conde Voreseff. ¿Por qué esta explicación repentina é imperiosa por parte de ella y brutal por parte de él? Y sobre todo ¿por qué en su presencia? Aunque Diana hubiera buscado una ocasión de romper y despedirle, ¿no hubiese procedido de otro modo? Aquel hombre tan fuerte en el despacho de su casa de banca aquel político de mirada perspicaz, se mostró débil como un niño, al tratarse de la mujer que amaba, y dirigiéndose á Luis que se había sentado y fumaba en silencio, le dijo suplicándole con la voz y la mirada:



—Mi querido amigo ¿qué sucede? ¿por qué esa cuestión entre la señora de Olifaunt y usted? ¿Por qué esa insistencia de su parte y de la de usted esa rudeza?

Luis levantó la cabeza y preguntó con calma:

—Pero, amigo mío, ¿con qué título me pide usted explicaciones? Los secretos de esa señora, no le incumben á usted segun creo. Usted no es su marido, que yo sepa... Y á menos que sea usted su amante...

—¡Luis!—exclamó Lereboulley tendiendo las manos en ademán de súplica.—Luis, no hable usted ligeramente del honor de una mujer.

—Pero si yo no hablo de ningún modo; si es usted quien me pregunta sobre puntos delicados. Yo estoy pronto á contestarle, si usted tiene un título cualquiera. No es usted ni su marido, ni su amante. Entonces ¿qué es usted y por qué me pregunta?

El senador permaneció un momento indeciso. Por fin se atrevió á hablar diciendo entre vacilaciones y circunloquios:

—Yo me intereso mucho por la persona con quien acaba usted de sostener tan extraño diálogo. Sepa usted que tengo el encargo de velar por su existencia y cumplo esta misión con un celo afectuoso. No vaya usted á imaginar lo que no es. Suponga usted, por ejemplo, que es mi pupila... sí, mi pupila. ¿No tendría entonces el derecho de preguntar por qué rogaba á usted que fuera á su casa y usted se negaba á ir? ¿Qué lazos misteriosos le unen á usted á ella? Contésteme usted, yo se lo ruego... Hágalo usted aunque no le haya convencido de mi derecho á preguntarle... Hágalo usted en consideración á nuestra antigua amistad.

Luis tuvo lástima de Lereboulley y al verle suplicante, balbuciente, inundado en sudor y con las

manos temblorosas. Pensó hasta qué punto podía el amor de aquella criatura degradar y empequeñecer á los hombres enérgicos y más poderosos. ¿Hubiera yo llegado á este extremo?—se decía.—¿Se hubiese apoderado de mí como se ha apoderado de éste? Entonces ha sido una influencia feliz la que me ha separado de ella. Ya había introducido la locura en mi cerebro y en mi corazón. Si hubiese llegado á poseerla ¿qué hubiera sido de mí y cuál sería el imperio que sobre mí ejercería?

—Pues bien, mi querido Lereboulley—dijo tranquilamente.—Hay entre esa señora y yo un ligero pique. Anoche en la fiesta del conde Woreseff, me habló de un modo que no fué de mi agrado. Se lo dí á entender y con su tono de reina me mandó que fuese hoy á presentarla mis excusas. Como yo creía que no se las debo no la he obedecido: de aquí su resentimiento.

El senador medio se tranquilizó.

—¿Es eso todo?—dijo—¿No me engaña usted? Es que Diana es una mujer tentadora. Todos los hombres á la moda le han hecho el amor, ó se lo hacen, ó se lo harán. Yo lo he observado... pero nunca la he visto tan alterada como hoy. Hoy he visto en ella por primera vez un gesto, una actitud y un tono desconocidos para mí. Vamos Luis, deme usted su palabra de honor de que no es usted su amante.

Al enumerar estos síntomas acusadores, el senador volvió á su angustia de antes y Luis contestó para tranquilizarle;

—Juro á usted por mi honor que ni he sido ni soy su amante.

—¡Ah! ¡Mi querido amigo!

El senador le abrazó agradecido. Luis se desasosió riendo y preguntó al banquero:

—Diga usted Lereboulley, ¿podría usted hacer el mismo juramento?

La pregunta era tan inesperada que el otro quedó aturdido. Dió casi un salto y después de cerciorarse de que nadie le escuchaba, contestó:

—Pero hombre, ¿en qué piensa usted? Después de lo que le he dicho supone usted...

—Pues precisamente por eso.

—No, no... No vaya usted á imaginar... Es preciso saber respetar la reputación de una mujer...

—Bien la respeta usted entrando en su casa á las tres de la mañana por la puertecilla del jardín.

Lereboulley quedó estupefacto.

—¿Cómo?... ¿Yo?...

—Sí, usted; esta noche al salir de casa de Woreseff, Thauziat y yo bajábamos á pie por los Campos Elíseos. Usted iba delante de nosotros contoneándose con aire de vencedor y le hemos visto con nuestros propios ojos.

—¡Chist!—interrumpió el senador.—Pero no es lo que usted piensa...

—¿No? Entonces iría usted á hablar con sir James.

—¡Diablo de muchacho! Nada de nombres, por Dios. Piense usted en la gravedad del caso... Si se sospechase...

—La mitad de París lo sospecha y la otra mitad lo sabe.

Lereboulley pareció contrariado.

—No creo lo que usted me dice... Si así fuese lo sentiría mucho... Pero ya que me ha cogido en flagrante delito, tendré que confesar... Thauziat lo sabía hace mucho tiempo... Pero yo guardo el mayor secreto... Se trata de una verdadera señora... La mejor sociedad va á su casa y la recibe todo el mun-



do... ¡Y es encantadora! Yo he conocido muchas mujeres, pero ninguna como ella. Vea usted querido, que sé apreciar lo bueno. Soy un veterano del amor y Diana es mi bastón de mariscal.

—Le debe costar á usted mucho.

—Pero amigo mío, ella tiene fortuna—exclamó Lereboulley.—Posee en América terrenos heredados de su padre y en ellos hay importantes minas...

—Sí, como dice su hija de usted, siempre se puede estar seguro de que hay por lo menos las minas de Diana.

El rostro del senador se nubló.

—Toca usted, amigo mío, uno de los puntos dolorosos de mi situación. Mi hija odia á Diana y su actitud, respecto de ella, me causa los mayores disgustos. Usted sabe cuánto amo á Emilia. He seguido viudo por ella, pero debía comprender que hay en la existencia de un padre, libre de sus acciones, cosas sobre las cuales es necesario cerrar los ojos.

—No puede usted esperar que sea una hermana para esa señora.

—No pero tampoco podía creer que la persiguiera con sus epigramas como lo hace. Apenas me atrevo á invitar á mi casa á Diana y á su marido. Emilia me hace estremecer á cada momento... Tenga usted en cuenta que sir James es hombre terrible y que no admite burlas en materia de honor. Es un tirador de primera fuerza.

Luis se echó á reír.

—Yo tiro mucho mejor que él. Si le busca á usted quimera. envíemelo usted.

—No, no, ¡diablo!—exclamó Lereboulley.—Si usted le rompiera la cabeza me tendría que casar con su viuda.

Los dos estaban muy contentos. El senador por-

que podía hacer ostentación de sus amores sin que le tachara de indiscreto. Luis porque daba la inconsistencia de su carácter, se alegraba de haber cortado una intriga en la que presentía vagamente graves inconvenientes y peligros. El sol se ponía, proyectando sobre la calle la púrpura de sus rayos. Los coches volvían á Paris. El círculo empezaba á estar desierto y en la terraza no quedaba nadie. Lereboulley y Luis cogidos familiarmente del brazo entraron en los salones. En aquel momento llegaba Thauziat. Al ver la cordialidad de los dos amigos no pudo contener un movimiento de sorpresa é interrogó á Luis con una mirada. Como si Lereboulley hubiese querido satisfacer la curiosidad del recién llegado, dijo á su amigo:

—Puesto que ha venido Clemente, vamos los tres á ir á comer á la señora de Olifaunt. De seguro se alegrará mucho y le reconciliaré á usted con ella. Siento que estén ustedes reñidos. No conviene indisponerse con una mujer bonita. Después de comer hablaremos del cable. ¿Está dicho?

—No, es imposible. Thauziat y yo no somos libres. Tenemos un compromiso para esta noche.

—Es usted rencoroso, Luis—dijo el senador moviendo la cabeza—y eso no está bien.

Dió la mano á los dos jóvenes y se marchó.

—¿Por qué no has accedido á sus deseos, ya que tenía tanto empeño?—preguntó Thauziat á su amigo.

—Porque lo que he sabido desde ayer ha modificado mis intenciones y no quiero oír hablar de Diana. Clemente miró á Luis y le vió muy tranquilo.

—Tanto mejor—le dijo.—Es mujer que no te convenía.

Comieron, dieron una vuelta por el café de Embajadores, donde oyeron con placer algunas cancio-

nes estúpidas, y á las doce volvieron al círculo donde empezaba una fuerte partida de juego. A la una de la madrugada Thauziat fué á acostarse, dejando á Luis en disposición de ganar un dineral. A las tres la suerte había cambiado y perdía dos mil lises. Entonces volvió á su casa, con la cabeza pesada pero el corazón vacío.

Durante una semana llevó una existencia calculada para cambiar el curso de sus ideas y olvidar á la hermosa inglesa. Se arregló para no estar nunca solo, para no tener tiempo de pensar en ella. Se levantaba tarde, almorzaba con Thauziat, iba á las carreras, comía en el círculo y jugaba por la noche. No abandonaba la mesa de juego hasta que se caía de fatiga, y de este modo se proporcionaba un sueño sin pesadillas. Durante ocho días vivió completamente fuera de su casa y su abuela no le vió. Al cabo de una semana sintió remordimientos por el abandono en que tenía á la pobre señora. Era un lunes y ese día no comía nunca Emilia con ella, porque había recepción en casa de Lereboulley. Luis tenía la seguridad de que no se le hablaría de Diana. A las siete llegó y entró directamente en el salón. Las lámparas aun no habían sido encendidas y las grandes colgaduras dejaban la estancia en una semi-obscuridad. Cerca de la mesita rodeada de un biombo en que trabajaba la señora de Hérault, vió una mujer sentada que le volvía la espalda. Sin mirarla se acercó á ella y dijo alegremente:

Buenas tardes, abuela.

Pero de pronto lanzó una exclamación de sorpresa. La mujer sentada se había levantado y con graciosa confusión había dejado ver un rostro joven y un talle flexible, en lugar de una cara de vieja y un cuerpo encorvado.



—Dispense usted—dijo Luis inclinándose.—Por favor, no se moleste usted y perdone mi aturdimiento.

La joyen hizo un ademán con la mano para atajar sus excusas, y saludando á Luis con una ligera inclinación de cabeza, se disponía á retirarse, cuando se presentó la señora de Hérault, seguida de un criado que llevaba luz.

—¡Ah! ¿Eres tú, hijo mio?—dijo á su nieto.—¡Cuánto me alegro!

Ni un reproche por su larga ausencia; nada más que besos y demostraciones afectuosas en que reboaba la satisfacción. Repuesta de la grata sorpresa que le produjo el inesperado regreso de Luis, vió á los dos jóvenes cohibidos por su mutua presencia.

—¡Qué tonta y qué distraída soy!—exclamó.—Tú no conoces á esta señorita, y usted, hija mía, no conoce á mi nieto...

E irguiendo su pequeño cuerpo, dijo presentándolos ceremoniosamente:

—Señorita, mi nieto Luis Hérault Gandon, hijo mío, la señorita Elena de Graville.

En un momento acudieron á la memoria de Luis todos los incidentes de la semana anterior. Volvió á ver á la joven seguida por Thauziat y por él hasta la puerta de la casa, recordó el interrogatorio del tío Anselmo, la emoción de la señora de Hérault cuando oyó el apellido Graville, que traía á su memoria un pasado ya lejano. Oyó á su abuela contarle la visita que hizo á Elena, y preocupada por el descubrimiento que había hecho, pedirle permiso para acoger á la descendiente de sus bienhechores. Arrastrado por la corriente de su vida borrascosa, había olvidado esta aventura, cuando de pronto se encontraba delante de la heroína. Le gustó por la franqueza

de su mirada, por la firmeza que denotaba su boca y por la luminosa inteligencia de su frente. Su tez, un poco morena, le daba una apariencia sombría y melanóctica. Todo en ella formaba un contraste singular con la coquetería, el esplendor y la blancura de Diana. Aquella gracia severa le conquistó desde luego. Juzgó á Elena una persona tranquila, reflexiva y agradable, cuyo trato le complacería, y acercándose á ella la tendió la mano amistosamente, diciendo:

—Sea usted bien venida, señorita, y permítame darle gracias por la bondad con que ha cedido á los deseos de mi abuela. Yo, por mi parte, lo agradezco mucho, y ruego á usted que considere esta casa como suya.

Elena bajó la cabeza con una sonrisa que dejó ver sus dientes blancos, puso su mano en la del joven, y contestó, dejando oír por primera vez el sonido de su voz, cuyo timbre grave pareció á Luis armonioso y profundo:

—Doy á usted mil gracias por su buena acogida, y le prometo amar á su abuela como si fuese la mía.

No cambiaron más palabras, embargados por una turbación súbita que les hizo apartarse uno de otro.

La comida fué casi silenciosa y muy rápida. Los tres comensales se observaban: la señora de Hérault tratando de leer en el semblante de su nieto la impresión producida por Elena; Luis mirando á la señorita de Graville, que conservaba la actitud más correcta y tranquila. No se le escapó ni una palabra que no fuese natural y oportuna. Aquella joven en veinticuatro horas se había vuelto á encontrar en casa de la señora de Hérault siendo lo que era en la de su madre antes de la decadencia. Su buena educación

la ponía al abrigo de toda burla, como una fiel armadura defiende contra un ataque insidioso. Por ese lado se se sentía tranquila y segura de sí misma.

Elena notó con tristeza la palidez de Luis y las señales que habían dejado en sus ojos las noches pasadas sobre la mesa de juego. Le vió absorto y pensativo, y sospechó pesares secretos, sin figurarse que en aquel momento el joven no pensaba más que en ella y que con su ligereza natural había ya apartado de su mente toda preocupación y todo disgusto. En el salón Elena preparó y sirvió el café sin esperar á que la señora de Hérault pensara en pedirlo. La abuela, sentada al lado de su nieto, saboreaba el placer de ver á aquella encantadora joven prodigarla todos los cuidados afectuosos de que estaba privada casi siempre. Se mostraba orgullosa por haberla descubierto y contenta por haber sabido atraerla. Le parecía que en cierto modo era su obra y que algo de su encanto se reflejaba en ella. Quería que Luis notara todo lo que podía hacer brillar á Elena. Cogió del velador el pedazo de crespón de la China que la había servido de pretexto para entrar en casa de la señorita de Graville, y se lo enseñó maravillosamente restaurado.

—Borda como una hada—dijo—toca el piano, canta con un gusto extraordinario y si la oyeras leer...

—Si no la incomoda el tabaco—interrumpió Luis—la declararé perfecta.

La anciana se dirigió á Elena, que se mantenía discretamente apartada hojeando un periódico ilustrado.

—¿Permite usted fumar un cigarrillo á este loco, mi querida Elena? Es necesario halagar sus vicios, pues, de lo contrario, no le veremos en una semana,



Elena se levantó ligeramente, y contestó acerbando un mechero de plata que había en una bandeja:

—He sido educada por un padre que fumaba mucho, y el olor del tabaco no me disgusta.

Volvió á sentarse y no habló más que cuando la señora de Hérault la interrogaba. La velada pasó con una rapidez sorprendente, y Luis quedó asombrado viendo que eran las once cuando á él le parecía que acababa de levantarse de la mesa. Se despidió de la señorita de Graville, besó á su abuela, y sin pensar en ir al círculo, subió á su habitación, se acostó y durmió como no había dormido nunca hacía mucho tiempo. El día siguiente almorzó con las dos mujeres y volvió para comer. Lo mismo hizo toda la semana. Y la señora de Hérault, en el colmo de la alegría, pensó que con Elena había entrado la felicidad en su casa.

## V

Al cabo de tres días Clemente de Thauziat comenzó á extrañar la desaparición de su amigo, y sospechó algún misterio. Estaba acostumbrado á los re-

pentinos cambios de Luis; pero aquella retirada súbita después de una crisis violenta anunciaba una importante modificación en las ideas del joven. Pensó que habría encontrado alguna ocupación galante, y como no era curioso no se preocupó por averiguar dónde se metía su satélite. Necesitaba ir á Bruselas para inspeccionar la marcha de una sociedad de la que Lereboulley y él eran administradores, y se ausentó de Paris por una semana. El día de su regreso quiso dar al senador cuenta de su regreso, y á las cinco de la tarde se dirigió á casa de Diana.

El hotel que ésta habitaba era delicioso. Tenía la entrada por el *faubourg* de San Honorato y su fachada principal daba al jardin, cuya puertecilla se abría tan fácilmente de noche para Lereboulley. Aquella bombonera alquilada por cuarenta mil francos al año, había sido construida para mis Howard, cuando el principe Luis Napoleón habitaba el Eliseo. En sus pequeñas proporciones contenía todo lo que puede exigir el sibaritismo más refinado. Las salas de recepción ocupaban la planta baja, que por su elevación venía á ser un entresuelo. En el piso principal estaban las habitaciones particulares de la bella inglesa. En una de las alas laterales que formaba casi un pabellón separado se alojaba Sir James. Una elegante escalera de piedra con pasamano de terciopelo, adornada de columnas de pórfiro y alumbrada por una farola de bronce dorado, conducía desde el vestibulo á una galería, por la que se pasaba á los salones.

Un gusto exquisito había presidido á la instalación interior. Los muebles eran de una elegancia sobria más ruínosa que el fauste chillón. Las pinturas de seda antigua del saloncito, los tapices copiados de Teniers de la sala de billar, los cueros de Córdo-

ba Luis XIII del comedor ofrecían una variedad de tonos que daba á cada habitación el carácter particular que debía tener. El dormitorio, precedido de un tocador á la Pompadour, donde las maravillas del estilo deleitaban la vista, estaba tapizado de una magnífica tela heliotropo con flores de plata, cuya suavidad prestaba un brillo más seductor á la blancura de Diana. La cama, estilo del Renacimiento, de ébano incrustado de nácar, estaba acompañada de cofres italianos con las armas de los Médicis en bronce dorado. La cómoda era un cofre veneciano, cuya tapa, formada de un mosaico de mármoles, representaba el casamiento del dux con el Adriático. Los preciosos muebles de esta estancia extraordinaria habían sido comprados en la venta del palacio San Donato. La chimenea, de peral negro esculpido, estaba coronada por un retablo, en el que se veía el retrato de la señora de Olifaunt en traje de Diana cazadora, con un pecho desnudo, y la diadema de plata sujetando sus cabellos dorados, obra admirable de Chaplin. El suelo estaba cubierto con un tapiz de astracán blanco, mullido y fino como la nieve.

Los días de recepción íntima la dueña de la casa recibía en el piso bajo en un saloncito japonés que Sir James había llenado de curiosidades escogidas por él con la seguridad de un inteligente. Había allí figuritas de márfil de lo más bello que se conoce, y que formaban una serie de estatuillas hechas con la habilidad y la paciencia de los maravillosos artífices Teddo. En aquella habitación tapizada de seda azul pálido, bordada de pájaros caprichosos, de plantas monstruosas y de animales quiméricos, recibía Diana aquel día con un traje apropiado al cuadro en que se encontraba. Una larga túnica color de rosa con flores, abierta sobre el pecho y cuyas anchas mangas deja-



ban ver sus brazos desnudos, caía hasta sus pies calzados con babuchas verdes. Sus hermosos cabellos, recogidos sobre la frente, estaban sujetos por agujas de oro con cabeza de coral. Su traje era tan flotante que á cada movimiento parecía que se iba á salir de él, y estaba así admirablemente bella.

Daban las cinco cuando el criado abrió la puerta á Clemente. En aquel delicioso salón se hallaban reunidas siete personas. La hermosa Diana estaba sentada junto al duque de Sforza, un noble italiano muy rico, con los cabellos teñidos de un negro verde, encerrado en una levita y mostrando en el ojal una roseta multicolor. Cerca del piano la señora de Andersen, una vieja americana, sin fortuna, pero con una hija deliciosa de rubios cabellos, ojos azules y barba un poco abultada como todas las yankees. escuchaba al joven compositor Luciano Werdier cantar á media voz una melodía que acababa de componer sobre versos de Coppée. En el hueco de la ventana Sir James mostraba un cuadro comprado por él aquel día, y se esforzaba en persuadir á Loreboulley, que le escuchaba con enojo, del mérito de aquella adquisición, que le había costado una friolera ¡veinte mil francos!

La entrada de Thauziat arrancó á Diana á las seducciones del aristocrático extranjero, y sacó á Loreboulley de las garras de Sir James. Diana tenía siempre una sonrisa de reserva para Clemente; sin embargo, al verle entrar frunció el ceño. Se dirigió á él, se dejó estrechar la mano y se sentó lánguidamente sobre los almohadones bordados. El joven saludó á los dos americanos, hizo al músico una amistosa inclinación de cabeza, y dijo dirigiéndose á Loreboulley:

¿Qué hay, amigo? ¿Le enseña á usted Sir James alguna nueva maravilla?

—Llega usted á tiempo, mi querido Clemente. Usted que es un verdadero inteligente podrá decir é nuestro amigo que se ha dejado robar por ese bribón de Stainer. ¡Mil luises un cuadrito de diez pulgadas de alto por ocho de ancho! Vea usted si esto no es digno de un camino real.

—Un Carlos Dolci auténtico y firmado—replicó friamente Sir James mirando severamente al senador. En fin, ya es cosa hecha y le advierto á usted que he dado un cheque contra su casa.

La idea del cheque aumentó la irritación de Lereboulley, que exclamó con ironía:

—Le agradezco á usted la advertencia... Pero lleva usted buen paso, Sir James. No hay fortuna que resista tales prodigalidades...

El inglés se puso serio, y preguntó como ofendido:

—Perdone usted, amigo Lereboulley; pero ¿acaso mi mujer no tiene ya fondos en casa de usted?

—No es eso—interrumpió el senador.—Si censuro esa compra es por interés de usted. Compre usted lo que quiera... Yo no tengo nada que hacer... más que pagar... Pero esto no impide que ese cuadro me parezca un mamarracho.

Cogió á Thauziat por el brazo y se le llevó aparte, repitiendo con rabia: "Un mamarracho, un verdadero mamarracho..."

El compositor acompañaba á la linda miss Andersen, que entonces cantaba su melodía, y la madre, que se atracaba de emparedados, aplaudía con entusiasmo maternal siibando entre dientes:

*¡Delicious! ¡Very charming!*

El principe italiano, que alardeaba de melómano, hacía coro, escuchando de cerca á la joven extrajera.

Diana había abandonado su asiento, y levantando una *portière* se llevó á Thauziat á la habitación inmediata, pequeño escritorio que servía á Sir James para despachar su correspondencia y pagar sus cuentas.

—Aquí no nos estorbarán—dijo sentándose en un sillón.

—¿Qué hay?—preguntó Clemente sonriendo.—¿Me encierra usted Diana? Yo creía que esta era una especialidad reservada á Sir James.

—Nada de bromas—dijo la inglesa, en cuyos ojos azules brilló una mirada dura como el acero.—El momento no es oportuno.

—¿Tiene usted disgustos?

—Uno solo; pero grave.

—¿Y tengo yo alguna parte?...

—Creo que todo.

Thauziat miró á Diana, y sabiendo que no era aficionada á dirigir recriminaciones, se puso muy serio.

—¿Qué ha dicho usted de mí á su amigo Hérault?—preguntó la inglesa.—Yo le dejé con usted al salir de casa del conde Woreseff... Ustedes salieron casi al mismo tiempo que yo; lo he sabido por Lereboulley. Hérault debía venir á verme el día siguiente, y no sólo no vino, sino que se condujo conmigo de la manera más impertinente y más grosera... y delante de testigos. ¿Qué ha sucedido? ¿Cómo él que la vispera estaba tan amable y tan rendido se mostró el día siguiente tan violento y desdeñoso? Es que usted cambió sus intenciones... no puede haber sido otro más que usted. ¿Cómo y por qué medios? Quiero saberlo.

—Pero, querida, es muy singular que me haga usted responsable de las acciones y los gestos de



Luis Hérault. El sabe lo que se hace. Tiene bastante edad para ello, y yo no le he de trazar su línea de conducta. Además, me admira ver á usted contrariada tan gravemente por una visita frustada. ¿Sentirá usted que un solo hombre haya escapado á su poder?

—Si era justamente ese—interrumpió bruscamente Diana—el que yo quería tener á mis órdenes.

—¡Hola! ¡hola!—dijo Thauziat.—¿Hace usted tanto honor á Luis? ¿Es el galán preferido, casi indispensable? ¡Y lo reclama usted con tanta aspereza!

Yo no reclamo nada... más que un poco de franqueza de parte de usted. ¿Qué ha dicho usted á Luis Hérault para impedirle venir á mi casa?

—Nada.

Diana se puso en pie con violencia, y preguntó á Thauziat mirándole de hito en hito.

—¿Por qué mente usted?

—No me tomo nunca esa molestia por nadie—dijo Clemente.—¿Por qué me la había de tomar por usted? No he dicho nada á Luis. El ignora todo lo que usted oculta tan cuidadosamente. Pero viendo que ese muchacho estaba perdidamente enamorado y acariciaba proyectos insensatos—hablaba de robar á usted y de casarse despues de un divorcio... ya ve usted qué locuras—traté de llevarle á una apreciación más exacta de las cosas, y no consiguiéndolo me lo llevé á pasear al aire libre... Dió la casualidad de que íbamos detrás de Lereboulley, y ese afortunado mortal nos trajo sin desconfianza hasta la puerta de esta casa...

—¿Y Luis le vió entrar?

—Sí.

Diana quedó silenciosa. Sus manos, un poco temblorosas, jugaban con las borlas de seda de su cintu-

rón; su boca sonrosada, crispada por una sonrisa sarcástica, presentaba una expresión de astucia feroz, y sus ojos brillaban siniestros.

—¿Qué interés tenía usted en separarle de mí? Usted es incapaz de herirme sin una razón poderosa. Usted no ha sido nunca uno de esos imbéciles que hacen daño por el gusto de ver padecer.

—Ya sabe usted, Diana, que tengo una gran debilidad por usted. Pero no piense usted en Luis. Yo me he comprometido á no dejarlo en sus blancas manos. Este es todo el misterio. Desplume usted á Lereboulley, que tiene el ala dura y se defiende como puede. Pero perdone usted á ese pobrecillo que se cree un hombre corrido y es la misma sencillez...

La hermosa inglesa levantó vivamente los ojos, que miraban al suelo, y dijo mostrándolos á Clemente animados y luminosos:

—¿Y si le amase?

—No diga usted cosas inverosímiles—contestó friamente Thauziat.—Usted no ha amado nunca en el mundo más que á Diana. Y ha hecho usted bien, por que esa no la faltará jamás. Los hombres son estúpidos, y no valen la pena de preocuparse de ellos.

—Yo tenía un capricho por él.

—Pasará.

—Algún dia se encontrará usted en rivalidad de amor con Luis Hérault... Eso es evidente, y entonces reñirán ustedes.

Clemente se echó á reir.

—Ese día se lo devolveré á usted para vengarme.

--Trato hecho—dijo ella dándole la mano.

--Corriente—contestó él.

Le besó la punta de los dedos, y añadió reparando en su brazo desnudo:

Ya no lleva usted pulseras. Sin embargo, las tiene usted soberbias.

—No me gustan más que las perlas negras y muy buenas, y son demasiado caras para que yo las compre.

Permítame usted que se las envíe.

—Mejor será que me envíe usted la que su amigo ha descubierto—dijo en tono sarcástico la inglesa—y á la que hace la corte en casa de su abuela.

—En casa de su abuela no ve más que á Emilia Lereboulley.

—No, no. No se ha cuidado jamás de ese adefesio. Se trata de otra, de una nueva..., ¿Le ha apartado usted de aquí para favorecer esos amores?

—No sé una palabra de lo que usted me dice. No le he visto hace ocho días.

—Pues vaya usted á presenciar el espectáculo, que debe ser curioso... y me lo contará usted.

—Sin duda.

Entraron en el salón, donde Sír James había entablado con Lereboulley una partida de juego. El italiano conversaba con miss Andersen, cuya madre seguía comiendo pasteles con asombro del compositor.

Al cabo de un momento Thauziat pidió permiso para retirarse, y se dirigió al círculo, donde llegó preocupado. Las palabras de Diana le habían impresionado. Tenía entre otras cualidades excelente memoria, donde conservaba los menores incidentes. La páfida insinuación de la señora de Olifaunt evocó en su espíritu toda la historia de la joven á quien habían seguido, y los recuerdos del pasado que despertó en la señora de Hérault el apellido Gravi le. Y Thauziat vió clara y distinta la elegante silueta de la que durante media hora había excitado su cu-





riosidad, aguijoneado su deseo y hecho hervir con una sensación inesperada su tranquilo cerebro. ¿Era aquella la que se había instalado en casa de la señora de Hérault? ¿Y por qué Luis no le había contado el desenlace curioso de aquella aventura?

Presentía una pequeña perfidia. Al fin, él era quien había reparado en la desconocida que pasaba modesta, sin más que su elegancia nativa y su gracia discreta para atraer las miradas. El había hecho á Luis que la siguiera, aunque sin ninguna idea pre-concebida, sólo por el gusto de verla andar. El le había pedido que interrogase al portero. En una palabra él lo había hecho todo para el providencial descubrimiento de Elena... Sí, Elena, recordaba su nombre, y no había olvidado su perfil severo ni la línea ondulante de su talle cuando aceleró el paso para ponerse fuera del alcance de su persecución. Luis seguramente ni hubiera reparado en ella ni la hubiese seguido. El era el autor de todo aquel episodio, y creía tener una especie de derecho de propiedad sobre la joven que en cierto modo había creado.

Ya su imaginación se exaltaba, cuando por un rápido esfuerzo sobre sí mismo, advirtió todo lo que había de falso en su razonamiento y de inseguro en las conjeturas de Diana. No pudo menos de reírse, pero al mismo tiempo experimentó un secreto placer en la efervescencia que le había dominado. Vió en esto una prueba de que la juventud aun no le había abandonado. Analizó con complacencia su sensación y notó que estaba más preocupado de lo que creía. Había en él una irritación sorda y aunque no tuviese ninguna intención determinada sobre la desconocida, se consideraba suplantado.

Acostumbrado á guiar á Luis y á verle sumiso en su presencia como ante la de su amo y señor, adivi-

nó en su vasallo un principio de rebeldía, y esta tentativa de emancipación le hirió en lo vivo. Si aquella muchacha hubiera gustado á Luis se la hubiese dejado; sus ideas en materia de galantería eran conocidas. Pero si se picaba su amor propio, si se trataba de vencerle, entonces sentía deseos de combatir y triunfar. Y ¡ay del que se le pusiera delante!

Hizo un gesto de amenaza y ya en medio de la gravedad de sus pensamientos, no se reía. Antes al contrario. Permaneció serio y se propuso poner pronto en claro toda la intriga. Acabó de comer en el círculo, dió una vuelta por los salones, estuvo poco espacio mirando jugar al billar, vió que los carambolistas jugaban mal y cediendo á una impaciencia interior que no le dejaba estar quieto, se dirigió hacia el *Faubourg Poissonnière*. Al llegar, en vez de dejarle subir al piso principal como de costumbre, el criado le abrió una puertecilla que había dejado de la escalera y le llevó al jardín.

El día había sido caluroso, y despues de comer la señora de Hérault se sintió molesta porque el calor era insoportable en el salón. Cogió el brazo de su nieto y dejando á Emilia que había comido con ellos, pasar delante, fué á sentarse bajo el fresco dosel de los árboles. Eran las nueve, la noche casi había cerrado, pero el cielo estaba tan claro que aun se veía. Un fresco delicioso subía de los cuadros de verdura cuidadosamente regados y las flores agitadas por la brisa embalsamaban el ambiente. Reinaba en el jardín una calma profunda. Apenas si un ligero murmullo de voces ó el lejano rodar de algún carruaje recordaba que se estaba en el centro de una gran ciudad. Absortos por aquel silencio, penetrados por aquella dulce tranquilidad, los cuatro estaban callados. Luis encendió un cigarro. La señora de Hérault

que le dejaba fumar en toda la casa, protestó vivamente.

—¿Nos vas á envenenar con tu tabaco?

—¡Esto sí que es raro! Me prohibes el cigarro al aire libre y me lo permites en tu salon.

—Si, pero hay aqui plantas que embalsaman este ambiente y tú inficionas sus aromas.

—¡Hola! Volvemos á la horticultura. ¿Acaso la señorita de Graville gusta también de flores? ¿Tiene usted esta pasión inocente?

—La señorita de Graville ama las flores—contestó la señora de Hérault—y es mucho más inteligente que yo. Ella me ha indicado modificaciones muy ingeniosas y muy sencillas que se deben hacer en los invernaderos.

—En Graville, en casa de mi padre estaban como he dicho á usted—dijo Elena.

—Pues si has encontrado una cómplice, el año que viene vamos á figurar en la exposición. La señora de Hérault, medalla de oro, seccion de gardenias. Esto hará buen efecto. Pero ya que mi cigarro te disgusta voy á dar una vuelta. ¿Vienes, Emilia?

La señorita de Lereboulley se levantó y los dos desahucieron por las calles del jardin. Al cabo de un momento sonaron pasos y la señora de Hérault exclamó:

—¡Calle! Es el señor de Thauziat.

Elena se estremeció al oir estas palabras. Desde hacia una semana habia oido pronunciar aquel nombre muchas veces. Sabia que era el del amigo más intimo de Luis. No levantó los ojos presa súbitamente de una angustia repentina como si presintiese la aproximacion de un pelibro, y oyó una voz de timbre sonoro que decia:



—Buenas noches, señora, ¿como esta usted?  
!Qué! ¿la ha dejado á usted sola Luis?

--Se pasea con Emilia, pero como usted ve no estoy sola. Ya no lo estoy nunca. Tengo una hija adoptiva y le voy á presentar á usted á ella. Querida mia, uno de nuestros mejores amigos, el señor de Thauziat.

Elena se levantó y mirando al recién llegado, reconoció el sombrío y altivo rostro del que acompañaba á Luis el dia en que le encontró por primera vez. Antes de haberle visto lo habia adivinado; no podia ser otro el que le producía con su llegada una turbacion tan violenta. La vibracion imperiosa de su voz, acostumbrada á mandar, la firmeza de su mirada que se imponia, la bizarria de su porte un poco desdeñosa, todo en él denunciaba al hombre no vulgar. Bueno ó malo debia tener personalidad y dejar en todas partes señalada la huella de su paso. La señora de Hérault completó la ceremonia de la presentación diciendo:

—Mi querido Clemente, la señorita Elena de Graville.

El se inclinó como si le presentarán á una princesa de sangre real y dijo con voz tan dulce que casi acariciaba:

—En adelante, señora, tendré menos remordimientos cuando me lleve á Luis, porque sabré que el vacío que deje su ausencia, está bien ocupado.

Elena inclinó muy friamente la cabeza. No habia nada en las maneras de Thauziat que no fuese enteramente correcto y sin embargo se sintió herida como si hubiese murmurado en su oído palabras de amor. El tono, el acento, la actitud de aquel hombre, todo era singular y llamaba la atención. Era imposible que algo en él resultase indiferente. Era pre-

ciso fatalmente adorarle ú odiarle. No habia que pensar en sustraerse á su influencia.

Elena desde el primer momento comprendió claramente esta fatalidad. No se engañó en cuanto á Clemente y tuvo la certeza de que la causaria mucho bien ó mucho mal. No sabia, ni podia prejuzgar, si seria una cosa ú otra.

Mientras él hablaba con la señora de Hérault ella se atrevió á observarle. No pudo descubrir en su rostro nada que denotase maldad. Tenia la frente ancha é inteligente los ojos negros, brillantes y profundos, hermosa dentadura y bizarro aspecto de fuerza y alegría. Solo la nariz mostraba una línea demasiado dura. Pero este podia ser un indicio de orgullo lo mismo que de crueldad. Su voz tenia seducciones irresistibles. Mentalmente comparó á Luis esbelto y flexible, con sus cabellos rubios, sus ojos azules, su voz afeminada y su carácter indeciso, con aquel moreno enérgico y resuelto. Parecia una paloma al lado de un milano. ¿Qué resistencia podia oponerle? ¿No había nacido para ser sa presa? En aquel mismo instante apareció Luis con Emilia. Desde lejos conoció á su amigo y gritó:

—¡Hola, Clemente!

Pero no apresuró el paso. Parecia que se acercaba á disgusto. La señorita de Lereboulley por el contrario se acercó presurosa y sonriente tendiendo la mano á Thauziat.

—Me ha cumplido usted su palabra. Gracias.

—¿De qué le das las gracias? — preguntó Luis.

—De un favor que me ha hecho.

—¡Hola, Thauziat! ¿Tu haces favores? Ten cuidado, Emilia, que no será desinteresado.

—Puede pedirme lo que quiera — contestó gra-

vemente Emilia.—Nunca será tanto como lo que yo le he ofrecido.

Y pasando por delante de los dos jóvenes fué á sentarse entre la señora de Hérault y Elena. Luis y Thauziat permanecieron en pie apartados de las damas.

—¿Qué ha sido de tí en todo este tiempo?—preguntó Clemente.—¿A caso te vas á hacer ermitaño?

—¡Diablo! Soy aun demasiado joven para eso.

—¿O les que te retienen los buenos ojos de esa muchacha?

Y con un irónico movimiento de cabeza, señaló Thauziat á la señorita de Graville. El corazón de Luis palpitó con violencia. Comprendió que su amigo estaba más serio de lo que aparentaba y que su pregunta exigía una contestación franca. En el primer momento sintió impulsos de confesar que le gustaba y que deseaba hacerse amar de ella. Pero el recuerdo de la modesta posición de la joven le contruyó y no quiso revelar el vivo interés que le inspiraba. Temió la burla y se mostró á la vez un poco celoso. Recordó la admiración de Thauziat cuando vió á Elena por primera vez; creyó prudente no llamar la atención del seductor y negó.

—¿Qué?—dijo con un desdén afectado.—Esa señorita de compañía? No por cierto; no comprendo los amores dentro de casa. Cuando se rompe no se atreve uno á volver; ó hay necesidad de despedirla á ella y eso da apariencias de verdugo. Tengo el corazón demasiado sensible y no me gusta hacer padecer á nadie. Además ¿á tí te parece guapa?...

—Mucho, y puesto que la plaza no está sitiada...

—Pero, Clemente, está en casa de mi abuela...

—No temas; respetaré la casa.

—Además es de buena familia.



—Entonces se puede uno casar con ella—dijo Clemente riendo.

Luego añadió poniéndose serio y fijando los ojos en Luis:

—Estás hoy muy pudibundo. ¿Tienes alguna idea?...

—Ninguna.

Voluntariamente por dos veces Thauziat había presentado á Hérault la ocasión de hablar. Dos veces retrocedió éste ante el deber de confesar la verdad. En cinco minutos se había preparado terribles dolores para el porvenir.

Se habían acercado al grupo formado por las tres señoras y entablaron conversación con ellas. Emilia, antes silenciosa, se fué animando poco á poco y su ingenio al chocar con el de Thauziat comenzó á despedir chispas. Aquellos dos brillantes contendientes justaron entonces como si hubieran tenido un centenar de oyentes para aplaudirles. Parecía que Clemente deseaba ostentar sus fuerzas y que Emilia, dichosa por la mancomunidad de ideas establecida entre ambos, se esforzaba en burcarle temas para que se luciera.

La señora de Hérault, Elena y Luis estuvieron oyéndoles hasta las once, sin advertir que la noche iba refrescando y que el silencio de la ciudad se hacía cada vez más profundo. Fué necesario que Luis exclamase: "Pronto van á dar las doce," para que se rompiese el encanto. Entonces se levantó la señora de Hérault y todos se dirigieron hacia la casa. En el vestibulo estuvieron un momento reunidos, mientras Emilia se ponía el abrigo ayudada por una doncella.

—Hemos pasado una velada deliciosa—dijo la señora de Hérault.

—Qué será fácil repetir--añadió Emilia--á poco que el señor de Thauziat se preste ello.

Clemente sonrió sin contestar, deseoso de no mostrar gran interés; se inclinó delante de la abuela y de Elena, estrechó la mano á Luis y dijo á Emilia:

—Voy á acompañar á usted hasta su coche.

Salieron, y los tres habitantes del hotel les vieron alejarse.

¡Qué hombre tan agradable es este Clemente!—dijo la señora de Hérault.—Viéndole y oyéndole, ¿quien se puede figurar que es un diablo? Porque, si, mi querida Elena, es un diablo... Pero durante estas dos horas ha estado delicioso... Creo que volverá.

—No te hagas muchas ilusiones, abuela—dijo Luis.—Thauziat sabe hacerse desear. Hoy se ha consagrado á ustedes, y lo probable es que no le vuelvan á ver en quince días,

En el fondo Luis esperaba que así sucediera, pero tuvo una decepción. El día siguiente Thauziat volvió, y como si se hubiese operado en él una transformación completa como la de su amigo, parecía encontrar un vivo placer en la vida de familia. Siempre había sido tratado por la señora de Hérault como un hijo, y por otra parte, su intimidad con Luis justificaba sus visitas. Sin embargo, fácil hubiera sido notar que no iba nunca más que á las horas en que estaba seguro de encontrar á Elena al lado de la anciana. Por lo demás, se hacia el inofensivo con una habilidad y un tacto sorprendente. Adomercia las prevenciones de Elena, no despertaba las sospechas de la señora de Hérault y casi había engañado á Luis. Este pensaba: "Clemente, después de todo, me tiene verdadero cariño, ¿por qué no ha de venir por el gusto de verme?"

Emilia era más perspicaz, y desde el primer momento vió más claro que todos. Sin embargo, lo que

sucedía á Thauziat era bastante complicado, pero ro hay nada más sutil que una mujer que padece para precisar la causa de sus penas.

Al principio Clemente se habia acercado á la señorita Graville por curiosidad, por saber lo que era. Lastimado por el hipócrita silencio de Luis, se habia propuesto vengarse dando un pequeño disgusto á su amigo. Luego se habia ido interesando en el juego y el encanto de Elena habia consumado la derrota del invencible.

Elena le habia conquistado, esto era indudable. El se complacia en estar á su lado, aun sin hablarla. Pasaba muy bien toda una velada en el hotel de Héroult jugando á la básiga con la abuela por tener el derecho de mirar á la joven, que trabajaba al lado de la mesa sin levantar los ojos de su labor. Experimentaba, respirando el mismo aire que ella, un placer, nuevo, dulce y poderoso. No se preguntaba á dónde le llevaria aquella pendiente que bajaba con tanta rapidez: Sabia que le era grato seguir el camino, y que aquella satisfaccion era la mayor de las que habia experimentado, Procuraba ganar la confianza de Elena, y cuando tenia ocasión la hablaba gravemente de su pais, de su familia y de la existencia precaria que habia soportado con tanto valor. En estos momentos encontraba palabras de infinita delicadeza para expresar la admiracion que le inspiraba, y era un espectáculo curioso el de aquel hombre gastado complaciéndose en la inocencia y la ternura.

Emilia habia seguido no sin tristeza las maniobras de Clemente; media con mucha precisión las etapas que recorria en el camino de su pasión, y viendo á Elena impasible ante las cualidades singularmente seductoras del joven, la estimacion que



desde luego habia sentido por ella aumentó mucho. En su lugar ella hubiera respondido con alegría á las insinuaciones de aquel galán. ¿Qué otra hubiera mostrado un continente tan firme y tan digno? ¿Quién podria demostrar tan cortés frialdad y tan amable reserva? Llegando á creer que no se daba cuenta de las atenciones de que era objeto, Emilia decidió sondear hábilmente aquel corazon que no disimulaba sus sensaciones.

Tratada como si fuese la hija de la señora de Héroult, Elena habia sido instalada al lado de la abuela. Se puso á su servicio una doncella, y fué colmada de toda clase de regalos. Como no tenia absolutamente nada que ponerse cuando cedió á las instancias de la señora de Héroult, Emilia fué la encargada de recorrer con ella las tiendas, y desde luego entraron en cierta intimidad. Por su parte Lereboulley hizo una buena acogida á la nueva amiga de su hija, y la atrajo á su casa. Elena no opuso resistencia. La excentricidad de Emilia la asombró pero su naturaleza, buena en el fondo, la agradó. Adivinó la amargura que habia en aquella alma privilegiada, y supo descubrir los tesoros de ternura que dormían en su fondo como perlas bajo el tumulto de las olas. Viéndola desgraciada se unió á ella, y se mostró tal como era en toda su cándida y tranquila rectitud.

Al cabo de algunas semanas eran intimas amigas y pasaban muchas horas en el taller de Emilia, Elena se habia dedicado á pintar en porcelana y lo hacia con bastante gusto, y mientras inclinada sobre la mesa, con un delantal sujeto á la cintura, manejaba delicadamente el pincel, Emilia hacia su retrato. Una tarde que ésta, fumando un cigarrillo, daba consejos á Elena, que copiaba un plato persa, dijo á su discipula:

—No estoy descontenta del retrato... No sale mal. Si usted me lo permite lo enviará á casa de Petit, á la Exposición de los Internacionales.

Elena levantó la cabeza y contestó, dejando el pincel:

—Puede usted hacer lo que quiera, pero creo que podría usted enviar cosa que llamara la atención más que mi retrato.

—¿Habla usted sinceramente? Pues qué ¿no sabe usted que es muy linda? Thauziat, á fuer de inteligente, podría enterar á usted de esto, porque no cesa de mirarla.

Un ligero rubor subió á la frente de Elena, que no contestó. Emilia quiso atacarla en sus últimas trincheras.

—¿No ha comprendido usted que la ama?

—¿Cree usted que el señor de Thauziat pierde el tiempo en pensar en mí?

—¡Oh! No hay cuidado... Está bien convencido de que no lo pierde.

—Pues en ese caso, se engaña —contestó con firmeza Elena.

Emilia exhaló un suspiro de satisfacción. No dudaba que Thauziat amaba á Elena, ni podía hacer que aquel hombre, á quien adoraba sin esperanza, no tuviese miradas para otras mujeres. Sabía además que no había encontrado ni encontraría muchas que se mostrasen crueles. Pero hubiera sentido mucho que Elena le amase. De todas las rivales que podía tener ésta es la que le hubiera causado más pena: La amistad que la había consagrado se hubiese envenenado, y ella daba casi tanta importancia á su amistad á la joven como á su amor á Thauziat. Desde entonces estaba tranquila. Elena había resistido el encanto, saliendo victorio-

sa de esta terrible prueba. Una boca tan altiva no mentía.

Enterada ya de lo quería saber, mudó de conversación y no volvieron á hablar nunca de Clemente. Después de haber logrado lo que quería de Elena emprendió la misma maniobra con Thauziat, tratando de descubrir sus secretas intenciones. Sabía que la cosa no era fácil y que la lucha con semejante adversario sería más penosa que con la confiada joven. Clemente mismo le presentó la ocasión que buscaba. Una noche que había comido en casa del senador, donde se celebraba un banquete, se había sentado en el salón y escuchaba resignado á la señora de Olifaunt, que cantaba con más pretensiones que voz el delicioso lamento del *Cid*; "Llorad, mis ojos..." Al terminar el canto en medio de los aplausos. Emilia se acercó á Clemente, á quien dijo, señalando á Diana:

—Tanto le han dicho que tenía cien mil francos en la garganta, que hace esfuerzos desesperados por sacarlos.

—Y debe padecer mucho—dijo friamente Thauziat—porque da unos gritos terribles.

—Luis no aprecia debidamente el favor que usted le ha hecho haciéndole romper con ella.

—Si, ahora estará muy tranquilo en el *Faubourg Poissonniere*.

—Si la señorita de Graville hubiese aceptado nuestra invitación, hubiera venido.

—¿Cree usted que no puede pasar sin ella?

—Sospecho que siente una gran inclinación muy alentada por la señora de Hérault.

—¡Pensará casarse con Elena!

—Pues qué, ¿cree V. que ella es de esas mujeres con quienes se puede prescindir del matrimonio?



Thauziat no contestó. Se quedó pensativo y pareció olvidar á Emilia que estaba á su lado. Ella no se atrevió á hablarle, á pesar de que hubiera dado algo bueno por conocer los pensamientos que bullían en su imaginación. Después de algunos minutos de silencio, irguió la frente, y dijo como continuando el interrumpido diálogo:

—Tal vez sea la mujer que le conviene. Si ella sabe adquirir ascendiente sobre él, todo irá bien,

—Creo que él le gusta mucho—contestó Emilia

Un relámpago pasó por los ojos de Clemente y sus labios se crisparon. Pero pronto se repuso, y exclamó con un ademán de indiferencia:

—Buen provecho les haga á los dos... Que sean muy felices y tengan muchos hijos.

Se levantó, y Emilia no pudo saber más.

La señora de Hérault no ocultaba sus impresiones. Estaba loca por Elena. Nunca se había visto tan mimada. Aquella mujer, acostumbrada á una pasividad absoluta, no podía acostumbrarse á mandar. Los cuidados de su fortuna y de su casa la abrumbaban, y los abandonó en manos de Elena, que supo hacerse amar y obedecer de todos. Tenía un modo dulce y gracioso de dar órdenes. El mayordomo, que era una potencia, dijo un día á la señora de Hérault.

—Prefiero una orden de la señorita Elena á una súplica de otros.

De este modo pudo la asombrada señora convenirse de que su hija adoptiva había hechizado á todos y adquirido insensiblemente una autoridad incontestable. Así es que solía decir:—“¿qué sería de mí si Elena me dejase?„ Y es seguro que si su nieto la hubiera hablado cualquier día de su amor pidiéndola permiso para casarse con la joven, hubiese aco-

gido esta pretension con entusiasmo. Pero el indolente Luis se contentaba con gozar de la dicha que proporcionaba la presencia de Graville, y no pensaba en modificar este estado de beatitud. Era una de esas personas que toman difícilmente una resolución pero una vez tomada persisten en ella, aunque sea mala, antes de tomar otra. Naturaleza débil, sobre todo para el bien, y que no tenía energía más que para el mal.

Después de su conversación con Emilia, Clemente estuvo algunos días sin ir al *Faubourg-Poissonnière* con gran extrañeza de todos. Luis le veía en casa de Lereboulley, porque la combinación del cable submarino se formalizaba cada vez más. El senador, después de pensarlo maduramente, había decidido, por consejo de Thauziat, constituir una sociedad anónima y acaparar con Luis y el riquísimo yankee J. Arthur Smithson la casi totalidad de las acciones. Los dos extremos del cable debían amarrarse en Brest y en Panamá, y la apertura del istmo daría seguramente gran importancia al negocio.

Lereboulley, muy entusiasmado con la idea de jugar una mala pasada á la sociedad inglesa del cable trasatlántico, como si al herir á sus compatriotas hiriese al odioso Sir James, exponía sus ideas, daba conferencias, interrogaba á Thauziat buscando una aprobación, que éste daba de labios afuera como si no escuchase lo que le decía su asociado. Visiblemente su talento tan claro y vigoroso estaba perturbado. Luis, viendo aquella apatía, adquirió seguridad y juzgó á Clemente menos fuerte de lo que había creído hasta entonces. Incapaz de imaginar las tormentas que producían aquella laxitud, decía: "Vamos, puedo luchar con él y vencerle," y tuvo la audacia de preguntarle porqué no iba á su casa. Thau-

ziat le dirigió una mirada, en que Luis encontró toda la ironía de otros tiempos, y contestó tranquilamente:

—Si deseas que vaya, lo haré por tí.

Hérault, picado, contestó con entereza:

—Mi abuela se alegraría mucho de verte. Tanto más cuanto que nos marchamos á Boisisse...

—Iré á veros con tanta facilidad como en Paris... á mi vuelta de Inspruck.

—¿Vas á Austria?

—Si, voy á casa de los príncipes de Wienitegrat que hace mucho tiempo me tienen invitado á una carcería de gamuzas.

Luis pensó que decididamente su amigo había dejado de pensar en Elena, y las vivas inquietudes que antes experimentaba desaparecieron y se creyó en completa seguridad.

Sin embargo, entonces era cuando Clemente pensaba con más ardor en la joven. Aquella naturaleza altiva y fuerte no se rendía sin combate y antes de renunciar á una pasión tan diferente de las que había experimentado hasta entonces se defendía con todas sus fuerzas. Analizaba sus sentimientos, discutía la persona que los inspiraba y trataba de demostrarse que no valía la pena que se tomaba por ella. Desempeñaba para consigo mismo el papel de un consejero prudente y pensaba en todos los peligros de aquel amor. Todas sus críticas tenían por punto de partida esta frase de la señorita de Lereboully: "¿Cree usted que ella es de esas mujeres con quienes se puede prescindir del matrimonio?,"

Casarse era una resolución grave que Clemente no tomaba. Si se hubiera tratado de seducir á Elena, robarla de casa de la señora de Hérault, sacrificarla momentáneamente una parte de su libertad, no hubiese vacilado un momento Ni los gemidos de Luis,



ni las exclamaciones de su abuela le habrían conmovido. Todo lo hubiera subordinado á su gusto como hacía siempre, y las consecuencias de su acción fueran las que fueran no le hubiesen asustado. Pero trastornar su vida, modificar su situación social, cambiar de la noche á la mañana la fórmula de su porvenir, y todo por una mujer... Al pensar en esto reía con convulsiones de rabia y juraba que no daría semejante mentís á su pasado.

Pero entonces ¿debía renunciar á Elena? La razón le decía que sí. Pero todo su sér se rebelaba á la idea de que pudiera ser de otro, de que aquel cuerpo flexible se estremeciera enlazado por un brazo que no fuese el suyo y que aquellos ojos de mirada profunda se velaran en el éxtasis de una voluptuosidad de que él no participara. Cuando se apoderaban de él estas ideas no sabía cómo desecharlas. La soledad en que había elaborado tantos planes atrevidos y acariciado tantos sueños sonrientes, le era odiosa. Necesitaba salir de casa y andar. Y aun si parecía que el seductor fantasma le seguía diciéndole: "¿Por qué me huyes? ¿No sería yo una dulce compañera de tu vida? Siempre me encontrarías á tu lado pronta á darte aliento y á admirarte. Tu ambición por lo menos tendría un objeto, tus esfuerzos no serían egoístas y tus triunfos más bellos si fuéramos dos para gozarlos." Por más que lo quería no lograba alejar de su mente estos pensamientos.

Había vuelto á la costumbre de ir á casa de la señora de Olifaunt. Era donde se encontraba más seguro contra sí mismo. La casa de la bella inglesa era una especie de linterna mágica, por la cual desfilaban personajes numerosos y variados. Allí Thauziat no tenía tiempo para pensar y la distracción era su salvación.

Diana quiso preguntarle lo que había averiguado en cosa de Hérault, pero Clemente contestó con tan marcado disgusto que no se atrevió á insistir por más que lo deseara. Desde hacia mucho tiempo conocía con quién se las había para entrar con él en un terreno en que no quería seguirla. Sospechó por un momento que Thauziat estaba enamorado, pero en este caso era tan inverosímil que no le correspondieran que no había tratado de enterarse con exactitud, y atribuyó á preocupaciones de negocios el humor desigual de su amigo. Sabía que estaba metido en grandes empresas, que la miseria general y la paralización de los negocios podía comprometer, y como era interesada, nada le parecía más legítimo que aquella inquietud. Sin embargo, Lereboulley aseguraba que Thauziat estaba á cubierto de todo peligro, y que no podía preocuparse por cuestiones de dinero.

Diana intentó algunas coquete ías para distraer á Clemente, pero él ni siquiera se dió por entendido; siguió tratándola como á un camarada y paseando mucho con ella. No se ocupaba en saber á donde le llevaba. Daban cita á Sir James que seguía comprando á precios fabulosos curiosidades artísticas y acababan la noche con Lereboulley en algún *restaurant* á la moda. ó en cualquier teatrillo.

Un día á eso de las cinco, paseando en curruaje por la calle de Séze, vieron los anuncios de una exposición de pinturas. La bella iglesia tuvo el capricho de verla, y entraron. Era una de las muchas sociedades que se forman de algunos años á esta parte, extrañas al salón oficial, especie de pequeñas iglesias en que cada artista tiene su capilla. Muchas personas de la buena sociedad se unen en ellas á los pintores de profesión y no es su gran talento uno de

los menores atractivos de estas exposiciones particulares. Era el día de la apertura y el público acudía presuroso. Diana y Clemente dieron algunas vueltas mirando distraidamente los cuadros colgados en las paredes y fijándose algo más en la concurrencia que los visitaba.

Ya habían encontrado muchas caras conocidas y cambiado no pocos saludos y sonrisas, cuando llamaron su atención estas palabras dichas en un grupo que había cerca de ellos: "Es de la señorita de Lereboulley." Se adelantaron y de pronto Clemente quedó inmóvil y con los ojos fijos. En un lienzo con marco negro había reconocido el rostro de la que no se apartaba de su pensamiento. Diana le miró con asombro y viéndole parado y un tanto sombrío delante del retrato, preguntó:

—¿Qué sucede, Thauziat?

Él no contestó. Parecía que el retrato le fascinaba y no podía apartar la mirada de aquel cuadro.

La señora de Olifaunt pensó: "¿quién es la mujer que produce bastante efecto en un hombre tan firme, para hacerle olvidarse de todo y entregarse á esa contemplación estática?"

¿Será ella la causa de esa perturbación cuyos motivos no he podido descubrir? ¿Quién es? Emilia Lereboulley la conoce; sin embargo, yo no la he visto nunca y su rostro es para mí enteramente desconocido."

Así pensaba, dejando á Clemente entregado á su adoración y mirando circular á la concurrencia con un murmullo de voces ahogadas, cuando la hizo volver una exclamación de su acompañante. A pocos pasos vió á la mujer que había servido de original para el retrato, acompañada de Emilia Lereboulley y Luis Hérault.



Clemente se puso muy pálido y Diana sonrió murmurando entre dientes:

—Todo se explica.

Un espacio de algunos metros separaba los dos grupos. Instintivamente Elena se había detenido viendo á Thauziat con la bella inglesa. Emilia había palidecido y Luis dirigió á su amigo una mirada llena de angustia. Aunque Clemente era el más turbado de todos, fué el primero que rompió el silencio. Se acercó á Elena y dijo saludándola con esa gracia respetuosa que desde luego coloca á una mujer en su verdadero rango:

—Admirábamos, señorita, ese retrato que reproduce, en verdad, fidelísimamente los hermosos rasgos de la fisonomía del modelo. y ahora que podemos compararlo con él, admiramos al pintor cuyo mérito aquilata esta comparación.

—Vamos, señor de Thauziat—dijo Emilia—aceptamos la primera mitad del cumplido. Se puede elogiar la belleza del modelo, pero en cuanto á la obra...

Al llegar aquí se interrumpió afectando reparar en Diana:

—¡Ah, señora!—dijo. —Perdone usted... no la había visto. Luis, la señora de Olifaunt...

Luis se había inclinado, pero Diana ni siquiera volvió la cabeza hacia él.

Devoraba con los ojos á la que consideraba su rival. Sus labios se contrajeron y sus ojos se cubrieron de un tinte sombrío. Dió un paso hacia adelante y dijo dirigiéndose á Emilia:

—Querida, ruego á usted que me presente á esta señorita. Me alegraré infinito de conocer á una persona encantadora, á quien por lo visto profesa usted cariño.

—Mucho—replicó Emilia en tono casi amenaza-

dor.—Y ya que usted lo desea... Querida Elena, la señora de Olifaunt, una de nuestras más hermosas mujeres... Señora, la señorita de Graville...

Diana fingió no advertir la extraordinaria impertinencia con que Emilia había invertido el orden de las presentaciones, ni el acento desdeñoso con que la había calificado de una de nuestras más hermosas mujeres... Se adelantó á Elena y dijo tendiéndola la mano:

—Celebro mucho esta ocasión, señorita... Siendo usted amiga de la señorita de Lereboulley, seguramente volveremos á encontrarnos, y crea usted que tendré en ello mucho gusto...

Entonces saludó á Luis con la cabeza, y pasando entre Elena y él le dijo entre dientes.

—Sea enhorabuena.

Permaneció un instante mirando á Luis y á Elena y sonriendo malignamente. Luego dejó escapar esta exclamación:

—¡Bien, muy bien!

Cogió el brazo de Thauziat y saludó ligeramente á las dos amigas, diciendo:

—Hasta la vista.

Y se alejó. Elena la siguió con la vista admirando la gracia de sus movimientos, la flexibilidad de su talle y la elegancia de su porte. Luego, acercándose á Emilia.

—¿Con que esa es la famosa señora de Olifaunt, de quien tantas veces he oído hablar á usted?

—La misma; la divina Diana, esposa del baronet Sir James Olifaunt.

—¿Por qué nos ha mirado tan fijamente al señor de Hérault y á mí?

—Porque sabe la historia de V. y no ignora que la Sra. de Hérault la considera como si fuese su hija.

Elena se puso encarnada y contestó moviendo la cabeza:

—En sus ojos he visto el odio. Yo soy pobre y modesta, ella rica y soberbia. ¿Por qué me odia?

—Porque hay naturalezas que no piensan nunca en su propia dicha sino en la de los demás. La envidia acibara todos sus goces, y no están nunca satisfechas si no ven á todos desgraciados alrededor suyo. Diana es una de esas naturalezas. Ha visto á usted tranquila, alegre, agasajada y ha olvidado su tranquilidad, su alegría y su corte de admiradores. Ha adivinado que es usted feliz y le ha bastado un minuto para odiarla.

—Pues ha adivinado bien—dijo Elena con acento sincero—puede odiarme, porque es verdad: soy feliz:

Luis sintió impulsos de coger la mano a Elena y expresarla toda la alegría que le había hecho experimentar, pero una mirada de Emilia le contuvo y y con el corazón rebotando dicha obedeció á la que parecía guiarla hacia el porvenir más risueño.

Entre tanto la señora de Olifaunt continuaba su visita del brazo de Clemente. Ya no miraba los cuadros, ni buscaba entre los concurrentes caras conocidas. Meditaba.

Así bajaron la escalera de piedra y se encontraron en el vestíbulo. Volvieron á subir al carruaje, y cuando éste se puso en movimiento dijo con voz seca:

—¿Es esa la señorita de compañía que el necio de Luis corteja á domicilio? No me ha parecido mal, y comprendo que la señora de Hérault estará encantada. Una querida dentro de casa es el sueño de todas las madres. Así el niño no sale y el amor, en lugar de distraerle de sus atenciones, le encariña con ellas.



Sin duda se disponía á proseguir desahogando en frases depresivas la rabia que le ahogaba, cuando Thauziat, poniéndola una mano en el brazo, dijo:

—La señorita de Graville es la más honrada de las mujeres, y agradeceré á usted que no hable de ella delante de mí.

Estas palabras fueron un rayo de luz para Diana, que exclamó, dando un golpe seco con su sombrilla en la palma de la mano:

—¡Qué necia soy! No lo había comprendido, pero ahora me lo explico. ¿Usted ama á la señorita de Graville, y tiene por rival á Luis? ¿Usted, Clemente?

Clemente no contestó. Su rostro no se inmutó, pero retorció entre sus dedos crispados los guantes, que se había quitado.

—¿Sabe usted que es un gran triunfo para ella? ¡Impresionar tan profundamente al arrogante, al invencible Thauziat! ¿Y ella resiste?

—Nunca la he dicho una palabra que pueda hacerla sospechar que la amo.

—“Que la amo,”—repitió Diana.—No puedo ocultar que la palabra amor me produce un efecto singular en boca de usted dirigida á una mujer que no soy yo.

—¿Va usted á estar celosa de mí al mismo tiempo que Luis?—dijo Clemente, en cuyos labios se dibujó una ligera sonrisa.

—Si he de decir á usted la verdad me disgusta un poco esa señorita. ¿Y usted la adora en secreto? Eso es bastante novelesco tratándose de un hombre tan práctico. Está usted desde hace quince días como un alma en pena. ¿Qué podríamos inventar para aliviarle? ¿Quiere usted que yo vaya a pedir la mano de esa señorita? Con mucho gusto le serviré á usted de madre en esta ocasión. Lere-

boulley y Sir James serán los testigos. No estará mal.

—Nada de bromas, Diana; esto es muy serio.

—Pues si hablo de matrimonio, ¿puede haber algo más serio? ¿No piensa usted en casa se? ¿Acaso puede usted hacer otra cosa?

—Quiero olvidar. Por la primera vez de mi vida no soy dueño de mí mismo. Usted me conoce bastante para comprender lo que sufro. ¿Qué es un hombre entregado á su corazón? Hasta ahora el mío ha obedecido á mi cabeza, y quiero que siga obedeciéndola... Haré un viaje.

—Querido—dijo Diana—la ausencia mata un capricho, pero aviva una pasión.

—Si padezco demasiado volveré y haré todo lo posible por ser dueño de la que amo.

—¿Y si ama á otro?

—No lo deseo, ni por ella, ni por él, ni por mí.

—¡Enhorabuena! Así es usted el de siempre.

Clemente no contestó. Diana se entregaba á sus reflexiones recostada en el fondo mullido del acruaje, y ya veía la imagen de Luís suplicante y reconquistado. Con un gozo cruel le ataba por medio de lazos hábilmente dispuestos, y se vengaba en aquel esclavo, enbriagado por sus filtros amorosos, de la humillación que la había hecho sufrir.

## VI

Boissise había cambiado mucho desde el día en que la señora de Hérault fijó allí su residencia para

no separarse de su nieto. Alrededor del castillo, fastuosamente restaurado por Pedro Hérault, se había agregado un millar de hectáreas de terreno. Un lago abierto en media de una pradera extendía sus orillas hasta los primeros árboles del bosque. En una isla, en medio de un promontorio elevado y rodeado de follaje, se alzaba, como en las encantadoras composiciones de Huberto Robert, la columnata blanca de un pequeño templo. Las avenidas del parque formaban bóvedas sombrías, iluminadas de noche por candelabros que un gasómetro alimentaba abundantemente. No quiera la naturaleza había sido ayudada por el progreso.

Delante de la entrada se veía, majestuoso y soberbio un jardín, á la francesa, en el que cada cuadro estaba adornado en el centro por una inmensa cesta, sobre la cual se desarrollaba, en forma de asa, un arco de hierro cubierto de un rosal trepador y en cada uno de los extremos por un cono de cuatro metros encarnado y florido, formado por dos mimacetas de geranio hábilmente dispuestas en un gradería. En los cuadros rubias del Levante, cuyos tallos ostentaban flores encarnadas arriba y blancas abajo, triunfo de un ingerto inteligente. Las cuasdras, reconstruídas, podían contener veinte caballos y los bosques estaban poblados de faisanes para las tiradas de otoño.

Aquella admirable posesión apenas había sido habitada desde la muerte de Pedro Hérault. El personal, sin embargo, seguía completo. Todos los años, en la primavera, los jardineros ponían el parque en disposición de que fuera visitado. Todos los veranos los guardas dejaban en el bosque la misma cantidad de perdices, de codornices y de faisanes. Todo estaba dispuesto para recibir á los dueños, y sin embar-



go, el castillo seguía abandonado. A la apertura de la caza, Luis solía ir ocho días con varios amigos, mataban algunos centenares de piezas, se marchaban y no se les volvía á ver en todo el año.

Solo con la señora de Hérault la existencia en aquel gran castillo le hubiera parecido insoportable. Aunque Lereboulley se instalaba por dos meses en la vecindad, esto no bastaba para atraer á Luis. El joven no tenía, como el senador, el cuidado de grandes intereses políticos que cultivar en el Eure durante semanas enteras. No tenía popularidad que sostener, ni influencia que acrecentar, ni excursiones electorales que emprender. Y cuando le faltaba el recurso de pasar las noches en la butaca de un teatro ó de tallar una banca en el círculo ó de visitar á algunas amigas galantes, los días eran para él lánguidos é incoloros. Al cabo de una semana le invadía la nostalgia de París, y no tenía más afán que pedir un carruaje y huir del silencio majestuoso de los bosques, de la extensión absorbente de las llanuras y volver á la ciudad, donde todo era ruido y no había horizonte que no tuviese límites.

Por primera vez, viendo allí á la señorita de Graville, descubrió Luis en Boissise encantos desconocidos. No se sintió devorado por el fastidio como en otras ocasiones, y se asombró de encontrar aquella soledad menos vacía sin darse cuenta de que estaba poblada por sus sueños y por sus esperanzas. En compañía de la joven recorrió los jardines, las huertas, todas las dependencias y se interesó por todas las cosas que hasta entonces le habían sido indiferentes. La variedad de conocimientos de Elena le admiraba. Educada hasta los dieciséis años en el campo, conocía todos los secretos del cultivo. A los ojos de aquel parisiense, que no po-

día distinguir el trigo de la cebada, pasó por un prodigio. En un acceso de entusiasmo dijo á la señora de Hérault.

—La señorita de Graville es extraordinaria. Lo sabe todo.

La anciana no le desmintió, porque no estaba lejos de creer que Elena resumía todas las perfecciones. Excitada por el ardor de su nieto se unió á los jóvenes y les hizo los honores de sus estufas. Pero sucedió que Luis no encontró ningún placer en las explicaciones de su abuela. Pensó que la horticultura no era tan agradable como parecía, y que las conferencias sobre la variedad de las flores no tenían mérito sino cuando salían de ciertos labios. La víspera había pasado horas deliciosas viendo las plantas más comunes, y entonces no le llamaban la atención ni las especies más raras y costosas. De aquí vino fatalmente la conclusión de que todo su goce procedía de la intimidad con Elena y que sólo con ella le eran gratos los paseos. Todo el mal consistía en la presencia de un tercero, aunque este fuese su abuela, que no era molesta, pero que tenía el inconveniente de hacer más reservada á Elena, impidiéndola mostrarse en toda su cándida y encantadora exuberancia.

Porque desde que había vuelto á respirar el aire de los bosques, en medio de los cuales había corrido su infancia, la señorita de Graville experimentaba una especie de embriaguez, y una súbita florecencia daba á su belleza grave una suavidad y un brillo enteramente nuevos. La palidez que había impreso en sus mejillas el trabajo sin descanso en la atmósfera ahogada de una habitación pequeña había desaparecido. Una sangre más ardiente coloró su rostro y sus ojos brillaron más vivos. Se operó en ella una transformación completa en lo físico como en lo mo-

ral Aquella naturaleza hasta entonces comprimida por los cuidados y los sufrimientos, se desarrolló como un arbusto helado por el viento del invierno al recibir los rayos del sol de primavera. El ligero fruncimiento de sus labios desapareció en una sonrisa, y su frialdad, un poco severa, se fundió en una alegría expansiva. Fué verdaderamente feliz, y la irradiación de su dicha la hizo más seductora. Luis y su abuela asistieron encantados á esta transformación. Se atribuyeron el honor de ella y se aficionaron cada vez más á la que en cierto modo consideraban como su creación. La anciana experimentaba satisfacciones maternales viendo desarrollarse aquel cuerpo delicioso, que adquiría cada vez más gracia y más elegancia. Luis estaba desvanecido por los resplandores de aquella imaginación que, libre del yugo de la miseria, se revelaba á la vez potente y delicada.

Al cabo de algunos días se presentó en Boissise Emilia Lereboulley, que se había instalado en Evreux con su padre. Entonces la existencia de los jóvenes fué más activa. Recorrieron el país en la *charrete* de Emilia, tirada por un vigoroso caballo irlandés, corto de pierna y fuerte de riñones. Volvieron á ver el camino de travesía en que Emilia, con su carruaje atascado, había conocido á Luis; fueron á almorzar á las ruinas de Saint-Wulfrand, alegres como estudiantes en vacaciones.

Recorrían las calles de árboles, respirando con delicia el aire libre, sin hablar y encantados como si se dijeran las cosas más agradables; hasta tal punto sentían sus corazones llenos de felicidad. Sentado á la orilla de un foso, al pie de una añosa encina, por cuyas ramas se filtraban los rayos del sol, Luis pasaba horas enteras contemplando furtivamente á Elena. Sentía impulsos de arrojarle á sus pies y de-



cirila que la adoraba y pedirle que le correspondiese, pero el esfuerzo que tenía que hacer para hablar, la indecisión de su carácter y el temor de turbar la armonía de aquellos días felices le detenían. "¿Para qué?—pensaba.—Tengo tiempo. ¡Seré tan feliz cuando sea mi mujer! ¿Qué dicha más grande podré experimentar?," Y no deseaba á Elena. Por la primera vez de su vida su amor era casto y tenía algo de fátal. Admiraba y quería á la joven sin que se turbaran sus sentidos. Hubiera podido perderse en los bosques y pasar toda la noche con ella en la cabaña de un leñador sin que se le ocurriera cogerlas en sus brazos. Al pensar que podía perderla y que ella proporcionaría á otro los gozos morales que él disfrutaba, se hubiera entregado á la más violenta desesperación. Le era ya indispensable para la vida y, sin embargo, no hubiera hecho nada por poseerla. Había en ella una majestad virginal que le imponía. La miraba en cierto modo como á una diosa, con la cual los mortales no tenían derecho á propasarse. Su amor tenía mucho de respecto, y aquél respeto, que jamás le había inspirado ninguna mujer joven y bonita, le hacía enmudecer cuando la contemplaba extasiado.

Sin embargo, era imposible mostrarse más sencilla, más alegre, más comunicativa que lo era Elena. Su altivez que era en gran parte cortedad había desaparecido. Trataba á Luis como á un hermano, como á un camarada, con algo de deferencia nacida de la gratitud de aquella alma delicada hacia el hijo de la que la había colmado de beneficios. Sentía una profunda ternura compuesta de los ensueños de otros tiempos y la realidad del presente. Siempre era para ella el joven delicado y pálido que atravesaba el patio del hotel, enlutado por la muerte de su

padre y á quien ella seguía con los ojos llenos de afectuosa compasión. En él veía el mismo paso indolente, la misma gracia un poco afeminada, la misma dulce mirada. No había cambiado; aunque ya no estaba triste volvía á encontrarle tal como le había adivinado; debil en la parte moral, pronto á dejarse dominar, pero capaz de todas las violencias cuando se veía apoyado. Hombre sin dejar de ser niño que tenía necesidad de alguien que le guiara para no ser víctima de tontos y malvados.

Elena conocía ya la importancia de las fuerzas industriales, puestas en aquella mano débil, por haber oído hablar de ellas hasta la saciedad y veía con sentimiento que estaban abandonadas. ¿Cómo era posible que el hijo de un gran industrial dejara la dirección de sus talleres á extraños y viviera en la molición, en lugar de poner por sí mismo en movimiento todos los resortes de la inmensa máquina? ¡Oh! Si ella hubiera sido hombre y le hubiese tocado en suerte esta tarea, ¿con qué pasión habría consagrado á cumplir su deber todos los recursos de su inteligencia! Algunas veces hablaba delante de él en este sentido, con discretos miramientos para no herirle con la expresión completa de su pensamiento, que contenía una recriminación grave. Procuraba estimularle y despertad en él un acceso de entusiasmo, diciendo:

—La primera virtud de un hombre es el trabajo.  
¿Qué es un hombre que no hace nada?

El respondía sonriendo:

—Un hombre que no hace nada, es un hombre que goza de la vida, que corre por los bosques, que descansa á la sombra y que pasa la velada hablando con usted; es un hombre feliz.

—¿Pero es útil?

—Muy útil á sí mismo.

—¿Y eso es bastante?

—Según los gustos.

—Pero ¿y si fuera usted pobre, señor de Hérault?

—Haría lo que todos, procuraría dejar de serlo; pero afortunadamente mi abuelo y mi padre trabajaron para mí.

—¿Y usted deja abandonado el gran patrimonio que heredó? Toda fortuna que no aumenta disminuye, como decía la otra tarde el señor de Lereboulley. ¿Quiere usted acabar por arruinarse?

—Siempre tendré bastante y por bastante tiempo para mí. Si tuviese herederos, si llegara á mi vez á ser jefe de familia, cambiaría acaso de modo de pensar. Pero ahora ¿por qué me he de preocupar? A mí no me gusta el trabajo, por el trabajo. Trabajar para un sér querido, para una mujer, para un hijo, se concibe; pero hacerlo únicamente por agitarse, por ganar, no; no tengo esa vocación.

Emilia solía poner término al debate diciendo con irónica sonrisa:

—Luisito, tú no eres más que un decadente del grande y del mediano Hérault. Tú acabarás en la miseria, á menos que una mano enérgica te sostenga. En el fondo no deja de ser profundamente moral que el gran montón de oro que posees, sin haberlo ganado, vuelva á la masa de todos los que sufren y se agitan en el trabajo diario. No te asustes ni me acuses de socialista. Está probado que en los tiempos en que vivimos las fortunas no duran tres generaciones. El padre la gana, la conserva el hijo y el nieto la derrocha. Tú eres el nieto Luis Hérault Gando y tienes buena disposición como lo has probado comiéndote la herencia de tu madre. Lo



mismo harás con la de tu padre, sino te ponen un buen freno.

—Gracias. ¿Te debo algo por la consulta?

—Es gratuita. A provéchala si puedes, pero no es probable,

Alegnas veces Luis estrechado por los argumentos de las dos mujeres, solía decir con gravedad:

—Está bien; serán ustedes satisfechas. Me marcharé hoy mismo á París y á la fábrica.

A lo que contestaba Emilia:

—No hagas tal cosa. Tomarías calor en el camino de hierro, irías esta noche al círculo, perderías mil luises al *baccarat*, y volverías aquí mañana á la hora de comer. De modo que el viaje sería inútil.

Luis se echaba á reir y los tres iban á dar un paseo. Pero Elena no estaba satisfecha, porque creía que Emilia no tomaba bastante por lo serio á Luis. El empeño de tratarle siempre como á un niño grande, la mortificaba; parecía que se la hacía una ofensa dudando de las cualidades del hijo de su bienhechora. Habló de esto á la señora de Hérault que le dió la razón. También la bondadosa anciana deseaba ver á su nieto haciendo vida de hombre y probando que corría por sus venas la sangre vigorosa de su raza.

Siempre había esperado que después de arrojar á la corriente de la vida el sobrante de su juventud, Luis se haría razonable. La rápida metamorfosis que se había operado en él desde algunas semanas antes, anunciaba la evolución final. Era evidente que iba entrando en el buen camino, pero no se le debía pedir todo de un golpe. Iba tomando el gusto á la vida de familia. puesto que si antes corría sin cesar de un lado para otro, en verano á Trouville en invierno á Monaco, jugando, cenando en alegre com-

pañía, viviendo en fiesta perpetua, y se le encontraba en todas partes menos en su casa, ahora no se movía de ella y parecía satisfecho. Había en esto tal progreso que no se le debía pedir más por miedo á perderlo todo.

—Si, hija mía, decía la señora de Hérault, aquí le tenemos seguro y en París bastaría una mala inspiración para que cometiese alguna imprudencia. Allí está el círculo donde los amigos le ganan el dinero, y hay otras cosas peores... Nada, nada, conservémosle aquí, que esta es su salvación. Mientras lo tengamos entre las dos no corre ningún peligro.

La anciana suspiraba y miraba á la joven sin atreverse á compietar su pensamiento, pero en el fondo hacía fervientes votos porque Luis se decidiera á casarse con Elena. ¿Qué importaba que no tuviese fortuna? Su razón firme y la influencia cada vez mayor que ejercía sobre Luis valían más que un dote. Aquellos eran bienes inalienables que producían á guisa de intereses la seguridad y la dicha. Además dar á la señorita de Graville una parte de la fortuna de la casa Hérault era pagar la deuda contraída sesenta años antes con sus ascendientes. Este pensamiento la aguijoneaba, pero no se atrevía á confiarlo á su nieto por miedo á cambiar sus buenas disposiciones, ni á Elena por no herir su susceptibilidad. Contaba para obtener el resultado que apetecía con la intimidad del campo y la expansión de aquella vida al aire libre.

Entre tanto para no hacer de Boissise una Tebaida, recibían, y con la ayuda de Lereboulley la existencia era muy agradables. De los castillos vecinos asistían algunos concurrentes y la guarnición de Evreux enviaba sus mas brillantes oficiales. Se organizaban reuniones todas las semanas y había



partidas de campo y de pesca, tiro de pichón, música y baile.

Llegó el mes de agosto y Luis decidió dar una gran fiesta el día 10, aniversario del nacimiento de la señora de Hérault. Se hicieron invitaciones hasta á París y el castillo se llenó de convidados por primera vez en aquella temporada. Parecía que habían vuelto los tiempos de Pedro Hérault en que los huéspedes de Boissise se renovaban por series todas las semanas como en los dominios reales. El programa de la fiesta diurna y nocturna había sido dispuesto por Luis y Emilia. Baile campestre debajo de una gran tienda de campaña que llenaba toda la plazoleta del pa que: fuegos artificiales, cuyos árboles estaban puestos desde la víspera; en los lagos barcas con faroles á la veneciana, donde se situaron las orquestas que animaban el conjunto con sus grates armonías y en el comedor un banquete de cuarenta cubiertos.

A las cinco de la tarde, en medio de la mayor animación de todos los jóvenes apareció Lereboulley que no perdía nunca la ocasión de consolidar su influencia sobre los maridos, haciendo la corte á las mujeres; se presentó vestido con pantalón gris, chaleco blanco y frac azul, que según la expresión de Emilia resultaba á la vez elegante y digno en medio de los fraques encarnados de los muchachos. Después de los primeros cumplidos y los saludos obligados, atravesó una pradera en que se había entablado un partido de pelota entre jugadores afeados y dijo dirigiéndose al grupo en que estaban la señora de Hérault y Elena:

—Quizás diran ustedes que soy indiscreto, pero he invitado á comer á una persona con quien no contaban.



Si no hay sitio para él le pondremos una mesita con Emilia.

—¿Quién es?—preguntó la anciana que no adivinaba á quien podía tratar con tanta confianza.

—Thauziat—respondió el senador.

Hubo en el grupo un silencio embarazoso. Todos los que lo componían cambiaron entre sí miradas que expresaban con claridad sus pensamientos. Durante un segundo, Luis, Emilia y Elena se mostraron tan de acuerdo que no lo hubiesen estado más, si hubieran hablado dos meses seguidos de lo que pasaba en sus almas. La imprevista llegada de Clemente era para todos ellos motivo de angustia. Luis temblaba á la idea de que su amigo iba por Elena. Emilia pensaba con amargura que Thauziat preparaba alguna tentativa suprema para conquistar el corazón de la señorita de Graville. Elena veía en la aparición de aquel hombre una amenaza para la seguridad de Luis y para su dicha. Lereboulley continuó dando explicaciones:

—Acaba de llegar en el express. Ha tomado habitación en Evreux y ha entrado en mi gabinete cuando me disponía á salir. Yo he querido traerle desde luego, pero no ha consentido en ello por temor de parecer indiscreto... Como si no fuera aquí, lo mismo que en mi casa, poco menos que un hijo... En una palabra, he convenido con ese ceremonioso caballero en que si se le admite le enviaré mi coche, y si no comerá solo y vendrá á veros esta noche.

—Envíele usted el coche al momento—dijo la señora de Hérault. Nos estrecharemos un poco, pero es preciso que sea de los nuestros.

Luis se volvió hacia Elena y un poco pálido fijó en ella sus ojos suplicantes. Nunca había demostra-

do tan claramente que la amaba. Una gran alegría invadió el corazón de la joven, que se atrevió á sonreírle con la cabeza erguida y la mirada fija, como para decirle: "No temas, yo soy tuya, nada más que tuya y no hay en el mundo ningún don Juan que sea capaz de impedirlo." Él bajó la frente con tristeza. Conocía á Clemente y tenía miedo. Elena tuvo compasión de su angustia y dijo á Emilia:

—¿Quiere usted dar una vuelta con nosotros por el salón de baile, para ver si está todo como usted ha dispuesto?

Tomó el brazo de Luis sin esperar á que se lo ofreciera, y los tres, como de costumbre, se internaron por las avenidas del parque, recogiendo en el recuerdo delicioso de los días sin nubes, á fin de cobrar fuerzas para arrostrar la tormenta. Oían los gritos alegres de los jugadores, y la muda tranquilidad de la calle de árboles, fresca y perfumada, les parecía encantadora. Ni siquiera llegaron hasta la tienda donde se debía dar el baile, pues todos sabían que la proposición de Elena no era más que un pretexto, y sin hablar regresaron despacio cuando ya no les fué posible permanecer más tiempo lejos de la fiesta.

Caía la tarde y los solones del castillo estaban ya iluminados. Subieron la escalinata, entraron y la primera persona que vieron en pie delante de la chimenea hablando con la señora de Hérault fué la que ocasionaba todos sus temores. Había adelgazado de suerte que parecía más alto. Su rostro estaba algún tanto demacrado, y hacia las sienes algunos hilos de plata brillaban entre su negra cabellera. Al ver á su amigo y á las dos jóvenes sonrió y sus ojos se iluminaron. Se adelantó á Luis tendiéndole la mano, y se la estrechó con efusión de indudable lealtad

Acaso se proponía conquistar á Elena, pero era evidente, que lo haría frente á frente, á rostro descubierto. Debía tener esperanza, porque estaba radiante. Elena, no le había visto así nunca, porque desde que le conoció siempre le había encontrado inquieto y preocupado. Entonces vió aparecer al Thauziat de los grandes triunfos, el que poseía una elegancia soberana, un ingenio brillante y una gracia poco menos que irresistible. Hasta aquellas hebras blancas en sus cabellos á los dos lados de la frente le daban una dulzura que antes no tenía, y quitándole algo de su aspecto diabólico le hacían más humanamente bello.

—Le encuentro á usted un poco cambiado.—dijo Emilia con tristeza.—¿Ha estado usted enfermo?

—Si, he tenido preocupaciones graves... Pero he tomado mi resolución, y ya pasó todo.

Los tres se miraron. ¿Quería dar á entender que habiendo adorado á Elena había renunciado á ella? ¿O con la orgullosa franqueza que le era habitual levantaba osadamente su bandera delante de todos y declaraba que iba á combatir? No se dirigió particularmente á Elena, ni pronunció una sola palabra que pudiese aclarar su situación. Habló de sus cacerías. Describió los inmensos bosques de pinos seculares, cuyos troncos, derribados por los huracanes, era tan gruesos que se necesitaban escalas para franquearlos; sus altos matinales en la cumbre de las montañas para esperar la aurora anunciada por el canto del gallo. Contó sus correrías por los áridos picos y las profundas gargantas en persecución de la cabra montés, tan hábil en adivinar el peligro, y los violentos saltos de la pieza herida por una bala, que se agarraba con sus patas temblorosas al borde del precipicio, acabando por rodar jadeante á los pies



del cazador. Aquel sibarita que no encontraba en París lujo bastante refinado, confesaba que había pasado con delicia dos semana en una cabafia cubierta de ramas, durmiendo en un lecho de paja, sin tener por compañeros más que rústicos montañeses que le servían de ojeadores, ni más alimento que la caza que mataba. En los bosques desiertos y en los peñascos casi inaccesibles de Arlberg había llegado casi á perder el sentimiento de su personalidad, olvidando todos sus pesares.

Para manifestar sus impresiones encontró frases de verdadero poeta, y tuvo á su auditorio completamente encantado. Todo había desaparecido entorno suyo, y él sólo inspiraba interés. Había absorbido á todos los presentes como el sol al aparecer absorbe las nubes, las disipa y se eleva majestuoso, brillante en medio del vacío.

Durante una hora no hubo allí ningún hombre que no le envidiara y ninguna mujer que no rindiera homenaje á su superioridad. Fué lo que quería ser: dominador. Dió á la muje por quién había desarrollado todas las fuerzas de su inteligencia la prueba irrecusable de su prestigio y la medida de su poder. Deseando ser amado, desmostró que era digno de serlo. ¿Pero era necesario aquel alarde? ¿No encuentra una mujer en su corazón argumentos inesperados con que triunfar de los mejores razonamientos de la inteligencia?

—Mi queríno Clemente, no tieno usted igual—dijo entusiasmada la señora Hérault, sin sospechar la cándida anciana que tiraba con bala roja sobre sus propias tropas.

Le abrumó con sus cumplidos y agasajos hasta el momentó en que avisaron que ¡estaba servida la sopa. La comido fué larga y embarazosa. Las pro-

porciones de la mesa hacían difícil una conversación general. Luis tenía á su derecha á la mujer del prefecto y á su izquierda á una ilustre anciana de la vecindad. Cumplió el deber de atenderlas, pero no sin esfuerzo. Su atención estaba dividida entre Elena, que tenía á su lado á Lereboulley, y Thauziat, colocado junto á Emilia. Repartidas de este modo las fuerzas, toda batalla se hacía imposible. Si se verificaba algún choque había de ser en terreno más favorable. El momento de levantarse de la mesa fué de satisfacción para todos. Hacía en las habitaciones un calor insoportable, al paso que en la terraza se disfrutaba un fresco delicioso, así es que en pocos minutos los salones quedaron desiertos y todos se fueron exparciendo por el exterior. Luis sufrió el tormento de tener que permanecer al lado de su abuela para recibir á los convidados á la fiesta nocturna, que iban llegando.

Comprendía que en la sombra que invadía la terraza, los jardines y el parque Thauziat tenía completa libertad de acción, que podía acercarse y hablar á Elena y que Emilia no bastaba á oponer con su presencia un obstáculo suficiente á aquel aventurero. Le había visto maniobrar en casos semejantes, y sabía que poseía el arte de esas sorpresas que en una hora hacían caer en sus brazos una mujer ciega por un vértigo inexplicable. Palidecía de impaciencia, registraba las tieblas con la mirada, escuchaba todos los rumores que se oían en el exterior, y no veía más que el cielo enrojecido por las iluminaciones, ni oía otra cosa que los sonidos de la música y las alegres risas de la concurrencia. ¿Dónde estaban ellos? ¿Qué hacían? ¿Qué decían? Al cabo de una hora no pudo aguantar más y bajó con su abuela.

Se disparaban los primeros cohetes. A cada mo-

mento grandes resplandores rasgaban la obscuridad y los grupos quedaban iluminados como en pleno día. Luis recorrió con la vista toda la terraza sin lograr descubrir ni á Elena, ni á Emilia, ni á Thauziat. Quedó inmóvil con el corazón oprimido sin atreverse á buscarlos, y teniendo la certidumbre de que en aquellos momentos de tortura se estaba decidiendo su suerte. Una mano, apoyándose en su hombro, le sacó de aquel estupor. Se volvió y vió á Emilia pálida y grave. Iba Luis á preguntar: "¿dónde están?," pero ella, como si hubiera comprendido su angustia, se anticipó á su pregunta señalando con la mano hacia el estanque, y le dijo:

—Están allí.

Entonces distinguió entre varias formas confusas la gallarda figura de Clemente y á su lado el vestido blanco de Elena. Estaban apoyados en la balaustrada de piedra.

—¿Por qué no te has quedado con ellos?—preguntó Luis.

Emilia sonrió tristemente.

—Porque les hubiera molestado, como les molestaría tú mismo. Están hablando, dejémosles que hablen.

Luis sintió que se le abrasaba el pecho y se le llenaban los ojos de lágrimas y se dejó caer en un banco murmurando:

—¿Habré de renunciar á la esperanza? ¿Voy á perderla?

—¿Quién es capaz de conocer el secreto de una mujer?—dijo Emilia sentándose á su lado.—Elena es de las que no dicen su pensamiento sino cuando quieren decirlo, y que no hacen más que su voluntad; Thauziat debía amarla fatalmente: es una naturaleza idéntica á la suya. Si se casa con ella nunca



habrá juntado el azar con más exactitud dos mitades en una unidad que se llama matrimonio.

Luis apretó los puños y contestó con rabia:

—Tu filosofía me exaspera, y tengo tentaciones de ir á insultar á Clemente y á pegarle.

—¿Con qué derecho? ¿Tienes la pretensión de impedir que Elena le ame?

—Tengo la pretensión de matarle si le prefiere.

—Si se hubiera de verter sangre cada vez que el corazón experimenta una decepción—dijo Emilia dulcemente—yo que he sido siempre objeto de risa ó de desprecio hubiera hecho ya correr un río.

—¿Pero qué quieres que haga?

—Nada. Tú no eres de los que fuerzan el destino, sino de los que lo sufren. Desde hace un mes has tenido veinte veces la ocasión de decir á Elena que la amabas. Te has dejado llevar del placer de amar, y eso te ha bastado. Ha sido necesario que apareciera un rival para que apreciaras el bien que desperdicias. ¡Y ahora gritas y amenazas! ¿Por qué? La señorita de Graville es libre. Puede escoger. No habrás incurrido en la locura de pensar que la obliga lo poco que os debe. Ella ha hecho por vosotros con su presencia en vuestra casa más que vosotros por ella sacándola de la pobreza. ¿Con qué título pretendes interponerte entre ella y Thauziat? ¿Eres su hermano ó su prometido?

—Tú hablas fácilmente—dijo Luis con ira.—Si amases...

—¿Yo?—interumpió Emilia con una mirada de fuego que asombró á su amigo.—¡Yo!

Y prorrumpió en una risa amarga que descubrió sus dientes agudos.

—Tienes razón. Yo no amo... Yo estoy condenada á no conocer más que la amistad, no el amor.

Pero quiero á mis amigos tiernamente, y hasta donde es posible con inteligencia. En este momento te lo pruebo reteniéndote á mi lado... ¿Quiéres ahora un buen consejo? No te mezcles en lo que pasa. Es el único modo que tienes de ganar algo. Deja obrar á los demás; permanece impasible... Hay horas en que la mayor de las habilidades es no hacer nada... Además, dada tu naturaleza, si Elena ama á Clemente pronto te consolarás.

—Nunca.

—Ya sé yo lo que significa en tus labios el *nunca* y el *siempre*: una semana. No, no protestes. Felices los que olvidan; yo no compadezco más que á los que recuerdan.

Luis no la escuchaba. Se había levantado y se dirigía hacia los jóvenes. Ella le siguió. La conversación de Elena y Clemente tocaba á su fin.

La joven le había saludado con una leve inclinación de cabeza y volvía á pasos lentos hacia la terraza. El la acompañaba respetuosamente. Al acercarse á Emilia y Luis pudieron éstos notar que sonreía.

Elena estaba seria.

—Hacía mucho tiempo que no veía usted á la señorita de Graville—dijo Emilia á Clemente—y sin duda tenía usted muchas cosas que decirle. Hace una hora que están ustedes hablando.

—¿Una hora?—exclamó Clemente mirando á Elena.—No lo hubiera creído.

—Sin duda el asunto de la conversación era muy interesante—añadió Luis con amargura.

—Mucho—dijo Elena con la calma que aterró á Hérault, porque vió en ella la sentencia de muerte de su amor.—El señor de Thauziat me hablaba de mi país y de algunas personas á quienes conocí

en otro tiempo. Me ha pedido noticias que creo que podré darle.

—¿Mañana?—preguntó Thauziat.

—Mañana—repitió Elena.

Y los dos cambiaron una mirada que hizo hervir la sangre en las venas de Luis, el cual estaba persuadido de que le engañaban y que aquellas palabras tenían un doble sentido. Se contuvo temblando, y con los labios secos y esperando que alguna palabra le diera motivo para estallar y desahogar su cólera. Pero aquella palabra no vino. Lereboulley se acercó con la señora de Hérault. Había llegado el momento de dar una vuelta por el baile campestre. La anciana tomó el brazo de Elena, en quien le gustaba apoyarse y marcharon todos juntos.

Desde la terraza á la plazoleta, la gran avenida del parque estaba iluminada por dos cordones de luces de gas. Los pájaros despiertos por la luz, volaban espantados de rama en rama, y en la superficie de los lagos, enormes carpas seguían á las lanchas, creyendo que era de día. En la parte de parque abierto al público, circulaban aldeanos mezclados con gentes de la ciudad, deteniéndose en las cantinas al aire libre, convenientemente dispuestas. Soldados de la guarnición que habían obtenido permiso se confundían con la multitud, en cuya masa negra ponían la nota alegre de sus uniformes.

Debajo de la tienda, doscientas personas bailaban al son de una orquesta, no danzas campestres, sino polkas y vales como en las ciudades. La animación era grande, pero se advertía una compostura afectada y un deseo general de llamar la atención. El molinero de Boissise, que quiso olvidar las buenas formas y quedarse en mangas de camisa á causa del calor, gritando también más de lo conve-



niente, fué cogido por el guarda mayor del castillo y obligado á salir de la tienda. Las jóvenes con vestidos claros, paseaban en grupos con aire un tanto presuntuoso. Todo allí era artificioso y no tenía ni rastro de las costumbres francas y libres de otros tiempos.

Cuando se presentó la señora de Hérault seguida de sus amigos, fué saludada con grandes aclamaciones. Lereboulley, que cuando estaba en su departamento no podía ver diez personas reunidas sin tomar la palabra, espetó un discursito en que celebró grandemente á la familia de Hérault. Luego hizo con moderación el elogio del gobierno y encontró medio de terminar con la palabra *República*. La orquesta tocó en seguida, pero no la *Marsellesa*, porque el guarda mayor de la señora de Hérault, antiguo sargento del ejército de Metz, había prevenido de antemano á su director que si se valía de sus instrumentos para hacer política, le metía el bombo por la cabeza. La señora de Hérault permaneció algunos minutos viendo bailar á los concurrentes, y luego, sintiéndose un poco cansada, volvió al castillo.

También en el gran salón se organizó un baile pero allí se bailaba sin entusiasmo y casi sin placer. Los que hubieran podido dar impulso á la alegría estaban distraídos ó tristes. Durante un par de horas se estuvieron formando parejas con la mayor corrección. Elena valsó dos ó tres veces, como para cumplir un deber, pero no lo hizo ni con Thauziat ni con Luis. Los dos se abstuvieron de invitarla. Ella visiblemente turbada, á pesar del imperio que tenía sobre sí misma, permaneció al lado de Emilia que no la hablaba sino de cosas indiferentes, y á largos intervalos, respetando con un tacto exquisito la preocupación de su amiga.

A la una de la madrugada las dos jóvenes salieron á la escalinata. La noche era hermosa. El cielo de un azul oscuro estaba lleno de estrellas. La luna brillando en el horizonte iluminaba la arboleda con sus rayos de plata. Los lagos había quedado silenciosos y desiertos. La orquesta del baile campesino resonaba á lo lejos. Reinaba en la naturaleza una calma profunda que contrastaba con la agitación de las gentes: Todo se absorbía en la inmensidad majestuosa del espacio. Una brisa suave refrescaba el ambiente y todo convidaba á la contemplación. Elena y Emilia estuvieron largo rato inmóviles apoyadas en la barandilla de hierro, mirando y callando. Luego la señorita de Graville exhaló un suspiro que hizo levantar la cabeza á su compañera. La señorita de Lereboulley vió á Elena pálida é inquieta; la cogió la mano y le dijo dulcemente:

—¿Es lo que ha dicho á usted el señor de Thauziat lo que tanto la preocupa?

—¡Sí!

—¿Le ha declarado á usted su amor?

—Me ha dicho si quiero ser su esposa.

Las dos volvieron á callar. El corazón de Emilia latía con tal fuerza que parecía que se iba á salir del pecho. Había llegado el momento terrible en que debía poner á prueba su valor y su virtud. Concentrada en sí misma se encontró moralmente tranquila y dueña de su razón; su dolor no era tan vivo como había imaginado. Una especie de abnegación, un ardor de mártir la embargaban y le hacían soportable la tortura de oír decir que el hombre á quien adoraba amaba á otra y oírsele á ella misma. Su carne se rebelaba, pero su espíritu desasiéndose de los lazos materiales, se cernía altivo sobre las angustias humanas. Al encontrarse tan grande sintió un

movimiento de orgullo. Esté fué el goce supremo de aquella alma, el sublime desquite de su desgracia é inferioridad.

—Luis también ama á usted—dijo.—No se lo ha dicho aun, pero es preciso que usted lo sepa.

—Ya lo sé.

—¿Y es quizás eso lo que tiene á usted pensativa y agitada?

—Es la primera vez de mi vida, llena ya, sin embargo, de acontecimientos dolorosos, que tengo que tomar una resolución grave. Me he defendido contra el abatimiento y la desesperación, he luchado contra la miseria y las malas tentaciones y he tenido valor y decisión. Pero no se trataba más que de mí. Mi resolución no comprometía el porvenir ni la felicidad de los demás. Cuando no se ha de responder más que de sí mismo y por sí mismo, siempre se puede ser fuerte. Cuando pesa sobre una persona cierta responsabilidad moral, se encuentra menos segura del camino que debe seguir, y marcha con menos resalución. Yo he escuchado esta noche durante una hora al señor de Thauziat y hace dos meses que veo al señor de Hérault ocuparse de mí, cada vez con más atenciones, sin que por mí parte haya hecho nada para alentarle. Muchas cabezas se trastornarían con este triunfo. ¡Ser amada por dos hombres!... Muchas mujeres se creerían en el colmo de la alegría. Yo no experimento más que tristeza. La respuesta que tengo que dar ha de ser para el otro motivo de amargura y disgusto y dudo si sería lo mejor que abandonase esta casa, donde no habré traído más que la perturbación,

—¿Y qué se conseguiría con eso? ¿Cree usted que Thanziat y Luis no sabrían encontrarla? ¿No quiere usted casarse? Entonces todo está dicho y en



lugar de un desgraciado habrá dos. (Pero si no tiene usted vocación de soltera, es preciso escoger. Y aceptar á Thauziat que se presenta ó permitir á Luis que se declare.

Emilia había dejado escapar estas últimas palabras rápidas y breves como si le quemasen los labios. Se pasó la mano por la frente y añadió procurando sonreír.

—Vamos á ver querida ¿quiere usted vestir imágenes?

—Nunca había pensado en casarme en la humilde condición á que estaba reducida, pero nada me aparta del matrimonio.

—¿Entonces?...

—No hablo á usted por casualidad en este momento. El señor de Hérault no tiene secretos para usted y de ello usted misma me acaba de dar la prueba. Por otra parte usted conoce mucho al señor de Thauziat que está estrechamente unido á su señor padre. Usted me ha demostrado simpatía y creo que me quiere. Pues bien, hágame usted un favor inmenso. Ilumine usted mi razón. Deme usted un consejo.

—¡Caramba! ¿Es eso lo que usted pretende? ¿Quiere usted que le diga á cuál de sus dos pastores debe dar la manzana? Esto es lo contrario del juicio de París. ¿Y yo hago de Venus? ¡Vaya una idea! ¿Luis ó Thauziat? ¿Thauziat ó Luis? ¿Para qué escoger? ¿No será mejor que los juguemos á cara ó cruz?

Su risa que era convulsiva, se ahogó en un sollozo,

—¡Dios mío! ¿qué tiene usted?—exclamó la señorita de Graville asustada cogiendo á Emilia por les hombros, temerosa de que se desmayara.

—¡Nada! Déjeme usted—contestó la joven re-

chazando suavemente á su compañera.—Soy una estúpida. No me hable usted. Esto pasa al momento.

Cogió vivamente el pañuelo y se tapó el rostro á fin de que Elena no viese correr sus lágrimas. Lloró amargamente, agarrándose á la barandilla para no caerse, y al cabo de algunos minutos, secándose los ojos con un ademán de orgullo, se volvió á su amiga, ya serena y la dijo:

—Ha hecho usted bien en dirigirse á mí; de nadie podría obtener un consejo más leal ni más desinteresado. Usted conoce perfectamente á Luis con el cual vive en constante intimidad. En él no hay nada oculto, todo está á la vista. Es dulce pero débil. Incapaz de hacer á sabiendas mal á nadie, puede hacer muy desgraciada á una mujer por improvisión. Careciendo de firmeza de carácter no puede retroceder cuando ha adoptado una resolución, aunque sea mala. Si está sometido á una influencia benéfica, será bueno fácilmente. Si cede á una influencia perniciosa, hay que esperar de él los actos más peligrosos para sí mismo y para los demás. Es un verdadero niño á quien habrá necesidad de guiar y eso quizás no sea fácil. El otro... á quien usted conoce menos porque su naturaleza es complicada y profunda, es el reverso de la medalla. Apoyada en su brazo está una mujer segura de atravesar la existencia sin peligros y sin penas. Toda su energía moral y física la empleará en proporcionar á la que haya elegido una existencia venturosa y brillante. Al decir "amo," dará su fe y su nombre y será fiel y constante hasta la muerte. Ese es un hombre. Llegará tan alto como quiera. Para un carácter como el suyo no hay obstáculos en nuestra sociedad rebajada y débil. Derribará todo lo que se le oponga. Hasta ahora ha logrado todo lo que ha querido y creo

que hasta tiene poder para obligar á usted á amarle. Compséndame usted bien. Pudiendo elegir entre Thauziat y Luis no vacile usted, no cometa usted la locura de vacilar. Ciegamente, con los ojos cerrados, nada más que porque yo se lo digo tienda usted la mano á Thauziat. Con él tendrá usted un destino grande, feliz, envidiado. Él la ama á usted. No cometa usted la insensatez de rechazarlo. El amor de un hombre semejante es el sueño de un alma digna. Usted ha sabido merecerlo, él se lo ofrese, acéptelo usted y haga de ese amor la alegría de toda su existencia.

Al hablar así había ido animándose; sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillaban. Elena la había escuchado inmóvil, pesando todas sus palabras. Cuando Emilia le pintaba á Luis débil y desarmado como un niño, cruzó por sus labios una melancólica sonrisa, y cuando hablaba de Thauziat, poderoso y soberbio, inclinó la frente sombría.

—Gracias—dijo—no olvidaré nunca la prueba de amistad que acaba usted de darme.

Emilia sin decir una palabra más, saludó con una inclinación de cabeza á la señorita de Graville y entró en el salón. Se despidió de la señora de Héraul, estrechó la mano á Luis y tomando el brazo de su padre salió. Hacía una hora que Thauziat se había marchado. La fiesta iba languideciendo por momentos y á poco se despidieron los últimos convidados. Mientras Luis les acompañaba hasta la puerta, la señora de Héraul se quedó sola en el salón con Elena.

—Querida Elena,—dijo la anciana con satisfacción—hemos tenido una gran fiesta y gracias á usted, todo ha estado admirablemente y nada tengo que desear.



—¿Verdaderamente no tiene usted nada que desear, señora?—dreguntó Elena.

—Nada, hija mía, más que la continuaci6n de lo presente. Yo soy vieja y la vida no tiene ya promesas para mí, que no puedo contar con el porvenir; por eso todo lo que pido es que esto se prolongue. Que yo no me haga demasiado fastidiosa para que usted no se canse de acompañarme y que cuando termine mi vida Luis y usted estén á mi lado para cerrarme los ojos,

—¿Por qué acabar este hermoso día con pensamientos tristes?—dijo Elena.

—De usted depende que sean alegres, hija mía. Yo expreso un deseo, satisfágalo usted. Desde que está usted á mi lado todos mis temores ¡han desaparecido y no experimento más que satisfacciones. Creo que en gran parte las debo á usted; y es tan grato á mi edad disfrutar tranquilidad en el ánimo y seguridad en el corazón... Prométame usted que me tratará como á una verdadera abuela y que no me abandonará nunca.

La había atraído á sí y la estrechaba entre sus brazos. Elena vió correr lágrimas por sus arrugadas mejillas y se le oprimió el corazón. Recordó pruebas de afectuosa bondad que había recibido de ella y dijo gravemente cayendo de rodillas:

—Tendrá usted en mí una hija, yo se lo prometo.

Sintió posarse sobre su frente los labios de la anciana y la oyó murmurar: "¡Ah, si usted quisiera!...",

Se levantó vivamente para impedirla acabar la confidencia, y Luis que entró un momento después la encontró ya en pie y con aire indiferente.

—¿Se han marchado ya todos?—preguntó.

—Todos.

—Entonces vamos á dormir. Esta señora debe éster cansada.

Y apresurando la despedida para sustraerse á las preguntas de Luis, cuya ansiosa curiosidad adivinaba, salió del salón acompañando á la abuela. En vano el joven siguió á la señora de Hérault á sus habitaciones, esperando prolongar la velada y encontrar una oportunidad para abrir su corazón. La señorita de Graville impasible eludió con singular habilidad todos los motivos de conversación que podían conducir á aquel resultado. Entonces maldiciendo la atroz insensibilidad de las mujeres, porque según él, Elena no podía menos de comprender sus angustias, maldiciendo su propia indolencia y su necedad, se encerró en su cuarto y pasó una noche terrible devorado por la inquietud y abrasado por la fiebre.

Por su parte la señorita de Graville no pudo descansar tampoco. En lugar de dormirse tranquilamente, como todas las noches, estuviése en la obscuridad con los ojos abiertos repasando los acontecimientos de aquel día. Rendida y enervada hubiera querido conciliar un sueño reparador, pero la tempestad de pensamientos que se desencadenaba en su cerebro, la tenía desvelada. Veía á Clemente inclinado hacia ella hablándola de amor. Su rostro sombrío se iluminaba y aparecía radiante y soberbio. No era ya el Thauziat indiferente y desdeñoso que ella conocía, sino un hombre tierno y seductor: ¡Con qué elocuencia describía sus torturas cuando había huído lejos de ella, esperando que la ausencia le hiciera olvidar! Pero el aislamiento en lugar de matar su amor lo había avivado. Por todas partes creía encontrar á Elena, en todas se le aparecía; al borde de los torrentes, en la cima de las montañas, en el fondo de los bos-

ques. Hasta que hubo de convencerse de que la llevaba consigo dentro de su corazón, dedonde no saldría jamás; y hasta que comprendió que su destino era amarla, y renunciando á luchar había regresado para caer rendido á sus pies.

Al decir esto doblaba su gallardo cuerpo, y ella distinguía su noble rostro, animado por la pasión, en medio de la obscuridad interrumpida momentáneamente por los fuegos artificiales. Era sincero, su orgullo estaba dominado, amaba y experimentaba un vivo placer en aquel amor que le hacía esclavo. Ella no le había contestado. El entonces con una fuerza de expresión maravillosa le había iniciado en sus esperanzas para el porvenir, en sus sueños de ambición y de fortuna. Y súbitamente se había sentido elevada á alturas vertiginosas. Nada parecía inaccesible á aquella vasta inteligencia que debía alcanzar á todas las cumbres y ver el mundo á sus pies. Solicitado por Lereboulley entraba en la política y era candidato en las elecciones. Antes de mucho era indudable que figuraría en primera línea y á su gran posición en el mundo añadiría el prestigio del poder. ¿Quién le podría resistir? Los que no fueran seducidos serían dominados. Tenía claro en la frente el signo de los victoriosos. ¿Iba ella también á rendirse y asegurarle el triunfo que más ardientemente deseaba?

Las prevenciones que tenía contra él se habían disipado. Se le presetaba encantador y comprendía que lo que había notado de extraño en su modo de ser y de pensar, procedía de la gran originalidad de su talento y de la superioridad de su carácter. Su tono un poco desdeñoso y la altanería de su actitud se explicaban fácilmente por el ningún caso que debía hacer de los que le rodeaban. Su humildad ante



ella, adquiriría por esto mayor importancia y había para ella una deliciosa satisfacción de amor propio en oír confesarse vencido á aquel rebelde y ser la soberana de aquel indomable.

De repente apareció ante su vista el pálido rostro de Luis y su corazón se oprimió. En la embriaguez de su triunfo había olvidado al débil y variable joven. Por un momento había dejado de luchar en su ánimo con Clemente, como si vencido de antemano, se hubiese resignado con su derrota. ¿Cómo podía combatir con semejante adversario? Junto á él ¿no estaba fatalmente condenado al papel de satélite? ¿No debía aparecer pálido y obscuro en la órbita de aquel astro brillante? Donde Clemente ostentaba el vigor, mostraba Luis la debilidad. De un lado todo lo que prueba la esencia superior y divina de un sér humano; de otro todo lo que atestigua la enfermedad terrenal de la criatura. El contraste era completo y terrible para la que tenía que escoger. Emilia lo había dicho: "un hombre y un niño."

Recordaba las palabras de su amiga, tal como las había pronunciado: "No vacile usted y tienda la mano á Thauziat." Y sin embargo, no estaba dispuesta á dársela. Sentía en su corazón un movimiento compasivo que la inclinaba á Luis, tan débil, entregado á sí mismo. Detrás del niño veía á su abuela y se preguntaba si podía abandonar á los dos en el momento en que contaban ciegamente con su adhesión y su gratitud. Él también la amaba como Thauziat, de un modo menos lisonjero pero quizás más dulce. Luis no había hablado, se había contentado con amar; pero sus miradas suplicantes tenían mucha elocuencia. Desde que puso el pie en el hotel Hérault, la conducta de Luis se había modificado como por encanto. No había dejado á

sa abuela á quien ella acompañaba. Siempre á su lado, siempre mirándola, parecía no vivir más que para ella. ¿No era también un triunfo haber reducido á la cordura á un calavera? ¿No había él también luchado sometiéndose á su yugo como Thauziat! El no había vacilado, desde el primer día, desde el primer minuto la había amado y no había pensado más que en amarla.

Le recordaba enlutado, pálido y triste. ¿Había de sumirle otra vez en la tristeza y hacerle llevar el luto de su amor? Además ¿no era por él por quien había ido á aquella casa? ¿Acaso escuchaba ella á la señora de Hérault cuando la hablaba de la gratitud que debía á la familia de Graville? No; entonces no pensaba más que en aquel joven melancólico y dulce á quien con sentimiento había dejado de seguir con los ojos desde su ventana y que deseaba volver á ver. No era la abuela á quien había ido á buscar, era al nieto. Y en la primera entrevista cómo latía su corazón cuando él entró y qué encanto no encontró en su voz! Había vivido á su lado, con alegría, sin sacudimientos, sin transportes y tal vez esta falta de peripecias perturbadoras y apasionadas la había impedido darse cuenta de que le amaba. La angustia que su corazón experimentaba al pensar que Luis podría ser desgraciado y las lágrimas que corrían de sus ojos á la sola idea de que volviera á su vida pasada, se lo hacían comprender.

Sin embargo, las palabras de Emilia seguían zumbando en sus oídos: "Si quiere usted ser feliz, elija á Thauziat. Luis es débil; si cede á una influencia perniciosa se pueden esperar de él los actos más peligrosos para sí mismo y para los demás., Pero en el fondo de su alma una voz respondía: "La influencia no será perniciosa porque será la tuya. Tú le

llevarás á la felicidad por el camino del bien. Si tú lo quieres, será ¿No se puede todo lo que se quiere?„ Y la palabra que parecía ser su divisa resonaba imperiosa en su pensamiento. como siempre que tenía que tomar una resolución grave: ¡voluntad, voluntad! En vano trataba de reflexionar y discutir consigo mismo; la palabra persistente, tenaz, implacable, seguía resonando y se imponía á su razón como un mandato divino.

Desde aquel momento se sintió más tranquila y cuando el día empezaba á clarear en su ventana, quedóse dormida. Fatigada por su largo desvelo se levantó tarde y á las diez de la mañana entró en la habitación de la señora de Hérault, que ya estaba lista y ágil como siempre.

—Ha sido usted perezosa, querida—la dijo.—Muy bien hecho Estaba usted cansada, y no tenía buena cara. Yo no sé qué tiene Luis, que se ha marchado á pie por el bosque muy temprano.

Elena no contestó, por más que sabía lo que causaba la agitación del joven. Bajó á las estufas con la señora de Hérault, y hasta medio día oyó, sin enterarse. los razonamientos de la anciana sobre las cualidades de las plantas y el modo de cultivarlas. Por primera vez desde que estaban en Boissise almorzaron solas. Luis no pareció. La señora de Hérault, inquieta, preguntó por él, pero le dijeron que no había vuelto. Dirigió á Elena una mirada encantadora, y ésta contestó con la mayor calma:

—Se habrá alejado más de lo que creía, y habrá almorzado en cualquier parte.

—Es posible—dijo la señora de Hérault no muy convencida.—Pero desde hace dos días está como atardido... Con tal que no haya hecho alguna tontería...



—Tranquilícese usted. No ha sucedido nada, y todo se explicará fácilmente.

A eso de las cuatro de la tarde las dos mujeres trabajaban en el saloncito, cuando oyeron rodar un carruaje que se detuvo delante del peristilo. En él llegaron Emilia y Thauziat. La joven entregó las riendas al lacayo, y aceptando la mano [de Thauziat saltó al suelo. Elena les salió al encuentro. Las dos amigas se besaron en la escalinata. Thauziat no tendió la mano á la señorita de Graville, la saludó emocionado y subió lentamente hasta donde estaba.

—Usted le dijo *mañana*, y no ha querido esperar á la noche—dijo en voz baja Emilia, indicando á su amiga á Clemente con una mirada.—Ahí está conmovido y tembloroso, y seguramente esta es la primera vez que experimenta semejante sensación. ¿No está usted orgullosa de inspirar ese amor?

Elena movió melancólicamente la cabeza y no contestó. Entraron los tres en el salón, pero al cabo de un momento Emilia se llevó hábilmente á la señora de Hérault, y la señorita de Graville y Thauziat se quedaron solos. Estuvieron un instante turbados uno en frente de otro. Por fin, Clemente hizo un esfuerzo y dijo sonriendo:

—Soy un acreedor poco paciente, ¿no es verdad? Pero usted no debe atribuir mi impaciencia sino á sí misma. Hubiera podido, imponiéndome un duro sacrificio, presentarme más tarde y dejar á usted más tiempo en libertad de reflexionar, pero quiero proceder con entera franqueza y aparecer á los ojos de usted tal como soy, aun á riesgo de mostrar alguna debilidad.

Y como la señorita de Graville iba á contestarle, la interrumpió suplicante.

—No hable usted todavía, se lo ruego,.. Al venir

tenía prisa por saber su resolución, y ahora tengo miedo de conocer mi suerte. Se me figura que no he defendido mi causa con bastante elocuencia, y siento deseos de repetir á usted cuánto la amo, para que usted mida mejor el daño que va á hacerme si me dice que no quiere amarme.

—Sér todo lo que debo de saber—respondió Elena—y es inútil añadir una palabra. No soy ni ligera ni frívola: aprecio en lo que valen los sentimientos de un hombre como usted. Si hubiera podido tener alguna duda, el concepto en que tienen á usted todos los que me rodean la hubiese desvanecido, pero yo no necesitaba más ojos que los míos para comprender la altura á que usted se encuentra. Las que estoy diciendo no son vanas palabras. Usted ha sido franco conmigo y yo debo serlo con usted. Sepa usted que me he envanecido al ver que usted me ha distinguido entre tantas otras, y si el orgullo pudiera tener parte en mis resoluciones, tal vez en este momento le tendería mi mano...

—¡Elena!—exclamó Clemente pálido como un difunto.—Elena, ¿á que respuesta quiere usted prepararme?

—A una respuesta que, porque estimo bastante el carácter de usted y tengo suficiente confianza en su generosidad, deseo darle por mí misma. ¿Me promete usted concederme lo que le pida?

—Todo—exclamó Clemente impetuoso.—Todo, menos dejar de amar á usted.

La señorita de Graville fijó en él sus bellos ojos suplicantes, y le dijo tendiéndole las manos, que él no se atrevió á tomar:

—Usted me amará como á una amiga segura y leal. Ese amor que siente usted por mí y que quizás se extinguiría pronto como una llama demasiado vi-

va, se trocará en afecto sólido y duradero. Yo quisiera hacer á usted comprender qué feliz sería si cediese á mis ruegos y cómo agradecería tanta grandeza de alma. Usted es el único á quien creo capaz de hacerlo. Yo se lo ruego á usted, salgamos de esta situación tan dolorosa para los dos. Usted con el ánimo confortado por las resoluciones generosas; yo con el corazón lleno de un sentimiento que durará toda mi vida.

Thauziat permaneció silencioso con la frente inclinada sobre el pecho.

—¿No contesta usted?—preguntó Elena presa de horrible ansiedad.—¿En qué piensa usted?—añadió dulcemente.

—En los hermosos ensueños que había forjado, y que en un momento han desaparecido para siempre. ¿Es posible que yo le sea á usted indiferente y que no pueda conseguir que usted me ame? ¿No debo conservar ninguna esperanza? Está usted segura de sí misma y de lo que piensa? ¿Ama usted á otro?

Entonces fué ella la que no contestó. El la observaba ardientemente, y en pie, irguiendo su elevada estatura, con la frente sombría, Elena volvió á verle como cuando personificaba á sus ojos el genio malo de Luis. Le pareció amenazador y terrible; recobró sus antiguas impresiones, le juzgó capaz de mucho bueno ó de mucho malo. En aquel momento el instinto del mal parecía dominarle, y la dulzura y la bondad habían desaparecido de su rostro como desaparecen las ligeras nubes en las cumbres de las montañas barridas por el viento de la tempestad.

—He prometido á la señora de Hérault—dijo por fin Elena—no dejarla nunca, y usted sabe que de este modo pagaré una deuda de gratitud. Ella ha



sido muy buena conmigo, y yo seré dichosa viviendo á su lado mientras dure su vida.

—Vamos, sea usted franca—interrumpió Thauziat.—Tenga usted el valor de decir la verdad. No es por la señora de Hérault, sino por Luis por quien usted quiere seguir en esta casa. Usted le ama... Usted le ha preferido. ¿No se atreve usted á confesar que le ama?

Este reto sublevó á Elena, que dijo desafiando á Thauziat con su mirada.

—¿Quiere usted que se lo diga? Será usted satisfecho. Sí, le amo.

—¿Y qué ha hecho para eso?—exclamó Clemente con amargura.

—Es débil y necesita defensa.

—Diga usted que es cobarde y vicioso.

—Yo seré su valor y su virtud.

—Sí él se reconoce inferior á usted la odiará.

—Como mi intención habrá sido buena, sufriré sin quejarme.

—¿Y cree usted que yo la dejaré sacrificarse?

—¿Con qué derecho ha de intervenir usted?—preguntó Elena irritada.—Creo que se toma usted muchas libertades. Hasta ahora he permitido que me hable usted libremente, pero si abusa de mi bondad dejaré de escucharle.

—Perdóneme usted—exclamó Clemente juntando las manos.—Padezco tanto, que me arrebató y la ofendo. Sin embargo, Dios sabe cuánto la adoro. Quisiera poner á usted en guardia contra los peligros á que va á exponerse y que no quiere usted comprender. Si pinto á Luis tal como le conozco me acusará usted de perfidia y deslealtad, y por otra parte no puedo dejar que usted... El mundo en que usted va á entrar, y que apenas conoce, está sembrado de

escollos y emboscada: todo es traiciones y mentiras. Si no es usted defendida recibirá crueles heridas... Y Luis, Luis... ¿Quiere usted confiarse á un hombre que necesita él mismo tanta protección?

Elena con tono jovial, dijo apoyando la mano en el brazo de Clemente:

—Pues bien, si necesita protección tendrá la mía, y en caso de necesidad, la de usted.

Clemente dió un paso atrás, y exclamó enfurecido:

—¡Nunca! Yo le odiaré mortalmente si veo á usted casada con él.

—Eso es lo que yo no quiero—dijo Elena con firmeza.—Me va usted á dar su palabra de honor de que el día que yo me case con Luis olvidará todo lo que me ha dicho, y Luis y yo tendremos en usted un amigo.

El movió negativamente la cabeza. Ella se acercó á él con una gracia encantadora, y dijo obligándole á mirarla:

—Jure usted, y le querré de veras.

El movió por segunda vez la cabeza, y repuso haciendo un esfuerzo:

—Daría un mundo por complacer á usted; pero no soy más que un hombre y no se me pueden pedir virtudes divinas. No me será posible perdonarle el mal que voy á sufrir por su causa. Sé que es inocente, y comprendo que soy injusto: pero usted no puede hacer que yo no envidie su felicidad. Yo la amaré á usted hasta mi última hora con la suprema esperanza de que algún día, viendo la nulidad del hombre á quien habrá dado su ternura, pueda usted volver á mí. Siempre estaré pronto á aceptar de rodillas ese amor que imploro y usted rehusa. Un hombre como yo no cambia. La amo á usted hoy, la ama-

ré mañana, suceda lo que suceda, y no dejaré de amarla nunca.

—Y yo—dijo gravemente Elena—soy una mujer que no da dos veces su corazón. Tal como me encuentra usted hoy me encontrará dentro de diez años.

Dió un paso hacia ella como para suplicar, comprendió que hera inútil, lanzó una exclamación de dolor y saludando á la señorita de Graville se alejó. Ella, con la frente ardorosa y la mirada vaga, salió á la terraza, se ocultó de la señora de Hérault y Emilia, que se reunían á Thauziat, parado junto al carruaje, y ávida de silencio y soledad, entró por las avenidas del parque.

Al llegar al sitio donde terminaban los lagos se dejó caer en un banco de cespced, y meditó profundamente. Tanto Clemente como Emilia la prevenían contra su inclinación y le anunciaban grandes peligros si se casaba con Luis. La animosidad del primero se explicaba por su amor; más á pesar de esto comprendía Elena que hablaba con sinceridad. Pero Emilia, la amiga, la compañera de todos los días, le decía lo mismo. Pareció á Elena que estaba al borde de un abismo, cuya inmensidad no podía medir. Pero en el fondo había una lucecita brillante que la atraía. ¿No era acaso la esperanza? ¿Y había esperanza de salir del abismo una vez caída en él? Entonces. ¿por qué seguir avanzando? Ella era libre: podía no exponerse al peligro. ¿Qué la obligaba? Bastaba una palabra, y todo había concluido. ¿Vacilaba en pronunciarla? ¿Temía á la pobreza desde que vivía en el lujo? No: volvería á su trabajo y emprendería otra vez sin quejarse su vida de privaciones. ¡Pero la anciana, á quien había prometido ser una hija para ella, quedaría abandonada, y después de ha-



de haberla acostumbrado á las dulzuras de su cariño la dejaría sola y afligida! Y Luis, tan triste y tan desalentado desde dos días ántes, volvería á verse de nuevo entregado á sí mismo.

En aquel instante un dolor inmenso llenó su corazón. Tuvo la certidumbre de que si desdeñaba los consejos de Clemente y Emilia, se preparaba los más crueles sinsabores; pero la voz que hablaba en su interior repetía: "Sé valerosa y atrevida: arrostra los peligros y triunfarás por la voluntad." Y en el negro abismo que parecía abierto para tragarla, vió que la lucecita tomaba cuerpo, subiendo hacia ella, y el abismo adquiría un tinte azul y pareció á Elena que tenía ante sus ojos el infinito del cielo. Desde entonces su resolución fué irrevocable, y la fortaleció la convicción de que vencería todos los obstáculos, persuadida de que al defender su felicidad defendería la de los seres que amaba. Su corazón se tranquilizó; recobró la calma, y Elena estuvo allí durante algún tiempo gozando la deliciosa tranquilidad que la rodeaba.

Al cabo de algunos minutos llamó su atención un ruido que oyó entre el follaje. Levantó los ojos y vió á Luis parado á pocos pasos de ella. Estaba pálido y sudoroso. En su ropa había hojas de musgo como si se hubiera acostado en el suelo en el bosque. Se acercó á Elena, y dijo con voz insegura:

—No creía encontrar á usted aquí, y voy á alejarme. Sin duda soy impertinente...

—¿Y porqué?—preguntó Elena.

—Desde ayer evita usted hablar conmigo—respondió con amargura.—¿Es que mi presencia la disgusta á usted ó que hay otra que le es más grata?

—No comprendo...

—Acabo de ver marchar el coche en que iban Emilia y Thauziat.

—¡Ah! ¿Es el señor de Thauziat el que le preocupa á usted?—dijo sonriendo la joven.—Pues dudo que vuelva.

Luis hizo un movimiento de impaciencia, y sin poder contenerse se adelantó á Elena.

—¿No le ama usted?

—¿Pero es indispensable amarle?

Luis se puso más pálido que cuando estaba celoso, y se arrodilló al lado de la joven tendiéndola las manos, que tenía haladas.

—¡Oh, Dios mío!—dijo—¡Cuánto he sufrido! Pero, ¿qué le preguntó á usted ayer? Porque yo comprendí que no me decía usted la verdad.

—Ayer—respondió dulcemente Elena—me preguntó si quería ser su esposa... y hoy...

Elena se detuvo gozando deliciosamente en la emoción que dominaba á Luis, cuya vida parecía suspenso.

—¿Hoy?...—repitió Luis.

La señorita de Graville le acarició con una mirada de inefable bondad, y con una voz dulce é insinuante que resonó como música celeste en los oídos del que la amaba, continuo diciendo:

—Hoy le he contestado que no saldrá nunca de esta casa.

—¡Elena!—exclamó Luis, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

Elena estaba á su lado gozosa de su alegría y sonriendo al verle llorar. Luis la abrazó apasionadamente y estrechándola como si temiera que aún se la disputasen, exclamó:

—¡Cuánto la adoro á usted, y qué feliz soy!

Elena se desasíó con un movimiento dulce, en-

jugó maternalmente los ojos de Luis, se levantó, tomó el brazo del que ya era su prometido, y apoyados uno en otro, sin acertar á decir una palabra, volvieron al castillo,

## VII

El casamiento de Luis Hérault Gandon con la señorita de Graville se realizó bajo los más felices auspicios. La abuela estaba loca de alegría, y por porte de la novia no había pariente que se quejara de que una joven noble, pero pobre, se casara con un industrial por rico que fuese. La posición de Elena fué regiamente asegurada. Su marido reconoció que aportaba un millón de francos al acerbo común. Sin embargo, el notario de la familia Hérault, que para redactar el contrato tuvo necesidad de formar inventario de los valores que constituían el haber del futuro, no pudo disimular á Luis que las prodigalidades de su vida de soltero habían disminuído notablemente su fortuna. Seguía poseyendo las fábricas y las fincas de Boissise, sin contar los bienes personales de su abuela: pero lo que constituye un espléndido bienestar para las personas modestas, es tan sólo lo estrictamente necesario para los que están acostumbrados á vivir á lo grande. El lujo lleva consigo cargas abrumadoras y muchas existencias de la alta sociedad exigen más economía en la distribución de los ingresos que las de personas de la



clase media. Desde luego midió Elena las exigencias de la posición social en que estaba colocada, y con una lucidez y una rectitud de juicio incomparables arregló el presupuesto de la casa de modo que, sin disminuir el tren, que siempre había tenido, no excedieran los gastos de los recursos disponibles. Maravilló á su marido con su firme prudencia y encantó á la abuela, que nunca había sabido contar.

Por lo demás, Luis parecía otro hombre. Por complacer á su mujer se había consagrado á los negocios é iba á San Dionisio con más puntualidad que nunca. No se realizaba ninguno de los tristes pronóstico que se habían hecho sobre el destino del joven matrimonio. Es verdad que aun duraba la luna de miel y que para un amor como el de Luis, seis meses de asiduidad no eran un plazo demasiado largo. Era indudable que adoraba á su mujer y no veía más que por sus ojos. Emilia estaba estupefacta. Creía que no se podía esperar de aquel muchacho nervioso en lo físico y ligero en lo moral otra cosa que caprichos, arrebatos y fuegos fátuos. Pero un cariño firme y duradero le parecía en él cosa nueva y lo tenía por un milagro de Elena.

Los primeros meses fueron para la joven esposa de encantos y venturas.

Su marido poco aficionado á la sociedad había abandonado las relaciones de su padre, pero orgulloso de Elena y deseoso de verla admirada, las reanudó y contrajo otras nuevas. Lereboulley le ayudó mucho porque conocía á todo París. El hotel Hérault recobró sus pasadas suntuosidades y sus salones resplandecientes de luz se abrieron nuevamente. Elena con una gracia sencilla y natural, se mostró perfecta ama de casa. Ni los más maldicientes encontraron nada que criticar en aquella encantadora

advenediza de la fortuna. No por eso dejaron de atacarla, porque la perfección es para muchos el mayor de los defectos, pero más resultado que excitar el entusiasmo de los admiradores de la joven, y como el mundo para formar juicio no toma más que el termino medio de las opiniones, Elena fué clasificada entre las personas completas.

Satisfecha de verse favorablemente acogida se alegró sobre todo por Luis, cuya vanidad exaltó. Y la vanidad era la nota dominante de su carácter. Era uno de esos hombres que se arruinan porque se diga que tienen el mejor hotel, los caballos más hermosos ó la mujer más linda; era también la más inteligente y le impedía hacer muchas tonterías. El tenía que seguir siempre el impulso de otro. Antes le dirigía Thauziat, que le hacia pródigo con su caracter de gran señor, desdeñoso del dinero; pero Thauziat no era ya su compañero inseparable y desde el día que se alejó de Boissise con el corazón lleno de amargura estaba muy retraído.

Esto dió gran tranquilidad á Elena. Desde que pudo penetrar en los pliegues más íntimos del corazón de Luis, comprendió la influencia soberana que Clemente había ejercido en él. Comprendió que bastaría una palabra para que esta influencia se renovase. Después de odiar á Thauziat con todas sus fuerzas, Luis, satisfecho en su amor, había vuelto á recordar su amistad de otros tiempos. Por otra parte, as impresiones duraban poco en aquel espíritu frívolo, y aunque hubiese tenido motivo para odiarle, su odio hubiera durado poco. Así pues, desde los primeros días de su matrimonio aceptó con alguna inquietud la obligación de ir de cumplido á casa de Lereboulley. Thauziat era allí uno de los íntimos y temía encontrarle. Se confió á Emilia que se quejaba

de la poca frecuencia de sus visitas, pero la joven la interrumpió diciendo:

—No tiene usted nada que temer. Usted no conoce á Clemente... Se alejará de usted y no dirá ni una palabra que pueda disgustarla. ¡Es desgraciado pero no lo sospechará nadie porque tiene gran dominio sobre sí mismo.

En efecto, siempre que en una reunión ó en un baile, Elena veía á Thauziat, él se volvía á otro lado y un cuarto de hora después, justamente el tiempo necesario para no hacer notar la coincidencia de su salida con la llegada de la señora de Hérault, desaparecía. Este proceder constante llegó á disgustar á Luis, que creía que su antiguo amigo afectaba demasiado huir de él. Habían sido rivales, pero ésta no era una razón para desconocerse. Él no tenía resentimiento con Clemente; ¿por qué éste le había de guardar rencor? Una desesperación de seis meses era suficiente y ninguna pena de amor debía durar más tiempo. ¿No tenía con qué consolarse aquel seductor tan poco acostumbrado á ser vencido? ¿No mostraban empeño todas las mujeres en hacerle olvidar las crueldades de que se mostraba tan resentido?

Reprochó á Elena que no se mostrase favorable á una reconciliación con Thauziat, pero en este punto la encontró inflexible y le dijo que era inútil volver á verse después de tan larga separación. Por otra parte las reconciliaciones son poco duraderas después de una ruptura, y en todo caso no le tocaba dar el primer paso. Si el señor de Thauziat recobraba su sangre fría y volvía á ellos con la franqueza de un amigo, no le rechazaría, pero su alejamiento sistemático era una prueba de que no había olvidado y convenía respetar su retraimiento.

—¿Temes que te haga la corte?—preguntó Luis



con la seguridad un poco burlona del que se cree amado.

— Tal vez — contestó gravemente Elena.

No quería confesar que una nueva intimidad con Thauziat la asustaba por Luis más que por ella. La casualidad se encargó de librarla de ese cuidado. A la mitad del invierno Lereboulley partió para Smirna donde iba á estudiar un gran negocio. Se trataba de un servicio de vapores que intentaba establecer entre Marsella y Siria. De paso, el senador quería detenerse en Corinto á fin de ver el emplazamiento escogido para la apertura del Istmo. Con él iba Thauziat, Sir James se había encargado de llevarlos en un yacht de vapor que acababa de comprar por complacer á su mujer. La *Sirena* era uno de los mejores barcos de recreo que había en Europa. Era de porte de cuatrocientas toneladas, navegaba quince nudos y su propietario lord Mellivan Grey lo cedía á su compatriota Sir Olifaunt porque abrumado por la muerte de su hija, renunciaba á navegar. Cuando Sir James hizo la compra, Lereboulley lanzó gritos terribles. Aquello ya no eran chucherías ni cuadros, ni un yacht que podía ponerse encima de una mesa. Se necesitaba un capitán para dirigirlo, personal para tripularlo y carbón para alimentar la máquina. Además del coste de adquisición, esto significaba un gasto constante. Durante quince días no cesaron las recriminaciones del banquero propósito del barco.

— ¡Y aun si valiese algo! — decía. — Pero de seguro es un zapato viejo que no se tiene en la mar y se irá á fondo cuando menos se piense. ¿Y me ofrece usted navegar en él en esas condiciones? Usted está loco, decididamente loco... y espero que esta señora no se arriesgará en su compañía. A menos de estar también loca se quedará en tierra. Si usted se va á

fondo, Sir James, todos le lloraremos, pero al menos se habrá salvado la pobre Diana.

É insistía rabiosamente en predecir á Sir Oli-faunt tan siniestro fin. Parecía que hubiera deseado encontrarse en las costa, cuando la *Sirena* se fuera á pique, para disfrutar del espectáculo y estar seguro de que su pródigo amigo no había sobrevivido al naufragio. Pero Sir James no cedía y con su flemma de costumbre replicaba:

—Diana es quien ha comprado el yacht y está entusiasmada con la idea de dar la vuelta al Mediterráneo. Aseguro á usted que es precioso y ofrece la mayor seguridad.

—¡Un zapato, le digo á usted que es un zapato! —gruñía furioso Lereboulley.—Y se ahogarán ustedes todos. En cuanto á mí no me embarcaré en ese... zapato.

—Es un buen negocio—replicaba Sir James,—y volviéndolo á vender se ganará dinero.

Lereboulley replicaba.

—¡Buen negocio!... Un barco viejo por cuatrocientos mil francos... Usted parece que no sabe lo que son cuatrocientos mil francos... Y habrá que pagar... piense usted en ello...

—Ya le he dicho á usted cuándo hay que hacer efectivo el primer plazo.

—Sí, sí... es admirable, admirable—reponía Lereboulley ahogándose de rabia.

Entonces. Sir James, agotada ya la paciencia, se adelantaba hacia el senador con aire tan feroz que éste, calmado como por encanto, no se permitía contradecir más al que le aterraba. Por fin Diana declaraba con su más deliciosa sonrisa que estaba satisfecha, y este argumento ponía generalmente término á todos los debates empeñados entre Sir James y

Lereboulley por acalorados que fuesen. El yacht había llegado al Havre. Resultó que era magnífico y estaba dispuesto con el mayor lujo, y habiendo propuesto Diana una excursión por las costas del Mediterráneo, el senador aprovechó la ocasión para hacer que le llevaran á Smirna. Era un medio agradable de pasar algunas semanas al lado de la bella y recobrar algo de su dinero. El viaje tuvo carácter de una fiesta y se habló de él más de lo que hubiera deseado Lereboulley, que guardaba mucho las apariencias á causa de la posición de Diana. Pero Emilia, que tratándose de la bella inglesa no conocía límites, comenzó á lanzar frases tan vivas, que aquel acontecimiento tomó proporciones fabulosas. Una noche que en casa de su padre preguntaban cuál sería definitivamente el puerto de estación del yacht de la señora de Olifaunt en el Mediterráneo, pregunto friamente.

—¿Pero no está bien indicado?

—¿Cuál?

—Citerea.

Estas maledicencias que Lereboulley no osaba reprimir, tanto por cariño como por temor, porque amaba y temía á su hija, eran para él un martirio. Si Emilia hubiera consentido en no seguir desgarrando á Diana con uñas y dientes, la hubiese dado todo lo que pidiera. Pero aquella desgraciada experimentaba como una especie de secreta voluptuosidad en destrozar á la hermosa mujer que tan cara costaba á la pasión de su padre. El resultado de aquella guerra de guerrillas fué hacer adelantar el viaje de los expedicionarios, y cuando menos lo pensaba supo Elena que Lereboulley vogaba sobre las olas y Thauziat con él.

Con esto se creyó asegurada y pudo dejarse lle-



vnir libremente de su impulso. Se mostró radiante de belleza y de felicidad. Generalmente cuando una mujer llama la atención en un salón, todas las demás se crispan instantáneamente y dirigen á la triunfadora miradas envenenadas. Elena tuvo el raro privilegio de ser admirada por los hombres, sin que la odiaran las mujeres. Gustaba, pero se comprendía que no abusaría; de aquí la indulgencia. En su conducta no había cálculo sino espontaneidad. No tenía más ambición que apoderarse por completo del alma de su marido. A esto consagraba todos sus cuidados, obteniendo el extraño resultado de hacer aumentar el amor que profesaba á Luis, sin que aumentara el que Luis la profesaba á ella. A fuerza de pensar á todas horas en aquel lindo rubio acabó por adorarle, de modo que cayó en sus propias redes. Él estaba con todo, muy enamorado y más aún los días en que sentía halagado su orgullo por elogios que merecía Elena.

Un acontecimiento fácil de prever interrumpió los éxitos de la joven; se hizo embarazada y tuvo que adoptar algunas precauciones. La alegría de la señora de Hérault no tuvo límites y Luis participó de un modo conveniente del entusiasmo general. No le gustaban mucho los niños, pero al pensar que iba á tener uno suyo, sobre todo si era varón, vibró en su corazón una fibra hasta entonces insensible. Dió á su mujer pruebas de la mayor ternura, y cuando le fué desagradable mostrarse en público, con su talle deforme, pasó todas las veladas con ella.

Volvieron al salón del hotel las dulces intimidades que habían precedido al matrimonio, cuando Luis atraído á la casa por el encanto de Elena, perdía la noción del tiempo y cuando á las doce de la noche su abuela se levantaba para irse á la cama, pre-

guntaba con asombro: "¿Ya?," Después de casado mostraba menos ardor, pero casi tenía más mérito. Después de un día pasado en San Dionisio, en medio de sus contramaestres, ¿hubiera podido desear un placer más vivo que la tertulia con su abuela y su mujer? Lo aceptaba con mucho gusto y cuando Elena le decía.

—Aquí te aburres. Vete al teatro donde hacen una comedia nueva.

—No— contestaba.— La representarán mucho tiempo; iremos á verla juntos.

Entonces su mujer se acercaba á él, le alisaba suavemente con la mano la rubia cabellera, le miraba hasta el fondo de sus ojos azules y viéndole sonriente y satisfecho le besaba con todo el transporte del amor venturoso. Había leído mucho y tenía riquísima imaginación, su conversación era amena y lograba ocupar los ocios de Luis, que la admiraba, comprendiendo los esfuerzos que hacía por distraerle. A cada momento hablaba de acontecimientos que él ignoraba y de hombres que desconocía. De este modo fué Luis poco á poco formándose una gran idea del valor intelectual de Elena, á la que consultaba hasta sobre la marcha de los negocios. Algunas veces decía ella riendo:

—Si tu abuelo Hérault me hubiese conocido hubiera querido colocarme en sus oficinas... Y no habría hecho mal; yo sería un buen contador.

Aprovechaba la confianza de su marido para iniciarse en el movimiento de su industria. Descubrió que en el producto de las fábricas de San Dionisio había no sólo una cuestión de fabricación, sino también una de agiotaje. El precio del cobre es susceptible de muchas alteraciones y según se manifestaba el alza ó la baja, los resultados podían ser buenos

ó malos. La habilidad consistía en almacenar materiales cuando estaban baratos y fabricar aparatos que se vendían siempre muy caros. El cobre estaba muy abundante desde hacía algunos años. Una gran fuente de beneficios se había agotado para los productores de la zona desde que las diferentes naciones del globo habían sustituido el bronce por el hierro para construir cañones. Además se habían descubierto nuevas minas y España particularmente perdía mucho por la depreciación del metal. Finalmente Lereboulley había obtenido por cuenta de la fábrica un importante suministro de cápsulas para cartuchos de guerra, y además el famoso negocio del cable de Brest y Panamá estaba en vías de realizarse.

Elena, sin embargo, sentía una inquietud. Había notado la tendencia de Luis á especular. Soñaba con operaciones complicadas para ganar dinero, vendiendo ó comprando cobre en bruto, en lugar de ingeniar-se para poner sus talleres á cubierto de toda competencia por el perfeccionamiento de la fabricación. Ella le impulsaba con ardor en este sentido, estimulando su indolencia física y esforzándose por vencer su aversión natural al trabajo. Comprendía que él hacía lo que podía y con una indulgencia en cierto modo maternal, le compadecía por los esfuerzos que tenía que hacer para vencer sus costumbres. Pero Luis ocupado era su salvación propia. Emilia se lo repetía á todas horas y no necesitaba ella tales advertencias para comprenderlo.

La anciana señora de Hérault, que no había visto nunca á su nieto apasionarse más que por tonterías, encontraba prodigioso el partido que Elena había sabido sacar de él. No hubiera sido necesario insistir mucho para que creyese que aquello era un milagro. Pronto iba á tener otro motivo de maravillarse: una



noche, á eso de las onces, le nació sin gran dificultad, pero no sin gran emoción de todos, un biznieto, y por la segunda vez de su vida Luis lloró de alegría.

Sentado cerca del lecho, de su mujer, luego que Elena recobró la posesión de sí misma mientras que bajo la encantada mirada de la abuela, el nuevo llegado bebía como un pombrecito agua de azahar en una copa, pasó una de las horas más felices de su existencia. Elena, recostada, pálida y sonriente, en medio de encajes, no le hablaba, pero tenía la mirada fija en sus ojos con la orgullosa alegría de la maternidad. Luis deseaba un hijo y se lo había dado. En cambio no le pedía más que la prudencia que debía asegurar su tranquilidad.

—¿Estás contento? le preguntó.

—¡Oh! exclamó él en un arranque de profunda ternura.

—Ahora tienes que ser dos veces razonable: por él y por mí.

Luis no contestó, pero inclinándose hacia ella le dió en la frente un beso, que valía más que todos los juramentos.

El día siguiente hubo entre la familia de la interesante enferma y el médico que la asistía, el ilustre Rameau de Ferrieres, una conferencia para decidir si la madre podría criar al niño. Elena lo deseaba locamente, y la anciana, que había criado á su hijo, apoyaba á su nuera. Luis hacia algunas objeciones, y por la rareza del caso, es justo hacer constar que entre todos los presentes era el único que discurría con buen sentido. Rameau, definitiva, comenzó por declarar que Elena *podía* perfectamente criar á su hijo. Tenía y sería un excelente nodriza. En cuanto á si *debía* hacerlo, le pareció raro

hasta que se le preguntase conociendo sus ideas. Muy imbuído de socialismo, el ilustre práctico, después de citar á Juan Jacobo Rousseau, acabó por sentar la absoluta necesidad de la lactancia materna. Luego añadió, mitad en serio y mitad en broma:

—Todas las mujeres deben de ser iguales ante la maternidad, como todos los hombres ante la ley. Una joven no tiene el derecho de sustraerse á la deuda de leche, como un hombre al impuesto de sangre... Tener hijos es para la mujer el modo de pagar su deuda á la patria; alimentarlos es pagar su deuda á la familia. Es claro que así como no se lleva á los inútiles y lisiados á servir en el ejército, tampoco se puede hacer criar á una mujer que no tiene leche. Pero entonces, nada de reemplazo por una mercenaria: la mejor leche es la de una cabra ó de una burra, á riesgo de que el niño salga caprichoso ó terco.

Y añadió volviéndose á Hérault:

—¿Es esto lo que usted desea?

Luis se vió obligado á decir que lo sentiría mucho. Enemigo como era de la discusión, no se tomó el trabajo de llevarse á Rameau para oponer á sus razones físicas que no dejaban de tener valor, razones morales que tenían mucha más importancia, á saber: que una lactancia le alejaría forzosamente de su mujer, y que le importaba mucho no interrumpir una intimidad que hasta entonces había asegurado su dicha. Solicitado por Elena, combatido por Rameau y acosado por su abuela, que no tenía ni la más leve sospecha de los peligros que hacía posibles, Luis cedió. Ésta fue la primera y tal vez la única falta que cometió Elena en la batalla que había empeñado contra la vida.

Con una gran rectitud de juicio, carecía aún de experiencia. Creyó ligar á su marido más estrecha-

mente al hogar, dándole por cadenas los brazos del niño. No adivinó que ella sola era quien le encadenaba y que el hogar transformado en convento, no gustaría mucho toímpo á aquel loco, apenas corregido y siempre á dos dedos de romper la clausura. Hizo por el bien una de tantas como se hacen en el mundo y con mal resultado. Desgraciadamente la línea de conducta que había adoptado, no era de las que pueden rectificarse con facilidad, y en el tiempo que debía durar aquello ¡cuántas malas costumbres podían renovarse!

No tardó Elena en sentir los primeros efectos de su resolución. Cuando enteramente restablecida se levantó y volvió á su existencia normal, trató en vano de llevar á su marido á su habitación. Había vuelto á instalarse en su cuarto de soltero, y allí se encontraba muy á sus anchas. Pretextó la salud de la madre y la del niño y dió á entender que la dejaba sola para que tuviera libertad de hacer que la llevaran su hijo durante la noche. Estuvo cariñoso y firme y á falta de buenas razones, tuvo sonrisas tiernas y significativas. Elena hubo de ceder y encerrada en su maternidad como en una fortaleza, no se dió cuenta de que para que la plaza fuese inexpugnable, era necesario ante todo que el marido no estuviese fuera.

Sin embargo, no tenía motivo de queja; Luis era ejemplar. Redoblaba su actividad en los negocios y quiso recobrar la casi totalidad de las acciones de su casa de San Dionisio, á lo cual se prestó Lereboulley de muy buen grado. Hérault parecía, pues dispuesto á continuar la obra de su abuelo y á ganar valientemente con su trabajo lo que había perdido con su ociosidad. Había pasado la primavera en la que el matrimonio había estado tan gravemente



ocupado y se acercaba el fin de agosto. Elena que había soportado bien los calores, gracias al frondoso jardín del Faubourg-Poissonnière, manifestó deseos de ir á pasar algunas semanas en Boissise. Sin duda el viaje de Evreux á París, sería molesto para Luis si tuviera que hacerlo muchas veces; pero aquella era la época de paralización de los negocios y la fábrica dormitaba como un enorme animal tendido al sol.

Gran alegría experimentaron los jóvenes esposos viendo de nuevo aquel hermoso país, donde volvieron á encontrar las deliciosas impresiones del año anterior. El parque con sus calles sombrías, los lagos con sus aguas límpidas, sobre las cuales flotaban los cisnes majestuosos y melancólicos; los espléndidos jardines llenos de flores, el banco en que habían cambiado las primeras palabras que les unieron uno á otro, todo les encantaba. Repitieron de todo lo que no era su amor, viviendo entregados á un egoísmo delicioso.

Si en aquél período de su existencia Elena hubiera podido completar los puros goces morales de Luis con satisfacciones menos etéreas, si no se hubiese visto obligada á encerrarse en un platonismo absoluto, habría, sin duda, ligado á su marido con lazos muy difíciles de romper. Pero todo lo que prodigaba de gracia física y de ingeniosidad intelectual no reemplazaba para aquel hombre joven y ardiente las dulzuras de la posesión. Cuanto más agradable se hacía, mayor era el peligro, puesto que ella misma alimentaba un incendio que no podía extinguir.

Vuelto de su excursión á Oriente, Lereboulley había emprendido de nuevo sus inmensos negocios. Su permanencia á bordo de la *Sirena* se había prolongado algo más de lo que hubiera querido. Pero

una vez embarcado no podía resistir á los caprichos de Diana; y si hubiera sido sincero, hubiese confesado que no le dolía el tiempo que perdía en seguir, nuevo Antonio, á aquella seductora Cleopatra. Thauziat, al cabo de algunos días, recobró su presencia de ánimo y las nubes de su frente se disiparon. Sus compañeros de viaje volvieron á verle como de costumbre brillante, ingenioso, pero con un tinte de amargura misantrópica que debía ser en adelante el sello especial de su ingenio. Aquel vencedor había conocido el vencimiento y en toda su vida podría desechar su punzante recuerdo. No hablaba nunca de Luis ni de Elena, ni soportaba que le hablase de ellos. Diana se atrevió á hacerlo una vez, pero fué tan rudamente acogida, que no le quedó gana de repetir la prueba.

Era evidente que Thauziat tenía aun abierta en el corazón la herida de su amor. Indudablemente llegaría un momento en que se pudiera sacar partido de esta circunstancia. Diana pensaba en ello muchas veces, y en el secreto de su pensamiento formaba el dulce proyecto de vengarse sin misericordia de Luis, que la había despreciado insolentemente, y de aquella Elena que era honrada, altiva y feliz. Tendida en unos almohadones en la proa del buque, la bella inglesa dejaba vagar sus ojos por el azul del cielo, acariciando estos ensueños feroces, mientras Lereboulley jugaba terribles partidas con Sir James, repleto de grog, y Thauziat subido en el puente tiraba la corredera para distraerse.

Así habían llegado á Smirna, visitado Jerusalem y los Santos Lugares, hecho escala en Constantinopla, atravesado el archipiélago para ir á fondear en el Pireo. Atenas, donde se prometían maravillas, les pareció un poblachón mezquino y sucio. Dejaron de-

sencantados aquella Grecia que los maravillosos relatos de los poetas les habían hecho imaginar tan grande, tan espléndida y que no era en suma más que un país parduzco donde los bosques son matorrales, los ríos arroyos y las ciudades pueblos.

—Grecia—declaró Thauziat—no existe más que en los libros clásicos. Es un país quimérico creado por la literatura antigua. El que quiera encontrarla no la debe buscar al sud-este de Europa, debe leer á Homero, Sófocles, Aristófanes y Herodoto. Es un fantasma brillante adornado de recuerdos inmortales que conviene dejar en su sombra sagrada. Si se la evoca no se ve más que un esqueleto descarnado y miserable. Byron era un loco, Sir James, ó más bien un vanidoso que quiso hacer alarde de su poder sobre el espíritu de sus contemporáneos resucitando un cadáver. Murió en él y ese fue su castigo.

Sir James levantó la vista de las cartas durante un segundo y dijo:

—Byron era un gran poeta; vendía sus obras á guinea el verso.

—¡Bravo, Sir James! ¡Siempre poético!—exclamó Thauziat.

Los viajeros regresaron á Marsella desde donde volvieron á París. Era el mes de mayo y Elena estaba entonces en el colmo de su embriaguez. Lereboulley fué al Senado á emitir algunos votos, tomó la palabra en varias comisiones en que tenía influencia, puso al corriente todo el trabajo que había atrasado y en algunas semanas recobró en la Bolsa lo que había costado la *Sirena*.

En cuanto á Thauziat nunca brilló tanto como en las primeras semanas que siguieron á su regreso. Parecía que estaba poseído de algún demonio. Tuvo una aventura de las más ruidosas con la mujer del



barón Oppenger, el rico banquero alemán que ha dado tanto que hacer á la policía correccional, sin que pareciera afectado en lo más mínimo. Habiéndose apoderado de la anécdota los periódicos que la contaron con todos sus detalles, se batió en dos días con dos de los más venenosos escritores de la prensa escandalosa y á los dos los tendió en el terreno. Talló toda una noche á banca abierta en el círculo y ganó á los puntos ciento cuarenta mil francos, que el día siguiente envió á los hospitales. Ganó en las carreras de Auteil el gran premio internacional con *Braconnier*, un caballo que compró por tres mil francos. Dió tanto que hablar en todas partes, que durante un mes fué el hombre á la moda.

Cuando estaba más en boga, Lereboulley tuvo una noche necesidad de hablar con él, y habiéndole esperado en vano, fué á su hotel. Amigo íntimo, indicó al criado con un gesto que era inútil que le anunciase y entró sin detenerse en el gabinete de Thauziat, á quien sorprendió tendido en un sofá, llorando á lágrima viva. Aunque Clemente se repuso al momento y trató de disimular con el senador, éste que había visto lo que pasaba, se esforzó por arrancarle una confidencia. Thauziat se hizo el desentendido. Habló con gran animación, se chancó un poco y dió acerca del negocio que preocupaba á Lereboulley todos los detalles apetecibles, con lucidez extraordinaria. Sin embargo, después de haberse presentado en todas partes se encerró en su casa, presa de un mal humer tan vivo y violento que no podía soportar ni la luz de sus habitaciones. Por fin recobró algún tanto la calma y habiendo decidido Lereboulley ir á Evreux la semana siguiente, aceptó una invitación para instalarse con él.

Los señores de Olifaunt eran también de la par-

tida. Había sido un capricho de Diana. Emilia que en París recibía á la bella inglesa, declaró formalmente á su padre que no la recibiría en el campo. Después de un cambio de frases suplicantes por parte de Lereboulley y acerbos por la de Emilia, el padre y la hija llegaron á un acuerdo. La permanencia de la señora de Olifaunt no se prolongaría más que quince días y durante estas dos semanas, Emilia residiría en Boissise, donde seguramente la recibirían con los brazos abiertos.

La joven tenía desde mucho tiempo antes un proyecto que podría realizar en esta ocasión. La iglesia de Theil, parroquia del castillo, construcción muy antigua de estilo romane tenía en las paredes pinturas murales muy curiosas que representaban pasajes de la Pasión. El tiempo había deteriorado mucho aquellos lienzos, hasta el punto de que algunos de ellos, no conservaban más que débiles vestigios de color. Emilia que tenía con el cura muy buenas relaciones con motivo de las obras de caridad que hacía le había dicho varias veces:

—Estas pinturas están perdidas, señor cura. Será preciso que yo venga un día con mis pinceles para que siquiera parezcan algo.

Ocupada por las obligaciones de su vida agitada y por la necesidad de atender á los invitados de su padre, no tuvo nunca Emilia tres semanas libres y pensó en aprovechar aquella ocasión para trabajar á su gusto. Desde Boissise á Theil hay un trayecto de dos kilómetros en pleno bosque por caminos deliciosos conservados como las calles de un jardín inglés. Al día siguiente de llegar al castillo de sus amigos, Emilia puso en un carruaje su caja de colores, sus pinceles, sus tientos, todos los útiles que había preparado y marchó por la mañana á su "cantera," como

decía alegremente. Debía almorzar en el jardín del presbiterio con provisiones que llevaba y sus amigos ofrecieron ir al medio día para ver su trabajo.

El mismo día en que la señorita de Lereboulley había empezado á trepar por una escalera en la iglesia de Theil, Diana, Sir James, Thauziat y algunos jóvenes bolsistas, llegaron á Evreux y se instalaron en casa del senador. La propiedad del gran elector del departamento está situada, á cinco minutos de la ciudad, en la orilla del Iton. Un extremo del parque llega hasta la población y la otra parte linda con el bosque de Boissise. La habitación construida con algunos de los materiales del antiguo castillo de Navarra, por el padre de Lereboulley, data de 1838. Es un gran edificio blanco, estilo Luis XV, con dos cuerpos laterales y una hermosa escalinata de ocho escalones. En el interior reina un gran lujo. Los más preciosos objetos de arte se encuentran amontonados con tal profusión en los salones, que en Evreux llaman al castillo el museo Lereboulley. El parque formado por trozos de terreno comprados en varios lotes, ha costado un ojo de la cara. Cuando Lereboulley pasea á sus convidados por ciertos lugares de su finca, suele decirle: «Aquí, amigos míos, un poco de recogimiento, pisamos monedas de veinte francos.»

Aquel parque de sesenta hectáreas, cuajado de árboles seculares puede rivalizar con el de Boissise. El lujo en flores es aun más exagerado que en casa de la señora de Hérault. El senador ha confiado la dirección de sus jardines á ingleses que hacen maravillas. Las estufas de parras atraen la curiosidad de los aficionados de toda Europa. Los productos más bellos y variados se encuentran allí, en plena madurez desde mayo hasta febrero. Así es que en la



mesa del senador hay uvas frescas todos los días del año. Todo está allí bien dispuesto. Hace algunos años tuvo Lereboulley el capricho de la piscicultura. El Iton atraviesa su parque y alimenta un estanque soberbio. Varios estanques graduados con arreglo á la edad de las truchas y puestos en comunicación por canales de cemento, mantienen en el criadero un agua fresca y clara. Verjas de hierro detienen á las truchas pequeñas que se alimentan de sesos de carnero y moscas, obtenidas artificialmente. Una cascada de diez metros de elevación sirve de portazgo al lago por el cual cruzan como relámpagos peces plateados. Lereboulley que quiere obtener un resultado práctico hasta de sus caprillos, envía todos los años en cuaresma diez mil truchas al mercado. Por eso Thauziat un día de buen humor puso en el sobre de una carta que le escribía: "Señor de Lereboulley, senador y pescadero," lo que produjo en Evreux una gran indignación.

Instalados en aquella suntuosa morada los invitados emplearon dos días en visitarla. Una vez satisfecha su curiosidad, comenzaron á experimentar el cansancio de todo parisiense que se encuentra cuarenta y ocho horas lejos del Boulevard. Lereboulley secuestrado por Sir James que le hacia sufrir á la básiaga derrotas desastrosas, puso las caballerizas á disposición de sus huéspedes.

Todos los días á las tres cuando empezaba á ceder el calor, una calbagata á cuya cabeza iba Diana, salía por la puerta del parque y se dirigía hacia Boissise. La bella inglesa con amazona de paño azul, chaleco de piqué blanco y un sombrero de castor gris con ancho velo, seguida de tres ó cuatro jinetes, entre los que se encontraba Thauziat, corrió á la aventura y sin dirección fija. Sin embargo, conocía

perfectamente el país porque se había tomado la molestia de estudiarlo en un mapa que había en el gabinete de Lereboulley. La indiferencia de Diana estaba tan bien representada, que Thauziat se dejó engañar, sin adivinar los proyectos que forjaban aquella mujer perversa. Tal vez él mismo estaba tan absorto en sus pensamientos que parecía le había abandonado su proverbial penetración. Pero desde hacía cuatro días, la señora de Olifaunt giraba alrededor de Boissise estrechando cada vez más sus vueltas como un gavilán que vuela formando grandes círculos sobre su presa para fascinarla y aturdira.

Una tarde á eso de las cinco excitaron grandemente la curiosidad de la aldea de Theil las pisadas de cuatro caballos, cuyas herraduras resonaban en el piso de la calle. Los perros que dormían á la sombra ladraron, y las gallinas que picoteaban en el suelo, huyeron espantadas á los corrales. Algunos niños y mujeres salieron alarmados de las casas. Era Diana que pasaba con su escolta. Los caballos tenían calor y los jinetes sed. En la plaza había un figón con su ramo de clemátidas en la puerta.

—Paremos aquí—dijo Diana á sus satélites.—Si hay cidra fresca beberemos y entre tanto respirarán los caballos... A todos nos vendrá bien.

Thauziat echó pié á tierra, levantó á Diana de la silla y los cuatro expedicionarios se sentaron bajo un cobertizo. No hacía aun cinco minutos que estaban allí, cuando un duque tirado por dos jaquitas pasó por delante de ellos y fué á parar á la sombra delante de la iglesia.

—Ese carruaje es de Lereboulley—dijo Diana.—Conozco la librea... Veamos, señores..

Los caballeros dieron algunos pasos y se acercaron al cobero que estaba delante de sus jacas.

—¿Sirve usted al señor de Lereboulley?—preguntó Thauziat.

El cochero se quitó el sombrero.

—Sí, señor—contestó—pero vengo de Boissise... Estoy al servicio de la señorita de Emilia.

—¡Ah! ¿Está aquí Emilia?—dijo la señora de Ollifaunt frunciendo el ceño.

—Sí, señora, con la señora de Hérault. La señorita trabaja en las pinturas de la iglesia.

—Thauziat, vamos á ver eso—dijo la hermosa inglesa.—Debe ser curioso, Señores, espérennos ustedes un momerto.

Clemente siguió á Diana, pero al llegar á la puerta de la iglesia se detuvo.

—No entremos, amiga mía. ¿Qué tenemos que hacer ahí? Molestaremos á la señorita de Lereboulley que sin duda estará en traje de estudio...

—Y sobre todo encontraremos á la señora de Hérault y usted la tiene miedo, eso es evidente—interrumpió Diana con risa malévola.

—Sí la tengo miedo—contestó él friamente.—Por lo tanto, vámonos.

—Pues yo no temo ni á la bella Elena, ni á la prudente Emilia... y entro.

Thauziat hizo un movimiento para detener á Diana, pero la conocía demasiado para saber que una vez expresado su deseo, no renunciaría á satisfacerlo. La acompañó, pues, un poco inquieto temiendo más bien una maldad que una torpeza.

Al volverse á cerrar la puerta de la iglesia se encontraron sumidos en profunda y fresca obscuridad. Las ventanas del lado izquierdo habían sido cubiertas con cortinas para evitar la falsa luz. Solo las ojivas de la derecha dejaban entrar la claridad y las capillas parecían de este modo más desnudas y



desmanteladas. Delante del altar de la Virgen había un andamio de un metro de altura y en él se encontraba Emilia con el pincel en la mano. Al extremo del tabladillo, sentada en una silla de paja, Elena con su hijo en brazos, servía de modelo.

Era una Natividad que la señorita de Lereboulley había empezado á restaurar. El rostro de la Virgen estaba completamente borrado y no teniendo modelo á su disposición, la joven había rogado á su amiga que la consagrara tres ó cuatro tardes. Vestida de blanco, con sus cabellos castaños, cayendo en dos trenzas sobre la frente, la mirada fija en el niño sonrosado y blanco lo mismo que un ángel de Murillo, Elena ostentaba una belleza divina. Un rayo de sol que iluminaba su rostro, proyectaba en su cabellera reflejos de oro y redeaba su cabeza de un nimbo misterioso. Diana y Clemente se detuvieron un momento en la sombra del baptisterio, mirando aquel cuadro interesante. Había en todo aquello un encanto de pureza que la bella inglesa sintió el corazón oprimido y dejó escapar un suspiro. Dirigió una mirada á Thauziat y le vió sombrío y pensativo. Entonces murmuró con envidia.

¡Son felices!

—Sí—añadió Clemente con amargura—y merecen serlo. Son corazones puros que se contentan con los goces sencillos de la vida, sin buscar las emociones devoradoras de los placeres excesivos... Vea usted el cuadro de la existencia actual de esas dos mujeres; una pobre iglesia de aldea llena de sombra y de silencio, y las dos aquí tranquilas y satisfechas de contribuir juntas y cada una en la medida de sus fuerzas á una obra útil... ¿Iría usted, Diana, á servir de modelo para vírgenes durante horas enteras, sobre unas tablas mal sujetas? No; esos goces

no son para todo el mundo. Nosotros, querida amiga, necesitamos los del lujos...

Sus labios se contrajeron con una sonrisa.

Diana le miró moviendo la cabeza y dijo:

—En vano quiere usted disimular, mi pobre Clemente. Usted padece. Pero ¿la ama usted todavía?

Él no contestó y su rostro siguió impassible y frío.

—Vámonos—dijo la señora de Olifaunt con verdadera lastima.—Tenía usted razón. No debíamos haber entrado.

Dió algunos pasos hacia la puerta, pero la voz de Emilia se elevó sonora bajo la bóveda de la iglesia.

—¿Quién anda ahí?—preguntó la joven.—Oigo hablar desde hace un momento. ¿Es usted señor cura?

Las tablas del andamio crujieron bajo su peso. Iba á bajar.

—Nos han cogido—dijo Diana.—Es preciso salir del paso.

Y adelantándose hacia la capilla, salió de la sombra.

—¡Ah! ¡Es la señora de Olifaunt!—exclamó Emilia.—¿En una inglesa? ¿Porqué casualidad? ¿Quiere usted abandonar la religión reformada y convertirse al catolicismo? Pero ¿no es Thauziat el que está con usted?

Al oír este nombre Elena se estremeció y se puso pálida. Dirigió sus miradas á Emilia como para interrogarla y la vió tan agitada como ella.

—Mi querida Emilia—dijo con displicencia Diana—nos hemos detenido en este pueblecillo y hemos sabido que usted trabajaba en la iglesia. El señor de Thauziat y yo hemos cedido á la tentación de admirar sus obras, pero el cuadro vivo que hemos visto

al entrar, nos ha parecido tan bello que no hemos pensado en mirar las pinturas.

—Mi querida Elena, esto va con usted, dijo Emilia con risa nerviosa. ¿Cómo es, Clemente, que no se le ha ocurrido á usted? Se ha dejado usted ganar por la mano, amigo mío.

—El señor de Thauziat ha podido pensarlo sin decirlo, respondió tranquilamente Diana, examinando el trabajo de Emilia con un lente de concha que le daba un aire de superlativa impertinencia.

Clemente, después de saludar á la señorita de Le-reboulley se había acercado á Elena que, muy turbada, levantó maquinalmente la mano. Él pareció no verla y no hizo más que inclinarse.

—Vamos, Emilia, veo que hace usted la competencia á Rafael, añadió la señora de Olifaunt. Muy bien, esa virgen... Muy bien, muy bien. El niño, sobre todo, es delicioso,.. casi tanto como el original.

Se inclinó hacia el niño que sonreía á sus ojos azules y á sus cabellos de oro, y tendía sus bracitos como para echárselos al cuello.

Emilia dijo á Diana con una ironía feroz:

—Vea usted amiga mía. Es un niño... Ya quiere besar á usted.

—Yo soy quien le besaré si su mamá lo permite, contestó Diana sin perder su sangre fría.

—Se inclinó hacia el niño y le besó delicadamente.

—Aún no se puede saber á quién se parecerá, añadió! Mire usted, Thauziat.

Clemente permaneció inmóvil, pero dijo con voz grave:

—Yo deseo que en todo se parezca á su madre.

Y saludando á Elena dió algunos pasos y se apartó del grupo.



—¿No le pone usted nada al cuello, señora? preguntó la inglesa. Creo que hace usted mal. Yo he traído de Siria preciosos collares de coral; hágame usted el favor de permitir que envíe uno al pequeño. Verá usted como lucen las cuentas encantadas sobre su cutis blanco.

Sin dar á Elena tiempo de contestar saludó y dijo á Emilia:

—¿No tiene usted ningún encargo que darme para su padre?

—Sí, contestó la señorita de Lereboulley; dígame usted que espero que pronto podré volver á su casa.

Saludó amistosamente á Thauziat y sin cuidarse más de Diana se puso otra vez á pintar.

—Ha estado usted muy dura con esa pobre mujer, dijo Elena. Creo que merece algo más de indulgencia.

—¿Porque ha elogiado y besado al niño? interrumpió Emilia. No se deje usted engañar por su hipocresía. Usted no la conoce y ojalá no la conozca nunca. Téngala usted siempre á distancia de sí y de los suyos. Aproveche usted mi advertencia, porque esa mujer puede proporcionar á usted un peligro grave.

Elena pensó en el primer encuentro que había tenido con la bella inglesa, en la exposición donde Emilia había presentado su retrato. Recordó los ojos de Diana llenos de odio incomprensible, y se le oprimió el corazón. Sus miradas se fijaron en Periquito que se había dormido tranquilamente en sus rodillas. Lo estrechó contra su pecho y le pareció que con semejante coraza ningún golpe podía hierla.

Diana y Thauziat habían atravesado la iglesia. En el momento de abrir la puerta dijo aquélla:

—No es habladora la señora de Héraul. Ni si,

quiera nos ha dejado oír su metal de voz. Pero es bonita... Comprendo que le guste á usted.

Salieron y quedaron un momento deslumbrados por la luz del día, cuando sus ojos se había acostumbrado ya á la obscuridad. Sin embargo, desde luego creyeron distinguir que el grupo de los que les esperaban á la puerta del figón se había aumentado. Se acercaron y vieron á Laís Héroult hablando con sus amigos. Llegaba de Boissise á pie por el parque, y al atravesar la plaza oyó con asombro que le llamaban. Había reconocido á dos de sus amigos del círculo que estaban bebiendo cerveza inglesa y fumando cigarrillos.

—¡Cómo! ¿Son ustedes? dijo. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Esperamos á la señora de Olifaunt y á Thauziat que han entrado en la iglesia, y luego volveremos á casa de Lereboulley.

La frente de Luis se entenebreció. En la iglesia era donde él debía encontrar á Elena y Emilia. Así, pues, las dos jóvenes se habían encontrado frente á frente con Diana y Clemente. ¿Se trataba de un encuentro casual ó de un plan preconcebido? Pensando en esto se modificó su primera impresión, que había sido mala. ¿No había de llegar un día en que se vieran? ¿No había de desaparecer alguna vez la frialdad de Thauziat y renovarse su antigua amistad? ¿Y en este caso, no era mejor reconciliarse lo más pronto posible.

Pero recordaba las disposiciones hostiles de Elena y su oposición siempre que se había hablado de la probabilidad de reconciliación, y no sabía qué actitud tomar con Diana y Clemente. En cuanto á Diana no le daba cuidado. Elena no había sospechado nunca su principio de intriga con ella. Pero ¿y Cle-

mente? No se sintió celoso, ni poco ni mucho, al pensar que el que tanto había amado á su mujer estaba cerca de ella. Su tranquilidad era completa. Estaba muy seguro de la firme razón de Elena para experimentar la menor inquietud. Esta fué una gran desgracia para ella. Si Luis hubiera estado menos seguro de su mujer, se hubiese impuesto el mayor empeño en evitar un peligro probable. Habría alejado á Thauziat y á Diana. No pensó en ello, ni remotamente, y en aquella circunstancia en que una mujer ligera y frívola hubiera sido protegida, Elena quedó indefensa por razón de su superioridad moral. Viendo llegar á Diana y Clemente, Luis les salió al encuentro.

—¡Vaya! Habremos visto á toda la familia, dijo aquélla, porque despues de la madre y el hijo, aquí está el padre: Buenas tardes, señor de Hérault, el matrimonio le sienta á usted á maravilla... está usted fresco como una rosa! Vamos. Thauziat, no ponga usted mala cara y dé honradamente la mano á su amigo que hace un minuto le tiende la suya.

Clemente quedó suspenso, mudo ante aquella mano que se le ofrecía franca y cordialmente. Repugnaba á su lealtad tomarla. Hasta entonces había sabido mantenerse á distancia de Luis sin manifestarle sus sentimientos. Había dicho á Elena que no podría ver la suya sin odiarle. ¿Le odiaba? No. El odio, tratándose de un ser tan débil, era demasiado para el alma altiva de Thauziat. Pero se alejaba de él por instinto. Se sentía muy superior al joven para quererle mal; pero deseaba no hallarle ni tener nada que ver con él. Y de repente se encontraba en su presencia sin poder evitarlo. Entre Luis y él no había más distancia que aquella mano que miraba sin atreverse á tocarla. Sí le doy la mano, pensaba, le engañaré, porque no podré volverle mi antigua amistad, Seré un traidor y un



hipócrita. Si no se la doy he de renunciar á acercarme á Elena, y sin verla, sin hablarla, no puedo vivir. De un lado una infamia, de otro la desesquación. En su conciencia, trabaron ruba batalla el amor y la altivez. Hizo un gesto de cólera, palideció ligeramente y el amor triunfó.

Luis tendía la mano á Clemente, pero miraba á Diana, y nunca le había parecido tan bella. Su talle elegante y flexible, modelado en su amazona, se erguía voluptuosamente, y bajo el sombrero gris puesto sobre su rubia cabellera con una coquetería provocativa, resplandecían sus ojos azules. Su labios entreabiertos dejaban ver los dientes pequeños y perfectamente cuidados y su sonrisa á la vez tierna y burlona. El recuerdo del beso que había cambiado con aquella mujer adorable, la noche de la fiesta, hizo estremecer á Luis hasta el fondo de sus entrañas. En un momento olvidó á Thauziat y olvidó á Elena; su corazón latió con violencia y no vió más que aquella Diana perversa y encantadora, cuyo amor debía causar un delirio atroz y delicioso á un tiempo. La mano de Thauziat tocando la suya le sacó de su éxtasis. Estrechó y retuvo aquella mano, diciendo:

—¿No me la volverás á retirar? Prométeme olvidarlo todo lo que nos ha separado.

Clemente bajó la cabeza y murmuró:

—Todo.

—¡Oh! Yo te conozco, dijo Luis, y sabía que tu despecho no podía durar mucho. ¿Has visto á Elena en la iglesia? ¿La has hablado? Yo os reconciliaré y seréis buenos amigos... Oye, mi querido Clemente, es una excelente madre de familia. Nosotros somos verdaderos burgueses. Nuestro modo de vivir carecería de grandeza y de relieve para tí. Además, tú no has nacido para casado... Has tenido el capricho de

intentarlo, pero debes considerarte dichoso por no haberlo conseguido. Las águilas como tú no pueden tener las alas atadas. Un pobre gallo como tu servidor, pase..., y todavía...

—¡Y todavía! ¿Oye usted esto? dijo alegremente Dáua.

A medida que Luis hablaba, se dibujaba un pliegue sardónico en la boca de Thauziat. Su amigo había querido adormecer sus rencores, y no había logrado más que excitar una desdeñosa compasión. ¿Era así como aquel hombre apreciaba su dicha? ¿Era aquel el caso que hacía de una mujer adorable, cuya posesión hubiera debido enorgullecerle? ¡Una buena madre de familia! ¡Un par de burgueses! ¡Como en las más vulgares comedias de magio, el carro de triunfo convertido en marmita!

—Pues bien, mi querido señor de Hérault, ahora que usted nos ha pintado ese delicioso cuadro de su felicidad, dijo la señora de Olifaunt con gravedad, reciba usted nuestra enhorabuena. Es seguro que no tiene usted nada que echar de menos de su existencia pasada.

—Tal vez—dijo Luis, devorando con los ojos á la bella inglesa.

—¡No, no! ¡Nada! Sería usted el más abominable de los ingratos. Tiene usted la seguridad del corazón, la regularidad de la existencia. Los grandes desórdenes de la pasión no son de su repertorio, al revés de lo que decía usted hace poco tan ingeniosamente á Thauziat. Conserve usted los pies calientes y la cabeza fría para llegar á viejos.

—Se burla usted de mí, señora, pero nada tengo que decir. Está usted en su derecho.

—Es usted muy amable en concedérmelo.

—Usted sería capaz de tomárselo.



—Yo suelo tomar todo lo que me place.

Al decir estas palabras miraba á Luis con su lente, con los ojos medio cerrados y la boca fruncida por un mohín de coquetería.

—No vaya usted á creer que lo digo por usted—añadió con impertinencia. Además, con usted ya no se cuenta... Está usted atado por la patita.

—No estoy tan encadenado como usted se figura—replicó el con viveza. ¿Me autoriza usted para ir á verla?

—No, no por cierto. Siga usted arrullando en su palomar. Thauziat, usted es testigo de que me niego á recibir al señor.

—Iré á pesar de usted—replicó riendo. ¿Pero seré tan culpable que usted no me reciba?...

—No lo espere usted.

Diana pasó delante de él enseñando bajo su falda recogida una botita de charol, cuyo tacón resonaba con fuerza en el piso.

Vamos, señores, bastante hemos charlado, y aún tenemos que andar una legua larga.

Y al decir esto se acercó los caballos. Luis, sin pedirla permiso, la cogió por la cintura, la levantó y la puso en la silla. Ella le miró desde su altura y dijo, siempre con su irritante sonrisa:

—¡Calle! Es usted más vigoroso de lo que yo creía.

Recogió las riendas, tocó al caballo, y saludando á Luis con la mano partió al trote en medio de una nube de polvo.

—Hasta la vista, Thauziat. Adiós, señores—gritó Hérault.

Y solo en medio de la plaza, con los ojos encendidos y la sangre hirviente, exhaló un suspiro y entró en la iglesia.



Por el camino Diana iba al lado de Thauziat, y los dos callaron un buen rato. Por fin la señora de Olfaut dijo á su acompañante:

—Ya está usted reconciliado con Luis, al menos en la apariencia. Más vale así. Se iba usted poniendo tenebroso.

Clemente contestó á su amiga con rostro sombrío como la noche.

—He mentido doblemente, Diana, por la acción y por la palabra. He dado la mano á Luis y le he dicho que todo esaba olvidado. Es la primera vez que cometo una cobardía, y padezco horribilmente.

—¡Exageración! En amor todo es lícito. ¿Ha visto usted cómo su Pilades le enseñaba con el ejemplo? Si yo hubiese querido se hubiera venido á comer con nosotros. Ha hecho traición á su mujer con el pensamiento lo menos diez veces en los cinco minutos que ha estado á nuestro lado. ¿Y tendría usted escrúpulos?... Es usted demasiado romántico... Sea usted de su siglo... La moral no es moneda corriente, y sólo los imbéciles son virtuosos.

—Yo no tenía más que una religión, el honor—dijo Thauziat con voz ahogada—y he faltado á él.

—Su religión de usted es el amor que profesa á una mujer. ¿No es el amor el móvil supremo de las acciones humanas? Todo lo que se hace verdaderamente grande, hasta la infamia, se hace por amor. Sepa usted sobreponerse á lo vulgar, mi querido Clemente. Hay cierta categoría de seres vivientes para los cuales no pueden regir los principios generales que rigen para todo el mundo. ¿Se dejará usted agarrotar por lazos morales que no existen sino porque usted quiere que existan? ¿De qué serviría ser superior á los demás hombres si se doblara uno al mismo yugo? Rompa usted sus trabas y tenga su gusto como

única regla. Es lo que yo hice hace mucho tiempo y no me arrepiento. Después de todo no hay más que una cosa que considerar: ¿ama usted?

—Como un insensato.

—Pues recuerde usted que hace más de un año le dije que sería rival de Luis Hérault. Parece que presentía el porvenir. Usted entonces me dijo riendo: "Ese día se lo devolveré á usted; esa será mi venganza..." Ese día ha llegado, pero quiero tener consideración con la conciencia de usted, que es meticulosa. No le pediré que me devuelva á Luis. Ya sabré tomárselo yo sola. Y cuando usted vea á la hermosa madona engañada por el hombre á quien ¡ha sido usted sacrificado, es probable que toda esa virtud huya definitivamente al cielo y deje usted de ser un ángel para volver á ser un hombre.

—Diana—exclamó con energía Clemente—la prohibo á usted...

—¡Chist! —dijo ella cortándole la palabra—á una mujer no se la prohíbe nada,

Y como Thauziat quería hablar, añadió:

Calle usted; esos señores se acercan y podrían oírnos.

Luego terminó el diálogo diciéndole en voz muy baja:

—Cuando la mujer que usted ama esté en sus brazos, acuérdesese usted de que Diana la habrá llevado á ellos.

## VIII.

Al llegar el otoño se reanudaron los grandes negocios. Lereboulley, Thauziat y Hérault, más unidos que nunca establecían las primeras bases para fundar la sociedad del cable, y celebraban frecuentes conferencias en el despacho del banquero. Antes de empeñarse definitivamente en aquella importante empresa había que resolver cuestiones muy graves. Las Sociedades inglesas se habían alarmado con aquella tentativa de competencia, y siendo poderosas y estando además en posesión del tráfico, se disponían á entablar una lucha desesperada contra la explotación francesa. Había que contar con una rebaja en los precios de transmisión y por consecuencia establecer el cable en tales condiciones económicas que se pudiera no sólo combatir sino vencer. Esto al menos era lo que Luis explicaba á su mujer, con un lujo de detalles y una prolijidad de apreciaciones que daban á Elena una alta idea de los trabajos que se preparaban.

Sin embargo, la insistencia con que hablaba á todas horas de este asunto, achacando á su estudio sus salidas cada vez más frecuentes, comenzaba á inquietar á la amante esposa, y un día que Emilia comía en el Faubourg-Poissonnière, Elena le dijo en medio de la conversación:

—¿Su papá de usted irá á América por lo del cable, como fué esta primavera á Corinto por la apertura del istmo?



Emilia contestó riendo:

—Papá fué á Corinto por pasear con la señora de Olifaunt. A no ser por el yacht y por la viajera que iba á bordo hubiera enviado á uno de sus representantes. Por lo demás, no le he oído hablar nunca del cable ni de América.

—Pero esos señores pasan casi todas las noches reunidos estudiando el proyecto.

Emilia tendió una rápida ojeada alrededor de la mesa, y reparó que Elena estaba inquieta y Luis muy turbado. Comprendió por intuición que el terreno á que su amiga quería llevarla era muy resbaladizo, y contestó para atajar la conversacion.

Es posible; pero mi padre no me habla nunca de sus negocios.

—Si te contara lo que nosotros discutimos—dijo Luis recobrando la serenidad—estabas divertida. No son más que detalles técnicos y cuentas interminables., Figúrate...

—Por favor, mi querido Luis—exclamó Elena en tono afectadamente jovial—guarda tus demostraciones para nuestra intimidad. Yo te oigo con gusto porque me instruyo...

Al decir esto dirigió á su marido una mirada profunda.

Y cambiaron de conversacion.

Después de comer, á pretexto de fumar un cigarrillo, Emilia llevó á Luis á su despacho y le dijo:

—¿Con que andas en tapujos con tu mujer? ¿Qué historia es esa de conferencias nocturnas con mi padre y con Thauziat? ¿Como si mi padre después de las siete y de firmar el correo se ocupara en otra cosa que en sus placeres! ¿Acaso haces tú lo mismo?

—¿Estás soñando? ¿Qué vas á pensar?

=Nada que no sea muy verosímil, conociendo tu

carácter.—Has tenido la suerte de encontrar una mujer angelical, y hay muchas probabilidades de que su virtud te fatigue y corras en seguimiento del vicio. El atractivo de contraste. Tú tienes una gran seguridad, y es probable que la aproveches para el mal. Necesitabas una mujer que te tratara á la baqueta y que á la menor alarma te amenazara con represalias; esto te obligaría á vivir prevenido. Te ocuparías en defenderte y no tendrías tiempo para atacar. Eres demasiado feliz, y la moral de la historia es que busques el medio de comprometer tu felicidad.

—Mi querida Emilia, lo que estás diciendo es muy ingenioso, y me conmueve la buena opinión que tienes de mí. Pero tu psicología es falsa. No soy el monstruo que supones, y si salgo con mi mujer algo menos de lo que debía, te aseguro que mis distracciones son muy inocentes.

—¿Luego hay algo de verdad en mis conjeturas?

—En tus conjeturas, nada; en los hechos, sí. No me divierto pasando todas las noches en casa entre mi abuela y Elena. Despues de comer, mi mujer se encierra en el cuarto del niño, y yo tengo el recurso de dar cabezadas en un sillón fumando un cigarrillo. A las nueve se presenta Elena. Su compañía es muy grata, lo concedo, pero á la larga se hace un poco monotonía. ¿Qué quieres? Experimento necesidad de distraerme, de moverme. para no entumecerme en la vida casera, y salgo...

—¿A donde vas?

—Al Circulo casi siempre.

—¿Juegas?

—Muy poco.

—¿Y naturalmente pierdes?

—Hay de todo: unas veces pierdo y otras gano.

Pero nada de importancia. Una partida de padre de familia.

—¿Estás seguro de que vas al círculo? ¿No mientes? Yo lo sabré.

—¿Donde quieres que vaya?

—No lo quiero, lo temo. Y si vas al Círculo ¿por qué no se lo dices á tu mujer? No hay en eso nada de malo, y valdría más decirlo que contarla esas historias. El día menos pensado te confundes ó te denuncia cualquiera involuntariamente y se quebranta la confianza que Elena debe tener en tí. Lo que haces es una majadería.

—Si la hablo del Círculo estará inquieta. Ella no sabe como tú lo que es la vida de los hombres en París. Creerá que he puesto el pie en el infierno, de donde cree ingénuamente que me ha sacado. Por eso he querido evitar discusiones y he preferido que viviera tranquila.

—Pues no te contentes con las apariencias y procúralo en realidad... Pero hace un cuarto de hora que estamos hablando y este conciliábulo podría excitar sospechas; vamos al salón.

Este diálogo dió mucho que pensar á Emilia. Era demasiado lista para aceptar como moneda corriente las explicaciones de Luis y se propuso saber con exactitud lo que éste hacía. Preguntó hábilmente á los que le rodeaban y en ocho dias adquirió la certeza de que la mayor parte de las veladas que el joven escamoteaba á la vida conyugal, las pasaba en casa de la señora de Olifaunt.

Tampoco Elena se dejaba engañar por las explicaciones de su marido. Pero á la inversa de Emilia no quería desengañarse, la duda le parecía preferible á la certidumbre. Un presentimiento le decía que si se la revelaba la verdad, perdería su dicha y en lu-



gar de averiguar, se tapaba los ojos y los oídos. Aquella valiente tuvo esta cobardía.

Se consolaba con su hijo de sus inquietudes y sus sospechas. Con él se mostraba en toda la perfección de su encanto y su belleza. Su noble rostro adquiría una dulzura tierna que hacía brillar sus ojos y resplandecer sus labios con la gracia inefable de la maternidad triunfante. Con el niño en brazos, como en una cuna flexible y tibia, murmurando á media voz canciones para dormirlo, ó haciéndole saltar en sus rodillas y prorrumpir en risas que salían de su boca como perlas desengarzadas, presentaba un cuadro impregnado de una poesía encantadora. Allí era donde Luis debía verla, para ponerse al unísono de su espíritu y de su corazón. Hubiera bastado que la viera joven, ardiente, abnegada, para que se penetrara de un nuevo afecto compuesto de ternura y de respeto. Habría comprendido que Elena era no solo una mujer deliciosa sino una madre admirable y que si los lazos de su amor se aflojaban momentáneamente, cadenas más fuertes, forjadas por la gratitud, debían retenerle al lado de aquella criatura perfecta.

Pero en lugar de seguirla se quedaba en su cuarto fumando un cigarro ó en el salón leyendo un periódico. En vano la anciana señora de Hérault le decía:

—Ven á ver desnudar á Pedrito y quedarás maravillado de su gracia y de su hermosura. Es un niño que debe enseñarse.

Luis se reía de lo que llamaba exageraciones de abuela y contestaba con frases hechas sobre la necesidad de ocultar á los ojos de los maridos los menudos detalles de la crianza de los niños. Citaba la *nursery* inglesa, separada de las habitaciones principales para impedir que las voces de los mamones lleguen á los oídos de sus padres.

—Pero, hijo—decía la abuela—si este niño no llora nunca; sólo se le oye reír. Es un prodigio. Y atendido como un príncipe... Cuidado si tiene encajes el caballerito!...

=Sí, es bonito... Pero todos los niños se parecen... A mí no me interesará hasta que empiece á hablar.

La señora de Hérault pensaba suspirando que su nieto se privaba de muchos goces, y no pudiendo llevar á Luis al cuarto del niño iba ella por los dos, y se extasiaba ante la cuna de Pedrito que dormía, con una respiración igual y tranquila, sus cabellos rubios escapándose de su gorrita con entredoses de Malinas y los puños cerrados como si se agarrase á su sueño delicioso.

Elena, entre tanto, sentada junto á la ventana hacía para el niño medias de lana blanca y dejaba vagar su imaginación que la llevaba algunas veces, muy lejos de aquella habitación donde vivía el ángel consolador. Se preguntaba si dominada por el egoísmo maternal no habría cometido la falta de sacrificar se marido á su hijo, porque la generosidad de su carácter la hacía dirigirse cargos, y casi excusaba el alejamiento de Luis. Comprendía que la esclavitud que era para ella causa de goces tan profundos, no podía gustarle á él y que aquella existencia le debía parecer muy monótona. Sin embargo, reconocía que con un pequeño esfuerzo hubiera podido soportarla. ¿No hacía ella todo lo posible por lograr que lo fuera, y lo hubiese conseguido si él no fuese tan superficial y tan ligero? Nunca se presentaba á él sino sonriente y graciosa, hasta afectaba una coquetería que jamás había tenido y ponía gran cuidado en vestirse. Trabajo perdido. Su marido la abrazaba distraídamente, la decía un cumplido sin pensar en lo que decía, y seguía separado de ella. No se creía abando-

nada y pensaba que todo era cuestión de paciencia. "Volverá á mí, pensaba, cuando deje de ser nodriza insoportable", y con su predisposición á ver siempre el lado bueno de las cosas, soñaba con una nueva luna de miel.

Estaba muy lejos de eso y no tardó en tener la prueba. Como Luis salía todas las noches, una de las satisfacciones de Elena era ir á su cuarto y permanecer allí sola una ó dos horas. Le parecía que de este modo se acercaba á él, y que dejaba en la habitación silenciosa y vacía, algo de sí misma, una suave emanación de su amor, que acabaría por conmover á Luis. Arreglaba las chucherías que había sobre la chimenea, abría los armarios y ponía en ellos bolsitas que perfumaban la ropa. Todos los cuidados delicadísimos que hubiera querido prodigar al hombre amado los consagraba á las cosas que le eran familiares. Terminada su tarea de mujer arreglada, se sentaba en el sillón de Luis, y cogiendo el folleto ó el libro que encontraba encima de la mesa, se esforzaba por apoderarse del pensamiento del ausente y ponerse en comunicación intelectual con él. Se le pasaba el tiempo sin sentir. A eso de las doce oía á su marido que volvía tarareando una canción de opereta. No tenía tiempo más que para levantarse y escapar llevándose la luz, porque no quería que la sorprendiera en aquel cuarto, porque no sospechara que iba á registrarle.

Luis no sospechaba ni remotamente la frecuencia de aquellas visitas de su mujer. El perfume dulce y casto que dejaba al retirarse ligera y silenciosa, como un hada que velaba por él en la sombra, no le había llamado la atención. Todo lo encontraba bien en su habitación; pero no adivinaba qué mano era la que trabajaba discretamente en su bienestar. Tal



vez ni siquiera reparaba que el aspecto de la casa había mejorado mucho desde su matrimonio. El no era ordenado y solía dejarse las llaves, los papeles ó el dinero, bien en los bolsillos, bien encima de la chimenea.

Una noche que había estreno en el Palais-Royal Luis salió precipitadamente después de comer. Elena, un poco triste, después de acostar á su pequeño y jugar una partida con la señora de Hérault, fué á encerrarse en el saloncito que precedía al dormitorio de su marido. Allí, medio á oscuras, no pudo dominar las impresiones vagas pero dolorosas que asaltaban su espíritu. No tenía ninguna razón grave para atormentarse más que de costumbre, y sin embargo, tendida en un sillón, con las manos enervadas, lloraba sin poder contenerse y las lágrimas corrían abundantes y abrasadoras por sus mejillas. Parecía tener el presentimiento de una desgracia próxima ó que se le imponía súbitamente la percepción clara de una desgracia consumada.

Al cabo de una media hora, su valor y su razón se sobrepusieron á todo y haciendo un esfuerzo repasó su memoria: vió que no tenía ni sombra de pretexto para una pena repentina, atribuyó á los nervios, disgustada de aquel predominio de lo físico sobre lo moral, y queriendo distraerse por medio de una ocupación activa, entró en el cuarto de su marido. Vió sonriendo que todo se hallaba en el desorden en que él lo había dejado, pues los criados estaban aun comiendo y descansando de las fatigas del día, por cuya razón no habían entrado á arreglarlo. Recogió la ropa tirada en la alfombra y viendo sobre el velador papeles en desorden los reunió para guardarlos en un cajón, cuando llamó su atención una tarjeta de pergamino, timbrada en un ángulo con una divisa

latina que decía: "Amo et odi...". En la tarjeta había solamente estas palabras escritas en letra grande y seca: "Mañana á las tres, calle de Moscou...". La tarjeta no contenía firma.

Elena había dejado caer los papeles en la mesa, y no conservaba en la mano más que la delgada hoja de pergamino. No podía apartar los ojos de ella. La divisa que comprendía imperfectamente, le parecía con sus caracteres metálicos de azul pálido, una víbora que se retorció y cuya mordedura venenosa sentía en el corazón. Por un movimiento instintivo se acercó la tarjeta á la cara, y el débil perfume que la impregnaba penetró hasta su cerebro. Elena tuvo la certeza de que la tarjeta procedía de una rival. Una ola de sangre enrojeció sus mejillas, sus pies se helaron y todo giró en torno suyo. Una terrible angustia se apoderó de ella. Temió caer allí mismo, y extendiendo la mano á una botella que había en una bandeja, mojó el pañuelo y se humedeció la frente.

Poco á poco fué recobrando su lucidez y empezó á estudiar la tarjeta que contenía en el enigma de sus caracteres la clave de todo su destino: "Mañana, á las tres...", ¿Por qué aquella cita había de ser criminal? ¿Qué prueba había de que la mujer que escribía aquello, porque no había duda de que era una mujer, fuera una querida? ¡Ay! El perfume violento, acre, voluptuoso, era un indicio irrecusable. Revelaba la criatura que envolviendo á los hombres en las seducciones de la carne, quería, aun ausente de ellos, dejar activo el recuerdo de supremos deliquios, y aquel perfume infame era uno de sus venenos más sutiles. Sí, era una querida. Pero ¿de cuando era aquella tarjeta?

¿La había recibido por la mañana ó por la tarde? Cuando había vuelto ¿venía de la cita? ¿salía de los

brazos de aquella mujer, sintiendo aun el calor de sus besos? ¿O bien debía encontrarse en la calle de Moscou el día siguiente á las tres de la tarde? ¿Calle de Moscou? ¿Dónde? En qué casa? El la conocía sin duda puesto que no le decía el número. Luego veía á aquella mujer en otra parte, toda vez que se le especificaba el sitio en que la encontraría aquel día. Todo esto discurría Elena con una lógica inflexible. Veía claro en las tinieblas que la rodeaban, y quería ver más claro todavía. Corrió á la biblioteca y buscó un diccionario latino. La palabra "odi," era para ella el punto oscuro del enigma. Le parecía que si pudiera comprenderla todo se esclacería de repente. Encontró el libro que buscaba y lo hojeó con presteza á la luz de una bujía, repitiendo vagamente como si evocara la palabra misteriosa:

—*Odi... odi... odi... Aquí está... Odio.*

Miró la tarjeta y leyó: *Amo et odi* y en seguida tradujo: *Yo amo y odio*. Dejó el diccionario en su sitio, cerró la biblioteca y volvió al cuarto de su marido. Estaba pálida. Desde luego recordó á la mujer rubia que había encontrado con Emilia en la exposición y que la había dirigido miradas llenas de odio. No vacilaba, no tenía duda; era ella, no podía ser otra; Diana Olifaunt. El amor y el odio que proclamaba tan audazmente, tenían por objeto á Luis y Elena. Amaba á Luis y odiaba á Elena.

La joven, fría y serena, sintió que la invadía un dolor profundo que entonces se explicaba y del cual la tristeza sin causa que antes experimentaba, había sido precursor magnético. La idea de que aquella mujer la robase su felicidad la indignaba. Todo lo que había pasado en los últimos dieciocho meses se presentaba con claridad ante su vista; medía los efectos y juzgaba las causas con la firmeza de un alma supe-



rior. Entonces comprendió el valor de los consejos que le habían dado y no quiso seguir. Recordó que Emilia había predicho lo que debía suceder y aun le parecía escucharla diciendo: "Luis es un niño... cáse-se usted con Thauziat."

¡Thauziat! Su hermosa figura surgió ante ella, sombrío y triste fantasma de sus recuerdos. El también padecía, él también era desgraciado. ¡Cómo había mirado á su hijo el día que fué á la iglesia y con qué tono dijo hablando del niño: "Deseo que en todo se parezca á su madre." ¿Hubiera sido más dichosa con él? Sí, indudablemente. Ahora lo comprendía. Todos los pensamientos, todos los actos de Clemente hubieran sido para ella. La hubiese amado como á una divinidad única y á sus pies hubiera postrado su alma abrasada de amor, como único incienso digno de ofrecérselo. Dos lágrimas corrieron de sus ojos. Las enjugó con cólera y le pareció que su involuntario recuerdo de lo pasado, era una traición hecha á su marido. Si él era culpable, ella no tenía ningún derecho para distraer su pensamiento, como él distraía su corazón. El sentimiento profundo de su desgracia la abrumó violentamente como si todas las cobardías, todas las vergüenzas, todas las perfidias que adivinaba, acumuladas en un haz enorme, cayeran de repente sobre ella y la aplastaran. Dejó escapar un gemido, y recordando de repente el sitio en que se encontraba, temiendo que alguien la viera en aquella agitación, fuese con paso firme á su gabinete.

Atravesó por éste, que se hallaba alumbrado por una lámpara de noche y entró en la habitación del niño. Despidió con un gesto á la criada que guardaba su sueño, apoyó la cabeza en el espigón de hierro que sostenía la colgadura y una vez sola con su hijo dormido, desahogó su corozón ulcerado. Padecía

cruelmente, pero no había en su mente ningún pensamiento de cólera. Había cruzado las manos para orar y su plegaria subía al cielo, sencilla, tierna y conmovedora. "Dios mio, decía, ya veis mi desgracia; no os pido más que un consuelo en este mundo, que me dejeis á mi hijo. Mientras le vea sonreirme, mientras sus bracitos se rodeen á mi cuello, no tendré derecho á quejarme y aceptaré el dolor con resignación. El será mi consuelo y tal vez por su medio, lograré recobrar el amor de su padre."

Sus lágrimas caían gota á gota sobre la almohada. Una de aquellas perlas abrasadas cayó en la frente del niño. Se agitó, volvió la cabeza y abriendo un momento los ojos reconoció á su madre. Sonrió su boquita, brillaron sus ojos azules como el cielo y volvió á dormirse. Elena vió destacarse en su cuello las cuentas del collar de coral que la señora de Olifaunt le había enviado el día siguiente de su encuentro en la iglesia. Le pareció que aquella alhaja estaba envenenada como todo lo que procedía de semejante mujer y desabrochando el collar, lo arrojó al fuego que ardía bastante vivo en la chimenea. Luego se sentó al lado de la cuna y continuó velando.

El día siguiente, en el almuerzo, Luis se mostró muy alegre y expansivo. Tenía en el fondo de su alma una alegría que rebosaba sin que pudiera contenerla. No advertía la palidez de su mujer. Era uno de esos amables egoístas que cuando están contentos creen que la satisfacción es universal. Se chanceó con su abuela y habló á Elena de sus proyectos financieros.

Elena incapaz de contenerse bastante para engañar á un observador menos superficial que Luis, no pronunció una palabra, ni apenas probó bocado. Una fiebre ardiente la devoraba y á cada momento se lle-

vaba el vaso á los labios para apagar con el agua el incendio que ardía en su pecho. Escuchaba con amarga sonrisa las galanterias de su marido comprendiendo que su satisfacción se debia á la alegría de haber visto la vispera á su querida ó á la esperanza de verla en aquel dia. Su hipocresía la exasperaba. Hubiera preferido la brutalidad y la violencia á aquellas mentiras. Si él se hubiera levantado de repente dicieneo: "Basta de ficciones. Amo á otra mujer y voy á verla,," ella hubiese contestado: "Enhorabuena. Eso es cruel y es infame, pero no es cobarde. Me desgarras el corazón, pero no robas mi confianza ni me manchas con besos de que otra ha participado.,"

Luis no fué tan heróico. Oontinuó charlando, aunque se veía que su pensamiento estaba en otra parte y al levantarse de la mesa fué al cuarto de su hijo, cosa que no hacía siempre. Elena le siguió ávida de ver si la traición podía revestir tan exactamente las apariencias de la virtud. Luis acarició al pequeño, le sonrió, le besó y le hizo saltar en sus brazos, con el amor y el abandono de un excelente padre de familia. La tranquilidad de su marido era tal, que en el espíritu de Elena surgió la duda y pensó si habría soñado. Queriendo afirmar su convicción, preguntó á Luis:

—¿Qué vas á hacer hoy?

Luis levantó los ojos con alguna inquietud como si en el acento de Elena hubiese encontrado un dejo amenazador.

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo.

Ella fué derecha á su objeto y contestó:

—Porque estoy citada con Emilia para escoger la tela con que tapizar mi saloncito y quisiera conocer tu opinión.

—¿A que hora vas?



—A las dos y media.

Pareció contrariado y repuso:

—Lo siento infinito... pero no puedo. Me hubiera alegrado mucho de ir contigo... porque, en verdad, salimos juntos pocas veces... pero los negocios ante todo... Me esperan en San Dónisio.

—¿No puedes enviar á decir que no irás? Es la una y hay tiempo de sobra. Yo me alegraría tanto, Luis...

Elena pronunció estas últimas palabras en tono de súplica. El no se atrevió á mirarla, su rostro se contrajo por la ansiedad y pareció vacilante. Pero al cabo de un minuto respondió con voz entrecortada:

—Perdoname... es imposible. Se trata de los más graves intereses.

—Bien—dijo Elena con una angustia horrorosa.

Luis se acercó á ella como si quisiera pedirle perdón, la atrajo á sí y la besó en la frente con verdadera ternura. Ella se desasíó vivamente, sintió que el llanto se agolpaba á sus ojos, lo contuvo gracias á un esfuerzo de la voluntad y tuvo suficiente energía para decir con aparente calma:

—Entonces, hasta la noche.

Y entró en su habitación.

Desde aquel momento tenía completa evidencia, pero quería adquirir la certidumbre hasta el último extremo posible y conocer á su rival. Se vistió de prisa, se puso un sombrero con un velo bastante espeso para que no la pudieran conocer, y metiéndose en su carruaje, se hizo llevar á casa Lereboulley. Había concebido la idea de contárselo todo á Emilia. Cuando dijo á Luis que estaba citada con la joven, ya tenía el proyecto de pedir á ésta que la aconsejara y la ayudase á defenderse. Su confianza en ella era absoluta. Conocía su sagacidad y su grandeza de

miras. No hubiera dejado ver á otra la llaga sangrienta de su amor herido, pero Emilia estaba enterada de sus vacilaciones en el momento de su matrimonio y para ella en su casa no había ningun misterio. Quizás Emilia con su penetración había descubierto la solución del enigma que preocupaba á Elena, y pudiera enterarla de todo evitándola investigaciones humillantes y un espionaje doloroso. Sí, era preciso interrogarla y obligarla á confesar que lo sabía todo. En su ansiedad por conocer toda su desgracia hubiera querido apresurar el paso del caballo, devorar el espacio y satisfacer de una vez su cruel curiosidad.

El carruaje se detuvo. Elena saltó á la acera, despidió al cochero, y llena de impaciencia preguntó si la señorita de Lereboulley estaba en casa. El portero contestó afirmativamente é hizo sonar un timbre, á cuyo llamamiento acudió un lacayo.

—La señorita está en su estudio—dijo el criado.

Y precediendo á Elena la llevó al segundo piso, abrió una puerta y se retiró.

Sentada delante de un caballete Emilia daba las últimas pinceladas á un delicioso cuadro de flores. Encima de la mesa tenía una porción de rosas, orquídeas y jacintos, que le servían de modelo convenientemente dispuestos. Al oír abrir la puerta volvió la cabeza, y viendo á Elena dió un grito de alegría, se levantó con la paleta en el pulgar de la mano izquierda, salió al encuentro de la joven, la besó, la llevó al lado de su cuadro y la hizo sentar. Cuando Elena levantó el velo de su sombrero y mostró su rostro pálido de ansiedad, preguntó:

—¿Qué sucede? Está usted afectada.

Elena bajó afirmativamente la cabeza. Sofocada por la emoción, no podía hablar. No había creído que

la confesión de su desgracia y de la infamia de su marido fuese tan penosa. Pero Emilia estaba ya muy prevenida para no adivinar lo que ella vacilaba en decir, y se decidió á preguntarla:

—¿Es Luis la causa de ese dolor?

—Sí —respondió Elena.

Pronunciada esta palabra, estaba roto el dique y el torrente se desbordó. Contó á su amiga todo y enumeró sus pruebas. En vano la señorita de Lereboulley trató de discutir las y quebrantar el convencimiento de la joven. En todo aquello podía haber una fatalidad, una coincidencia fortuita. Despues de todo el billete no tenía fecha. Quizás era para la víspera? Qué probaba que Luis hubiera ido? Y si era para aquel día, ¿quien era capaz de saber si iba?

—Yo—dijo Elena,

—¿Como?

—Voy á espiarle.

—No hará usted tal cosa.

—Lo haré, no lo dude usted, á menos que usted me diga quien es la mujer con quien Luis me engaña tan miserablemente.

• —Y ¿en qué puedo conocerla?

—Por su impudente divisa que es un verdadero programa de ramera, exclamó Elena.

Sacó su tarjetero y tomó una tira de papel, en la que había escrito la frase latina y lo entregó á su amiga.

Esta se puso grave: había reconocido la divisa de Diana. Miró largo tiempo el papel, como si estudiase todas las letras. Entretanto pensaba: "¿Con que ha llegado para la pobre Elena la hora de las amarguras? Sufre todo el tormento de los celos y sufrirá todas las humillaciones del abandono. Y será una mujer infame quien le destile el veneno gota á gota.,,"



Se estremeció midiendo la profundidad del abismo en que su amiga iba á caer. Diana era capaz de todo, hasta del más abominable de los crímenes, para lograr su objeto. Si se empeñaba una lucha entre las dos mujeres, y Elena tenía carácter para sostenerla, se podía temer todo. Emilia creyó necesario despreciar todo el tiempo que fuera posible las sospechas de la mujer legítima é impidió que descubriera á la querida. Para esto convenía no dejarla entregada á sí misma, sino acompañarla y frustrar sus planes.

—No conozco este lema, dijo Emilia; pero lo mismo conviene á un hombre que á una mujer.

—La letra, el perfume, todo es de mujer, interrumpió Elena irritada por la resistencia de Emilia.

—Concedido. Es una mujer. Cita á Luis para hoy á las tres en la calle de Moscou. ¿Qué pretende usted hacer? ¡Esperar en la calle de Moscou! ¿Pero esperar qué?

—La salida de mi marido y de esa mujer.

—¿Y si ella vive en la casa y no sale?...

—No. Si viviera allí no hubiera puesto calle de Moscou. Es un lugar de cita.

—Emilia no pudo menos de sonreír.

—Está bien discurrido, dijo. El pesar no turba el entendimiento de usted.

—Me exalta — exclamó Elena. Centuplica mis fuerzas. ¡Oh! No crea usted que yo soy de esas mujeres que no tienen más recurso que sus lágrimas y quedan indefensas. Yo lucharé por mí, por mi hijo y por el honor de mi marido. No pediré protección á la ley: no quiero ni separación ni divorcio. Quiero á mi marido, que me pertenece, á quien amo á pesar de sus locuras y á quien pretendo recobrar. Mi corazón padece cruelmente con su alejamiento, pero padecería mucho más si le perdiera para siempre. Por eso

deseo saberlo todo. No para buscar argumentos judiciales. no para encontrar pretexto á recriminaciones y querellas, sino para conocer á la que debo combatir y saber cómo la he de vencer.

La señorita de Lereboulley miró á su amiga admirada y enternecida. Los ojos de la esposa brillaban con una expresión de gallardía y surcaba su frente inteligente un pliegue enérgico. Sus manos se estremecían con la impaciencia de la lucha. Encarnaba tan perfectamente el valor y la perseverancia que Emilia concibió alguna esperanza, bella, joven, vigorosa, ardiente, ¿por qué no había de triunfar Elena de la execrable Diana? Pero ¡hay! ¿no era el vicio el que triunfaba siempre en el mundo? ¿No lo sabía ella que desde su infancia había visto alrededor de su padre tantas mujeres que vivían de su hermosura, recibidas en todas partes, gracias á su lujo y su elegancia, imponiéndose al mundo que las debía de rechazar y lejos de eso las festejaba? Un marido para cubrir con su nombre su infame comercio, un poco de compostura para salvar las apariencias, y mediante estas concesiones á la respetabilidad, podían vivir como cortesanas, apoderarse de los maridos, de los hijos, de los hermanos, desafiar con su impudente sonrisa á las esposas abandonadas, á las hermanas temerosas, á las madres agonizantes y sembrar por doquiera el dolor, el luto y la ruina.

¿No había numerosas aventureras entronizadas en los salones, en los teatros, en las estaciones de baños, ostentando los más hermosos diamantes, ocupando los mejores palcos y paseando en los trenes más lujosos? ¿No se decía en voz baja el nombre de sus amantes y vivían en intimidad con duquesas, penetrando en la sociedad más aristocrática por medio de fundaciones de beneficencia que enriquecían con

sus donativos, de conciertos de caridad, en los cuales cantaban, arrastrando detrás de sus faldas la turba de sus adoradores, siempre dispuestos á pagar por complacerlas? ¿Y no era Diana la más temible, la más rapaz, la más insolente de todas esas mujeres? ¿Y era con ella con quien Elena iba á trabar batalla, sin más aliados que su altivez, su valor y su inteligencia, abandonada por el que debía ser su defensor, que la entregaría á su enemigo, descubriendo él mismo el sitio en que había que herir para que la herida fuese mortal? Sin embargo, su causa era grande y justa, y aunque no fuese más que por esto, y por el hecho de resistir valerosamente sin doblar la cabeza merecía que su amiga la ayudase con todas sus fuerzas.

Emilia resolvió, ante todo, evitar un choque entre Luis, Diana y Elena. Si la cita era verdaderamente para aquel día, había que impedir á toda costa que los tres adversarios se encontrasen de repente en la calle ó en una escalera expuestos á la curiosidad de los transeuntes ó á la indiscreción de los criados. Para prevenir por todos los medios que tenía á su alcance un escándalo probable, decidió acompañar á Elena.

Esta paseaba agitadamente por el estudio. La señorita de Lereboulley se levantó sonriendo y dijo:

—¿Quiere usted decididamente ir á la calle de Moscou? Pues no quiero que vaya usted sola; yo la acompañaré. Estoy segura de antemano de que no verá usted acudir á nadie á la cita. En todo caso, yo estaré allí para evitar que cometa usted alguna imprudencia.

Elena por toda respuesta abrazó á su amiga con efusión. La doncella trajo á Emilia su abrigo y su sombrero y bajaron.



—¿Ha despedido usted su coche? Es buena precaución: tomaremos uno de punto. No es más que la una y media: tenemos tiempo.

Al cabo de un momento, se dirigían hacia el puente de Europa al trote moderado de un penco de alquiler. Elena, que había vivido en el boulevard de Batignoles con su madre, conocía perfectamente aquel barrio. A fin de aumentar las probalidades de éxito de su emboscada, había pensado que el carruaje se detuviera hacia la mitad de la calle para vigilar igualmente los dos extremos. Situada de este modo, podía distinguir fácilmente una persona que entrase por el lado de la plaza ó por el del boulevard. Emilia no tuvo ninguna objeción que hacer á este plan de batalla; dejó á Elena que mandase detener el carruaje donde había dicho y esperó con viva emoción.

Gracias á sus velitos espesos era difícil conocerlas. Elena tenía los ojos fijos en el boulevard, porque presentía que por allí debía llegar Luis y la señorita de Lereboulley, observaba la entrada de la plaza por la ventanilla trasera del carruaje. No hablaban, pero su respiración fatigosa revelaba la emoción que las agitaba. De cuando en cuando Elena miraba su reloj: le parecía que el tiempo caminaba con demasiada lentitud. A las tres menos cuarto, Emilia se estremeció; su mirada penetrante había distinguido á Diana, vestida con un traje gris, muy sencillo y cubierta con un velo; pero á Emilia no se le despintaba la mujer que tan cordialmente odiaba. Seguía la acera á que estaba arrimado el coche y marchaba á buen paso, sin vacilación, como quien tiene la costumbre de acudir á citas de igual género. A veinte pasos del carruaje, se detuvo y entró por una puerta cochera.

Emilia no pestañeó. Había prometido avisar á Elena si veía algo sospechoso, y faltó deliberadamente á su promesa. "Si Luis viene por el mismo lado, pensó, nos hemos salvado por hoy. Esta noche tendré tiempo para ponerle en autos de lo que pasa, á fin de que no se turbe si su mujer le pregunta y quiere ponerle en aprieto, y procure convencerla con buenas palabras." Una exclamación de Elena la hizo volverse: su amiga se había echado atrás y señalaba con la mano. Siguió con la vista la dirección indicada y vió á Luis que se acercaba tranquilo y sonriente con las manos en los bolsillos del paletó. Pasó al lado del carruaje, echó una mirada distraída á las dos mujeres que se habían ocultado en el fondo, no las conoció y siguió. En cuanto hubo pasado, Elena, temblorosa, se asomó á la ventanilla, y le vió entrar en la casa donde antes había entrado Diana, y quiso apearse.

—¿Qué va V. á hacer?—preguntó Emilia cogiéndola del brazo.

—Enterarme, preguntar, saber.

—¿A quién preguntará usted? ¿A los criados? ¿Al portero? A gentes que pueden advertir la agitación de usted, alarmarse por su actitud y avisar á su marido... No, no puede ser... déjeme usted á mí... yo tengo sangre fría y averiguaré más y mejor que usted... Espéreme usted aquí, pronto vuelvo.

—Está bien.

Emilia se apeó y entró á su vez en la casa. En el fondo del patio un palafrenero lavaba una victoria. El portero, sentado en un banquillo, hablaba con él, con la escoba entre las piernas. La joven se dirigió á la portería; allí estaba sola una mujer, pequeña, flaca, taimada, verdadera portera de casa sospechosa. Al oír abrir la puerta, se levantó de su asiento.

—Señora,—dijo Emilia—quisiera pedir á usted algunas noticias.

Al decir esto abrió un bolsillo de mallas de oro y puso dos monedas encima de la mesa. La portera hizo un ademán de protesta, pero sus ojos se encandilaron al ver los 40 francos.

—Si es es cosa que no me comprometa y puedo hacer á usted ese servicio...

—Perfectamente—dijo Emilia.—No se trata de nada de eso que ahora es tan frecuente: ni tiro, ni vitriolo., tranquilícese usted Hace poco ha entrado aquí un caballero que tiene tomada una habitación de soltero, donde recibe á una señora ó á varias, eso me importa poco. Quisiera que en el acto le entregara usted un papel que voy á escribir. No tema usted; él dará á usted las gracias.

—¿Tiene contestación?—preguntó la portera.

—No señora; le doy á usted el billete y me marchó.

Cogió una de sus tarjetas y escribió con lápiz estas palabras: "Tu mujer te espera en un coche á la puesta. Impide que salga Diana antes de una hora. Sal tú inmediatamente, vete por la plaza de Europa y ven á mi casa antes de ir á la tuya.—*Emilia.*"

—¿Tiene usted un sobre?—preguntó.

La portera rebuscó en un cajón mugriento, y entre recibos en blancos y periódicos viejos encontró un sobre. Emilia escribió en él: "Monsieur Luis," metió la tarjeta y se lo dió á la mujer diciendo:

—Tome usted, Muchas gracias.

—Voy al momento—dijo la portera dominada por la tranquilidad de Emilia.

—Buenos días.

Emilia volvió al carruaje.

—¿Qué hay? | preguntó Elena.



—No le conocen en la casa. Es la primera vez que viene, No hay más que inquilinos que viven honrandamente. El portero, que es un hombre decente, me ha dicho que el dueño no quiere mujeres solas en "su inmueble". Por lo tanto estamos en el caso de sospechar que se haya usted dejado arrebatado por temores quiméricos.

Elena observó á su amiga y pareció algo más tranquila, ¡Cuánto hubiera dado porque sus temores fueran vanos! Pero el billete sin firma, el lema latino, el perfume y Luis acudiendo á la hora indicada, eran indicios abrumadores. Es verdad que no había visto llegar á ninguna mujer. Pero entonces ¿qué significaba aquella cita? ¿por qué se le había dado?

—Esperemos un poco—dijo.

—Lo que usted quiera—contestó Emilia, ya segura de que el lance tendría el desenlace que había preparado.

Las dos permanecieron silenciosas con los ojos fijos en la puerta cochera. Al cabo de un cuarto de hora Luis salió tranquilamente y se alejó despacio hacia el puente de Europa. Emilia pensaba mirándole: "¡Valiente hipócrita! ¡Parece un santito! Ya tiene que hacer con él la pobre de Elena."

—Vaya, querida—dijo en alta voz—se marchó; ahora es claro que no venía á una cita.

—A menos que usted le haya avisado—interrumpió Elena con una mirada recelosa.

—¿Cómo? Si tuviera un cuarto alquilado en esa casa sería con un nombre supuesto ¿Cómo en tan poco tiempo podía enterarme y enviarle un emisario? ¿Y por qué había de engañar á usted?

—Por amistad—dijo Elena moviendo la cabeza

—Pero sería un error. Nada habría para mí más penoso que vivir llena de confianza al lado de un

hombre que me engañase. Podría reirse de mí; á lo odioso se agregaría lo ridículo y yo no sabría salir de una situación tan humillante.

—Tranquilícese usted, Elena. Esta noche cuando vuelva Luis, interróguele usted hábilmente. Tal vez él mismo dará la explicación de este misterio. Voy á acompañar á usted á su casa.

Fué al Faubourg-Poissonnière con Elena y permaneció á su lado hasta las cinco y media. A las siete, como de costumbre, llegó Luis para comer y, sin ir siquiera á su cuarto, entró en el salón. Abrazó á su mujer y á su abuela y se sentó risueño:

—¿Qué han hecho ustedes hoy?—preguntó.

—Yo—dijo la anciana—he ido á comprar lana con que hacer elásticas para los pobres, he dado una vuelta por los Campos Elíseos, y nada más.

—¿Y tú?—preguntó Elena á su marido—¿que has hecho?

—He prestado diez mil francos que creo muy comprometidos... pero se trataba de un antiguo compañero de mis tiempos de calavera. Me había escrito dos veces y me hacia el sordo... Por fin me he rendido y le he llevado el dinero...

—¿Adónde?

—A la calle de Moscou—respondió Luis con indiferencia.—Desde allí he ido á San Dionisio.

—¿En tu coche?

—No; en la calle de Amsterdam he tomado uno de alquiler que me ha llevado á la estación del Norte... y nada más, como dice la abuela.

Elena advirtió la extraordinaria precisión de las contestaciones de su marido, y le parecieron inverosímiles á fuerza de ser exactas. Percibió en ellas una habilidad que denunciaba el crimen, Aquirió la convicción de que había sido burlada y de que Luis

había aprendido una lección, enseñada por Emilia. Su corazón generoso no tuvo ni un latido de cólera. Comprendió los motivos á que había obedecido su amiga y la perdonó. Pero resolvió redoblar su vigilancia para llegar á la evidencia.

Luis, en efecto, se había ajustado fielmente á las instrucciones de la señorita de Lereboulley. Al salir de la calle de Moscou fué á casa del banquero, donde estuvo esperándola dos horas, que le parecieron mortales. Estaba impaciente por saber lo que su mujer podía haber descubierto, disgustado por verse sorprendido y algo inquieto por tener que sufrir las amonestaciones de Emilia. Entró ésta resueltamente, no le tendió la mano, y le dijo en tono seco, atravesando el salón:

—Sube á mi estudio; allí hablaremos mejor.

Luis la siguió. Encerrados en la ancha sala, ella se quitó el sombrero y el abrigo que tiró sobre un sofá, y dijo plantándose delante de su amigo.

—¡Por cierto que tienes buena conducta!

—Vamos, Emilia—interrumpió Luis,—ya me refirás todo lo que quieras: pero, ante todo, cuéntame lo que ha pasado.

—No es difícil adivinarlo... Dejas tirados tus papeles... tu mujer ha encontrado una tarjeta, la ha leído y á no ser por mí te coge con Diana.

—¡Cuánto te lo agradezco!

—No hay de qué... No lo hemos hecho por tí, que me repugnas espantosamente. ¡Qué estúpido eres! Tienes una mujer deliciosa que te adora, un hijo hermosísimo, una felicidad que no mereces y lo comprometes todo por una bribona que se burla de tí.

—¡Emilia?—exclamó Luis con cólera.

—¡Qué ¿Te haces ilusiones acerca de su moralidad?



—No me hables de ella... Dí de mí todo lo que quieras... nunca dirás bastante... Pero respeta la mujer que amo.

—Será difícil, porque es poco respetable.

Luis tomó furioso el sombrero y se dirigió á la puerta. Emilia le cogió por el brazo.

—Espérate, imbécil... No hablaré de esa mujer ya que eres tan quisquilloso. No he acabado contigo. He logrado hacer creer á Elena que no te conocían en la casa donde tienes tu Torre de Nesle. Ella te interrogará, dile una mentira para explicar tu visita. Mentirás con buen fin, por una vez.

—¡Emilia!—repitió Luis sentándose disgustado.

—Pero te advierto que Elena no ha aceptado con resignación la idea de que puedas engañarla y ya tendrás mucho que sentir si continuas por ese camino... Se defenderá enérgicamente y ya puedes vivir prevenido. Un momento de cólera puede llevar muy lejos y ella es muy linda... Si te pagase en la misma moneda...

—Es incapaz de eso. Es una mujer honrada.

—Y por eso estás tranquilo—exclamó Emilia con amarga ironía.—Tú y los que piensan como tú, sois unos menguados. Ya atenderíais más á vuestras mujeres si ellas fueran menos fieles á su deber. "Es honrada, puedo martirizarla impunemente: padecerá, llorará, pero no se vengará porque es honrada," Y el señorito, fuerte con esta seguridad, la corre sus anchas, mientras la pobre abandonada cría á su hijo, lo cuida y se sacrifica por él. La revelación de su desgracia puede trastornarla, envenenarla y matar á la vez al niño. Pero ¿qué importa?... Es preciso que el señorito se divierta... ¡Qué cobardía!

—Esa es una exageración un poco dramática—dijo Luis sonriendo contrariado.—No trato de excu-

sarme, pero si Elena hubiera sido un poco más esposa y un poco menos madre, tal vez no sucedería lo que sucede.

—¡Basta!—dijo Emilia pálida de ira.—Lo que estás diciendo ahora te completa. ¡Culpas á Elena porque es virtuosa! ¡La acusas por lo que la debía hacer sagrada para tí! No me contestes una palabra. Vete. He sido tu amiga, ya no lo soy. Pero antes de irte escucha un aviso que no debes olvidar. Si no te cuidas de tu mujer, si no temes á Sir James Olifaunt, y en eso no te equivocas... no desdénies al señor de Lereboulley. Tiene gran interés por Diana... no ha consentido en sacrificármela y no se la dejará quitar sin combate... Ten cuidado.

Luis se encogió de hombros desdeñosamente y ella prosiguió;

—¡Oh! No te buscará camorra. No te atacará con la espáda ó la pistola en la mano. Tiene mejores armas. Te romperá las piernas financieramente... Al buen entendedor... Ahora, ya puedes marcharte.

Y volvió la espalda á su amigo. Él se la acercó más turbado de lo que quería aparentar y dijo tendiéndola la mano:

—Te doy gracias por lo que has hecho por mí y por Elena.. pero no me dejes marchar así... Hace tanto tiempo que te profeso cariño... Mi abuela, mi mujer, mi hijo y tú sois las únicas personas á quienes amo verdaderamente. Acabas de maltratarme y no te guardo rencor. Sé que soy culpable. Pero ¿de qué te sirbe abrumarme? Conpádeceme... eso será mejor y tal vez más eficaz.

Emilia le miró y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero ¿qué veneno os da esa criatura—gritó golpeando con el pie en el suelo—para enloqueceros á

todos, unos después de otros? Y aun tú eres un chiquillo sin defensa. ¡Vamos hombre, procura ser un poco más razonable!

—Te lo prometo.

—¡Juramento de borracho!—dijo ella con tristeza.—Vamos vete. estarían inquietas si te retrasaras.

Luis la cogió casi á la fuerza por los hombros y la besó. Parecía que toda su tristeza había volado.

—¡Eres en verdad una buena muchacha!—dijo.

—Y tú un tunante.

—Adiós.

Salió Luis, y Emilia quedó sentada y pensativa. El aviso que había dado al joven era cosa seria. Ella sabía que cuando su padre se enterase de que le habían burlado, su cólera sería terrible. Interesado en todos los negocios de la casa de Hérault y habiendo dado á Luis participación en todos los suyos, le podía arruinar en un abrir y cerrar de ojos. Disponiendo de medios financieros formidables, el senador podía á su antojo levantar hasta las nubes una especulación ó hacerla fracasar. Dominado por el resentimiento concebiría en seguida la idea de atacar á su rival en su fortuna, sabiendo que este era el medio de volverle á quitar á Diana. Emilia conocía la incurable pasión de Lereboulley por su querida; para aquel viejo se había hecho indispensable la bella inglesa. Además del peligro que corría Luis por este lado, había otro que la joven apenas había indicado y era el que podía hacerle correr el amor de Thauziat. Viendo al marido alejarse de su mujer, Clemente, á no tener una generosidad sobrehumana, trataría de aprovechar la ocasión. Es verdad que Elena era muy honrada, pero Thauziat era muy peligroso. Así es, que por todos lados creía Emilia amenazada la seguridad de sus amigos por la falta de Luis.



Si Elena hubiera seguido retraída como lo estaba desde el principio del invierno, las probabilidades contrarias hubiesen disminuído. Pero, cambiando de táctica, declaró que en adelante acompañaría á su marido á la sociedad. Así necesariamente se había de encontrar con la señora de Olifaunt y la lucha tenía que entablarse implacable entre las dos mujeres. Era imposible que los interesados y el primero de ellos Lereboulley, no oyesen silbar los dardos que se cambiarían de una y otra parte. A menos de ser sordo y ciego, acabaría por comprender y desde entonces era de temer todo. Luis había acogido sin entusiasmo la resolución de su mujer, porque bien hallado con su nueva vida de soltero, quería prolongarla. Así pues, hizo algunas objeciones que Elena rechazó con invencible firmeza.

—El niño—dijo—ya no me necesita por la noche y no quiero encerrarme para toda la vida entre las cuatro paredes de la casa. Ya es tiempo de que me distraiga un poco; necesito cambiar de modo de vivir.

Y empezó á asistir á reuniones, á bailes, á teatros y á recibir en su casa como en los primeros tiempos de su matrimonio. Se veía que hacía esfuerzos por gustar y lo conseguía. Su belleza un poco grave se hacía más dulce y seductora. En torno suyo se formó una corte, y mimada y adulada mostró aun más ingenio y más gracia que hermosura. Thauziat, con su altivez tranquila se mantenía alejado de cortesanos y aduladores. Pero tenía una manera de saludar á Elena, de hablarla, de acompañarla, que acabó de asegurar la supremacía de la joven. Nada en la actitud ni en las palabras de Clemente podía comprometerla, pues la demostraba un respeto que no tenía á ninguna otra. No se podía creer que deja-

ra de estar enamorado de ella, pero afectaba tan bien nó tener ninguna esperanza, que su virtud era considerada como inexpunable.

Ella, tranquila en la apariencia, pasaba por enmedio de la multitud, escuchando las galanterías, costestando con una sonrisa, digna, dueña de sí misma pero con la atención siempre prevenida. No perdía de vista á su marido. No se le escapaba ninguno de sus movimientos. Y aquella caza del adulterio en las *malezas* de los salones, tenía para un observador sagaz como Emilia, un áspero y punzante atractivo. ¡Cosa singular! Desde que Elena salía, nunca en ninguna de la casas á donde concurría había encontrado á Diana. Parecía que un amigo secreto avisaba á la bella inglesa de todo lo que la señora de Héroult debia hacer por la noche. Luis, dulce, afable, llevaba á su mujer donde quería ir y se conducía como un esposo modelo. Elena á pesar de su tenacidad, conmenzaba á cansarse y sentía debilitarse su convicción, cuando un incidente imprevisto, hizo brotar la luz que buscaba tan apasionadamente.

## IX

Aunque Lereboulley odiaba la música, daba todos los años dos ó tres conciertos en sus magníficos salones por complacer á su hija. Emilia muy avanzada en materia de arte y fanática por Wagner, había contribuido mucho á aclimatar en el mundo pa-

risiense las admirables composiciones del maestro. Después de hacer oír á sus amigos todo lo que razonablemente se podía imponerá la ligereza francesa de aquella hermosa pero severa música, se limitaba entonces á patrocinar á músicos jóvenes, que á pesar de su mérito no lograban traspasar las puertas de los teatros. La ejecución de estas obras inéditas se confiaba á una orquesta escogida que acompañaba á los cantantes más notables, de modo que estas veladas musicales llamaban poderosamente la atención.

El primer concierto de aquel año debía consagrarse á la audición de fragmentos del *Manfredo*, una ópera de Luciano Wordle, de quien la señora de Olifaunt había cantado todo el invierno en los salones una preciosa canción que tuvo gran éxito. Conociendo el interés que á Diana le inspiraba el compositor, Elena estaba segura de encontrarla. Sin embargo, faltó poco para que su deseo no se realizara.

El niño que todo era alegría y sonrisas, se despertó por la mañana de mal mal humor y un poco indispuesto. Elena envió á buscar el médico y éste dijo que no encontraba nada alarmante; una calenturilla causada por la dentición que estaba cuajando, y nada más. A pesar de estas seguridades, Elena avisó á su peluquero que no iba á casa de Lereboulley. Sin embargo, á eso de las ocho de la noche, Pedrito que había pasado muy bien el día se durmió fresco y tranquilo, y la madre cambió de resolución, mostrándose tan confiada como antes estuvo temerosa y diciéndole á su marido que su doncella la peinaría perfectamente, mandó disponer su traje. Luis trató de combatir tímidamente esta resolución, pero hubo de ceder ante la obstinación de Elena.

Eran las once cuando llegaron. La primera parte



del concierto había terminado y Talasac cantaba un hermoso nocturno con la señorita Isaac. Emilia sentada en el salón, vió á sus amigos y acudió á recibirlos, no sin sorpresa.

—El niño está bien, y una vez tranquila, he querido venir—dijo Elena.

Emilia indicó á Luis con una mirada á la señora de Olifaunt, sentada en primera fila. Al mismo tiempo Elena vió á la hermosa inglesa y palideció al verla tan triunfalmente bella. Vestida con un traje de tul azubre, cuya falda adornaba una guirnalda de esas rosas amarillas que se llaman *sueño de oro*, estaba deslumbradora. Muy bajo el descote se descubría su seno soberbio y su espalda nacarada. Entre sus rubios cabellos brillaban las piedras preciosas y tenía en la mano un abanico de plumas con varillaje de concha. Como atraídos por una fuerza magnética, los ojos de Diana encontraron los de Elena y las dos mujeres cambiaron una mirada. Diana sonrió y saludó graciosamente con su abanico, Elena inclinó gravemente la cabeza. Por fin se encontraba frente á frente con aquella de quien sospechaba. Iba á verla en presencia de Luis, á observar sus maniobras y creía que en la entonación de su voz y en la expresión de su rostro, podría adivinar su secreto.

Pero había contado sin Emilia que la llevó directamente hacia un grupo de señoras en el que proyectaba encerrarla como en una ciudadela. Lereboulley dió la mano á Héraul y se acercó á Elena, y Luis fué á perderse entre la multitud de hombres graves y aburridos que obstruían todas las puertas, bostezando con discreción y manteniéndose todo lo posible fuera del alcance de la música.

Se había unido con Thauziat y Sir James, pero no tardó en dejarlos, para buscar un sitio desde

donde sin que le viera Elena, pudiese admirar á Diana, saboreando el placer secreto de pensar que poseía aquella mujer, cuya belleza excitaba universales deseos. Oía en torno suyo el zumbido de los elogios y emanaciones de orgullo subían de su corazón á su cerebro. Ella con afectada candidez, escuchaba á los cantantes sin distraerse, aplaudía con entusiasmo y desinteresada de todo lo que no era música, parecía absorta en un éxtasis delicioso.

No por eso dejaba de advertir todo lo que sucedía y había conseguido volver la cabeza hacia Luis. Con su abanico, que llevó negligentemente á los labios, le envió un beso, y habiendo cumplido con su amor, se puso á escuchar de nuevo. Se sentía espíada por Elena. Las miradas de la esposa pesaban sobre ella, y prudente, porque ante todo quería evitar un escándalo, se proponía hacer buscar á su marido en el primer entreacto, y con pretexto de una jaqueca, sustraerse á su enemiga por medio de una retirada. Cuando sonaban, en medio de una salva de aplausos, las últimos compases de una pieza, se levantó, y llamando á Thauziat con una seña, se apoyó en su brazo.

—No estoy buena—dijo.—Lléveme usted al saloncito reservado á los artistas. Quiero felicitarles y estrechar la mano á Wordler antes de marcharme.

—¿Es la presencia de la señora de Hérault lo que la pone á usted enferma?—preguntó Thauziat irónicamente.

—Tal vez—respondió Diana. Es difícil sostener la comparación con ella. Está verdaderamente espléndida y su marido hace una tontería engañándola: pero los maridos siempre son así.

—Excepto sir James.

—¡Oh! Ese es un marido *extra*, un marido aparte.

—Y se puede decir que á doble parte.

—Está usted muy contento esta noche, señor de Thauziat. Si dijera usted esas cosas á la señora de Hérault, ganaría muchas probabilidades.

—No se incomode usted, Diana. Es una broma.

—No me incomodo. Ya sabe usted que se lo tolero todo.

Habían llegado al comedor, donde estaba la mesa cubierta con un suntuoso servicio de plata cincelada y rodeada por infinitas parejas que hablaban, comían y bebían, servidas por numerosos y graves criados.

—Búsqueme usted un racimo de uva y una copa de champagne frappé—dijo Diana.

Thauziat la presentó un plato de *vermeil* con un racimo dorado y transparente.

—Es de aquella hermosa parra que admirábamos en las estufas de Evreux, dijo la señora de Olyfaunt. Es verdaderamente exquisita. El año pasado Lereboulley me envió una cepa en la que su jardinero había ingertado un rosal, de suerte que daba á la vez uvas y rosas. Lereboulley es un hombre que sabe vivir, añadió, buscando con la vista á Luis.

Pero el joven se había eclipsado. Diana tomó la copa que le presentaba Clemente, y dijo:

—Por el éxito de los amores de usted, Clemente.

Bebió pequeños sorbos, echando atrás su hermoso cuello que se hinchaba como el de una paloma. Luego, cogiendo otra vez el brazo de Thauziat, se dirigió hacia el ante-despacho del senador. El saloncito estaba casi vacío. Iban á atravesarlo, cuando en la otra puerta se presentó Elena del brazo de Lereboulley. Emilia venía detrás Diana apretó el



brazo de Thauziat, y miró en torno suyo; pero ya no era tiempo de retroceder, y el choque que con tan amistoso cuidado se había tratado de evitar era inminente. La hermosa inglesa se armó de todo su valor, y fijando los ojos en Elena, se adelantó sonriendo con la tranquilidad de la más honrada de las mujeres. Sin embargo, aquella audaz critura experimentaba una emoción bastante rara: en presencia de la señora de Hérault tenía miedo; se sentía dominada y se esforzaba por disimular, abanicandose con gracia. Emilia había intentado llevarse á su padre y Elena hacia la sala del concierto; pero no era Lereboulley quien llevaba á Elena, sino ella quien le llevaba á él. Elena vió á Diana y se dirigió á su encuentro como si fuera hacia el enemigo. La señora de Olifaunt se detuvo porque no pareciese que huía. Saludó la primera y atacó audazmente.

—No he tenido el gusto de encontrar á usted, señora, desde que la ví sirviendo de modelo para una virgen en la iglesia de Evreux. ¿Cómo está el hermoso niño?

Elena escuchaba aquella voz dulce, á la cual daba un sabor picante su acento extranjero. Nada falso parecía alterar su pura sonoridad, y ningún detalle acusaba en su aspecto la menor turbación, ¿Se habría equivocado y tendría que buscar en otra parte aquella odiada desconocida?

—Es usted una madre feliz, señora—prosiguió Diana—y todas las mujeres deben envidiarla.

Hubiera podido seguir hablando eternamente, porque Elena no la escuchaba. Sus ojos estaban fijos en el abanico de plumas amarillas que Diana agitaba delante de su pecho y en una de cuyas varillas había visto brillar letras de diamantes, formando varias palabras que no acertaba á descifrar. Eran

sin duda un lema, una divisa, ¿pero cuál? Una voz secreta le gritó que era la misma del pergamino. sus miradas se obscurecieron, sus oídos sumbaron y la sangre se le subió á la cabeza. Hizo un esfuerzo para permanecer en pié, cogió con fuerza convulsiva el brazo de Emilia y dijo á la señora de Olifaunt:

—Lleve usted un precioso abanico. ¿Me permite usted admirarlo?

Diana presentó su abanico que tenía sujeto á la cintura por un cordón de seda, color de paja. Elena se apoderó de él y leyó en la varilla con avidez furiosa estas palabras: *Y love and Y hate*. Un frio mortal corrió por sus venas: acababa de encontrar en inglés la divisa latina. Seguramente aquella mujer era su rival. Una ira loca se apoderó de Elena. Hubiera querido arrancar aquellos ojos y desgarrar con las uñas aquella boca voluptuosa, en la que se habían posado los labios de Luis y patear aquel cuerpo que le había robado las caricias del que la amaba. Cerró maquinalmente el abanico con mano temblorosa y leyó con voz sorda:

—*Y love and Y hate*.

—Eso significa en inglés: *amo y odio*—dijo Diana. Pero como todas las divisas, ésta dice más de lo justo. Yo no soy ni tan tierna ni tan mala.

—*Amo et odi*—preguntó Elena—¿no quiere decir lo mismo?

—Enteramente—repuso Lereboulley.

Diana tuvo el presentimiento de un peligro y dió un paso atrás. Pero Diana la siguió.

—Se dice que las mujeres de intriga no deben escribir. continuó diciendo con el mayor desprecio. Sin embargo, usted cita á mi marido en un papel que lleva esta divisa característica.

La señora de Olifaunt se puso lívida prorrumpiendo

piendo en una exclamación indefinible, arrancó su abanico de manos de Elena y se refugió aterrada al lado de Lereboulley.

—Señora—exclamó el senador, interponiéndose entre las dos mujeres—¿mide usted bien el alcance de sus palabras?

—Mejor que esa mujer el de sus acciones. Hace un momento tenía la audacia hipócrita de hablarme de mi hijo y es la querida de su padre.

—¿Me dejará usted insultar de este modo en su casa?—gritó la bella inglesa á Lereboulley. Y como éste parecía petrificado, añadió:

—Vamos, defiéndame usted.

Y se irguió furiosa, con las manos crispada, volviendo á ser en un momento la criada de figón que Thauziat había sacado del fango. Elena, fría y altanera, la miró en silencio. Toda su cólera había desaparecido y experimentaba un dolor inmenso. Le parecía que se había abierto un abismo en su corazón y que en él se habían hundido todas sus alegrías, todas sus altiveces, todos sus pudores. Sintió una amargura indefinible y un disgusto profundo de aquel sitio y de aquella mujer. Quiso el silencio, el recogimiento y ansió verse en su casa, al lado de su hijo. Y dirigiéndose Thauziat frío é inmovil le dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de llevarme al lado de mi marido?

Cogió su brazo, saludó á Lereboulley y salió acompañada por Emilia, sin conceder á su rival aterrada ni la limosna de una mirada.

Apenas había desaparecido Emilia, cuando Lereboulley salió de su postración.

—Diana—exclamó—si la señora de Hérault ha dicho la verdad ¡ay de usted! y ¡ay de Luis!

—Está loca, ¿Va usted á dar crédito á una mujer celosa? ¿Entiendo yo una palabra de lo que me ha



dicho? su marido me hizo la corte cuando era soltero. Ya lo sabe usted. Tal vez registrando sus muebles haya descubierto algún billete mío. Pero ¿debía deducir de esto que yo distraigo de sus deberes á ese imbécil de Hérault? Porque atraigo las miradas, porque se me rodea, porque todos sus maridos me agasajan, me odian todas esas mujeres. ¿Tengo yo la culpa? Yo no hago nada por obtener esos homenajes. Todo esto es odioso, abominable. Y lo más cruel es que usted me ha abandonado á la cólera de esa insolente. No ha encontrado usted más que algunas palabras que balbucear, Usted no me ama, porque cuando se ama á una mujer se la respeta y se la hace respetar.

—¡Diana!

Diana se deshizo en lágrimas y Lereboulley aturrido y temeroso de que entrara alguien procuraba consolarla.

—Vamos, Diana, usted, no cred lo que dice. ¡Que yo no la amo!... Vamos. tranquilícese usted. Pueden venir. Si la sorprendieran á usted sola conmigo y y llorando ¿qué pensarían? Pase usted á mi despacho, se lo ruego; allí estará usted más segura.

Consintió en seguirle y se dejó caer en sofá con la gracia de una ninfa que sabe que la espía un sátiro. El senador se paseaba agitado, sin ocuparse del concierto, desdeñando á la concurrencia que poblaba sus salones y entregado al temor de su infortunio.

—¡Ah! Ese Luis... Si yo pudiera creer...

—¿Aún no está usted convencido de mi inocencia? Pues bien ¿qué haría usted si yo le dijera de repente: "Tengo horror á la mentira ¿Quiere usted saber si Luis Hérault es mi amante? Sí lo es."

—Diana, nada de bromas sobre esto. Si usted

me engañase sucedería algo terrible. No retrocedería ante nada por vengarme.

—¿Me haría usted daño?... ¿a mí?

—Tal vez.

—¡Quisiera verlo!—exclamó Diana dirigiendo á Leroubouley una mirada tan provocativa, que él lo olvidó todo y no le quedó más que un deseo inmenso en el corazón y palabras de amor en los labios.

—¡Oh! ¡Diana! ¡Qué hermosa es usted! Se cometería un crimen por poseerla.

—Y cuando se me posee ¿cuántos por conservarme?

—¡Ah! Mande usted. Todo lo que usted quiera se hará.

—Está bien—dijo ella friamente.—Ya veremos. Entre tanto deme usted el brazo; podrían notar nuestra ausencia.

Y añadió acercándose al viejo:

—No se necesitaría más, para hacer creer que había algo entre nosotros.

El senador la abrazó é inclinando su rostro sobre los blancos hombros de Diana, los acarició con sus gruesos labios; ella le dió una palmadita en la cara diciendo:

—Vamos, Lereboulley, amigo mío, hay que desechas esas ideas.

Lereboulley exhaló un suspiro, y Diana entro en el salón apoyada en su brazo. Todo rastro de las emociones que acababa de experimentar desapareció del rostro de Diana, que como quien se pone una careta, recobró de repente su aspecto risueño y su gracia púdica.

Si la señora de Olifaunt había arrostrado imperturbablemente la prueba, no sucedió lo mismo á Elena. Al salir con su marido, sin que ni una palabra

hubiese enterado á este de la escena que acababa de ocurrir, la señora de Hérault sintió cruelmente toda la pesadumbre de todas aquellas violencias. Hundida en el fondo de la berlina, con la cabeza envuelta en un velo de blonda, temblaba y rechinaba los dientes, con la garganta contraída por una fiebre violenta. El movimiento del carruaje le causaba agudos dolores en la frente, y sus ojos se iluminaban por instantes con vivos resplandores. El trayecto, que duró un cuarto de hora, le pareció interminable. Luis, inquieto por el silencio de su mujer, la dirigía de vez en cuando miradas escrutadoras.

—¿Estás enferma?—la preguntó.—¿Tienes algo?

Ella, haciendo un esfuerzo, contestó:

—Nada.

El carruaje se detuvo delante del hotel; ella quiso apearse, dió algunos pasos vacilando y tuvo que apoyarse en las columnas de la escalinata. Luis, asustado, la cogió en sus brazos, y sin detenerse la subió hasta el piso principal. Allí, Elena pudo andar é ir á su habitación. Cuando se hubo sentado junto al fuego y descubierto la cabeza, Luis la vió pálida, con los ojos estraviados, sacudida por grandes estremecimientos y las manos crispadas.

—¡Dios mío! ¿Qué sucede?—exclamó con ansiedad.—Elena, háblame, ¿padeces?

—Sí... un poco.

—Pero ¿cómo ha sido esto? ¿Has tenido frío?

—Sí, mucho frío... en el corazón.

Luis quiso llamar, pero ella hizo un movimiento para impedirselo.

—No despiertes á los criados, llama á tu abuelita.

Algunos minutos después la anciana señora de Hérault estaba al lado de la joven. Luis salió silenciosamente. Entonces la abuela ayudó á Elena á des-



nudarse y acostarse. Cuando la vió en la cama tiritando y con la sangre agolpada al rostro, le preparó una infusión caliente, andando á pasos menudos desde el dormitorio al tocador, sin descuidar nada. Pasó al cuarto del niño, se inclinó sobre su cuna, admiró su tranquilo reposo y volvió á decir á Elena:

—El niño duerme perfectamente. No tengas cuidado. Si se despierta le dare leche caliente y no le sentará mal.

La joven sonrió tristemente y murmuró:

—Gracias ¡Qué buena es usted!

Entre tanto, Luis había entrado y quería quedarse á velar. Entonces su abuela, como si hubiera adivinado lo que pasaba en el corazón de la joven, manifestó que la presencia de su nieto era allí inútil y que ella bastaba para todo.

—Vete á dormir—dijo.—Yo me quedaré. Los viejos no tenemos sueño...

Y como Luis insistiera, añadió:

—Tu mujer lo desea.

Luis se acercó á Elena, la tocó el brazo que encontró ardiendo y la besó en la frente. Tenía en los labios una pregunta que no se atrevió á hacer. Adivinaba la mano de Diana en la enfermedad de Elena. El silencio con que había acogido sus preguntas, el deseo de alejarse y permanecer sola con la anciana, todo anunciaba que había ocurrido un grave incidente que iba á modificar profundamente la situación. Por la mañana, la enferma no estaba mejor. Luis envió á buscar á Rameau de Ferrieres. Un temor espantoso aumentaba los sufrimientos de la joven: temía no poder seguir criando al niño. ¿Le faltaría este supremo consuelo en su desgracia? ¿Tendría que abandonar aquel ángel rubio y sonrosado á los udados de una extraña? En su horrible

insomnio, agitada y febril, la atormentaba este pensamiento. Ya que se le escapaba el padre, vería escapar también al hijo! A las tres de la madrugada empezó á delirar. Hablaba en alta voz y decía:

—Sin dan mi hijo á esa mala mujer, se morirá...

La abuela se levantó silenciosamente del sillón en que hacía media al lado de la chimenea se acercó á Elena, la tocó la frente y le dijo con voz de inmensa ternura:

—No tengas cuidado, hija mía. Si estás enferma, yo cuidaré al niño y no se lo entregaremos á una extraña.

La joven sonrió, y sus ojos brillaron en la sombra de la colgadura; suspiró, balbuceo algunas palabras y quedó dormida. Cuando se despertó estaba muy entrado el día y el ilustre médico que acababa de llegar hablaba con Luis en el salón inmediato. Entró sacudiendo la crin de león sobre su enorme cabeza y dijo acercándose á la cama:

—Señora ¿conque tiene usted el mal gusto de necesitar de mí? Veamos de qué se trata...

La pulsó, examinó los ojos, tomó con un termómetro la temperatura del cuerpo, y dijo dirigiéndose á Luis:

—No será nada... Pero tenemos 39° de calor y esto es demasiado...

Se lo llevó á un lado, y prosiguió diciendo:

—Ha estado expuesta á una congestión cerebral. Tiene en los ojos la contracción bilateral. Necesita mucho cuidado.

Viendo que Elena se agitaba, volvió y dijo en alta voz.

—Ahora quisiera ver al niño de esta bella enferma.

Trajeron á Pedro, risueño, gordo y colorado. Lo examinó, lo tocó, lo besó y respondiendo á la mirada llena de ansiedad de Elena, dijo:

—Vamos á destetar á este mocito. Es un poco pronto pero tiene fuerza para soportarlo. Prefiero darle leche de vaca á cambiarle de nodriza. ¿Es eso lo que usted quiere, señora?

Elena movió debilmente la cabeza y dos gruesas lágrimas rodaron por su almohada.

Rameau dijo volviéndose á Luis:

—No la fatiguemos. Lléveme usted á su cuarto para recetar el tratamiento.

Y salieron.

Entonces la anciana sin consejo y sin ayuda de nadie hizo rodar la cuna de Pedrito hasta la habitación y la puso cerca de la ventana, de modo que Elena pudiese verla desde la cama. La joven cambió con la abuela una mirada en que puso todo su corazón; quiso hablar pero la anciana poniendo un dedo sobre su boca, se sentó y volvió otra vez á hacer media.

Luis no había salido de casa y á cada hora pedía noticias. Acompañó al dormitorio á Emilia que se había presentado desde por la mañana y que fué recibida por Elena con muestras de alegría. Entre aquellas dos enfermeras, la abuela y la amiga, pareció que la enferma se reanimaba. Pero por la tarde aumentó la fiebre y todo anunció que la noche sería mala. Rameau prescribió calmantes y compuso una poción destinada á hacerla dormir. Estaba tranquilo creyendo que la naturaleza vigorosa de Elena podría resistir victoriosamente la enfermedad.

Emilia se instaló en el hotel Herault con objeto de reemplazar á la anciana al lado de la enferma. Comió con Luis que vagaba por las desiertas habita-



ciones muy preocupado. No había querido ir á casa de la Olifaunt, ni recibido carta suya. Y entre su mujer enferma y su querida que no daba señales de vida, era presa de un furor sombrío contra todos y contra si mismo. Pensar en Diana al lado de Elena le parecía infame, pero no podía sustraerse á la obsesión de la bella inglesa. La tenía sin cesar delante de los ojos, llamándole con su dulce voz y solicitándole con su radiante hermosura. La llegada de Emilia fué para él un inmenso consuelo; en primer lugar su amiga le contó lo que habia pasado entre las dos mujeres y luego con ella podía hablar de Diana, cosa que deseaba mucho, aunque fuera para maldecirla y jurar que no la volvería á ver más. Por la noche en el saloncito que precedía al dormitorio de Elena, hablaba con Emilia prorrumpiendo en amargas quejas y maldiciendo el dia en que habia cedido á la influencia de aquella peligrosa criatura.

—Es temible—decia—por su atrevimiento y su perfidia. Yo la conozco bien, Es la perversidad misma.

—Y eso es lo que tanto os gusta á los hombres en ella—respondió Emilia.—Es lo contrario de vuestras hermanas y vuestras mujeres, que son sencillas, castas y buenas. Pero la sencillez, la castidad y la bondad, son virtudes vulgares que no divierten.

—No tiene corazón—añadía Luis con rabia.—Es fria y feroz. Sabe que desde esta mañana estoy en la mayor ansiedad, que despues del escandalo de ayer daría cualquier cosa por saber lo que hace y lo que piensa y no le importe nada. ¿Se acordará siquiera de mí que la he sacrificado la más encantadora y la mejor de las mujeres? No. Ríe y se divierte. Es ingrata. No me escribirá ni una linea.

—Y tiene razón. Por eso os domina á todos. Si no

os tratase como perros no sacaría partido de vosotros. Ha adoptado el sistema de los domadores de fieras. Os maneja con una barra de hierro candente y os reduce por la abstinencia. La acusan de feroz y de ingrata. ¿Y tú no eres ingrato y feroz? Lo que Diana te hace padecer es el desquite de lo que padece Elena. Diana es la manifestación de la justicia providencial. Es la expiación. Y ahora hablemos de Diana joven y hermosa. Es indudablemente seductora; á los ojos del mundo puedes alegar circunstancias atenuantes. Pero ¿te figuras á Diana vieja y fea? Porque hay hombres que siguen con ellas hasta la vejez. Y tú puedes ser uno de ellos. Si cansas la paciencia de tu mujer se separará de tí, quedarás amarrado á tu inglesa y te pasarás la vida bebiendo Oporto y jugando á la básiga con Sir James. ¡Bonito porvenir! Vamos Luisillo; pruébanos que tienes sentido común; deja á tu amiga, que lo es de todo el mundo, y vuelve á ser un hombre de bien.

—Tan cierto como hay Dios, que lo haré—dijo Luis enfurecido.

—No lo jures que es mala señal, hazlo... Pero mañana vendrá una carta y adiós resolución.

Le dejó solo en el salón y fué á reemplazar á la señora de Héaault al lado de la enferma. La primera parte de la noche fué bastante buena. Pero á eso de las dos, Emilia que se había dormido en la butaca, se despertó oyendo voces. Se levantó y en la semi-obscuridad de la habitación vió á Elena, incorporada sobre la almohada, con los ojos fijos y extraviados, hablando sola. La joven se acercó y cogió la mano á su amiga, que pareció reconocerla pero sin abandonar la idea que la preocupaba.

—Si yo me muero—decía—obligará á esa mujer á dejar á su marido y se casará con ella. Ocuparé

mi puesto en la casa, vivirá en mi cuarto y mi hijo será el suyo. ¡Cómo le miraba en la iglosia! ¡Parecía que quería quitármelo! Todo lo que me pertenece será para ella... Y de mí no quedará ni siquiera un recuerdo... Un nombre grabado en una piedra y nada más.

Se agitó y gruesas gotas de sudor surcaban su frente, Emilia se acercó ella, la tocó la cabeza con su mano fría como si quisiera hacer pasar algo de su razón serena á la mente perturbada de la enferma y dijo:

—Usted no está en peligro Elena y vivirá usted para ser dichosa.

Viviré... sí—exclamó con energía—viviré, quiero vivir para defender á los que amo.

Y repitió muchas veces "quiero," como si esta palabra que resumía todo su caracter, fuera la única que se presentase en la vaguedad de su pensamiento. Luego se fué calmando y bajo la mirada compasiva de Emilia, se cerraron sus párpados. Al día siguiente por la mañana Rameau la encontró más tranquila, menos ardorosa y en vías de curación.

Luis por su parte parecía menos agitado y menos nervioso. Estuvo algunos momentos en la habitación de su mujer y se mostró muy afectuoso con ella. Elena, en apariencia más tranquila, acogía sus demostraciones con triste alegría. En lo sucesivo ya no podía entregarse sin reserva á las efusiones de su corazón. Entre ella y su marido siempre se levantaría la imagen de Diana. No le rechazó pero hizo una seña á Emilia para que se lo llevara.

Quería reflexionar y fijarse una regla de conducta. Una vez en posesión de sí misma, su clara razón sin debilidad y sin cólera, buscaba el mejor partido que podía sacar de su dolorosa situación. Luis se



mostraba atento y ella pensaba con indulgente prudencia que podía haberse mostrado indiferente. No vió más que el lado bueno de las cosas, ni maldijo de la vida aun juzgándola mala.<sup>a</sup> Tenía una buena madre, una amiga excelente, un hijo adorable y dio gracias al cielo por haberla concedido tantas compensaciones, y no desesperó del porvenir,

Entonces se daba cuenta exacta del estado intelectual y moral de su marido. Su debilidad y su inconstancia no habían sido nunca un secreto para ella, pero había creído en su orgullo que lograría apoderarse de él y dirigirle. Se le había escapado y otra más hábil había sometido aquel rebelde conduciéndole por malos caminos. Su influencia debía ser muy poderosa toda vez que Luis no había vuelto á la buena vía por horror á la traición y á la mentira. Expiado, perseguido descubierto, teniendo que avergonzarse delante de su mujer y que esconderse de ella, había seguido engañándola. La gangrena llegaba por consiguiente al corazón y tal vez sería necesario el hierro enrojecido, para cauterizar la llaga y curarla.

Después, como antes de aquella violenta sacudida. Elena no pensó ni un segundo aceptar su desgracia y resignarse. No quería ceder ante la querida y estaba resuelta á defender los derechos de la esposa. No creía que su desgracia fuese una excepción espantosa propia para arrancarle gritos de desesperación. Los hombres le parecían todos débiles, arrastrados por sus pasiones, solicitados por sus vicios. No creía que Luis fuese peor que los demás. Aceptaba la humanidad tal como era; muy caduca y muy mala. Pero estaba persuadida de que con paciencia, energía é indulgencia llegaría á sacar del lodazal al desgraciado que se hundía en él. Resolvió,

pues, no hablarle de su explicación con la señora de Olifaunt, no darle á conocer en nada que estaba enterada de su conducta, no quejarse, esperar para exponer sus sentimientos, á que él mismo diese ocasión y empeñarse entonces seriamente en una lucha que terminaría por la derrota irremediable y definitiva de su rival ó la suya.

Como si estas valientes resoluciones la hubieran confortado y fortalecido, su convalecencia fué rápida y al cabo de una semana estaba restablecida. Luis en aquellos ocho días no salió de casa. Se había mostrado lleno de dulzura y de atenciones. Su carácter, antes un poco zgrío, había recobrado su acostumbrada jovialidad. Elena atribuía este cambio á la alegría de su pronta curación; si hubiese podido leer en el corazón de su marido, hubiera enrojecido de vergüenza.

Después de veinticuatro horas de espera había recibido dos palabras de Diana, extrañando no haberle visto desde el concierto de Lereboulley y dirigiéndole tiernos reproches. Aunque su furor se calmó un tanto al recibir este billete, contestó secamente que su mujer estaba enferma y no podía dejarla. Entonces Diana emprendió con él un combate epistolar que tenía por objeto hacerle ir á su casa, aunque no fuera más que un momento. Estaba bien segura de que una vez allí le detendría todo el tiempo que quisiera. Pero él, con bastante astucia, resistía los ruegos y las órdenes de la señora de Olifaunt, y riéndose de la insistencia con que le perseguía parecía indiferente á sus seducciones y á su cólera.

Tenía noticias por Thanziat, que no dejaba ni un día de ir á enterarse de la salud de Elena y que enteraba á su amigo de la irritación de la encantadora rubia y de las vejaciones que para vengarse hacía

sufrir al infortunado Lereboulley. Los dos bromeaban porque Thauziat había recobrado su buen humor y sólo se ponía grave cuando Luis hablaba de volver al lado de Diana. Entonces se nublaba su frente y entre el deseo de ver á Luis separado para siempre de su mujer y el temor de los sufrimientos que esta separación causaría á Elena, acababa por maldecir la inconstancia del marido y subordinar su pasión á la dicha de la que amaba. En su alma altiva había movimientos de generosidad que le impulsaban á advertirle: "Pero loco, ten cuidado, todos son lazos en derredor tuyo, no puedes dar un paso por el camino que has emprendido, sin pisar la felicidad de los demás y la tuya." Un día llegó á decirle:

—Eres bastante imprudente en no pensar en defender lo tuyo, en vez de buscar lo de los demás. Si tu mujer dejara de amarte ¿quién sabe si se encontraría sin defensa contra un amor sincero?

—¿Qué amor?

—En primer lugar; el mío.

Luis contestó riendo:

—¡Bah! En dos años ya se habrá extinguido esa llama... Además tú te crees muy peligroso... Haz la corte á mi mujer si quieres, eso le entretendrá... ¡Anda! Yo estoy bien seguro de ello.

Una arruga profunda surcó la frente de Thauziat y una sonrisa de desprecio contrajo sus labios. La insensibilidad depravada que afectaba Luis no le había regocijado, le había disgustado. No pensó en sí mismo, sino en la mujer tan odiosamente ultrajada.

El día que Elena pudo dejar el lecho y dar algunas vueltas por su habitación, Luis se decidió por fin á ir á casa de la señora de Olifaunt. Eran las cuatro cuando se presentó; Diana y su marido acababan de llegar. Tendida en un diván, en el salón japonés,



hojeaba una novela. En la habitación inmediata se oía á Sir James abrir y cerrar cajones. Al ver á Luis la bella inglesa prorumpió en una exclamación de alegría prontamente reprimida y poniendo un dedo en los labios, quiso imponerle un continente inusitado. Él permaneció inmóvil, ignorando lo que pasaba, cuando se presentó Sir James con una soberbia miniatura en la mano.

—¡Ah! ¿Es usted señor de Hérault?—dijo el inglés con fría sonrisa.—Ne alegro de estar aquí para recibir á usted. Siéntese usted. Mi querida Elena, este es el retrato que representa á la señorita de Fontanges por Pstitot., El esmalte es de gran valor. A ver si el peinado te conviene.

—Es para un baile de trajes—añadió Diana examinando la miniatura.—Creo que estos rizos no me afearán.

Hace mucho tiempo que no teníamos el gusto de ver á usted, señor de Hérault—dijo Sir James.—Desde el concierto de nuestro querido Lereboalley... Creo que ha tenido usted disgustos y contrariedades... Su esposa de usted ¿está ya bien de su indisposición?

—Completamente — respondió Luis admirado del repentino interés que el inglés mostraba por Elena.

—Mucho me alegro... Tanto más, cuanto que nosotros damos un baile dentro de quince días. Sí... queremos devolver todos los obsequios que se nos han hecho... Y espero que usted nos honrará y su señora esposa también.

Estas palabras resonaron en los oídos de Luis como una declaración de guerra. Sospechó una trama hábilmente urdida por la mujer y el marido. Quiso saber á qué atenerse y contestó resueltamente:

—Yo vendré con mucho gusto, pero no me atrevo á ofrecer que mi esposa me acompañe. Necesita cuidarse mucho y probablemente se verá privada de corresponder á la invitación de usted.

El rostro del inglés se puso serio y agresivo como cuando discutía con Lereboulley y el valor de un cuadro ó la autenticidad de una chuchería recientemente comprada. Se acercó á la chimenea y dijo apoyándose en el mármol con aire de autoridad:

—Eso es muy desagradable para la señora de Olifaunt y para mí... Muy desagradable. Se nos ha dicho por varios conductos, que se dice que á esta casa no vienen más que hombres. ¡Oh! Una sociedad muy escogida de hombres distinguidos. Pero en fin, hombres solos, siempre sin sus mujeres, sus hijas ó sus hermanas. La malevolencia se ha apoderado de este hecho y lo ha vuelto contra nosotros. Así es, que mi esposa y yo hemos resuelto que en lo sucesivo no volveremos á recibir á nuestros amigos casados que quieran visitarnos como solteros. Habíamos cedido al encanto de la intimidad con ellos, pero no se pueden despreciar las opiniones del mundo. Por eso lamento que la señora de Hérault no pueda salir á causa de su salud, porque esa circunstancia va á interrumpir momentáneamente las preciosas relaciones que tenemos con usted.

Luis se levantó un poco pálido y dijo volviéndose á Diana que seguía tendida en el diván sin decir una palabra.

—Señora, si no me engaño, esta es una despedida en toda regla.

Diana dejó escapar un murmullo ahogado, término medio entre risa y gemido.

—¿Una despedida?—exclamó Sir James con ademán de protesta.—Yo soy demasiado cortés para

proceder así con un caballero, pero usted es bastante hombre de mundo para no apreciar mis razones... Por lo demás, dejo á usted con la señora de Olifaunt que se las explicará mejor todavía...

Tendió á Luis una mano que éste estrechó con repugnancia y besando á su mujer en la frente salió. Apenas se había cerrado la puerta, cuando Diana se arrojó á sus pies deshecha en lágrimas.

—Por fin estás aquí—dijo.—No puedes imaginar la vida que llevo desde hace ocho días. Un verdadero infierno en que me veía sola, abandonada por tí... No sé que han podido contar á Sir James, pero está fuera de sí... Dice que su honor se halla empafado y que es preciso cambiar nuestro método de vida en París ó volver á Inglaterra.

—¿Contigo?—exclamó Luis.—Entonces será con tu consentimiento, porque él no hace más que lo que tú quieres.

—Generalmente me trata como niña mimada, pero cuando existen razones graves... ¿Y qué puede haber más grave que lo que nos ha sucedido? Se dice que tú no salías de esta casa... Se divulga la espantosa escena ocurrida en casa de Lereboulley. ¿Quién la divulga? Emilia sin duda, porque ni tumu-  
jer, ni Thauziat, ni Lereboulley han hablado. Ya sabes cuanto me envidian todas las mujeres feas y ridículas. He recibido afrentas... No puedo entrar en un salón sin miedo... Todo esto lo sufro por tí... no me quejo... pero tú haz por tu parte lo que puedas para evitarme estos dolores.

Le había obligado á sentarse á su lado en el diván y acurrucada contra él, le enlazaba con su brazo blanco que salía de una ancha bata de satén color de rosa seca, sujeta á la cintura por un cordón de oro, apoyaba su cabeza hermosísima en el pecho de



Luis y con sus labios sonrientes parecía pedir un beso al que se sustraía, siempre que la boca ardiente del joven se acercaba á la suya. Con su aliento le envolvía en el cálido perfume que se desprendía de su cuerpo flexible; y ardiente para excitar su deseo, pasaba de la ternura al encogimiento y de la alegría al dolor, con una habilidad y una prontitud que hacían de ella diez mujeres en una sola.

Él, abrasado por sus miradas, embriagado por sus sonrisas, la había cogido por la cintura y la retenía en sus brazos. Presa de su fiebre apasionada no veía más que á Diana. El recuerdo de las voluptuosidades pasadas se combinaba con la esperanza de otras nuevas. Deseaba aquella peregrina hermosura, pensaba que había pasado una semana lejos de ella, se admiraba de haber podido resignarse y no pensaba más que en sacrificar todo lo del mundo por conseguirla.

Entonces con palabras dulces y amorosas ternezas, Diana procuraba convencerle de que llevar á Elena al baile que proyectaba era un sacrificio muy pequeño. Bastaría que diese una vuelta por los salones, que se la viese y nada más. Después, aunque las gentes dijeran lo que quisieran, se podría responder; "La prueba de que Luis Hérault no es el amante de la señora de Olifaunt es que la señora de Hérault va á su casa." Seguramente que Elena tendría que humillar un poco su orgullo, pero ¿qué mal había en que la concediese esta pequeña reparación después del ultraje que la había hecho? Y estos pérfidos razonamientos eran seguidos de tantos besos, que Luis se dejó convencer y juró conseguir que su mujer le acompañase.

Su cobardía fué recompensada con los transportes más apasionados. Diana llegó hasta derramar lágrimas de gozo al pensar en el desquite que iba á

obtener de Elena. Repetía á Luis "te amo," con una sinceridad que nacía de odio feroz. El en medio de aquellos transportes no pensaba en la infamia de la promesa que había hecho, ni en la afrenta que iba á sufrir su mujer, ni en su complicidad en esta infamia. Todo lo subordinaba á su capricho. Con tal de satisfacerlo ¿qué importaba, cómo, ni á que precio?

Aquella tarde faltó en su casa á la hora de comer por primera vez desde la enfermedad de Elena y al día siguiente se presentó frío y reservado como tenía por costumbre desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, para Elena que tan bien le conocía, no tenía el rostro de siempre. Una preocupación cuidadosamente oculta le agitaba. La esposa trató en vano de adivinar lo que pasaba en aquel corazón entonces cerrado para ella. Emilia no pudo responder á las ansiosas preguntas de Elena, pero ésta no tardó en saber lo que aquello significaba.

Una mañana abriendo las cartas, encontró entre ellas una invitación que decía así: "Sir James Olifaunt, baronnet y la señora de Olifaunt, tienen el honor de invitar al señor y á la señora de Hérault al baile..."

La esposa no quiso leer más. Si en la tarjeta hubiera dicho: "Elena Hérault es la esclava de la señora de Olifaunt, y podrá ser impunemente escarnecida, insultada y torturada por ella," no hubiera experimentado mayor pena. No oyó á Luis que entraba y se acercaba al sillón en que estaba sentada, sin salir de su estupor.

—¿Qué tienes?—preguntó él.

Ella levantó la cabeza, dirigió á su marido una triste mirada y sin hablar le enseñó la tarjeta. Luis se estremeció, sus labios se pusieron lívidos y bajó los ojos. Una violenta angustia le oprimió el corazón,

pero no retrocedió ante la vergüenza del compromiso que había aceptado. Examinó la esquila y dijo ligeramente:

—Es una invitación de los Olifaunt. Había olvidado hablarte de ello.

—¿Luego sabías que debíamos recibirlo?

Contestó audazmente que sí... Aquél ser débil se volvía implacable cuando había tomado una resolución. Elena se estremeció oyendo aquella afirmación categórica. Se vió abandonada y sacrificada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin embargo, quiso proseguir su indagatoria moral.

—Supongo que no habrás ofrecido que iríamos.

Murmuró estas palabras en voz tan suplicante como pidiendo gracia, que hubiera enternecido á un verdugo, pero tenía que habérselas con su marido.

—Hubiera deseado no ir, y sobre todo, ahorrar-te la molestia de acompañarme—dijo—pero he tenido que ceder á consideraciones muy especiales y muy graves y lo he prometido.

—¿Pero tú sabes lo que se dice de esa mujer?—preguntó Elena dulcemente.

—Se dicen tantas cosas y generalmente tan estúpidas y tan infames, que no hay que hacer caso de ellas. La señora de Olifaunt es recibida en todas partes.

—Pero nadie va á su casa...

—Porque no ha habido ocasión. Hasta ahora no ha recibido más que á sus íntimos.

—Entre los cuales te cuentas tú.

—Sí y me felicito de ello, porque es una mujer muy agradable y muy adicta á sus amigos.

—Y á sus amantes.

—¡Elena!

Por vivas gradaciones el tono de los dos esposos



se había ido elevando á medida que sus palabras se hacían más ásperas. Contaminada de la violencia con que Luis trataba de dominarla, Elena se había erigido temblando de indignación. Una rabia sorda le sugería palabras agresivas y experimentaba un amargo placer en devolver golpe por golpe en aquel atroz combate. Dió algunos pasos y luego exclamó con una firmeza inusitada para su marido:

—Escucha Luis. Nos encontramos en uno de los momentos más graves de nuestra existencia y conviene no proceder á la ligera y hablar con claridad. Házme la justicia de confensar que hasta ahora no te he dado una queja y eso que tenía motivo. Me has engañado y nada te he dicho, has acumulado mentira sobre mentira y nada te he dicho, me has expuesto á torturas morales que me han ocasionado una enfermedad y hubieran podido costar la vida á nuestro hijo y tampoco te he dicho nada. Pero hoy para contribuir al éxito de tu querida, para adornar su triunfo, quieres obligarme á seguirte, á escoltarla como una amiga complaciente. Contra esto me sublevo. He soportado el pesar, no aceptaré la adyección. Las lágrimas, en buen hora, el fango, jamás.

—¿Quién habla de triunfo, ni en qué consiste la adyección?—respondió Luis con voz entrecortada porque la resistencia que encontraba era ruda y él no tenía carácter para luchar mucho tiempo.—Se trata sencillamente de estar un cuarto de hora en un salón, donde verás reunida la mejor sociedad de París.

—No serviré yó allí de espectáculo. Me niego á per objeto de la curiosidad insolente de todos, no quiero exponerme á oír encarnecer ó censurar la serenidad con que soporto la humillación que se me ha srepurado.

—La humillación eres tú quien la hizo sufrir la otra noche en casa de Lereboulley. Quien fué objeto de curiosidades la señora de Olifaunt cuando tú la ultrajaste delante de sus amigos y los nuestros. Tu presencia en su casa no tendrá más efecto que atenuar el daño que la hiciste y que no merecía. Porque tú la acusas sin pruebas. Hasta ahora he desdenado defenderme, pero tengo que resignarme á hacerlo, puesto que tus celos son el único obstáculo á esta reparación necesaria.

—Y que te han impuesto, ¿no es verdad? y en cambio de la cual serás adorado, y que tú eres bastante cruel para pedir y me crees bastante débil para conceder. Pues bien, desengáñate y no trates de engañarme más. Sé todo lo que necesito saber, no tengo sospechas, tengo sospechas, tengo certidumbre. Te he visto ir á tu cita. He tenido en la mano la carta en que te la daba. Por más que me sintiera cruelmente herida, he guardado silencio no por temor sino por cariño. Esperaba que viéndome padecer volverías en tí y vendrías á la que te ama realmente, á la que no ha amado ni amará nunca más que á tí. Pero en lugar de compadecerte te he alentado. La facilidad del mal te ha complacido y ahora pierdes el sentido moral hasta el punto de pedirme que cubra con mi honradez á la que me ha robado tu cariño. Quieres que sirva de garantía á mi rival. ¿No te avergonzarás de que nos vean juntas y cogidas de las manos? Tu mujer, la que lleva tu nombre, la madre de tu hijo, al lado de esa bribona... Vamos Luis, reflexiona, no me impongas el martirio de ver que persistes, á pesar de todo lo que te he dicho... ¿Te respetas tan poco? Vamos, dímelo todo. ¿Qué horrible compromiso has adquirido para no rendirte á mis razonamientos y ceder á mis

ruegos? Pero ¿deveras te has comprometido á llevarme?

Lívido, con las facciones descompuestas por el horror de aquel tormento, Luis no contestaba. No se atrevía á mirar á Elena; pálido, pero sin ceder, permanecía inmóvil con los ojos bajos, clavados en una flor de la alfombra. Elena, ahogándose por los violentos latidos de su corazón, con los labios temblorosos, pero dueña de su pensamiento, resuelta y con toda la fuerza de su voluntad, se acercó á él le cogió la mano y le dijo con dulzura, obligándole á levantar los ojos:

—Luis, se trata de proteger la reputación de esa mujer y probar que no eres su amante, ¿no es verdad? ¿Te han tendido algún lazo? ¿No has podido rehusar y has jurado por tu honor que yo iría?

El débil esposo no pudo articular una palabra, y contestó afirmativamente con la cabeza.

—Está bien—dijo Elena—ni aun con esas gentes debes faltar á tu palabra: iré.

Entonces la miró y le pareció elevada á toda su altura moral. No había en ella nada de exaltado, de violento, de teatral: hacía el sacrificio de su dignidad de mujer con la tranquila abnegación de un alma maternal. Luis quiso hablar, las palabras se ahogaron en su garganta, tendió la mano como para pedir gracia, y cayendo en un sillón, prorrumpió en sollozos. Ella le miraba llorar con tristeza profunda y misericordiosa, y recordaba las palabras de Emilia: "un niño, un verdadero niño." Se acercó á él y enjugó cariñosamente las lágrimas que corrían por sus mejillas. Entonces Luis, cogiendo una de sus manos la llevó á sus labios con respetuoso cariño, exclamado.

—¡Oh! Soy cobarde y abominable, y tú la mejor



y la más valiente de las mujeres. ¿Qué hay en mí que me atrae de este modo el vicio y no puedo sustraerme á él? Yo te amo con toda mi alma, te lo juro y bien lo sabes... A esa mujer la desprecio, hay momentos en que la odio y no puedo prescindir de ella: Me reprocho la infamia de mi conducta, quisiera arrodillarme á tus pies para que me perdonaras, y si me pidieras que jurara no volver á caer en mi locura, juraría en falso, porque comprendo que no podría hacerlo. Yo te lo suplico, tú que eres fuerte, arráncame á mí mismo, devuélveme el valor y la altivez. ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué me has dejado entregado á mí mismo de un año á esta parte? Yo no hubiera cometido todas estas faltas si tu hubieses estado á mi lado para dirigirme y defenderme. Yo soy un pobre desgraciado sin energía y sin honor, te he ultrajado á tí, criatura perfecta y apenas me acusas ¡Ah! ¡Qué miserable y qué indigno de lástima soy! Abandóname. Quédate con mi santa abuela para que no muera sola, pero no sufras por más tiempo los tormentos que te impongo. Yo partiré y desapareceré.

Elena le miró con aire de reconvención.

—¿Y tu hijo? —preguntó.—¿No piensas en él? ¡Ay! Prescindo de mí, y por amor á tí estoy dispuesta á hacer muchos sacrificios. Yo no era más que una pobre otrera que vivía en un cuartucho cuando tu abuela vino á cogerme de la mano para traerme á vuestra casa y tratarme como hija. No lo olvidaré nunca, y os pagaré en abnegación á ella y á tí, mi deuda de gratitud. En rigor puedes dejarme y creer que has hecho bastante por mí dándome tu nombre, tu fortuna y un año de felicidad. Pero, ¿y tu hijo? Hablas de partir, de desaparecer, ¿crees haber ya cumplido con él? Piensa que un día le deberás ejem-

plo, y que no se prepara un padre de repente para esa tarea: es necesario emprenderla desde muy temprano. La madre no basta al hijo y el padre tiene muchos deberes que cumplir con él. Perdóname que te hable así. Tú no sabes cuánto te amo, ni qué sacrificios haría por corregirte. No te falta más que un poco de juicio, porque eres bueno y generoso. Prométeme que harás todo lo posible por resistir tus malos impulsos y que volverás á nosotros, que te amamos verdaderamente. ¡Seríamos tan felices!... ¡Ah! Luis, eso sería tan fácil, tan sencillo, tan dulce...

Luis escuchaba pensando que efectivamente sería dulce, sencillo, fácil, que no tendría que mentir, ni esconderse, ni vivir bajo la presión de un remordimiento continuo. Recordó los hermosos días de Boissise con su tranquila calma y su refrigerante frescura. ¿Quién le impedía volver á aquel tiempo en que era tan libre de voluntad y de corazón? ¿Por qué no había de marchar con Elena á Italia ó á España, á un país de sol de cielo alegre, lejos de todas las intrigas y al abrigo de todas las tentaciones? Ya abría la boca para decir: "Marchemos", cuando se le aparecieron de repente los ojos azules, los labios sonrosados y los cabellos de oro de la hermosa inglesa, y este recuerdo hizo huir todos sus risueños y saludables pensamientos. Dejó oír su vos el orgullo: "¿Qué pensaran de tí? Parecerás un chiquillo que obedece cuando le riñen. Por una reprimenda de tu majer te volverás sumiso y obediente. ¿No eres tú el amo? Eres un necio que te dejas dominar oyendo cuatro frases sobre la familia. ¿Acaso los hombres como tú se sujetan á otras reglas que las de su fantasía? ¿Son los lazos morales bastante fuertes para retenerte? ¿Eres tú como el

común de los maridos dominados por principios infantiles? ¿O te cuentas entre los seres excepcionales que saben sustraerse á todas las trabas sociales?„ En un momento se operó una evolución en su ánimo y se creyó cándido y tonto. Había estado á punto de ceder á mezquinas consideraciones vulgares. El demonio que llevaba en si fué el más fuerte. Se sintió tan frio como antes se sentía inflamado, desapareció toda huella de remordimiento y no quedó en su corazón más que el deseo imperioso de satisfacer su capricho.

Sin embargo, no se atrevió á levantar tan pronto la cabeza. Cogió la mano de Elena, la estrechó y la llevó otra vez á sus labios. La esposa había seguido en el rostro de su marido el movimiento de sus ideas. Le vió poco á poco recobrar su tranquilidad helada, dejó pasar como vano ruido las palabras cariñosas que la dirigió antes de marcharse, y cuando quedó sola, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, lloró amargamente.

Desde entoces perdió la esperanza de reducir por su constante dulzura y su cariño inagotable al ingrato que la hacía traición, pero no se desanimó por eso ni cambió de actitud. Nunca estuvo más encantadora ni más tierna que en aquellos días de prueba. Había lanzado un reto al destino y quería luchar hasta el último extremo, desplegando tesoros de ingenio para gustar á su marido, para atraerle, para conservarle, haciéndose coqueta para seducirle y experimentando vivos movimientos de alegría cuando veía que lo lograba. Quería hacerle la casa agradable y que no tuviera ninguna excusa para alejarse de ella. Solamente no llegó á abrir su habitación á Luis. La victoria de un día hubiera sido pagada muy cara por el abandono del día siguiente.



No podía admitir la idea de una participación. Quería de su marido todo ó nada. Entre tanto sabía aparentar con tal perfección que era dichosa, que la abuela, que vivía en comunidad completa con el joven matrimonio no sospechaba los graves desórdenes que lo perturbaban.

Desde la escena ocurrida entre ella y su marido, Elena no había vuelto á hablar del baile de la señora de Olifaunt. Esperaba que en el último momento Luis sentiría vergüenza y resolvería no asistir, pero si en él no se producía este movimiento de dignidad estaba resuelta á acompañarle. Había decidido ser heroica; sin embargo, preguntó á Emilia si tenía invitación.

—Sí—respondió la señorita de Lereboulley—Diana se ha empeñado absolutamente en que esa noche haya en su casa una mujer honrada.

—Habrá dos: usted y yo.

Emilia frunció las cejas, con una lijera exclamación de sorpresa, y miró fijamente á Elena como si quisiera leer hasta en el fondo de su alma.

El día siguiente, en un salón, Thauziat se acercó á Elena, y después de cambiar con ella algunas frases sin importancia, la dijo de repente:

—¿Es verdad que va usted mañana á casa de la señora de Olifaunt?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque ella lo propala.

—¿Es tan glorioso para ella?

—Mucho.

—Tanto mejor para ella. Yo doy á este acto poca importancia.

—¿No está usted celosa?

—No lo estoy ya.

Se puso un poco pálida y añadió con risa forzada.

—La costumbre fatiga el espíritu.

El la miró fijamente y dijo con dulce gravedad:

—La compadezcó á usted con toda mi alma.

Elena levantó la cabeza y le dijo casi brutalmente:

—Está usted dispensado de hacerlo. Ni quiero compasión, ni necesito consuelo.

Thauziat replicó:

—No puede usted impedirme que crea que el destino es injusto con usted y que desee su felicidad, aunque yo haya de padecer. Yo no he cambiado, bien lo sabe usted; hay hombres que son fieles á su amor.

Elena le miró orgullosamente.

—¿Qué espera usted?—preguntó.

—Nada. Pero la amo á usted y la sigo en la vida, porque encuentro una dicha en verla y oirla. La compadezco, porque soporta usted la desgracia con valor admirable, y quisiera impedirla cometer locuras heroicas que no se desarmarán á aquel por quien usted las hace, y que perjudicarán á usted á los ojos del mundo. En la lucha que usted ha emprendido, será cruelmente desgarrada, porque las armas no son iguales. Los adversarios de usted van acorazados de indiferencia ó de maldad, usted lleva los brazos abiertos y el corazón desnudo. Ellos son hipócritas y felones: usted franca y leal. No puede usted menos de ser vencida.

Se detuvo sin atravesarse á hablar, como temeroso de pronunciar su propia sentencia. Sin embargo, Elena adivinó que no lo había dicho todo y le dirigió una mirada suplicante. El la comprendió y continuó:

Usted no conoce á su marido y desde el primer día han emprendido mal camino con él. Es de esos hombres que no quieren ni estiman más que á

los que les resisten. Usted ha sido dulce y buena, y la ha martirizado.... Era inevitable. Aun es tiempo: sea usted implacable y violenta... Y desde luego niéguese usted á humillarse delante de su rival.

Movió la la digna mujer melancólicamente la cabeza.

—¿No quiere usted? Entonces no hay remedio. No olvide usted que he tenido la honradez de darla este consejo, y crea usted que siempre tendrá en mí un amigo apasionado.

Dejó escapar un suspiro, inclinó la cabeza y se alejó.

Elena entró en su casa sombría y preocupada. La mañana del funesto día, Luis se mostró nervioso, hablando con afectada jovialidad. No reparó en la gravedad triste de su mujer; pasó todo el día en sus oficinas de San Dionisio y volvió justamente á la hora de comer. Terminada la comida dijo á su mujer en tono breve:

—Nos iremos á las once, ¿no es eso?

Ella contestó lacónicamente:

—Sí.

Estaba perdida toda esperanza de un buen movimiento. Elena con la señora de Hérault se fué á su cuarto y jugó un momento con su hijo. Allí se sintió invadida por una tristeza tal, que no pudo contener las lágrimas. La abuela asustada la interrogó; pero se negó á contestar. Su pena era suya y nada más que suya. Estaba enamorada y celosa. Se repuso pronto y comenzó á vestirse delante de la anciana un tanto inquieta. A las once estaba lista. No quiso bajar al salón como tenía por costumbre y esperó á Luis en su cuarto. Llegó éste con alguna impaciencia presumiendo encontrarla sin vestir. Al verla, se detuvo sorprendido por su hermosura.



Llevaba un traje blanco guarnecido de perlas. Ninguna alhaja en el cuello. En los cabellos ligeramente rizados, una pequeña garzota que le daba un aspecto altivo. Se adelantó hacia su marido y cogiéndole la mano, le lleva á la habitación inmediata donde dormía el niño. Apartó la colgadura y se la enseñó. Luis se inclinó sobre la criaturita, la miró en silencio y la besó. El corazón de Elena no cabía en su pecho. Ella á gritar: "Por su amor quédate conmigo.", Pero Luis se incorporó con mucha calma, arreglándose el lazo de la cobarta.

La heroica madre comprendió que su última tentativa era inútil, y bajando la colgadura con respeto religioso, como si cerrara un templo á miradas sacrílegas, dijo:

—Vamos.

## X

Diana, radiante de orgullo, había tenido entre las suyas la mano de la que la ultrajó, y había mostrado á Lereboulley estupefacta el espectáculo inesperado de la señora de Hérault atravesando sus salones del brazo de sir James; y ligera como una mariposa, con su traje de gasa azul, iba de grupo en grupo recogiendo cumplidos y sonrisas. Todas las hermosas mundanas y los brillantes calaveras que había en París se habían reunido en sus salones, y era verdaderamente un cuadro encantador el de tan-

tas mujeres elegantes y tantos apuestos caballeros bailando con grande animación y alegría. Los abanicos, como alas de mariposas, palpitaban sobre los blancos senos, los diamantes brillaban y las faldas giraban con ligeras ondulaciones, como arrastradas en un vuelo armonioso, al compás de las melodías de la orquesta.

Gordo, orondo, florido, Lereboulley rebosaba en medio de aquella concurrencia regocijada. Parecía que él daba la fiesta. Paseaba siguiendo á Diana, gozando de los plácemes, comprometiéndola á fuerza de satisfacción, y olvidando á sir James, que en una mesa de juego ponía á prueba la suerte de sus convidados. El senador estaba entonces seguro de que la pretendida intriga entre Luis y Diana no existía. Allí estaba la señora de Hérault tranquila y sonriente, al lado de Emilia, en un grupo de jóvenes; luego tenía la prueba de que sus sospechas eran infundadas. Podía, pues, respirar libremente y su felicidad no estaba amenazada. Por la primera vez en quince días habló familiarmente con Luis, le miró con benevolencia y bromeó con él.

Amigo mío,—le dijo—todas las mujeres hermosas de París están aquí esta noche. Si se quemara la casa y no logran salir, mañana no sabrían los buenos mozos qué hacer de su corazón.

Rió él mismo su chiste, y viendo á Diana se adelantó á su encuentro. Ella le llevó á un rincón y le dijo con aire de inocencia triunfante:

—Ya ve usted que ha venido y no parece disgustada.

—Sí, sí, estoy satisfecho... Yo quiero mucho á la familia de Hérault, pero quiero más á mi hermosa Diana, que está encantadora esta noche. No veo más que la mujer de Luis capaz de sostener la compe-

tencia. En caso de una derrota sólo ella podría consolarme.

Un relámpago de horrible maldad cruzó por los ojos de la señora de Olifaunt, que dijo:

—Pues perdería usted el tiempo, porque esa plaza pertenece á Thauziat.

—¿A Thauziat?—dijo Lereboulley con asombro —¿está usted loca, Diana! La señora de Hérault es la más honrada de las mujeres, y no ama más que á su marido.

—¿Y qué soy yo entonces que le sacrifico á usted el mío?—interrumpió con acritud Diana.—Muy poca cosa, ¿no es verdad?

—Usted es la perfección misma. Pero la señora de Hérault...

—Ya me causa la tal señora. Una antigua obrera a quien cayó una fortuna llovida del cielo, y á la que todos tratan como á una duquesa. ¿Qué tiene esa mujer? Thauziat está loco por ella y usted mismo se va contagiando. Vaya usted á hablar con ellay le contará cómo mama su chiquillo y las emociones del primer diente. Porque sólo es la más honrada sino la mejor de las madres... ¡Buen negocio hace con eso su marido!

Al decir esto se echó á reir.

—Vamos, Diana, perdón.

—¡No! Vaya usted con la más honrada de las mujeres. Yo no soy más que una mujer bonita... No tengo las virtudes que á usted le hacen falta.

Le volvió la espalda y pasó al salón de juego. El senador la siguió con la vista y la vió que se acercaba á Luis. Le cogió el brazo, le habló al oído muy confidencialmente y salieron los dos. Lereboulley se sentó á una mesa de ecarté. Generalmente jugaba bien, pero aquella noche no hacía más que torpezas.



Su pensamiento estaba en otra parte. ¿Por qué había cogido Diana el brazo de Luis, y qué le había dicho? ¿A dónde había ido? ¿Qué harían? Todas estas preguntas acudían á su imaginación sin encontrar respuestas satisfactoria. Primero le había inquietado la acritud repentina de Diana, y aquella intimidad con Luis acabó de alarmarle. Por su frente corrían gruesas gotas de sudor, y se preguntaba si habría sido burlado por Diana, que acaso en aquel momento se reía de él acompañada de Luis Hérault.

Dejó las cartas, pagó lo que había perdido y se dirigió apresuradamente hacia la puerta por donde había visto salir aquella pareja que le parecía tan sospechosa. En el saloncito lleno de bailarines no vió ni á Lyis ni á Diana. La señora de Hérault, un poco pálida, hablaba con Emilia. Las dos jóvenes, sentadas en un diván entre la chimenea y la puerta, se encontraban en cierto modo aisladas en una intimidad en que nadie podía molestarlas. Lereboulley las hizo un saludo amistoso y pasó. En la galería tampoco encontró á los que buscaba. La escalera por donde se subía al segundopiso estaba espléndidamente iluminada, y el buffet se había colocado en la ancha meseta con columnas de mármol. El sonido de la orquesta, debilitado por la distancia, llegaba allí como un murmullo. Las parejas subían y bajaban hablando alegremente, y el chocar de la plata y la porcelana probaba que los convidados de sir James hacían honor á su hospitalidad.

El senador subió los doce escalones y se encontró en la galería donde estaba la habitación de Diana. El buffet atraía mucha gente, pero la galería estaba desierta. Por la puerta entreabierta del tocador se vislumbraba una claridad discreta. Lereboulley sintió un golpe en el corazón. Tuvo la sospecha

de que Luis y Diana eataban detrás de aquella puerta. Le impulsaba un deseo ardiente de conocer su suerte, y sin embargo no se atrevía. Se sentó en una banqueta con el rostro demudado, preguntándose: ¿iré ó no iré?

Efectivamente, Luis y Diana habían seguido el mismo camino que Lereboulley. Habían atravesado el saloncito sin ver á Elena y Emilia ocultas en un rincón solitario, llegaron al buffet, y por la desierta galería entraron en el tocador de Diana, apenas alumbrado por una sola lámpara. Se habían detenido en la semi-obscuridad de la habitación, aspirando el ambiente fresco de aquel lugar retirado y gozando la tranquilidad que allí reinaba y la sombra que proporcionaba descanso á los ojos. Allí apenas un rumor lejano recordaba que en la casa había fiesta, y esto daba más encanto á aquella calma momentánea. La señora de Olifaunt, en pie delante de la chimenea, iluminada vagamente por la débil claridad de la lámpara, tenía la gracia de una aparición. Luis la devoraba con los ojos y se acercó á ella.

—Ya ves, Diana, que te he obedecido—la dijo—me habías impuesto el mayor sacrificio que podía hacerte. ¿Cómo me recompensarás?

—¿Necesitas recompensa por haber dado una prueba de amor á la mujer que lo arriesga todo por tí? Te amo; ¿es esto bastante?

—Repítelo.

—¿Lo dudas?

—No. ¡Pero soy tan feliz oyéndolo decir! En tus labios esa palabra tiene una dulzura que yo no conocía. ¡Ay, Diana! ¿Qué encanto es el tuyo que lo hace olvidar todo? Cada vez que he querido alejarme he sido arrastrado á tí por una fuerza que triunfaba de mi voluntad. Dices que arriesgas mucho por mí; ¿qué

no arriesgo yo por tí? La dicha de los que me rodean, su tranquilidad. Si tú eres culpable yo lo soy cien veces más. Amame, porque tu amor es ahora mi única alegría.

Había pronunciado estas palabras con un ardor casi convulsivo. Diana se acercó á él, y echándole los brazos al cuello le dijo tierna y acariciadora:

—Te amo y no amo más que á tí.

En aquel momento resonó una exclamación ahogada. Se volvieron, y en la puerta del tocador que daba al dormitorio vieron á Lereboulley. Pálido, con las piernas temblorosas y los labios cárdenos, los miraba con el estupor de la desesperación. Había llegado para oír las últimas palabras de Diana y verla abrazar á Luis. Quedó inmóvil como herido de un rayo, y sin poder expresar su pensamiento, que debía ser terrible, apretaba los puños como si se dispusiera á la lucha. Por fin lanzó un grito de rabia, y acercándose á Diana vociferó:

—¡Miserable! ¡Miserable!

La inglesa le miró con una sonrisa irónica, y sin retroceder un paso dijo imperiosamente, indicando la puerta á Lerezoulley:

—No me gusta que se grite en mi casa. Además ¿con qué derecho se permite usted entrar aquí y amenazarme? ¿Es usted mi marido?

A estas palabras, que definían con tanta claridad los papeles respectivos, respondió el senador con una sombría mirada. Comprendió que su situación era falsa, que su autoridad sobre Diana procedía de ella misma y que se la podía quitar con una palabra. En un segundo midió la extensión de la pérdida que podía experimentar. Juzgó imposible su existencia sin la mujer que la llenaba de alegría y de orgullo y se preguntó si no efa



preferible cometer la cobardía de excusarse y aceptarlo todo. Sin embargo, tuvo una idea de resistencia; pensó que era bastante rico para que ella no vacilase entre Luis y él, se sintió dominado por la rabia y exclamó deponiendo toda prudencia:

—Si no soy tu marido, soy tu amante.

Diana apenas le dejó acabar, y apoyándose con gracia voluptuosa en el hombro de Luis, contestó:

—Mi amante es este.

—Diana—exclamó el enamorado Lereboulley reponiéndose y sintiéndose vencido—Diana, todavía es tiempo.. Reflexiones usted. Yo no he oído nada, no quiero saber nada, lo he olvidado todo. Pero no me trate usted con esa crueldad. Está usted incomodada... Tiene usted razón. me ha arrebatado la cólera,.. He cegado... Usted sabe cuánto la amo... Diana!

La vió impasible mirándole fijamente con sus ojos azules claros y duros como el acero, y experimentó un movimiento de indignación.

—¡Oh!—exclamó.—Háterme dejado humillar inútilmente delante de ese joven, á mí á un viejo, después de las bondades que he tenido con usted. Porque nadie la amará á usted como yo la he amado. Todos sus caprichos los he sufrido con gusto. todos sus deseos los he satisfecho. No ha tenido usted que hacer más que hablar y me he apresurado á complacerla. Usted es rica, tiene las mejores alhajas, un tren de princesa... y yo estoy pronto á doblar. á centuplicar mis prodigalidades. Si usted me hubiera sido fiel, á mi muerte la hubiese dejado una parte de mi fortuna, porque yo la quería como á una hija... Y soy viejo, no hubiera usted tenido que esperar mucho tiempo. Diana, piénselo usted... Esto vale la pena de pensarlo... Si salgo

por esa puerta todo habrá concluído y no volveré más.

Diana se echó á reir y mirándole de cierta manera que estremeció á Lereboulley, contestó:

—Usted volverá cuando yo quiera. No tendré que hacer más que silbar.

Ante esa insolente brabata, el senador se inclinó como para arrodillarse.

—Sí, es verdad—dijo...—Volveré... lo comprendo, pero ahórreme usted el dolor de salir.

Se adelantó hacia ella, la cogió por la mano y llevándola al hueco de la ventana la dijo devorándola con los ojos:

—¿Qué he de hacer para que consientas en seguir conmigo? Sufrirlo todo, la vergüenza de no ser aquí el amo, el tormento de verme burlado. Pues bien... consiento. Al menos te tendré todavía. Cerraré los ojos ante tus extravíos y tú sabrás proporcionarme la ilusión de la felicidad.

Diana replicó duramente:

—No.

—¿Pero le amas?

Ella contestó bajando la voz y dirigiendo una mirada furtiva á Luis.

—Creo qué sí: tanto odio á su mujer.

—El no podrá hacer por tí lo que yo hacía: estará arruinado antes de un año.

—Mejor: ella quedará en la miseria.

Lereboulley se sonrió brutalmente.

—Si es eso lo que deseas pronto está hecho. Pero ¿por qué despedirme?—preguntó suplicante.—¿Por qué, Diana?

—Mi casa estará siempre abierta para usted como para todos mis amigos. Puede usted venir cuando quiera.

—Así nunca. Sufriría demasiado. Oiga usted, Diana, no me lleve usted al extremo. Yo soy capaz de todo, hasta de lo infame por no perderla... Tema usted que se lo diga á su marido.

—Hágalo usted.

—Matará á Luis.

—A usted por calumniador.

Diana se apartó del banquero, diciendo;

—Váyase usted, su instencia me fatiga. Ha decaído usted mucho... Hace un año no hubiera usted dicho tantas tonterías.

De los ojos de Lereboulley corrieron lágrimas de rabia y de humillación que se secaron con el fuego de sus mejillas. Hizo un violento esfuerzo y dijo con voz ahogada:

—¡Adiós, Diana!

Se detuvo delante de Luis, que había presenciado esta escena conmovido, diciéndole amenazador:

—Usted lo pagará.

Y salió.

Diana se acercó á Luis y cogiéndole la mano que estrechó entre la suya, como si cerrara con él un pacto, exclamó:

—Me has hablado de tus sacrificios; creo que los míos no son menores.

El quiso hablar, pero ella le cerró los labios con sus dedos blancos y delicados, añadiendo con delicosa sonrisa.

—Ámame, es todo lo que te pido.

Se colgó de su brazo y saliendo á la galería, volvieron á la animación del baile.

Desde aquel día Luis vivió en una agitación intelectual y moral á que no estaba acostumbrado. Quiso reemplazar á Lereboulley y se mostró más pródigo que lo había sido el senador. Su vanidad



quiso luchar con las exigencias de Diana y empeñó un combate terrible, donde corría el oro como la sangre en los campos de batalla. Pronto comprendió que su fortuna no duraría mucho tiempo. Los negocios eran la fuente de donde el senador sacaba sin cesar. ¿Por qué no había él de hacer lo mismo? Hasta entonces no le había detenido más que su indolencia. La necesidad de proporcionarse sumas importantes le hizo dominar su pereza y comenzó á trabajar formalmente por la primera vez de su vida. el vicio le dió valor y como no era tonto, alcanzó buen éxito en sus primeras operaciones.

Pero sus ganancias de Bolsa le parecieron muy precarias. La suerte podía volvérselo en contra y el buen resultado de la víspera ser anulado por el fracaso del día siguiente. Buscó una palanca más sólida y la descubrió. El negocio del cable submarino estaba en vísperas de ultimarse. Lereboulley había reunido una comandita enorme y el mundo financiero se preocupaba ya de esta importante operación. Europa entera se interesaba en el resultado porque el precio de los despachos se reduciría á la mitad á causa de la concurrencia y de este modo el comercio beneficiaría en gran parte las facilidades creadas por la nueva compañía. Inglaterra se mostraba muy hostil. El Gobierno había hecho intervenir oficialmente á su embajador en París. La sociedad inglesa del cable trasatlántico parecía dispuesta á suscribir un gran número de acciones para tener influencia en la sociedad francesa. Pero Lereboulley se proponía reunir en sus manos y en las de sus amigos un número de participaciones de fundador que asegurase la preponderancia á los accionistas franceses. El nuevo valor iba á dar lugar á un agiotage importante, en cuanto la ley necesaria para el

establecimiento del cable inter-occeánico, fuese votada por el Parlamento, lo cual por otra parte no ofrecía grandes dificultades, pues Lereboulley había anunciado que tomaría la palabra y sus amigos políticos contaban con mayoría en la Cámara y en el Senado. El negocio era muy claro, lucrativo y esencialmente patriótico.

Sobre esta operación que conocía á fondo, se propuso Luis especular de suerte que ganara de una vez para subvenir ampliamente á los gastos de Diana. En las reuniones preparatorias que se celebraban todas las semanas, encontraba á Lereboulley, pero éste continuaba sombrío y evitaba con cuidado hablar con él. Se saludaban al llegar, pero no se hablaban. Un día Thauziat cogió á Luis aparte y le dijo:

—Lereboulley quiere que tú quedes fuera del negocio. Me ha dicho que le disgusta encontrarse contigo y me ha encargado que te ofrezca un arreglo. Renunciarás á la fabricación del cable en los talleres de San Dionisio y recibirás quinientos mil francos de indemnización por tus trabajos hasta el día. Como la construcción aún no ha comenzado y el negocio no está más que entablado... Tú verás lo que te conviene...

—Pronto está visto—rehuso.—¿Se burla de mí Lereboulley? Yo tengo asegurados grandes beneficios. La fabricación del cable es mía por contrato y se me ha de pagar la mitad en dinero y la mitad en participaciones de lundador. Es una fortuna lo que tengo entre las manos. Mi padre había ya trabajado para esta especulación que está hace diez años en vías de realizarse. No he de renunciar por quinientos mil francos á todo lo que ha hecho la casa Hérault.

—¿Quieres más?

—No quiero sino mi participación.

—Haces mal. Te creará dificultades.

—¿Cómo?

—De todos modos. Buscará toda clase de pretextos para que no puedas cumplir á tiempo. Tendrás pleitos. Él es sagaz y te odia. ¿Por qué diablos le quitaste á Diana? Ya te lo dije.

—Porque es la mujer más bonita de París.

—La mujer más bonita de París, está en tu casa; es la tuya.,. En fin, ¿no aceptas un arreglo?

—No.

—Pues ten cuidado.

—Nada tengo que temer.

—Tanto mejor. En todo caso acuérdate de que he tratado de abrirte los ojos y no me acuses nunca de lo que pueda suceder.

—No estás poco trágico. Hombre, no hacemos la guerra, hacemos un negocio. No creo que resulte ningún muerto.

—¡Ojalá!

Thauziat cambió de tono y se mostró tan alegre como antes había estado grave.

—¿Y qué haces de sir James?

Luis se echó á reír.

—Lo que está acostumbrado á ser.

—¿Juegas con él?

—No. Tiene demasiada suerte.

—Entonces, echará de menos á Lereboulley.

—Creo que Lereboulley le echará más de menos á él. Ed sus relaciones con la mujer el marido era lo que más le gustaba. Creo que ha estado mal hecho separar á esos dos seres nacidos para entenderse, á pesar de sus aparentes disenciones. Sería cosa de reconciliarlo. Yo preferiría dejar á Diana que el cable.



—¿Hablas de veras?

—No... no por cierto.

—Tanto peor.

Los dos amigos se separaron. Cuando Luis hablaba de dejar á Diana, no se chanceaba. Si ella no le hubiera cogido por el amor propio que era la pasión que predominaba en él, seguramente hubiese encontrado muy pesado el yugo que le imponía. Variable é inconstante como una mujer, pronto se hubiera cansado, de la vida por partida doble que se veía obligado á hacer. No temía seguramente por parte de los suyos, escenas ni reproches. La anciana señora de Hérault ignoraba la triste verdad y Elena se hubiera dejado matar porque no lo supiera. Desde la explicación que había precedido al baile de Diana, no volvió á decir á Luis nada que pareciese observación ni queja. Nunca se presentó una mujer más noble ni más digna ante un marido que faltaba hasta aquel punto al honor y á la dignidad. Si lloró fué en silencio, en el secreto de la noche. Tenía veinticinco, años, era encantadora y se veía abandonada. No se hizo la víctima, ni tomó por testigos de su desgracia á Dios ni á los hombres. Toda su venganza consistió en ser más dulce, más sencilla, más encantadora que nunca. A las miradas curiosas y burlonas del mundo opuso un rostro tranquilo y su entereza fué tan extraordinaria que muchos dudaron de su infortunio.

Los que tenían la seguridad de que Luis la sacrificaba á Diana, sintieron centuplicadas las simpatías que le inspiraba. A fuerza de serenidad evitó el ridículo y encontró en su desgracia una especie de apoteosis. Se la consideró como una mártir, sonriente, en medio de sus sufrimientos, confesando, su fe, á pesar del tormento. El crédito de Diana, por el

contrario, padeció mucho. Sostenida en el mundo por la influencia de Lereboulley más aún que por el prestigio de su belleza, cuando el senador se alejó de ella, comprendió lo mucho que la servía. No se apuró por tan poco. Había subido desde muy bajo para que alguna posición la dejara de parecer alta y además estaba segura de conservar siempre una faerza á que nada resiste: una gran fortuna.

Para ocupar sus ocios y sujetar más á Luis había imaginado especular en construcciones. Compró en el barrio de los Campos Elíseos inmensos terrenos, donde empezó á costruir casas. Luis adquirió obligaciones con los contratitas y los terrenos eran de Diana, y las construcciones suyas, llegando á creer que la especulación podía ser productiva. Encontraba en esto la ventaja de no ver evaporarse en caprichos diarios la lluvia de oro, que hacía caer sobre su amiga y de contribuir espléndidamente á enriquecer á la que había considerado á Lereboulley como un fastuoso Júpiter. Pero como quiera que había firmado compromisos corría el peligro de tener que hacer frente á vencimientos que exigían sumas considerables. Desde hacía algún tiempo encontraba grandes dificultades para proporcionarse el dinero que necesitaba. Los negocios que tenía con Lereboulley languidecían y se hacían cada vez más pesados, como si una influencia secreta los entorpeciese y el banquero, tan hábil en sacar partido de todo, los descuidaba voluntariamente. Apenasse cobraban intereses, los dividendos disminuían y todo dejaba de producir.

Luis, irritado por estas contrariedades vendió gran número de acciones de sus diferentes empresas. Inmediatamente recobraron éstas su valor como por encanto; la actividad se manifestó con nuevo empuje

y los beneficios volvieron á ser lo que eran en los tiempos más prósperos. Luis hubo de rendirse á la evidencia y comprender que Lereboulley había emprendido contra él una campaña seriamente combinada. Todos los negocios en que tenía participación languidecían y no volvían á levantarse sino cuando él los abandonaba. Así se realizaban las predicciones de Thauziat.

En lugar de hacer meditar á Luis esta hostilidad le exasperó. Si no estuviera ligado á Diana por los lazos del placer, se hubiese unido á ella nada más que por odio á Lereboulley. El duelo empeñado entre aquellos dos hombres alcanzaba el mayor grado de violencia, pero su resultado no podía ser dudoso, y Luis combatiendo al senador era tan imprudente como un enano combatiendo á un gigante. Aquel Goliat era demasiado fuerte para semejante David. Además allí estaba Diana para cortar las cuerdas de su honda.

Emboscada en el centro de aquellas múltiples intrigas, como la araña en medio de su tela, espiaba á Luis y esperaba el momento de verle caer. Cruzaba hábilmente los hilos de la trama para entorpecer los movimientos del que hubiera debido tener en ella una aliada y sólo tenía una enemiga encubierta. Satisfacía á la vez un doble rencor contra el hombre que la había desdeñado y humillado cuando le amaba y contra la mujer que le había quitado el galán que deseaba. A los dos hería con el mismo golpe.

Lo que enardecía su ira era el admirable estoicismo de Elena. Si hubiera llorado, gemido, mostrado desdeñosamente. Pero el continente de la joven era soberbio. Se encerraba en su maternidad con un orgullo triunfante como diciendo: "Me has quitado mi marido pero no podrás quitarme mi hijo. Tu



amor embriaga pero es estéril; has probado todos los goces, pero hay uno que te será desconocido, el que existe casto y divino en el corazón de las madres.,,

Muchas veces al ir á los Campos Elíseos en su lujoso carruaje, Diana encontraba á la señora de Hé-rault en un coche muy sencillo, y las miradas de las dos mujeres se cruzaban. Una vez la esposa no bajó los ojos. Tenía á su lado al niño que ya andaba y á quien llevaba á jugar al Bosque, y la señora de Oli-faunt que se lo había quitado todo, ventura del presente y seguridad del porvenir, sintió deseos de arrojarle sobre ella y arañarla.

Nunca había estado Elena tan bella. La expresión un poco altanera de su rostro se había suavizado y su frente tenía una dulzura melancólica. Si boca de un dibujo tan correcto había perdido la rigidez de su arco. La madre se había acostumbrado á sonreír para el niño y la mujer se hacía cada día más seductora. Acontecía algunas veces que Luis, después de comer con su abuela y su esposa, se quedaba en el salón con ellas como en la época en que había empezado á amar á Elena. Se setaba al lado de la chimenea y permanecía silencioso, mirando vagamente en torno suyo como si no se reconociese. La serenidad un poco grave de aquella vasta habitación contrastaba con el aspecto de la de Diana. Se encontraba en una atmósfera tranquila, respiraba un ambiente casto, experimentaba una calma reparadora en qué descansaba de la agitación de los negocios y del enervamiento de su pasión.

Una noche Elena se puso al piano, hojeó distraí-damente un album de melodías antiguas y cantó á media voz la conocida romanza: "Retrato encantador, retrato de mi amiga., La abuela á quien estas

canciones antiguas rejuvenecían, al ver que la joven iba á cerrar el piano se puso detrás de la oreja sus largas agujas de hacer media y gritó palmoteando: "Más, más., Elena sonriendo volvió á sentarse y cantó el aire célebre: "Placer de amor no dura más que un día., No lo había escogido, el cuaderno se abrió por aquella hoja y cantó lo que tuvo delante de los ojos, pero con un acento tan apasionado y doloroso que parecía un grito del alma. Los últimos ecos se extinguieron en el silencio; exhaló un suspiro, se levantó y vió á Luis á tres pasos detrás de ella, pálido y con el rostro lleno de lágrimas. Se acercó á él vivamente movida por un impulso irresistible, le miró fijamente y le dijo con una voz dulcísima:

—¿Qué tienes?

Él quiso hablar hizo un gesto de despecho y contestó:

—Estoy mal de los nervios. Voy á tomar el aire. Buenas noches.

Y se marchó. Las dos mujeres se quedaron trabajando, pero Elena estaba menos triste. Le parecía que las lágrimas de Luis eran de buen agüero. Si hubiese podido adivinar hasta qué punto aquel corazón estaba lacerado por los tormentos, le habría perdonado todo lo que la había hecho padecer.

Algunos días después se levantó una punta del velo, detrás del cuál se preparaba el último acto de la batalla en que se había empeñado. Emilia que estaba en el centro de las fuerzas enemigas, dijo una mañana á su amiga.

—¿Hace mucho tiempo que Luis tiene la administración de la señora de Hérault?

—No lo sé? ¿por qué?

—Porque acaba de hipotecar por dos millones los inmuebles que posee y de vender muchas acciones de caminos de hierro.

—Puede hacer lo que quiera; es dueño de todo.

—No es dueño de arruinar á su abuela sin que ella lo sepa, ni de exponerla á su edad á que la pongan á la puerta de la calle después de una expropiación judicial. Yo sé lo que sucede. Su marido de usted se ha vuelto loco... Va derecho á un cataclismo.. Les dejará á ustedes perdidas y usted debía interrogarle y ver si convenía tomar medidas para impedir la ruina.

—Eso nunca—exclamó Elena con firmeza.—En el orden moral haré todo lo que dependa de mí; en el orden material nada. Cuando no pienso más que en mi felicidad perdida, no he de ceder á preocupaciones de dinero. Exponerme á que Luis me ofrezca garantías de nuestra fortuna cuando sacrificaría mi vida porque me diese prendas de su arrepentimiento, es lo que no aré en ningún caso. Pobre entré en esta casa; si salgo pobre, nada importa.

Calló un momento y continuó:

—Además odio el dinero, que es causa de todos mis dolores. Si Luis se arruina, se verá obligado á ser prudente, á trabajar. ¡Oh Dios mío! ¡Si la miseria me le devuelve, bendita sea!

Emilia miró á la joven con admiración.

—¡Ah! si Luis fuera un hombre—dijo—¡que resultados obtendrían ustedes! Pero no hay que pensar en ello... Luis cuando se vea sin recursos hará algún disparate. Puede hacerse robar por Diana...

—Yo sabría quitárselo!

—Y si en lugar de robarlo le deja, y en un rapto de desesperación.



Elena palideció, pero contestó haciendo un ademán enérgico.

—Yo leeré su resolución en sus ojos. No puede ocultarme nada.

—Tenga usted cuidado. Juega usted un azar terrible.

—¿Puedo hacer otra cosa? Yo no he empeñado la partida, pero la sostendré hasta el fin sin desfallecer, y Dios no me abandonará.

Como había dicho Emilia, la situación de Luis era cada vez más crítica. El círculo en que se agitaba se iba cerrando por momentos. Exasperado por la resistencia que encontraba en todas sus tentativas, se obstinaba con una terquedad de jugador. Thauziat tuvo lástima de él y trató de disuadir á Lereboulley pero el senador tenía tal animosidad contra Luis, que no quiso ni oír hablar á Clemente, á pesar de que era el único que podía ejercer influencia sobre él desde que Diana había dejado de ser su favorita. Se enfureció en términos que contestó con una violencia inusitada en él:

—Es absurdo que venga usted á hablarme en su favor después de lo que le ha hecho. Venguese usted... O por mejor decir, déjeme usted á mí... Yo me encargo de hundir á ese mocito de tal suerte que no se vuelva á hablar de él... Y entouces será agradable consolar á su mujer abandonada ó viuda. Como tendrá bastantes necesidades no podrá ser muy exigente.

Thauziat no contestó. Estaba ya casi empeñado en la causa infame que debía arrojar á Elena en sus brazos, y dejó hacer como Lereboulley le aconsejaba. Y, sin embargo, su voluntad hubiera sido un contrapeso suficiente, aun en aquel momento, para restablecer el equilibrio de la balanza y salvar á Luis.

Emilia, testigo de aquel defallecimiento moral y de aquella defección material, experimentó una gran tristeza. Vió rebajarse al que siempre había considerado superior á los demás hombres, y resolvió tener una explicación con él. Un día le preguntó:

—¿Hace mucho tiempo que no ha visto usted á Luis? Clemente se estremeció.

—Mucho.

—¿No va usted ya á casa de Diana?

—Casi nunca.

—¿Le entristece á usted ver á ese pobre muchacho perderse de use modo?

Thauziat calló y dirigió á Emilia una mirada penetrante.

—Una vez por consideración á mi amistad—continuó ella—le sacó usted del pantano. Si usted quisiera aun hoy podría hacerlo, Con una palabra neutralizaría usted los esfuerzos de mi padre. Le bastaría á usted levantar un dedo para detener la máquina financiera en que estádestrozando á ese infeliz. ¿No quiere usted hacerlo?

Thauziat continuó callando. Emilia le puso con autoridad la mano sobre el hombro, y le preguntó con firmeza:

—Thauziat, ¿no es usted ya el hombre honrado á quien yo amaba?

Rióse Thauziat, y era una risa terrible la suya, y contestó con rostro alterado por la violencia de las pasiones que agitaban su corazón:

—No, ya no lo soy.

—¿Y qué le ha hecho á usted cambiar?

—El amor á una mujer. He padecido mucho por seguir fiel á los principios de honor que yo era el único que respetaba. Porque Luis me robó á la que amaba debía ser para mí sagrado, ¿no es verdad? ¿Ea

esa la la obligación caballeresca que invoca usted en su favor? Yo deberé arrancarme el alma para defenderle y salvarle, cuando él es el que me ha dado el golpe que me hace padecer tan cruelmente. Usted dirá que es su amigo, casi su hermano, y que si yo le hago traición y le abandono le arrojo al precipicio seré indigno y desleal. Pero él, ¿qué es? Posee esa mujer, cuya pérdida me hace desgraciado, y la engaña. ¡Vaya un esposo leal á quien los demás debemos lealtad! Tiene un hijo adorable que debía ser la alegría de su vida, la esperanza de su porvenir, y se está arruinando por una bribona. ¡Vaya un padre interesante á quien hay que defender contra sí mismo! Ese hombre gozaba todas las venturas, y las ha sacrificado al placer. Ha faltado á todos los deberes. No ha tenido ni respeto á la madre ni amor al hijo. ¿Y yo he de practicar con él las virtudes que él no practica con los suyos? Sus vicios serán su salvaguardia y sus locuras título de protección. ¡Y cuando se ve gravemente amenazado por su culpa yo le he de arrancar al peligro! Eso sería necedad ó demencia. Qué sucumba ya que no ha tenida ni prudencia para evitar la lucha ni valor para salir victorioso.

Al hablar se había ido animando, su frente estaba enardecida, sus ojos lanzaban rayos y su boca se contraía con terrible ironía. Se presentaba á Emilia resplandeciente, de una belleza satánica, arrojando como una carga inútil todo lo que había de humano en su corazón y glorificando con audacia actos que no podían menos de sublevar su conciencia.

—¿Es decir, que usted combate contra él?

—Sí.

—Pues bien, Thauziét, será usted vencido. Él tiene para salvarse lo que le ha perdido á usted: el amor de una mujer.



—Veremos:

Emilia no se dió por vencida, y habiendo fracasado con Elena y con Thauziat, se dirigió á Luis:

—Ya sabes —le dijo— que yo no soy mujer que se asusta, fácilmente, pero tu conducta me espanta. Andas sin balacín por una cuerda de oro. Caerás y te romperás la crisma.

—No—repuso Luis alegremente.—Ahora no arriesgo nada. Lo espero todo del gran negocio que dirige tu padre. Ese es seguro, porque no llevarás tu desconfianza hasta creer que lo haga fracasar por darme á mí un golpe.

—Yo no creo nada, ni quiero averiguar lo que hay de posible y de imposible. Pero te ruego que te atengas á tu cooperación industrial. No especules sobre el alza de las acciones. ¿Quién sabe lo que puede suceder?

—No. Yo sé que un banquero no se divertirá nunca en arruinarse por arruinar á un concurrente, un adversario, un enemigo. Tu padre tiene capitales enormes comprometidos en el cable.

—¿Se sale alguna vez lo que tiene ó lo que no tiene? Él es muy fuerte... te odia con sus cinco sentidos... Ten cuidado.

—Gracias. Pero no te apures; no hay nada que temer.

En efecto parecía que no había que temer. El asunto del cable había pasado en la Cámara sin la menor dificultad y Luis no esperaba más que el voto del Senado para operar en grande escala y ganar en pocos días el capital de que tenía entonces gran necesidad. Gracias á haber dado algo á cuenta había obtenido aplazamientos de los contratistas encargados de la construcción de las casas en el barrio de los Campos Eliseos. Los edificios surgían de la tierra

piso por piso, y Sir James invadido de pronto por la pasión del cascote, no dejaba á los canteros y agobiaba á Hérault á quien llamaba "mi asociado", pidiendo sin cesar fondos para la edificación. Aquel hombre extraordinario subía las escalas, se instalaba en los andamios, hablaba con los capataces y lo subordinaba todo á la determinación de las casas de Diana.

Se había olvidado del hotel de ventas y de los mercaderes de curiosidades. Los inmensos cubos de piedra que cerraban toda una calle eran entonces á sus ojos curiosidades más importantes y más preciosas que las porcelanas antiguas ó los marfiles del Japón. Irritado por no poder hacer frente á las exigencias de los contratistas, Luis maltrataba á Sir James, pero no conseguía cansarle. El marido de Diana adoptaba entonces la actitud triste de un hombre cuya confianza ha sido burlada y pasaba veladas enteras sin decir una palabra; pero entonces su fiel aliada Diana se encargaba de dirigir á Luis tiernos reproches.

Una noche cansado de estos reproches y experimentando la necesidad de tranquilizar á lo que parecían dudar de él, Luis cometió la imprudencia de explicar á Sir James la combinación que había basado en la emisión de acciones del cable. Diana y su marido aprobaron el pensamiento, pero el día siguiente por una casualidad desgraciada cuando el inglés se dirigía á las canteras, encontró á Lereboulley al atravesar los Campos Elíseos. Muchas veces le había manifestado su sentimiento por no verle en su casa, pero Lereboulley le había contestado con amargura, que habiéndole retirado la señora de Olifaunt su confianza, estaba resentido y no volvería más. A pesar de todo, cuando los dos se encontraban hablaban, el uno de Diana y el otro de las

construcciones, formando un duo cuyo final venía á ser convenir ambos en que Luis Hérault no tenía bastantes espaldas para llevar á cabo el negocio, pero que Diana no corría ningún riesgo, toda vez que los terrenos eran d su propiedad.

Aquel día el mismo Lereboulley fué quien habló de las construcciones y Sir James se extendió en explicaciones técnicas sobre el estado de las casas.

—Sí, pero ¿cómo van los pagos?—dijo el senador.

—El señor de Hérault debe de liquidar pronto la situación porque va á emprender una operación de la que espera grandes resultados.

—¡Ah!—dijo Lereboulley aguzando el oído porque hacía algunas semanas que veía con disgusto que Luis no especulaba.

—Sí, espera la emisión de las acciones del cable.

—Tiene razón, dijo el senador, temblando de emoción. Es un negocio excelente.

Y estrechando la mano á Sir James se alejó en dirección de los boulevares.

De este modo se enteró de los proyectos de Luis por una indiscreción del mismo que tan interesado estaba en su éxito. Esto le dió que pensar. Iba á tener á su enemigo á su disposició. Aún no sabía como le heriría pero estaba resuelto á herirle. Era el último asalto del duelo empeñado entre ellos y había de ser decisivo. El día siguiente Lereboulley debía tomar la palabra en el Senado, para pedir un voto conforme al de la Cámara. Por un momento tuvo la idea de retardar la conclusión del negocio, pidiendo que la discusión se aplazara por un mes. Así prolongaba las dificultades metálicas de Luis y tenía probabilidades de verle sucumbir bajo el peso que le abrumaba. Pero aquel resultado obtenido lentamente y por medio de rodeos no le parecía bastante. Quería un



golpe directo, rápido y que tendiera al joven á sus pies. Soñó con gozarse en su agonía, y no supo esperar más tiempo. Comenzaba á imaginar otra combinación, muy fácil de ejecutar y terrible si daba resultado, como no podía menos de suceder. El senador entró en la Bolsa, habló con sus agentes y luego se marchó á su escritorio.

Si era grande el ardor con que Lereboulley preparaba el desenlace de la crisis, mayor todavía era la ansiedad con que Luis lo esperaba. Era jugar el todo por el todo á una sola carta. Si la suerte le favorecía, se ponía á flote definitivamente y no podía temer nada; si le era contraria, se iba á pique sin salvación posible. No quedaría de su fortuna pasada más que restos que eran de su abuela, la finca de Boissise que costaba dinero en lugar de producirlo y la fortuna que había reconocido á Elena por su contrato de boda, que era el porvenir de su hijo pero no vaciló en intentar la partida. Había llegado á un extremo que no podía retroceder. Si dejaba de pagar á los contratistas, cuando los trabajos estaban ya medio terminados, se exponía á ver vender á vil precio aquellas construcciones que habían costado tan caras y todo estaba perdido. Afrontando el peligro, podía ganar, y todo estaba salvado.

El día de la sesión del Senado, en que la cuestión se debía resolver definitivamente, Luis estaba en casa de la señora de Olifaunt, á eso de las cinco de la tarde. Hablaban de negocios, porque la seductora Diana no desdeñaba esta conversación, cuando Sir James entró en la habitación sin anunciarse, lo que denotaba en él una gran agitación, y gritó antes de saludar:

—¡El Senado ha votado... Lereboulley ha estado notable!

—¿Ha estado usted en la sesión?

—Sí. He tenido ocasión de ir, y como ésta me interesaba, he abandonado los trabajos por un día. El discurso de Lereboulley ha producido gran efecto. Ha conseguido una subvención para la sociedad, y ha hecho aplaudir vivamente un período patriótico... Estoy contento de él.

Viendo que el elogio de Lereboulley se acogía con silencio, calló; pero como no era hombre que se violentase por complacer á los amigos de su mujer, se retiró de mal talante. Entonces Diana se levantó del diván y dijo echando el brazo al cuello de Luis.

—¿Con que estamos decididos á arriesgar la gran operación?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando se inicie el movimiento de alza.

Los dos permanecieron aún juntos una hora. Quien los hubiera visto, llenos de juventud y de belleza, cogidos de las manos y mirándose fijamente, hubiese pensado que eran dos seres que se adoraban y hablaban de su amor. Pero si los hubiera escuchado, habría oído solo las palabras *plazo, contado, corretaje, prima*. Aquellos amantes hablaban como dos bolsistas y su preocupación única no era amarse, sino ganar dinero. Para llegar á esto había engañado Luis á Elena.

A fin de semana grandes carteles amarillos, en las esquinas de todo París, anunciaban la emisión de acciones del cable inter-occeánico y los periódicos financieros emprendían una campaña no desinteresada para celebrar los méritos de la empresa. En la prensa se juzgaba el negocio favorablemente. Todos decían: "No está en manos de trapisondistas, sino de hombres formales," y la gran

autoridad de Lereboulley era una garantía para el público.

Luis en aquellos ocho días estuvo agitado y febril. Hablaba con volubilidad ó guardaba profundo silencio, absorto por grandes preocupaciones. Una mañana sin que nada hubiera hecho presentir su resolución, anunció durante el almuerzo á su mujer y á su abuela, que marchaba á Inglaterra. La misma tarde se puso en camino, habiendo recomendado en su casa que bajo ningún pretexto se revelase á donde iba. Su proyecto era muy sencillo, como no se atrevía á dar todas sus órdenes á los agentes de París por no descubrir su maniobra y no quería telegrafiar á Londres, tomaba el partido de ir en persona. A su juicio la especulación inglesa debía arrojarse sobre el nuevo valor y hacerlo subir y él se proponía ayudarla con su atrevido impulso.

Hacia cuatro días que había marchado, cuando Emilia, que buscaba en un periódico la reseña de una exposición, tropezó con un suelto que decía así: "Se dice que una sociedad en vías de formación, á cuyo frente debía ponerse una de nuestras notabilidades financieras y políticas, es objeto de maniobras tan graves por parte de un grupo de especuladores ingleses, que se prepara en la Cámara una interpección para obtener que se le retire la subvención concedida por el Estado. Francia, ya engañada en Suez, no es bastante rica para subvencionar empresas destinadas á enriquecer á los capitalistas del otro lado del Canal de la Mancha." Y dos líneas más abajo: "Se anuncia la salida para Roma del señor de Lereboulley. El eminente financiero va á debatir con el gobierno italiano las condiciones de un empréstito que hace necesaria el desarrollo de la política colonial."



Todo estaba claro. Por medio del primer suelto se quebrantaba la confianza de los suscriptores en la prosperidad de la sociedad del cable, porque era evidente que se trataba de ella, y por medio del segundo se probaba que Lereboulley abandonaba el negocio, puesto que escogía la hora de lanzarlo, siempre comprometida, para ir á Italia. Asustada la amiga de Elena buscó las noticias de Bolsa y le saltaron á los ojos estas palabras, como si estuvieran impresas en letras de fuego: "Baja de cien francos en las acciones del cable inter-occeánico." En el momento Emilia, por una intuición misteriosa, tuvo la seguridad de que Luis estaba al alza y que la baja de la que veía á la vez el efecto y las causas, iba dirigida contra él. Corrió al cuarto de su padre decidida á interrogarle, á suplicarle, á hacer uso de la verdadera autoridad que ejercía sobre él, pero no estaba en casa y había anunciado que no volvería á comer.

Entonces pidió su carruaje y se hizo llevar al hotel Hérault. Allí no sabían nada. Habían recibido una carta de Luis muy tranquila, anunciando su regreso. La señorita de Lereboulley no quiso arriesgarse á trastornar inútilmente á Elena, haciéndola temer una catástrofe que no podía evitar. Tascó el freno y se retiró sin decir nada.

Al día siguiente por la mañana se dirigió al cuarto de su padre. El senador, recién afeitado, estaba sentado delante de un velador tomando una taza de té antes de ir á la calle Le Peletier. Al ver entrar á su hija, se levantó para abrazarla.

—¿Cómo tú por aquí á estas horas?—preguntó.  
—¿Qué sucede?

—Lo que sucede me lo has de decir tú. He visto que las acciones de la sociedad del cable, que de-

bían tener prima, han bajado cien francos, ¿Qué quiere decir esto?

El senador se quitó con presteza la bata, se puso el gabán y dijo riendo á su hija:

—¡Cómo! ¿Tú me preguntas por negocios de Bolsa, Emilia? ¿Y á tí qué te importa, querida? Sigue en tus dominios artísticos, créeme, y no te ocupes en otra cosa...

—Pero en fin ¿por qué ese retroceso inesperado?

—Maniobras... intrigas de sindicatos, nada importante.

—¿Pero los artículos de los periódicos dando á entender que abandonas el negocio?

—Paparruchas absurdas como todo lo que publica la prensa. La verdad se abrirá paso y las acciones subirán al precio que deben tener.

—Pero entre tanto para todos los que estén al alza... eso será la ruina.

—La ruina..., ¿Qué quieres? La ruina es el resultado de las batallas entre bolsistas, como las heridas y la muerte son el resultado de las batallas entre soldados... ¡Ay de los vencidos! Eso se puede decir en todas las guerras.

Emilia dió un paso hacia su padre y le dijo con gravedad:

—¿Puedes darme tu palabra de honor de que Luis Herault no está entre los vencidos?

Entonces en el rostro de Lereboulley vió una expresión que la aterró. Contestó con una aspereza que nunca había empleado con ella:

—¡Hola! veo que tienes buen golpe de vista, puesto que has visto claro en la situación. ¿Estás inquieta por tu amigo y me pides noticias de él? Pues bien, ha sido bastante audaz para atacarme y

le he roto las piernas como se las romperé á todos los que sigan su ejemplo.

—¿Y su madre, y su mujer, y su hijo?

—Él debía pensar en ellos.

—Porque él haya hecho mal no es razon para que los demás le paguen.

—Olvidas á quién hablas?

—¡Quisiera olvidarlo!

Al oír estas palabras pronunciadas con tristeza desgarradora, Lereboulley palideció vivamente impresionado. Se acercó á Emilia y dijo estrechándola entre sus brazos:

—Emilia, hija mía, yo te lo ruego, no tomes parte en esta cuestión, no me juzgues por las apariencias. ¡Tú sabes cuánto te amo!... Lo que acabas de decir me ha llegado al alma. ¡Oh! Que no haya entre nosotros ni desconfianza ni cólera. Permanece alejada de estas espantosas intrigas. No pongas los pies en este lodazal; te mancharías inútilmente. Yo no soy malo, tú lo sabes, y no haría por gusto mal á nadie... Pero ese Luis se ha portado conningo de una manera infame, me ha ultrajado, me ha humillado, me ha causado grandes pesares... Es indigno de tu interés... Si tú supieses... Pero tú lo sabes... Ya lo veo, te interesas por su familia. Pues bien... Yo haré por su familia lo que quieras... Son antiguos amigos... No lo olvidaré... Les reconstituiré una fortuna... Pero en cuanto á él, es preciso que sienta mi pie sobre su cabeza y lo sentirá... ó perderé mi nombre.

Había sentado á su hija sobre sus rodillas y la acariciaba y besaba para convencerla. Ella fría y serena calculaba el alcance de todo lo que acababa de oír.

—Yo soy rica—dijo levantándose.—Los bienes



que heredé de mi madre son considerables. Soy mayor de edad, libre y puedo ayudar á Luis.

—Será inútil replicó Lereboulley.—Está cogido y bien cogido... O paga ó revienta...

—Pero ¿dónde está? ¿que hace?—exclamó Emilia con desesperación.—Si tomase alguna resolución extrema... Si se matase ¡qué remordimiento para nosotros!

—¿Él matarse?—contestó Lereboulley riendo.—¡Vamos! ¿Preguntas dónde está? ¿No debías sospecharlo? Ayer volvió de Londres y se fué desde la estación á casa de la señora de Olifaunt de donde no ha salido todavía... Eso es lo que hace.

Emilia bajó la cabeza. Desde aquel momento desesperaba de su causa.

—¿Qué puedo hacer yo?—dijo.

—Trata de que vuelva á su casa y no salga de ella...

Emilia lanzó su suspiro y salió sin abrazar á su padre.

## XI

De regreso de Londres en un estado de abatimiento como el que debió anular las fuerzas morales de Napoleón, cuando llegó al Elíseo, después del desastre de Waterlóo, Luis encontró á la señora de Olifaunt muy tranquila, soportando el desastre con

una filosofía sonriente que hubiera: debido hacerle ver claramente los verdaderos sentimientos de aquella criatura, si hubiese conservado un rayo de lucidez. El mismo sir James, como si hubiera recibido un misterioso cordial, dió pruebas de una placidez muy singular, dado el interés que se tomaba por los buenos de los albañiles que trabajaban en la edificación de una fortuna para Diana.

Luis que esperaba arranques de desesperación y amargas recriminaciones, recobró al momento su sangre fría y procedió al examen de su situación. Tenía que operar una liquidación terrible, que equivalía á una ruina segura, pero el honor podía quedar intacto. Esperaba que con alguna ayuda y haciendo grandes reformas en su modo de vivir lograría volver á levantarse. Pero estas reformas debían afectar en primer término á Diada, porque ante todo era preciso que renunciara á su vida libertina y se resignara á ser un hombre ordenado.

Tendido en un sillón delante de la chimenea, en la habitación que le habían hecho preparar en el hotel Oliffrunt, recordaba los incidentes del año que acababa de transcurrir y empezaba á ver claro en su conducta. Recordó los móviles á que había obedecido y los juzgó bien miserables: pasión exclusivamente sensual, vanidad locamente sobre-excitada eran las causas que le habían hecho dinapidar su fortuna y comprometer la felicidad de su abuela, de su mujer y de su hijo.

De repente se presentaron á su memoria aquellos á quienes tanto mal había hecho y los vió reunidos en el salón del Faubourg-Poissonnière. La abuela trabajaba silenciosa en su media. Elena, pálida, tenía al niño encima de sus rodillas y le enseñaba á hablar. Este siguiendo en los labios de su

madre la formación de las sílabas se esforzaba por repetir las palabras pronunciadas y reía, palmoteando con sus manitas sonrosadas. Pareció á Luis que oía distintamente las dos voces: la de su mujer grave y triste, la del niño dulce y cariñosa. Repetían una sola palabra, siempre la misma, como si hubieran querido darle la persistencia y la fuerza de un llamamiento:

—¡Papá, papá!

Cerró los ojos para no ver aquel cuadro que le helaba el corazón pero seguía resonando en su oído las dos voces y el llamamiento se hacía cada vez más insistente, más tierno, más suplicante. Entonces Hérault se levantó, miró en torno suyo y aquella habitación en una casa extrañale produjo horror. Pensó que había ido á casa de su querida en lugar de reunirse con su mujer y disgustado como si se encontrase de repente en un lugar inmundo, cogió su sombrero y bajó.

La señora de Olifaunt estaba en su tocador ocupada en pulir con muchos utensilios de marfil y de acero el nácar perfecto de sus uñas. Indicó un asiento á Luis y le dijo sin interrumpir su importante ocupación.

—Vamos... ¿Has recobrado el dominio de tí mismo? Ayer noche me diste miedo... Estabas tan decaído..

—Tenía motivo para ello.

—¿Y has tomado ya una resolución?

—Sí

—¿Cuál?

—¿Puedo elegir acaso? Creo que note habrás figurado que voy á aprovechar la excepción del juego. Por de pronto voy á pagarlo todo... Luego ya veré lo que debo hacer.



—Te conozco demasiado para haber dudado de tus intenciones, mi querido Luis; así es que no me refería á tus negocios. Esos se arreglarán, no lo dudo, sobre todo si te pones en manos de un hombre hábil.

—Mi notario el señor de Talamon, es joven, activo y muy inteligente... Le tengo además por un verdadero amigo y pienso darles mis poderes.

—Está bien. Pero esa liquidación no puede menos de ser muy penosa para tí. Se va á hablar mucho de ella...

—Ese será el justo castigo de mi tontería—interrumpió con sequedad.

Diana levantó los ojos. El tono en que Luis hablaba indicaba un orden de ideas y de sentimientos muy distinto del que le era habitual.

—Sir James y yo—dijo—nos ausentamos por algunas semanas. ¿Quiéres acompañarnos?

El respondió friamente:

—Es imposible.

—¿Por qué?—preguntó Diana acercándose á él y sometiéndole á la fascinación de sus ojos azules.

—Porque mi situación ha variado por completo y tengo que modificar mi modo de ser.

Ella se puso zalamera y tierna, envolviéndole en el perfume embriagador que se desprendía de su cuerpo y apoyando graciosamente la cabeza sobre su hombro, le dijo al oído.

—¿No me amas ya? Si quisieras iríamos á Italia y allí á la orilla de un lago azul, bajo un sol esplendente y aspirando el perfume de las rosas, nos olvidaríamos de todo lo que no fuera nuestro amor.

Luis repitió: "Es imposible," y como ella fuese á replicar, añadió:

—Es preciso Diana que nos separemos.

La inglesa hizo un movimiento de impaciencia y la observó con atención:

—Luis ¿qué sucede? ¿De dónde viene esa resolución? ¿Qué te han dicho? ¿Qué ha pasado? ¿Es así como recompensas mis sacrificios?

—Esos sacrificios, Diana, no debo aceptarlos por más tiempo. Forzosamente hemos de separarnos. No hablándote francamente como lo hago, sería culpable contigo y ya lo soy bastante con los demás.

—¿Qué importan los demás?—exclamó arrebatadamente Diana.—¿A qué pensar en ellos?

—Sí—dijo Luis con firmeza—es preciso pensar en ellos en el momento de exigirles grandes sacrificios.

En la fisonomía de la señora de Olifaunt apareció una terrible expresión de odio y de maldad.

—Tu abuela ¿no es verdad? ¿Tu mujer?... ¿Pienzas en eso estando á mi lado?...

—¿Puedes reprochármelo cuando son tan desgraciadas?

Y con voz agogada por la emoción prosiguió:

—Bien sabes todo lo que han padecido por mí. No les quedaban más que las comodidades de la existencia material y van á perderlas por mi culpa. Es preciso que si mi presencia puede ser un consuelo para ellas, no las prive de él.

Y añadió con firmeza:

—Diana, te he sacrificado mi mujer rica é independiente, cometiendo una indignidad; pero ahora que se va á ver pobre y humillada, sería yo el último de los cobardes si no estuviera á su lado; la debo esta reparación y este consuelo.

La bella inglesa se estremeció al comprender que Luis se le escapaba y volvía á los brazos de la que odiaba. El último golpe que había pensado dar á su

rival fracasaba. En lugar de quitarla el marido, era ella quién perdía el amante. No pudo soportar esta idea, y exclamó con venenosa ironía:

—La reparación quizás le parecerá molesta y el consuelo será de seguro inútil. Si no es más que eso lo que te atormenta, puedes partir conmigo.

Luis se puso lívido y gritó cogiéndola por la muñeca:

—¿Qué quieres decir?

—Lo que sabe todo el mundo, menos tú naturalmente.

—¡Mentira!

Apretó con tal fuerza aquella carne delicada que Diana lanzó un grito de dolor, rugió de cólera, arrancó su brazo á Luis y le dió en el pecho tan fuerte golpe con la mano que tenía libre que le hizo vacilar.

—Ya que eres tan difícil de convencer, yo te la enseñaré con su amante.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

Luis contestó con acento terrible:

—¡Ay de tí si me engañas!

—¿Y si digo la verdad?

—Entonces nada me impedirá seguirte.

Se dirigió hacia la puerta porque se ahogaba. Ella le dijo dulcemente:

—¿A dónde vas?

—Al círculo.

—¿No quieres estar aquí?

—No. Hasta la tarde.

Se cerró la puerta, y la señora de Olifaunt estuvo un momento pensativa, con la frente apoyada en la mano. Luego dejó escapar una risa sardónica y dijo en voz alta como respondiendo á su propio pensamiento:



—Bastará que los vea juntos. Si exige explicaciones y se irrita, Lhauziat le matará como á un pichón.

Se acercó á su escritorio Luis XV, escribió dos billetes y tocó el timbre, á cuyo llamamiento acudió la doncella:

—Haga usted llevar inmediatamente estas dos cartas, y que me digan si las han entregado en propias manos.

En el mismo instante entraba sir James. Se levantó arreglando los pliegues de su falda, se miró minuciosamente al espejo, y con una sonrisa de satisfacción dijo á su marido:

—Hace mucho tiempo que no hemos visto al pobre Lereboulley. Tal vez he estado poco amable con él. Será preciso que te pases por la calle de Peletier y le convides á comer en mi nonbre.

Sir James hizo un movimiento de satisfacción.

—Por fin te veo razonable—dijo:—Nuestro buen amigo se alegrará mucho. Voy corriendo.

Y besando la mano á su mujer, salió.

En el hotel Hérault la inquietud se había manifestado tardía pero violenta. Durante cuatro días la existencia de la abuela y de Elena había sido regular y tranquila como de costumbre. Luis hacía un viaje, anunciaba su regreso y se le esperaba naturalmente. ¡Ay! para la pobre esposa la ausencia de su marido no era ya una causa de tristeza, y presente lo creía aún más alejado que entonces que los separaban el mar y algunas leguas de terreno. Emilia iba todos los días, y á medida que transcurría el tiempo preguntaba con tanta insistencia si había noticias de Luis que Elena llegó á alarmarse.

Preguntó á su amiga, pero esta se batió en retirada y fué imposible sacar nada de ella. Pasaba algo

y Emilia lo sabía: esto saltaba á la vista. Pero ¿que? ¿Iba también de viaje Diana, habiendo obtenido de Luis que diera por el canal de la Mancha el paseo que Lereboulley había dado por el Mediterráneo? ¿Se prolongaría la ausencia, según su marido no debía durar más de cuatro días? ¿Se había él obligado á no volver á su casa? ¿Qué no se podía temer de su debilidad y de la maldad de Diana? La terrible duda que torturaba á Elena se disipó repentinamente, pero la realidad se mostró de repente tan horrorosa, que tal vez valiera más no haberla visto.

Una mañana la anciana señora de Hérault entró súbitamente en la habitación de la que llamaba su hija y se dejó caer en un sillón. Tenía el rostro descompuesto, las monos temblorosas, y había subido la escalera tan apresurada que estaba sin aliento.

—Dios mío, ¿qué sucede?—gritó Elena, presa de horrible angustia.

La anciana la miró fijamente y preguntó:

—¿Qué! ¿Tú no lo sabes?

—Hable usted... hable usted... se lo suplico...

—Pues bien, hija mía, Luis nos ha arruinado.

Un suspiro de satisfacción se escapó del pecho de Elena. Durante un segundo había temido algo peor.

—El señor de Talamon, nuestro notario, acaba de marcharse. Ha venido á darme aviso de las ventas que Luis ha hecho en estos últimos tiempos y á decirme que ha recibido nuevas órdenes por té-légrafo. Cree que Luis se ha vuelto loco y me aconseja que le quite mi administración... ¿Qué quiere decir esto? Por más que medito no lo comprendo. ¿A dónde ha ido ese dinero? Talamon, que nos es muy adicto, ha hecho averiguaciones... Dice que

Luis se ha lanzado á un negocio enorme de construcciones. Si esto es cierto, ¿cómo no lo sabíamos? Pero en todo caso no se ha podido arruinar construyendo. Las casas no vuelan... Evidentemente hay otra cosa.

La anciana hablaba con una volubilidad febril. Sus cabellos grises es, capando de su cofia, caían en mechones despeinados. Ella tan correcta, tan arregladita de ordinario, se había presentado en aquel desorden á su notario y permanecía así delante de Elena. Su emoción la hacía olvidarlo todo.

—En otro tiempo, si hubiera hecho grandes gastos, como estaba soltero, lo hubiera comprendido. Pero ahora, casado, padre de familia... Vamos, ¿tú no te has enterado de nada?

—De nada.

—¿Tu marido se ocultaba de tí?

—También se ocultaba de usted.

—Es verdad, no sé lo que digo... Ya lo ves, querida, pierdo la cabeza.

La anciana se levantó y dió algunos pasos agitadosísima. Al pasar se vió delante de un espejo y dió un grito de horror.

—¡Dios mío ¡Cómo estoy!

Y recogiendo su pelo dentro de la gorra bajó á su cuarto. Por la tarde llegó Emilia. La misma mañana se había dirigido á su padre para obtener de él que sacase á Luis de su horrible situación. Aun estaba trastornada. Ya no preguntaba porque sabía todo lo que quería saber. La anciana, que con bastante malicia advirtió este cambio en la actitud de Emilia le dijo de repente:

—¿Cómo es que hoy no pides noticias de Luis?

La señorita de Lereboulley exclamó sin perder su sangre fría:



—Es verdad, me olvidaba; ¿sigue bien?

—Tan bien, que se está comiendo todo lo que ganaron su padre y su abuelo. ¿Acaso lo ignoras?

—Desde ayer lo sabía: lo sospechaba hace mucho tiempo.

—Entonces sabrás cómo y por qué se ha metido en esas locas especulaciones.

Emilia bajó la cabeza afirmativamente.

—Explicámelo, hija mía, porque yo me confundo. ¿Qué necesidad ó qué vicio le ha llevado á ese extremo? Habla, quiero saberlo todo.

Elena se levantó como para interponerse entre Emilia y la anciana. A la idea de que esta supiera las faltas de su nieto, le inculpase y le despreciara todo su orgullo se sublevó. Era su marido, era la mitad de sí misma, y le pareció que aquellas inculpaciones y aquel desprecio iban á recaer sobre ella. Con un gesto suplicó á Emilia que callara. La abuela lo vió y se volvió severa hacia ella.

—¿Quieres pronlogar mi ignorancia?—preguntó. ¿Por qué? La responsabilidad de nuestra desgracia ¿pesa también sobre tí? ¿Me has engañado como tu marido? ¿Eres su cómplice? ¿Eres también culpable?

Al oír estas palabras tan injustas y crueles, Elena gritó dirigiéndose á Emilia como si la tomara por testigo:

—¿Yo? ¿Yo...?

Entonces la anciana irguió su cuerpo doblado, sus facciones adquirieron una expresión de energía, y dominando con la mirada á la mujer de su nieto, dijo:

—Si te acuso sin razón, justificate... Soy vuestra madre, tengo el derecho de saber la verdad y tu deber es decírmela.

—No: lo que usted exige es demasiado penoso, —

exclamó Emilia—pero lo que ella oculta tan noble, tan generosamente, lo va usted á saber por mí.

Y á pesar de las súplicas de Elena, la señorita de Lereboulley comenzó á referir aquel martirio de un año, soportado por la esposa sin una queja, con la piadosa preocupación de evitar á la abuela el disgusto de saber las locuras de su nieto. Lo dijo todo: la traición miserable, el abandono inclemente, la humillación impuesta á la esposa delante de la querida; contó los dolores experimentados, las afrentas sufridas. Mostró de un lado el cinismo y la bajeza, del otro la paciencia y la dulzura. Destrozó á la infame Diana y la arrastró por el lodo: pintó á Elena como era, altiva, valiente, angelical y la vengó en un instante de todo lo que había sufrido.

La anciana escuchó estapefacta, sin pronunciar una palabra, aquella terrible revelación. Acostumbrada desde hacía sesenta años á considerar á todos los que habían llevado sucesivamente el nombre de Hérault, marido, hijo y nieto, los jefes de la familia, como seres de un orden superior, dignos de obediencia y respeto, sintió operarse en ella una terrible revolución. Todas sus creencias, todas sus afecciones caían al mismo tiempo, y le pareció que no había en la tierra nada fijo ni estable. La fortuna se hundía, el honor estaba amenazado, la felicidad destruída. Como un náufrago perdido en medio de la tempestad, miró aterrada en torno suyo y no vió más que á Elena sombría, pero tranquila y resuelta. Entonces la pobre señora se acercó á Elena y dijo bajando la cabeza:

—Hija mía, te he desconocido, te he acusado y todo el mal que soportas tan valerosamente me lo debes á mí. He querido darte la fortuna y la felicidad y te he hecho pobre y desgraciada. Pérdóname.

Extendió los brazos y Elena se precipitó en ellos. La anciana continuó diciendo:

—Yo esperaba hacer mucho por tí y á tí es á quien voy á deberlo todo, cariño y compasión, porque tú me ayudarás á sobrellevar la horrible tristeza que amargaré mis últimos días. Las dos seremos más fuertes para sufrir la pena con que ese desgraciado ha envenenado nuestra vida.

No pudo continuar porque Elena con tierno respeto la tapó la boca con la mano.

—No sea usted implacable—dijo con voz suplicante—ni crea que Luis esté tan completamente perdido. Nosotras le volveremos á la razón, á la calma y á la prudencia. Hasta en las horas más negras he conservado mi fé en él. Le debo terribles tormentos, pero le amo y el amor no vive sin esperanza. Ha cometido faltas, ha hecho locuras; las faltas bastará que las olvidemos para borrarlas y en cuanto á las locuras, le ayudaremos á repararlas. Las dos tenemos derecho á ser indulgentes; de usted es hijo y es mi esposo, y las mujeres hemos sido puestas por Dios al lado de los hombres para ayudárles, compadecerles y consolarles.

—¡Ah! hija mía, eres un ángel del cielo—exclamó la señora de Hárault sin poder contener las lágrimas—y me inspiras un poco de confianza. Pero ¿dónde está? ¿qué hace? Ya debia haber vuelto.,.

—Tal vez no se atreva á presentarse sospechando que ya sabemos lo que pasa... Pero tranquilícese usted... Pronto tendremos noticias suyas...

—¿Y cómo saldremos de sus apuros de dinero?

—Abandonaremos todo lo que usted posee y el dote que me dió cuando nos casamos. Procuraremos salvar la fábrica que fué para usted el instrumento



de su fortuna pasada y puede ser el de nuestra fortuna futura.

La abuela levantó las manos con admiración:

—¡Qué buena eres! ¡exclamó.—Pero ¿cómo obtener ese resultado?

Elena contestó sonriendo con una firme convicción:

—Por la voluntad.

Y empezó á hacer planes en voz baja, reconstruyendo sobre las ruinas del hundido edificio, otro más solido y brillante. Aun en medio de los horrores de la tormenta, soñaba con atrevidas tentativas y revelaba en su admirable energía su alma de combate. Aplacó los temores de la anciana, encomió la actividad de Emilia y meciéndose en las seductoras ilusiones del porvenir, llegó á desterrar de su imaginación las desoladoras realidades del presente.

A eso de las cuatro se retiró Emilia prometiendo volver por la noche. Elena se quedó sola. Iba oscureciendo y á medida que desaparecía la luz, se hacían más tristes las ideas de la amante esposa. Las razones que había sabido encontrar para tranquilizar á la señora de Hérault, no le parecían á ella misma aceptables. Se acusó de cerrar los ojos con obstinación para no ver el peligro y todo lo que podía hacer su situación más precaria y amenazadora se le aparecía con los colores más siniestros.

El retraso inexplicable de su marido, la falta de noticias, eran indicios terribles. ¿Qué hacía? ¿Dónde estaba? ¿A qué locuras, á qué violencias le habría arrastrado su desaliento, dada la debilidad de su carácter? Aquella mujer tan valiente y tan resuelta sintió en aquel momento un gran desfallecimiento moral. Vió en torno suyo el silencio y el vacío. Sintió frío, se apoderó de ella una agitación terrible y

con el corazón palpitante, pronta á pedir socorro bajo la amenaza adinavida de un peligro desconocido, se levantó y fué á la habitación inmediata, á fin de no estar más tiempo sola en aquella que le parecía lúgubre como una tumba.

Pronto volvió en sí. La puerta se abrió dando paso á una doncella que llevaba una lámpara y la luz rompió las trágicas influencias de la obscuridad. Elena permaneció deslumbrada algunos momentos, luego reparó en una carta que había en una bandejita de plata. La cogió vivamente y miró la letra del sobre. No era de Luis y la dejó caer en la mesa con tristeza. Volvió á sentarse y se encontró más sombría entonces con luz que antes en la obscuridad que que la envolvía, y con mano indiferente rompió el sobre de la carta.

Al empezar á leerla, sintió una llama que subía á sus mejillas y dejó escapar una exclamación.

Se pasó una mano por la frente y leyó: "Luis á quien usted cree en Londres, está en París desde ayer. Mañana marcha á Italia con quien usted sabe. Si quiere usted verlo le encontrará en casa de Thauziat, donde se oculta." El papel se le cayó de las manos, é inmóvil, aturdida por el cúmulo de pensamientos que se agolpaban á su mente, permaneció en pie en medio de la habitación, físicamente anonadada, pero recobrando por momentos su más completa lucidez.

En primera impresión fué que todo estaba perdido, que el edificio tan penosamente levantado por ella sobre los escombros de su vida, se hundía bajo el supremo esfuerzo del odio y que Luis se la escapaba llevado triunfalmente por su enemiga. Pero su valor no decaía nunca. Apenas se fijó un momento en el horrible espectáculo de su marido,

el padre de su hijo, abandonándola precisamente cuando el honor exigía su presencia en aquella casa que se desmoronaba, trató de retener al fugitivo. Una rabia que no trataba de contener la hizo gritar en su habitación nupcial desierta. Cubrió un velo de sangre sus ojos y pensó en ir á matar á su rival. ¡Cómo! ¿Su desgracia no era completa? ¿Era preciso que ella quedase definitivamente sola y su hijo hñérfono? ¿Y aquella insolente mujer pasearía de ciudad en ciudad á aquel marido arrancado á su hogar, á aquel podre robado á su hijo?

“Antes lo quisiera muerto,” dijo en alta voz. Pero estas palabras terrible la estremecieron y añadió: “Yo sabré disputárselo.” En sus venas un momento heladas, hirvió la sangre, activando la violencia de sus pensamientos. Se creyó capaz de todo, la devoraba una fiebre abrasadora y sentía una inquietud mortal.

El proyecto que debía inspirarle fatalmente la carta diabólica, se imponía á su espíritu; ir á buscar á su marido. Ante todo quería evitar su marcha, conociendo la autoridad que podía tener sobre él, si se decidía á atacarle sin contemplación. Recordaba haberle eisto llorar á sus pies débil y tembloroso, como, como un niño que implora á su madre. Le vería y una vez en su presencia, aunque tuviera que abrumarle para vencer su resistencia, le obligaría á seguirla. Su exaltación la daba un vigor heroico, y la hacía capaz de cogerle en brazos para arrancarlo á aquella mala mujer. Pero su razón dominando su cólera, como un águila que se cierne sobre las nubes tempestuosas, la detuvo en sus resoluciones extremas. ¿Dónde había de ir para encontrar á su marido? La carta lo decía: á casa de Thauziat... ¡Thauziat! Una sospecha se deslizó en su ánimo. ¿Si



la tenderían un lazo? ¿Si el que seguía amándola habría imaginado ese medio de atraerla á su casa, en convinencia con la implacable Diana?

Recogió la carta y examinó con atención la letra. Los caracteres le eran desconocidos. Con una habilidad extraordinaria la señora de Olifaunt había sabido manejar la pluma de modo que pudiera engañarse la mirada perspicaz de Elena. ¿Qué amigo ó qué enemigo había enviado el anónimo? Por un momento pensó la joven consultar á Emilia, pero recordó que una vez la había engañado, ayudando á Luis á escapar. ¿Si por cariño lo hiciese de nuevo y detuviese la ejecución de su proyecto por evitar violencias y un escándalo? ¿En rigor no podía ir sola á casa de Thauziat? Si Luis se encontraba allí ¿qué peligro corría? Y aunque no se encontrase ¿temía ella á Thauziat? Una sonrisa de desdén se dibujó en sus labios. Y luego ¿cabía vacilar cuando supervenir estaba en peligro? ¿No era una cobardía pesar tanto las probabilidades? ¿No sabría vencer todos los obstáculos? Nunca había sido vencida más que por los que amaba y cuando su corazón era cómplice. Pero cuando combatía por defender su amor ¿quién sería bastante fuerte para impedirla triunfar?

No vaciló y pidió sonriendo su carruaje, porque no quería ir á casa de Thauziat clandestinamente. Quería presentarse con el rostro descubierto, la frente levantada y hablar alto. Se echó un abrigo, se puso un sombrero y marchó.

Diana al enviar su carta lo había calculado todo. Clemente no salía nunca de su casa antes de las dos y Elena no abandonaba la suya desde la marcha de su marido. Debían pues uno y otro recibir á tiempo el aviso que les enviaba.

**Sentado en un ancho sillón en una habitación**

tapizada de terciopelo de Génova con flores verdes, sobre fondo plateado, amueblada con una mesa y preciosos cofres estilo del Renacimiento, alumbrada por la media luz que pasaba á través de los cristales de colores, Thauziat meditaba. Una profunda melancolía nublaba su frente y tenía los ojos medio cerrados. Diana le había rogado que esperase, y esperaba. ¿Qué? No lo sabía, pero un secreto instinto le decía que se trataba de Elena y de Luis. Poco á poco su pensamiento le había llevado á un mundo de ensueños donde la realidad transformada le hacía feliz. Sus ojos no veían va lo que le rodeaba. Aquel gabinete severo y un poco oscuro donde había pasado tantas tristes veladas, recordando dolorosamente sus penas se trocaba en estancia clara y sonriente donde se deslizaba una graciosa silueta de mujer. Andaba ligera y casi aérea, llevando la alegría en los pliegues de su falda, iluminándolo todo con la irradiación de su belleza. Se acercaba y dejaba ver sus facciones; era Elena. Thauziat, palpitante la seguía con la mirada y ella no mostraba ya su rostro helado, se presentaba por el contrario amorosa y confiada. El corazón de la joven había sido tan cruelmente lacerado, que por las heridas se había escapado el amor á Luis como una sangre generosa. Había comprendido que seguía un camino equivocado y volvía resueltamente atrás. Allí encontraba al que la adoraba fielmente y comenzaba de nuevo su vida, dulce, tranquila y feliz. Mecido por esta mentira seductora, Clemente permanecía inmóvil, complaciéndose en este espejismo, que le proporcionaba todas las venturas que tan ardientemente había deseado.

El timbre grave del reloj resonando en el silencio le sacó de su éxtasis. Escuchó ansiosamente dar

las cuatro y se levantó suspirando. La sombra había desaparecido. Fuera reinaba una semí-obscuridad, en la que brillaban lívidos mecheros del gas, ya encendidos. Delante de la ventana, se entretuvo en mirar á los transeúntes que marchaban con paso rápido á lo largo de las aceras. Estaba inquieto y nervioso como si se acercara un acontecimiento grave. Esperaba con una turbación que no acertaba á dominar ni á definir, algo vago que no podía dejar de suceder.

A eso de las cinco se detuvo un carruaje delante de su casa. Se asomó á la ventanilla una cabeza de mujer que la obscuridad le impidió reconocer y el lacayo se bajó. Thauziat sintió que le faltaba la respiración. Una voz interior le gritó: "¡Es ella! ¡Tu sueño se realiza!", y sintió que le ardían las sienes. Escuchó, oyó sonar el timbre y sus vibraciones tuvieron eco en el corazón de Clemente. Oyó pasos en la antesala, se abrió la puerta y entró un criado. Thauziat estaba tan conmovido que no se atrevió á hablar. Un estremecimiento había corrido por sus venas y sus piernas temblaban. Estaba impaciente por saber y temía preguntar. Por fin dijo el criado indiferente y tranquilo:

—La señora de Hérault pregunta si el señor está en casa y si puede recibirla.

Un relámpago iluminó la frente de Thauziat: ¡era ella! Hizo un gesto afirmativo y levantando una *portière* de terciopelo, pasó al salón inmediato donde había dos lámparas encendidas encima de la chimenea. Allí esperó lleno de impaciencia, de gozo y de inquietud. Un crujido de seda, un paso firme y el ruido de una puerta que se abre y se cierra inmediatamente y Elena y Thauziat se encontraron frente y frente, la una un poco más pálida, el otro grave á



esperando. Él la ofreció un asiento, ella rehusó sentarse y dijo en pie con tono decidido:

—Me han hecho saber, caballero, que mi marido está en casa de usted. ¿Quiere usted avisarle que estoy aquí?

Thauziat hizo un gesto de sorpresa y sin moverse de su sitio por temor de asustar á la joven, contestó dulcemente:

—¿Su marido de usted, señora? Hace ocho días que no le he visto. Ignoro si está en París, pero en todo caso puedo asegurar á usted que no está en mi casa.

Ella le miró con altanería.

—¿Quién me engaña? ¿Es usted ó el que me escribe?

—¿Yo?—exclamó él con un acento de sinceridad que persuadía. —¿Engañar á usted? ¿Con qué objeto? ¿Con qué interés?

Y como ella no contestara continuó:

—Considérese usted como en su casa, señora; llamo usted; haga usted venir á todos los que viven aquí; interrógueles usted... Quizás dé usted más crédito á la palabra de mis criados que á la mía.

Elena se dejó caer en la silla que antes la había ofrecido y dijo sordamente:

—Perdóneme usted... ¡Soy tan desgraciada?

El se inclinó como para arrojarle á sus pies. Elena le detuvo con un gesto y añadió casi sin poder respirar:

—Dígame usted toda la verdad. Yo no sé qué se prepara en derredor mío, pero siento que á mi pesar voy arrastrada hacia un abismo. Tal vez bastaría un aviso sincero, un consejo leal para evitar el peligro. Yo se lo ruego, ilumíneme usted, socorráme usted.



Thauziat movió la cabeza y exclamó con amargura:

—¿He de ser yo quien la socrra á usted contra el que debía ser su verdadero defensor? ¿Qué papel quiere usted que haga?

—Un papel de que le he creído á usted capaz. El de un hombre bastante generoso para olvidar sus pesares y sus rencores.

—¡No me crea usted tan bueno! Yo he padecido mucho. he pensado mucho y he perdido las ilusiones que me hacía sobre mí mismos. Si usted había contado con que yo diera pruebas de una abnegación novelesca, desengáñese usted. He sido desgraciado por mi cuenta y no quiero serlo por cuenta de los demás.

Elena experimentó alguna inquietud, pero se dominó y dijo afectando tranquilidad:

—No se calumníe usted. Yo estoy segura de que está usted dispuesto á los mayores sacrificios por evitarme un dolor.

Clemente la miró profundamente y exclamó con acento apasionado:

—¡Ah! ¡Cómo conoce usted su poder sobre mí! Es verdad. La amo á usted tanto que daría mi vida por verla sonreír.

Elena hizo un movimiento para levantarse, viendo la animación de Thauziat, pero había decidido obligarle á decir lo que deseaba saber y trató de contenerse y enfriar el ardor de Thauziat.

—No le pido á usted su vida—dijo ligeramente.—le pregunto dónde está mi marido.

—¿Dónde puede estar, sino en casa de la señora de Olifaunt?

Elena palideció y sintió un escalofrío, pero no se desanimó.

—Pues bien, envíe usted á buscarlo.

—¿Para qué?

—Aunque no sea más que para probar su deseo de complacerme.

Elena pronunció estas palabras con gracia afectuosa. Quería seducirle y obligarle á buscar á Luis. Como él permanecía mudo y pensativo, ella le sonrió y dijo juntando las manos como si le dirigiera una plegaria:

—¿Suplicaré á usted en vano?

Clemente se apartó de la chimenea á la que estaba arrimado y acercándose á la joven dijo con frialdad:

—Señora, no intente usted hacerme su juguete. Se entrega usted conmigo á coqueterías que la repugnan y que me duelen, para hacerme servir de lazo de unión entre y Luis y usted. Pero yo veo claro su juego y lo encuentro indigno de usted y de mí.

El corazón de Elena se oprimió y tuvo vergüenza de sí misma. Thauziat la había desenmascarado con una palabra. Especulando con la pasión de aquel hombre que la adoraba ¿no la había ella en cierto modo reconocido y autorizado?

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamó.—¿Qué puedo esperar ahora?

—Que yo le diga á usted la verdad por amarga que sea. ¡Oh no se marche usted—dijo viéndola levantarse espantada.—¿Me la pedía usted antes y ahora tiene miedo de oírla?

—No—dijo Elena con altivez.—Hable usted.

—¿Cómo han hecho saber á usted que encontraría á su marido en mi casa?

—Por un anónimo en que añadían: “Mañana parte con quien usted sabe.”



—Pues bien: á la misma hora que usted recibía ese aviso, me invitaban á mí á no salir de casa.

—¿Era un lazo que me tendían?—preguntó Elena mirando á Thauziat con desconfianza.

—A usted y á mí.

—Pero ¿quién?

—¿Quién si no la mujer que tiene interés y tendría gusto en perder á usted?

—¿La señora de Olifaunt?

—Sí.

Y añadió con voz ahogada:

—¿Y quién sabe? Tal vez otro...

Elena aterrada preguntó con angustia:

—¿Qué sospecha usted ahora? ¿Por qué no dice usted el nombre? ¿Es una acusación tan abominable? ¿Quién, en fin?

Clemente bajó la frente como si se avergonzara de lo que iba á decir y murmuró:

—Su marido de usted.

Elena quedó helada de espanto. Aquella horrible sospecha había cruzado también por su mente. Durante un minuto había dudado del hombre á quien estaba indisolublemente unida por los lazos del amor y la fe. La voz de su triste experiencia le decía: "Ha renegado de todo, todo lo ha sacrificado á esa odioso mujer. ¿Porqué no ha de llevar la bajeza hasta tratar de librarse de tí envolviéndote en una trama abominable?," Pero al escuchar semejante acusación en labios de otro sintió un estremecimiento de disgusto y creyó oír la voz de su voluntad que respondía más alta y más firme: "No desfallezcas, no creas más que en el bien, espera y triunfarás de todo. Luis no será ni cobarde ni infame si tú no le abandonas. Será honrado y bueno. Pero es preciso que tú quieras."

Y dijo como respondiendo á su pensamiento:

—Esa acusación es insensata.

—Por desgracia no es sino muy verosímil—contestó Thauziat exaltándose.—Si Luis fascinado por Diana ha resuelto seunirla, puede haber querido hacer menos criminal su conducta á los ojos del mundo, atribuyendo á usted faltas que le sirvan de excusa. Usted no puede adivinar de lo que es capaz un hombre como él en manos de una mujer tal como Diana, Le ha arrebatado la razón y la fortuna y le quitará el honor. La ha abandonado á usted por ella y la entregará á su odio. Degradada como está, su sueño no puede ser otro que degradar á usted. ¡Qué alegría la suya si pudiera envilecer á usted como lo está ella! Su aspiración es que la salpique á usted el fango en que ella se revuelve. Y él se ha hecho su cómplice para esta obra incalificable. Entrega su mujer, la madre de su hijo á los feroces insultos de su querida. Usted sabe que todo lo que digo es verdad, puesto que ha sentido desgarrado su corazón por esa miserable. Nada de esto es vaná conjetura y el infame pasado responde del porvenir ignominioso.

Thauziat se había acercado á ella, dominándola con su elevada estatura y su rostro resplandeciente de una belleza terrible.

Estas palabras aterraron á Elena que le miraba asustada y atraída al mismo tiempo, como si inclinada sobre un abismo fuera presa del vértigo. ¿Cómo saber lo que se agitaba en aquel espíritu sombrío? ¿Qué se proponía? ¿Qué esperanzas había fundado en la desgracia que la afligía? Era demasiado dueño de sí mismo para descender á acusar á Luis por el solo placer de rebajar á su rival ¿Qué plan había formado y qué desquite buscaba á su pasada derrota?

No pudiendo soportar la incertidumbre y creyendo que de lo que iba á decir dependía para el desastre irremediable ó la posible rehabilitación, quiso conocer la palabra que me escondía aquella esfinge terrible y preguntó audazmente:

—¿A dónde va usted á parar?

El respondió con gravedad:

—A probar á usted que por algo me ha puesto el destino en su camino y que tal vez me ha hecho padecer tanto por mi amor para hacer más patente mi constancia. La cobardía de los que persiguen á usted nos ha unido á los dos con un objeto odioso. Es un guante arrojado á su honor de usted y al mío. Yo lo recojo. Provocado en mi amor, lo proclamo en voz alta. Si después de haberla ultrajado, su marido de usted la abandona, es usted libre. Arrójelo usted de su existencia, como él la ha arrojado de la suya. Vuelva usted atrás y borre de su memoria los dos años que han pasado. Yo tiendo á usted la mano, apóyese usted en ella. Ninguna mujer habrá sido adorada como lo será usted. Yo pasaré toda mi vida ocupado en hacer olvidar á usted las penas que ha sufrido.

Ella le miró un instante y dijo pausadamente:

—¿Es decir que usted me ofrece volver á empezar mi existencia y dueña de mí misma por medio de un divorcio, ser esposa de usted?

—Sí.

—Si mi marido me deja no seré libre—dijo con dulzura.—Me quedará mi hijo que no hará traición á mi cariño y que bastará para llenar mi vida.

Thauziat extendió la mano en además de protección.

—Su hijo de usted será el mío. Yo le amaré como si mi sangre corriera por sus venas y juro que haré de él un hombre.



—Si su padre le falta yo estaré á su lado y bastaré á todo. Consagrándome á él le daré ejemplo de fidelidad y de valor, y viéndome vivir como una buena madre y una mujer honrada, no necesitaré más para hacerse un hombre.

—Sí, habrá usted cumplido admirablemente su deber, pero no habrá vivido más que para el sacrificio. No habrá usted conocido la felicidad completa y absoluta. Habrá usted amado, pero su amor no habrá encontrado correspondencia en ese acuerdo delicioso de dos corazones que latén al unísono, hasta el punto de confundir todas sus aspiraciones, todas sus alegrías. Y está usted en lo mejor de su juventud y han de pasar muchos años antes de que llegue usted á la edad en que mueren las pasiones? Puedé usted asegurar que su alma tan cruelmente herida está cerrada para siempre? ¿Está usted segura de no encontrar nunca ningún vacío? ¡Ah! ¡Si usted quisiera confiarse á mí y dejarme velar por su porvenir! Yo no tendría más preocupación que asegurar su felicidad. Yo no he amado nunca más que á usted. Durante dos años he vivido con su recuerdo en mi memoria, padeciendo con sus dolores y sin tener más dicha que acercarme á usted y oír su voz, siquiera no me dijese más que palabras indiferentes ó crueles. ¡Oh! Cuantas veces he maldecido el destino y envidiado á ese hombre feliz é indigno que había sabido agradar á usted y no acertaba á apreciar el tesoro de bondad y sus encantos. Le he envidiado y ahora al ver que á pesar de todo, usted se adhiere á él, le odio. Sí, le odio con todas mis fuerzas.

Elena, no se obstine usted en su locura. Si no tiene usted compasión de sí misma, téngala usted de mí, que no respiro más que por usted y lo sacrificaría todo por obtener de sus ojos una mirada me-

nos fría y de sus labios una palabra más misericordiosa.

Se había adelantado hacia ella con las manos tendidas y el rostro descompuesto por la violencia de sus sentimientos. La deseaba con un ardor que irradiaba en sus ojos, abrasaba sus labios y envolvía á Elena en una llama sutil y devoradora. Elena tuvo miedo y se levantó. Él la cogió la falda y se arrojó apoyando la frente en el vestido como si hubiera besado su carne.

—No me desespere usted, se lo suplico—añadió. —Me hace usted mucho daño y yo no la he dado nunca más que un amor inalterable. Piense usted en que el hombre á quien implacablemente me sacrificó, la abandona, está en casa de esa mujer, tal vez en sus brazos.

—Calle usted—gritó Elena.—Lo que está usted diciendo es infame...

—Lo infame es el ultraje que él la hace á usted sufrir. Va á partir con ella, enriquecida con su ruina, con la de usted...

—¡Mentira!

Con un arranque violento, se apartó de Thauziat, le hizo soltar la falda y dijo dirigiéndose á la puerta:

—No quiero oír más.

El se levantó de un salto y exclamó poniéndose delante:

—Me lleva usted al extremo... No quiero que usted salga.

—¿Osará usted retenerme á la fuerza?

—Todo.

Su rostro era sombrío y amenazador. Elena retrocedió y dijo con insultante ironía:

—Piense usted que si no me deja marchar, cree-

ré que usted es quien me ha tendido este lazo.

—Créalo usted.

—Me pide usted mi amor... ¿Acaso quiere usted mi desprecio?

—Usted tenía mi honor en sus manos. Yo podía ser bueno ó malo, según usted quisiera. Usted me ha llevado al mal. Ya que es preciso ser criminal para adquirir derechos sobre ese corazón, lo seré.

—Si da usted un paso, llamo,

—Quedará usted perdida con más seguridad. Y una vez perdida, es usted mía. Además, nadie entrará.

Y corrió vivamente el cerrojo. Ella se dirigió hacia la ventana, pero él llegó al mismo tiempo y la cogió en sus brazos. Se vió oprimida sobre el pecho de Clemente y sintió los latidos de su corazón. Apoyó las manos en los hombros de Thauziat y separada de él por toda la longitud del brazo, luchó con rabia por desasirse. No osaba gritar, pero rugía como una leona. Él jadeante, con los ojos encendidos, delirante de deseo, estaba dispuesto á todas las violencias. Elena sentía agotarse sus fuerzas, el rostro inflamado de Clemente se acercaba al suyo, cuando se oyó en la habitación inmediata un murmullo de voces que dominó el ruido sordo de aquel combate feroz.

—Vienen—dijo Elena.—Aun es tiempo... Déjeme usted y lo olvido todo.

Thauziat no contestó, pero levantando á Elena quiso llevársela. Por fuera empujaban la puerta con impaciencia, la joven intentó un esfuerzo desesperado y deslizándose de los brazos que la oprimían se encontró libre y corrió hacia la puerta que abrió con un grito de triunfo. Pero la voz se ahogó en sus labios y quedó aterrorizada. Tenía delante á su marido.



Pálida y temblorosa se interpuso entre los dos hombres que se medían con la mirada. Olvidó todo lo que no era su honor y más pronta en disculparse que en tranquilizar las iras que veía hervir, exclamó:

—Ante todo, Luis, ¿me crees culpable?

Luis marchó hacia ella, la vió soberbia de pudor indignado y dijo tendiéndola la mano.

—No.

Ella dió un grito de alegría y le abrazó como si la hubiera devuelto la vida. Luego volviéndose terrible á Thauziat que esperaba impávido, le dijo:

—Señor de Thauziat, se ha portado usted como un cobarde con una mujer. No merece usted que le abofetee la mano de un hombre.

Y arrancando á Luis uno de los guantes que retorcía entre sus crispados dedos, cruzó con él la cara del que la había ofendido.

Clemente lanzó un grito sordo, pateó como si tomara impulso para aplastarlos á los dos, pero se contuvo haciendo un esfuerzo supremo.

—Es justo—dijo inclinándose delante de Elena con una sonrisa desesperada.

—Hasta mañana—dijo Luis.

—Hasta mañana—repitió Thauziat, como un eco fúnebre.

Elena estremecida, tomó el brazo de su marido y se llevó á éste sin volver atrás la vista.

## XII

Eran las once de la mañana de un día nublado. En el saloncito del piso segundo, lo más lejos posible de la señora de Hérault, esperaban Emilia y Elena. Dos horas antes había salido Luis. El marido á quien se habían reconocido todos los derechos de ofendido, había fijado la pistola como arma de combate; condiciones: veinticinco pasos de distancia y fuego á voluntad. Los testigos, todos espertos en la materia, eran el barón Tresorier y el barón Beau-lieu, por parte de Thauziat; y por la de Luis, su primo el coronel Gandon y Pedro Delarne. Después de grandes esfuerzos para conseguir que el duelo fuese á la voz de mando, los testigos de uno y otro hubieron de resignarse á aceptar las condiciones impuestas.

Ignoraban la causa del duelo, Luis había dicho á sus padrinos que Clemente le había ultrajado gravemente; y en cuanto á Thauziat, había exigido á los suyos que le pusieran completamente á discreción de su adversario. Sin embargo, Clemente era tan buen tirador que las gestiones para suavizar las condiciones se habían hecho en obsequio de Luis, al cual, tirando á discreción, consideraban desde luego como hombre muerto. Así lo había oído decir Emilia á su padre y había acudido espantada al lado de Elena. Esta le refirió lacónicamente la causa del duelo y manifestaba una calma completa. Si

sonreír. Comprendía que si dejaba que sus nervios perdieran la atención un solo momento, caería en un entencimiento que trastornaría á su marido y le sería mortal. Deseaba verle tranquilo, firme y dueño de sí mismo, y comenzaba por darle ejemplo. Sin embargo, cuando los testigos fueron á buscar á Luis, Elena se dirigió á la cama del niño que se despertaba, lo puso en los brazos de su padre, y mirando á los dos con inefable ternura, sin que nada pudiese romper el lazo que sellaba su voluntad, dijo al niño:

—Hijo mío, abraza á papá y dile: "hasta luego."

La dulce voz del niño repitió "hasta luego," mientras sus bracitos enlazaban el cuello de su padre. Un estremecimiento agitaba los miembros de Luis, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Elena entonces cogió al niño, abrazó convulsivamente á su marido y le dijo:

—Anda.

Y le vió partir sin un suspiro, sin ninguna muestra de debilidad. Le siguió con la vista desde la ventana, le vió subir en el carruaje y cuando se perdió en la calle el ruido de las ruedas, volvió á su cuarto y agotada su energía, prorrumpió en sollozos. Un momento después llegaba Emilia y las lágrimas de las dos amigas corrieron juntas. Permanecieron reunidas, sin hablar, durante una hora, escuchando los sonidos del péndulo que marcaba probablemente los últimos segundos de la vida de uno de los combatientes. El corazón de Emilia estaba desgarrado porque entre Luis y Thauziat, el uno su amigo de la juventud y el otro el elegido de su corazón, no se atrevía á escoger.

A las diez exclamó Elena con un suspiro:

—Ya están en el terreno.

**Y se dejó caer de rodillas.**



su marido se hubiese hallado cubierto de una armadura impenetrable no hubiera manifestado mayor seguridad de volverle á ver. Durante la velada que precedió al combate, refugiada con Emilia en su cuarto, había acallado las alarmas de su amiga con las afirmaciones de una fe exaltada.

— Dios es justo — decía — y no querrá acabar de abrumarme. Desde hace dos años le ruego día y noche que me devuelva al que amo. No me ha dejado desesperar y había de quitármelo cuando la desgracia me lo puede devolver corregido? No. Él no abandona nunca á los que confían en su misericordia. Ha aceptado el homenaje de mis sufrimientos, ha visto mi resignación. En cambio me debe la vida de mi marido y me la dará.

Hablaba con acento tranquilo, sin fiebre, con una convicción que podía inspirar temores por su razón, si ocurría un desenlace fatal. A las doce de la noche pidió á su amiga que se retirase, rogándola que volviese por la mañana. Luis debía marchar á las nueve. Una vez sola, se instaló en una habitación situada entre la de su marido y la de su hijo, dejando la puerta abierta, como si hubiera querido envolver al padre en el encanto inviolable que emanaba de la inocencia del niño.

Y pasó toda la noche orando recogida y silenciosa. Cuando oyó ruido de los pasos de Luis, entró en su cuarto y le habló con serenidad, infundiéndole la confianza en el alma de aquel desgraciado, animándole con su valor, devolviéndole la altivez. Él la miraba con humilde admiración. Hubiera querido gritar la palabra que en aquella hora decisiva había en el fondo de su alma: "¡perdón!", Pero no se atrevió; se reconocía demasiado culpable. Ella heroica en su resolución de ocultar sus angustias, tuvo valor para

Emilia permaneció sentada, inmóvil, las facciones descompuestas por la angustia, el oído atento á cualquier ruido que pudiera ser un indicio, y el corazón latiendo con tal fuerza que la ahogaba. La hora que transcurrió entonces que para las dos mujeres un horrible martirio. El fallo estaba pronunciado y ellas lo ifinoraban. A las diez y media la agitación de Elena se hizo imposible de contener; bajó al piso bajo y se asomó á la ventana. En su impaciencia hubiera querido ir á la calle y adelantarse al encuentro de las noticias; y al mismo tiempo experimentaba tal terror que hubiese deseado encerrarse en la obscuridad para no ver ni saber nada. A las once, Emilia, que hasta entonces había estado muda, pareció fuera de sí y gritó:

—Pero ¿qué pasa? ¡Dios mío! ¡Es espantoso prolongar nuestra ignorancia cuando todo debe haber concluido!

Estaba casi desfallecida, pero Elena ni siquiera volvió los ojos para mirar á su amiga. Los tenía clavados en la puerta como si los atrajera una fuerza magnética, esperando la vida ó la muerte. De pronto lanzó un grito que hizo estremecer á Emilia hasta el fondo de sus entrañas. De tal modo era feroz y triunfante.

—¡Es él! ¡Él! ¡Vivo! ¡Dios ha faltado!

No tuvo fuerza para dar un paso ni decir una palabra más; se agarró á las colgaduras para no caer y miró á su marido que se adelantaba pálido, sostenido por sus testigos y el barón Tresorier. Una horrible esperanza brotó en el corazón de Emilia. Héralt estaba herido. ¡Thauziat debía estar salvo! Los cuatro hombres se acercaban y el rostro de Luis aparecía desencajado y lívido, con los labios cárdenos y la mirada extraviada. Su brazo derecho inerte,

estaba sostenido por un ancho vendaje negro y su paletot echado sobre los hombros, ocultaba el desorden sangriento de su traje. Subió penosamente los escalones de la puerta casi llevado por el coronel Gandon y Pedro Delarne. Al entrar estuvo á punto de desmayarse y Elena le recibió en sus brazos.

—¡Dios mío!— exclamó.— ¡Qué imprudencia! ¿Por qué andar? ¿Por qué no haberle dejado venir en carruaje?

—Su marido de usted se ha negado, señora—dijo Delarne por no alarmarla. Ha querido que usted le viese en pie.

Luis quiso hablar, pero Elena le cerró dulcemente la boca con la mano.

Tresorier añadió en voz baja:

—No tardemos en subirla... La herida es grave... La bala le ha roto el hombro... Rameau de Ferriere le pondrá otro vendaje en seguida.

Elena entonces, separándose de su marido, se acercó al joven y preguntó temblorosa:

—¿Y su adversario?

Tresorier bajó la cabeza y contestó esta sola palabra:

—Muerto.

Un gemido hizo eco á esta fúnebre declaración y Emilia más palida que el herido y casi tan helada como el difunto, se acercó al mensajero de la fatal noticia. El barón se adelantó á ella y la dijo inclinándose:

—Señorita, iba ahora á casa de usted. Antes del combate el señor de Thauziat, nuestro amigo, me había entregado una carta que debía devolverle si la suerte le era favorable, ó entregar á usted si le era contraria. Tengo, señorita, el dolor de ponerla en manos de usted.



Emilia tomó sin decir una palabra la carta que el barón la presentaba, pasó como una sombra por delante de los presente, entró en el salón, y sola y libre por fin, se dejó caer inanimada. Cuando se repuso, sus ojos aun velados se fijaron en la carta que conservaba en la mano, rompió el sobre, desdobló el funesto papel y no pudo contener sus lágrimas al encontrar clara y firme la letra trazada por aquella mano inmóvil para siempre. Se limpió los ojos y ávida por saber lo que le confiaba desde el seno de la muerte el que tanto había amado, leyó:

"He pasado la noche, mi querida Emilia, ocupado en los preparativos materiales y morales del encuentro que se prepara y que será grave. He puesto en orden mis negocios y he hecho examen de conciencia. La primera tarea ha sido más breve que la segunda, y he arreglado más fácilmente las cuentas de mi fortuna que las de mi alma. El debate que he sostenido conmigo mismo ha sido largo y penoso. El juez era severo, pero el acusado se defendía enérgicamente; la sentencia ha sido condenatoria. He procedido mal y tenía usted razón cuando me lo decía, pero me movía la pasión que es mala consejera. Por tres veces el espíritu del mal se ha apoderado de mí y ha ofuscado mi pensamiento. He tratado de rechazarlo, he luchado en medio de las tinieblas, he querido marchar hacia la luz, que es la verdad y la justicia; una fuerza más poderosa que la voluntad, mi instinto animal sublevado, me ha retenido en la sombra y he cometido acciones desleales y vergonzosas. La primera dando la mano á un hombre á quien odiaba, permaneciendo en su casa para robarle el honor; otra, abusando cobardemente de mi fuerza contra una mujer. Sabía que cometía un crimen y sin embargo he persistido. El atractivo del mal h

sido más fuerte que la protesta de mi alma indignada y he sufrido el doble suplicio de horrorizarme de la falta y cometerla. Sin embargo, á las puertas de la muerte y juzgando á la vez lo que es el pasado y lo que hubiera podido ser el porvenir, si tengo fuerza para condenarme, no la tengo para arrepentirme. Sí, en el momento en que voy tal vez á desaparecer, mi corazón se exalta y mi carne se estremece á la idea de que aun á precio de un crimen, hubiera podido ser mía la que adoro. Maldigo mi destino que me ha puesto en el camino de esa mujer y no me ha permitido apoderarme de ella para que fuera la alegría de mi vida. ¡Oh! ¡Cuánto la he amado y cuánto la amo todavía! Ella no ha sospechado la inmensa ternura que había en mí y que voy á demostrar con mi muerte; ya que no he podido probárselo con mi vida. Porque ella ha decidido entre su marido y yo y el amor que tiene por él triunfa del que yo tengo por ella. Usted que es la suprema razón me lo había predicho; en la lucha emprendida contra la felicidad y la cordura, yo debía ser vencido. No me queda más que pagar y pagaré regiamente dando á mi rival la vida y á la que le ama la felicidad. En el combate de mañana Luis estará á merced mía y estoy decidido á salvarle. No quiero costar una lágrima más á la que tantas ha vertido. Pretendo poner término á su martirios y aliarme con ella contra sus enemigos. Desgraciadamente conozco demasiado á Luis para no saber que el alejamiento será el remedio supremo contra su absurda pasión. Una bala en el hombro, tres semanas de dolencia, un poco de sangre vertida y no se acordará más de Diana. Le haré este servicio. Herido será más simpático y el perdón subirá más fácilmente á los labios de la que ha abandonado tan locamente. Ahora todo ha con-

cluido y no debo nada á nadie. Al pie de esa cuenta terrible que había abierto, acabo de poner saldada. Y no quiero pensar más que en usted que ha sido mi amiga sincera, leal y tierna y que me llorará, estoy seguro, á pesar de lo que la he hecho padecer. Usted me dió un día la mayor prueba de estimación que una mujer puede dar á un hombre. Usted vino á mí tendiéndome la mano y ofreciéndome ser mi esposa. ¡Ay! Yo no era digno de usted y bastante lo he probado! Perdóneme usted la pena que la he causado y crea usted que su nombre será el último que pronunciaré en este mundo. Cuando yo no exista venga usted alguna vez á verme, allí donde dormiré en el silencio y el reposo eterno. He amado mucho las flores; lléveme usted flores á mi sepulcro; no hay nada más triste que las tumbas abandonadas. Si algo de mí sobrevive bajo la losa; yo oiré los pasos de usted, reconoceré el murmullo de su voz, y mi noche será menos sombría y mi sueño menos helado... He aquí el día que nace y es el último. Adiós. La abrazo á usted con toda mi alma.,

Emilia dobló la carta con mano temblorosa y la guardó en el pecho. Sus ojos estaban secos, ni una lágrima surcaba sus mejillas. Se levantó, llamó, pidió su abrigo y su sombrero y marchó sin ver á Elena. Un cuarto de hora después se apeata delante del hotel de Thauziat. La puerta estaba abierta de par en par y el vestíbulo desierto. La joven subió la escalera y entró en el salón del primer piso. Allí estaba el marqués de Beaulieu, sentado delante de una mesa dando órdenes al criado de confianza de Clemente. Al ver á la señorita de Lereboulley, se levantó respetuosamente:

—¿Quiere usted verlo?—dijo en voz baja.

—Sí—contestó Emilia.



Dió algunos pasos, levantó una *portière* y dejó pasar á Emilia. La pesada tela cayó y la joven se encontró sola en la habitación. Thanziat, vestido; estaba tendido en su cama. La colgadura de seda encarnada acentuaba la palidez de su rostro. Sus ojos estaban cerrados y en sus labios había quedado la contracción de una sonrisa como un postrer desafío á la vida. Sus manos descansaban abiertas á lo largo del cuerpo. Parecía haber sucumbido sin sacudida sin resistencia, ayudando á la muerte. Un candelabro de plata de seis brazos, puesto á su lado, iluminaba sus facciones nobles y altivas. Ninguna mancha de sangre: había caído como vivió, correcto y elegante. Emilia se acercó, le miró profundamente como para grabar en su memoria aquellas facciones, se inclinó y tocó con sus labios aquella frente en que ya no habitaba el pensamiento. En este momento contuvo un grito. Le pareció que una palpitación rápida había agitado los párpados de Clemente y que un estremecimiento imperceptible había corrido por sus mejillas como si el beso que acababa de darle hubiese animado en él un postrer rayo de vida. Pero una sombra violácea subió á sus sienes y las ciñó de una corona de luto. Entonces la joven cayó de rodillas sollozando y rezó.

Como había dicho Emilia, se necesitó el hierro rojo para curar el corazón gangrenado de Luis. Tendido en el lecho del dolor, devorado por terrible inquietudes, no osando interrogar á su mujer en quien no se desmetían la dulzura, la tranquilidad, ni la firmeza, y afligido por la cariñosa tristeza de su abuela, el desgraciado padecía menos por sus dolores físicos que por sus torturas morales. Su herida, muy grave, hábilmente cuidada, estuvo pronto en vías de

curación. Pero ¿cuándo se cicatrizaría la llaga de su corazón? Había derrochado todos los tesoros de que le colmara el destino: había abusado de la confianza de su abuela, había hecho traición al amor de su mujer, había disipado la fortuna ganada por sus mayores que debía transmitir á su hijo. Todo lo había arrojado al viento de su locura. Y no se le dirigía ningún cargo: la abuela andaba lista por la habitación y hablaba en voz baja con su mujer, el niño jugaba en la alfombra dando sonoras carcajadas. No se había despojado al culpable de ninguno de sus privilegios, de ninguno de sus derechos; era como antes querido y respetado. Pero aquellos favores ¿no se otorgaban al herido? ¿La bondad y la dulzura eran acaso simple compasión? En sus largos insomnios, tendido inmóvil en su lecho, temiendo despertar á su mujer que dormía en la habitación inmediata, pensaba en todo lo que había hecho y aquel corto pasado le parecía una horrible pesadilla. ¿No había estado loco? ¿Era él quien había cometido tantas acciones odiosas y cobardes por una miserable criatura, cuyos vicios conocía? Comparando la conducta de Thauziat con la suya, casi le encontraba inocente. Muchas veces, de noche, se le aparecía el rostro pálido de su amigo, no amenazador y terrible, sino triste y dulce. La visión era tan clara que creía en realidad tener á Clemente en su presencia. Quería hablarle y no podía. Entonces se agitaba, su sangre se enardecía y por la mañana le encontraban lívido á tembloroso. Una vez á la luz de la lámparilla, vió y Thauziat inclinarse sobre él y mirarle ansioso muy de cerca, como si espicara los progresos de una curación demasiado lenta. Haciendo un violento esfuerzo procuró cogerle, pero sus manos no encontraron

más que el vacío. Entonces con voz apagada murmuró el herido:

—Clemente, perdóname.

Su sombra puso una mano helada sobre la frente ardorosa de su matador y le dijo:

—¿Entonces por qué te presentas á mí en cuanto la luz desaparece?

—Si mi vista te turba, no me mostraré más. Pero siempre estaré junto á vosotros invisible y protector, porque todo lo que queda de mí sigue fiel al único amor de mi vida. Amala tú, á quien ella ama y sé feliz; aun puedes serlo.

Desapareció y Luis no volvió á verle nunca; pero desde aquel momento mejoró rápidamente y al cabo de seis semana estaba en pie. El día que Rameau de Ferriere dijo á su enfermo: "Ahora ya puede usted salir y vivir como todo el mundo," Elena por la tarde pidió el carruaje. Subió á él con su marido y la señora de Hérault y dió orden de ir á los talleres de San Dionisio. Al llegar delante de una bonita casa, rodeada de jardin, que había sido siempre habitada por el director de la fábrica, se apearon. En el despacho situado cerca de la entrada, encontraron al señor de Talamon, el notario, que les esperaba. Entonces Elena tomó la palabra y dijo gravemente:

—Mi querido Luis, mientras tú no podías ocupar parte en los negocios, tu abuela y yo hemos tenido que adoptar algunas medidas para hacer honor á tus compromisos. Abandonando el dote que tú me reconociste cuando nos casamos y vendiendo Boissise y el hotel del Faubourg-Poissonnière, para lo cual tenemos compradores, queda todo pagado. Te quedará intacta la fábrica que fué el instrumento de la fortuna de tu abuelo y de tu padre.. No tienes más



que firmar las escrituras que el señor de Talamon ha tenido la bondad de traer y todo estará terminado.

Luis palideció, cogió la mano de su mujer y la llevó á la ventana.

—¿De modo que esta casa?...

—Es la que viviremos en adelante.

—¿Y todo lo que yo te dí al casarnos?

—Lo he restituido. Pobre entré en aquella casa y pobre he querido salir.

—Pero esa era la fortuna de tu hijo...

—Mi hijo no puede tener mejor fortuna que el honor de su padre.

Luis fijó los ojos llenos de lágrimas en aquella mujer, tan noble, tan valiente y tan generosa y dijo:

—¿Cómo te podré pagar nunca?

—Siendo un hombre bueno, trabajador y honrado—contestó ella mirándole tranquilamente.

Y enseñándole por la ventana los talleres llenos del movimiento de los obreros y el ruido de los martillos, añadió.

—Allí está la salvación. Tú has destruido el edificio, reconstrúyelo. Yo te ayudaré.

—¿Pero podremos conseguirlo?

—Todo se puede con la voluntad.

Elena le llevó al lado de la mesa. Luis cogió una pluma y sin vacilar, liquidó el pasado, contemplando el porvenir que su mujer le ofrecía.

FIN

